

**EDUARDO
GALEANO**

**NOSOTROS
DECIMOS NO**

CRÓNICAS 1963-1988



se

Nosotros decimos no al elogio del dinero y de la muerte. Decimos no a un sistema que pone precio a las cosas y a la gente, donde el que más tiene es el que más vale, y decimos no a un mundo que destina a las armas de guerra dos millones de dólares cada minuto, mientras cada minuto mata treinta niños por hambre o enfermedad curable. La bomba de neutrones que salva a las cosas y aniquila a la gente, es un perfecto símbolo de nuestro tiempo. Para el asesino sistema que convierte en objetivos militares a las estrellas de la noche, el ser humano no es más que un factor de producción y de consumo y un objeto de uso; el tiempo, no más que un recurso económico; y el planeta entero una fuente de renta que debe rendir hasta la última gota de su jugo. Se multiplica la pobreza para multiplicar la riqueza, y se multiplican las armas que custodian esa riqueza, riqueza de poquitos, y que mantienen a raya la pobreza de todos los demás, y también se multiplica, mientras tanto, la soledad: nosotros decimos no a un sistema que no da de comer ni da de amar, que a muchos condena al hambre de comida y a muchos más al hambre de abrazos.

Eduardo Galeano

Nosotros decimos no

Crónicas, 1963-1988

Eduardo Galeano, 1989

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

A mis hijos

Este libro reúne los principales trabajos periodísticos que Galeano escribió a lo largo de un cuarto de siglo, entre 1963 y 1988, incluyendo también un par de discursos. Algunos de estos textos han sido previamente recopilados en otros libros de menor extensión.

Yo soy parte del sol, como mis ojos son parte de mí. Mis pies saben perfectamente que yo soy parte de la tierra; y mi sangre es parte de la mar. No hay ninguna parte de mí que exista por su cuenta, excepto, quizás, mi mente; pero en realidad mi mente no es más que un fulgor del sol sobre la superficie de las aguas.

D. H. Lawrence

EL SÍMBOLO URUGUAYO DEL MAL

Esta historia empieza con una llamada telefónica. A fines del año 49, el comisario Copello recibió una denuncia anónima. Lo de todos los días: un chiquilín travieso molesta a los vecinos del barrio, mata gallinas, tira pedradas a los techos. Pocos días después, la monja firma el recibo en el asilo: Zelacio Duran Naveiras, de once años de edad, es internado «en calidad de depósito». De ahí en adelante, del asilo a la Colonia Suárez, de la Colonia a la cárcel, el Cacho alimentará la crónica roja sin descanso, sin darse ni dar tregua: será el símbolo uruguayo del Mal. Los delitos se sucederán de menor a mayor, del juego al crimen; la población, escandalizada, clamará por su seguridad hecha humo. Ya en el 55, se alzarón voces pidiendo la pena de muerte: silla eléctrica para el criminal. Una comisión especial de la Cámara discutió, por entonces, varios proyectos destinados, no a recuperar a los siniestros infanto-juveniles, sino a poner a salvo a los adultos de su peligrosa proximidad. Había caído en definitivo desuso el artículo del Código del Niño que prohíbe publicar nombres y fotos de menores delincuentes. Desde la primera página de los diarios, el Cacho enfrentaba el relámpago del magnesio; los canillitas voceaban su nombre: el crimen del día.

La marea había ido subiendo. Al principio eran robos insignificantes: unos paquetes de manteca, un destornillador. Muchas veces se fugó del albergue; le tomó el gusto a la libertad; vendía diarios, comía y dormía donde se le daba la gana. Se hizo punguista. Después, un delincuente experimentado le enseñó a robar coches haciendo puente de contacto con alambres de cobre. Roba sus primeros autos nada más que para pasear, hasta que aprende a arrancar las radios y los faros. Aparece la primera mujer: dieciocho años, él quince; la policía los atrapa en una pensión de la calle Zabala. A mediados del 54, hace ya dos años que conoce la picana eléctrica, el caballete, los chalecos de fuerza. Cae preso nuevamente y sufre una crisis nerviosa: se da de cabeza contra la ventana de la comisaría, se corta los brazos y la cara con una hoja de afeitar. Fuga del manicomio a los diez días. Empieza a proteger sus huidas a balazos. Después, todos lo saben: un bombero arrollado en la calle, una salvaje violación, el asesinato de un policía. El Cacho y su banda tienen en jaque a la sociedad.

Cada ciudadano se considerará, en lo sucesivo, con autoridad y fuerza moral

de sobra para arrojar la primera piedra contra este joven maldito. Corre peligro el honor de las hijas, la seguridad de las cerraduras, la propia vida. Una filosofía de película de gangsters enciende los corazones: el villano está ahí, mágico y abominable, marcado, como Caín, en la frente. La furia no hace cuestión de detalles: si estaba o no, el Cacho, al volante del auto que atropelló al bombero, poco importa. Tampoco los 12 otros atenuantes: él no tocó a la obrera textil que sus compañeros violaron en los arenales de Carrasco, ni fue quien disparó el primer balazo cuando el policía lo persiguió por la calle Rivera. El mito se infla sin que importen los hechos ni las causas que los engendraron. Redentores del mundo, honestos ciudadanos sedientos de justicia, seguirán empujando a el Cacho hacia las alucinantes luces y sombras del mundo del hampa. ¿Culpa del destino? No: de las circunstancias.

Conocí al monstruo el otro día. No es un personaje de Mickey Spillane. Lástima grande, pero la vida nada tiene que ver con las seriales de TV. Quienes se complacen mirando historietas de sangre y tiroteos y puños de acero en las pantallas, espectadores morbosos aunque pasivos, se sentirían, seguramente, desorientados. Y sería difícil que reconocieran a el Cacho aquellos que han reclamado para él castigos reservados a las bestias y a los Grandes Culpables de la Historia. De estatura mediana, un poco gordo y bastante miope, no parece nada temible. Por lo menos de pinta, ya nunca más feroz: al tigre le arrancaron los colmillos, le cortaron las uñas. Y, sin embargo, desde el punto de vista de la opinión pública, no puede desprenderse de su fama. ¿Está condenado? ¿Por qué?

El *Cacho* es también el *Mincho* y es tantos otros: habitante de la tierra, no del infierno. Un informe médico premonitorio, de agosto del 51, lo califica de «clínicamente normal», y dice: «Necesitaría estar un largo tiempo internado, siempre que sea debidamente dirigido y educado. De lo contrario, su internación podría serle de resultado negativo». ¿Conoce el lector la Colonia Suárez? ¿Conoce el lector el cuadro para presos del Hospital Vilardebó? Los seis muchachos protagonistas de la horrible violación de marzo del 55 eran prófugos de la Colonia; los seis fueron internados en el Vilardebó. Diez días antes, un nuevo informe médico sobre el Cacho delataba «alteraciones mentales que hacen necesaria su hospitalización en un establecimiento apropiado para su observación y tratamiento». Ese establecimiento no existe en nuestro país.

Cuando los menores se fugan de la Colonia Suárez, no pierden más que una cama sucia y una comida no siempre fácil de digerir: una vida aburrida y estúpida, orientada por empleados y cuidadoras sin ninguna preparación especial ni otro mérito que la recomendación del club político. El papel pintado de las leyes, poca

relación guarda con esta sórdida realidad. El menor que no es delincuente al entrar en la Colonia, sale de allí diplomado para el hampa, como quien egresa de una academia. Oficios no se enseñan, aunque los muchachos se las arreglan para aprender a manejar las ganzúas. Hay un solo taller de carpintería en toda la Colonia, pero es como si no existiera, porque no tiene material para trabajar. No se prepara a nadie para otro futuro que el de la crónica roja. El pabellón de seguridad, el tristemente célebre Pabellón Asencio, es una cárcel del silencio y la incomunicación: apenas ahora, desde hace muy poco tiempo, se admite que los menores «peligrosos» puedan salir de sus celdas individuales. Por hastío o por resentimiento, el menor se escapa, se lanza a la búsqueda de la aventura que el delito le promete. Si cuando cumple la mayoría de edad, sale, digamos, regenerado, no conseguirá trabajo: pocos patronos hay dispuestos a emplear a los muchachos que provienen del Consejo del Niño. Pero si excepcionalmente consiguiera trabajo, la policía, que para eso sí tiene tiempo, denunciará al «chorrito» para que lo echen. Hasta las puertas de los cuarteles están cerradas para él.

Del Vilardebó, poco queda por agregar. No peco de exagerado al decir que es un campo de concentración. No se me borra de la memoria el espectáculo de los «cuadros bajos», vertederos de las miserias humanas, donde coexisten los enfermos agitados y los delincuentes. Allí se tienden al sol, sobre las baldosas, entre las moscas y las ratas que rondan los desperdicios. Comen en el suelo y con las manos, porque no hay cubiertos, la fría sopa de fideos de todos los días. El baño es un agujero en el piso. No hay camas ni frazadas para la mitad de los internados.

Después de la muerte del policía Auddifred, el Cacho estuvo recluido en Punta Carretas, con medidas de seguridad, hasta principios del 62. Salió en libertad y fue enviado al regimiento motorizado de Durazno. Él lo cuenta así: «Allá me mandaron, a marcar el paso. Dicen que no me porté bien. Pero había un teniente que me tenía entre ojos y cada vez que yo me quejaba, los oficiales me decían: “¿A quién le vamos a creer? ¿A vos?”. Yo estaba como civil; no había firmado contrato. Así que me vine». Pocos días después, el Cacho fue atrapado en un rancho de Nuevo París, en compañía de los fugados de la cárcel de Canelones. Mientras subían al coche celular, uno de Investigaciones le dijo: «Tuviste suerte que no te conocimos, que si no te cocinábamos adentro». El funcionario era Niber Fernández Muiños, una especie de Mike Hammer uruguayo, que acaba de ser dado de baja por su comprobada prepotencia.

La policía no perdona. La muerte de un hombre de uniforme exige la revancha. Contra el Cacho, se fabricaron más de treinta cargos de rapiñas y un

desacato, cinco días después de su detención. Fue minuciosamente acusado; el presunto coautor, Pantallita, lo denunció con pelos y señales. Sin embargo, el careo con las víctimas de los robos no dejó lugar a dudas: el Cacho era inocente. Ninguno de los damnificados lo reconoció. El propio Pantallita se rectificó, aunque el mismo día volvió a declarar en contra de el Cacho y dijo que se había retractado por miedo. ¿Miedo? ¿Miedo a la venganza de el Cacho o a las caricias de la policía? En San José y Yi, las torturas se han hecho, ya, costumbre. Más de un preso ha aparecido muerto, en estos últimos tiempos, como consecuencia de los «tratamientos». El Cacho mismo lo explica: «Muchos de los delitos que confesé, desde que era chico, no los cometí. Pero, claro, a uno lo llevan allí adentro, al costado de la sala de manyamientos, y uno dice: “Sí, fui yo”. Para evitar la biaba».

En setiembre del año pasado, estalló, como el lector recordará, un motín en la cárcel de Punta Carretas. Aunque el Cacho no participaba en la fuga que un grupo de presos urdió, de todos modos estuvo a punto de perder la vida. «Me salvé —dice— porque me habían encerrado en la última de las celdas. El eco de los balazos retumbaba en los corredores. Vi que venían los milicos por el ojo de la cerradura, ayudándome con un espejito. Al negro Jair lo dejaron listo, aunque él tampoco estaba en la fuga. Llegaron a mi celda y uno dijo: “¿Qué te parece si le pegamos unos tiritos?”, y otro: “Guarda, que estamos fuera de zona”. Me empezaron a dar al bajar la escalera, como cincuenta o sesenta elementos de la Metro, a cual de ellos pegaba mejor con la cachiporra. Me abrieron la cabeza. ¿Ve la cicatriz, acá? Yo me defendía como podía. ¿Uno no va a luchar? Con todos esos tipos que se te tiran encima».

La policía no olvida; arden las cicatrices; hay que vengar al compañero caído. No bien los pesados portones de la cárcel se cerraron tras las espaldas de el Cacho, hace poco más de un mes, cinco agentes de Investigaciones lo acorralaron y lo obligaron a subir a un coche policial. Dentro del coche, le pegaron en la cabeza y en el estómago. Los dos abogados de oficio —Fermín Garicoits y Rodolfo Schurmann— estuvieron esperando en San José y Yi, por espacio de cinco horas, sin que ningún jerarca los atendiera. Finalmente se supo: la policía había fabricado un nuevo cargo para mantener a el Cacho a la sombra: esta vez lo acusaban de desacato. No fue difícil, para los defensores, demostrar que el desacato era imaginario: los testigos dijeron lo que habían visto. El Cacho fue puesto nuevamente en libertad, y ahora está en su casa, prácticamente preso: «Solo, no salgo nunca. En cualquier momento me agarran con una excusa inventada. Me llevan por averiguaciones y fabrican algunas pruebas contra mí. Aquí adentro, me entretengo como puedo. Toco la trompeta, arreglo radios. Conseguir trabajo es bravo, usted sabe. Yo estoy marcado».

«Una vez que se entra, no se sale más», me dijo.

Entre encierros y persecuciones, han transcurrido más de trece años. Él se ha pasado la vida dando y devolviendo golpes. Necesita nacer de nuevo, y no reclama que nadie lo confunda con un santo. Eligió este mundo, al fin y al cabo, no el otro.

PELÉ Y LOS SUBURBIOS DE PELÉ

LUNES, 21 HORAS

En los salones del Columbia, un diplomático amigo sostiene a viva voz que esta entrevista bien vale la pena. Sin inmutarse, don José Ozores, Pepe el Gordo, gerente, administrador, ángel custodio, padre, hermano y agencia de propaganda y relaciones públicas de Pelé, dice: «Ya, ya, ya. Las embajadas. Él es más Embajador que todos los embajadores juntos. Se habla de Él en lugares donde ni siquiera se sabe dónde queda Brasil. ¿Y Brasil qué le da, a Él? Impuestos. Eso le da». Así que usted es el apoderado, digo. Me explica: «Vive conmigo, come conmigo, lo cuido, le hago los negocios. Como si fuera mi hijo». Abandona el portugués a cambio del español, para que no quede lugar a dudas: «Sí, Life también quiso hacer un reportaje en ese estilo, y de muchas páginas. Les cobré unos cuantos dólares. Si admiten que salga un “preto” en la tapa, a pesar de la discriminación racial, ha de ser porque eso les da mucho dinero. Entonces, Él tiene derecho a participar en esa ganancia. En cualquier país, una revista con la cara de Él se vende a toneladas. En las encuestas de popularidad, siempre ocupa el primer lugar, en cualquier parte. Después vienen Jacqueline Kenne dy, Jruschov, De Gaulle y todos esos otros». Le enumero 137 diferencias en Life y Marcha. «Ya, ya, ya; comprendo. Pero Él está arriba, descansando. No quiere saber de nada. Siempre tantos periodistas y fotógrafos; dése usted cuenta, Él está cansado, preso de su nombre. Acorralado por la gloria. Edson Arantes quisiera ser un hombre como todos, pero no lo dejan. Está condenado a ser Pelé, y por eso se va a retirar del fútbol». El diplomático calla y sonríe. Sabe que Pelé no se retirará del fútbol. Será Pelé hasta que ya no dé más, hasta que los años o la hostilidad de los rivales lo derriben. Pelé: la pantera negra que ochenta millones de brasileños idolatran y que electriza a las tribunas en todo el mundo. Un muchachito en la cumbre de una montaña de gloria y dinero. Vuelvo la cabeza y lo veo, entornando los ojos ante un cuadro de Vicente Martín, que seguramente ha duplicado su valor desde que Él puso allí la mirada. Me acerco, y conmigo una nube de periodistas. Estallan los fogonazos de las cámaras. Desisto. Camnitzer intenta un dibujo de La Maravilla Negra, pero no hay caso. Ya en la puerta, oigo las protestas de los colegas enojados: «¡Es más fácil hacerle un reportaje a Goulart que a este señor! Con Goulart, estuve media hora conversando tranquilamente en la embajada. ¿O no es cierto?». Y el diplomático amigo intenta suavizar los ánimos: «Mas Jango é Jango. E Pelé é o mais grande líder de América...».

MARTES, 9 HORAS

Desayuno con Pepe el Gordo. «Cuánto comen los uruguayos», dice. «Nosotros los brasileños...». ¿Brasileños? «Yo nací en una aldea de Pontevedra, la verdad sea dicha. Pero hace ya diez años que estoy en Santos». Me cuenta que, desde hace cuatro, acompaña al Rey. «Desde los quince años, Él juega al fútbol: cancha y pelota, cancha y pelota. Ahora tiene veintitrés, pero nunca encontró tiempo para madurar». Y agrega, paternal: «Necesita a alguien». Alguien como Pepe el Gordo, sugiero. «Fue Zito quien dijo: Pepe es el hombre. Zito es socio mío en la empresa de construcciones; y desde entonces estoy con Él». ¿Por qué le dicen Pelé? «Nadie sabe. Siempre lo llamaron Pelé. Desde que era aquel chico delgado y muy pobre que vivía en la concentración del Santos, haciendo mandados para los veteranos y lavando el piso». Me interesa la historia del descubrimiento. Cómo Dios fue revelado a los hombres. «Como un esclavo del tiempo de los negreros», dice, frunciendo el ceño y los bigotes. «Un empleado público de Baurú se fijó en Él. Y le dijo al presidente del Santos: “Si me consigue la transferencia de esta oficina a la de San Pablo, yo le traigo una maravilla”. Y se lo trajo, contra la voluntad de la madre, que no quería que Él se dedicara al fútbol. Ella sabía lo que es eso, porque el padre de Él también fue jugador, en Baurú. Ella nunca quiso un hijo famoso. Continúa siendo la madre de Dico, el niño, su pequeño», dice; y abre las manos: «La Madre: Una Santa del altar, que sale andando». El cronista calla. Alguien se lleva la bandeja, con las tazas vacías. Pepe el Gordo insiste: «Como le digo. Una Santa». Doña Celeste, madre del mineiro de Tres Corações de fama universal, ve a su hijo sólo de casualidad. Las giras a otros estados brasileños y al exterior ocupan siete, ocho o nueve meses de cada año, y en los meses restantes Pelé juega en las canchas de San Pablo o descansa, al abrigo de Pepe el Gordo, que no lo abandona ni a sol ni a sombra. Periodistas y admiradores chocan con esta muralla venida de Galicia, que sabe todo sobre Él, lo que hay que saber y mucho más. ¿Manager? «Amigo, padre, hermano». ¿El Santos le paga un sueldo? Se indigna: «¡No! No soy empleado del Santos. Si el Santos fuera a pagar, no habría dinero que alcanzara. No. Quien recibe dinero, no es amigo. Yo le dije al chico: El día que me quieras dar un solo cruceiro, te pego».

Él está durmiendo en la habitación de al lado. No fue a practicar esta mañana, porque no se sentía bien. «Constipado», explica Pepe el Gordo: «Además, Él no necesita practicar». Pelé come poco y duerme mucho. Cuando se le va la mano en la comida, sufre pesadillas y habla dormido. De modo que Pepe el Gordo no le permite comer más que «algunos bocadillos de carne y queso, y uno o dos vasos de jugos de frutas». Objeto de admiración universal, factor de euforia o desdicha para millones y millones de personas, Él debe ser cuidado. Quizá sería

fatal olvidar la lección de una de las divinidades que le antecedieron en la historia: el Buda murió de una indigestión de carne de cerdo.

MARTES, 10,30 HORAS

Salimos a recorrer el casco viejo de Montevideo; las orillas de la ciudad, que dan al río. Llevo en la mano un ejemplar de *O Cruzeiro*, que, por supuesto, habla de Él. Comento el artículo con Pepe el Gordo. Me señala una foto: un enemigo vestido de negro. «Ese juez es hermafrodita», explica.

La mañana arde de sol. Gustador de paisajes, como soy, miro y comento. Pero Pepe el Gordo pregunta precios de cosas: «Qué caro, qué caro». Y habla, como siempre, de la gloria que tiene entre manos, porque «Dios en el Cielo, y Pelé en la Tierra». Dos veces campeón mundial, Él tiene a sus pies el enorme aparato de la prensa, la televisión, la radio y el cine de Brasil; lo cortejan los políticos y lo acosan las marcas de café o de automóviles o de bebidas, porque Él, su nombre o su firma o su cara, venden. Atma, fábrica de material plástico, imprime las pelotas que fabrica, con un autógrafo de Pelé, y la venta es un éxito seguro; el libro *Yo soy Pelé* fue *best-seller* en Brasil y se está traduciendo al inglés: en Alemania, ha hecho furor la primera edición, ya agotada. Sobre la segunda, Pepe el Gordo no recibirá nada: «No acepté *royalty*. Cobré tanto de derechos y adiós. Detesto las complicaciones». Por su parte, el argentino Christensen ha filmado una película acerca del Gran Tema, «O Rei Pelé», que también agregó cruceiros a la alta montaña de millones. Pelé y Pepe el Gordo son socios en varias firmas poderosas, y todas estas entradas se consideran «complementarias».

Pienso en Baltazar, estrella ya apagada, que hoy carga bolsas en el puerto de Santos. Y pienso en Garrincha, que, tengo entendido, ha caído en desgracia. Lo digo. Pepe el Gordo, se señala la frente: «Pelé tiene fútbol y juicio», dice, «y Garrincha no». Detalles sobre el caso: «Abandonó a la mujer y a las ocho hijas. Esa artista ha sido su ruina». Opino que Elsa Soares bien vale esa misa. Se produce un lamentable equívoco y Pepe el Gordo me contesta que sí, que Él va a misa todos los domingos. Además, reza el rosario dos veces al día. Un buen católico. Un católico ferviente, que gusta cumplir los mandamientos. Todos. «Él, a una muchacha virgen, no la arruina. Ahí tiene usted la personalidad del chico». No fuma, no toma, huye de los clubes nocturnos. Adora a los niños y a los viejos. «Él es un hijo. Que apareció en casa. Y es mi problema: no descansaré hasta verlo en un altar o en una estatua, como ésa», dice, señalando el monumento a Garibaldi.

MARTES, 12 HORAS

Han llegado refuerzos al Columbia. Verdoux, Mansilla y Casimiro Rueda, en tropel. Presentaciones. Subimos. Él está durmiendo, todavía. Conversamos en la habitación contigua, frente al mar. Estéanse cómodos, dice Pepe el Gordo, con los zapatos apoyados en el alféizar de la ventana. «Le estaba diciendo al amigo, que Él, si no hubiera nacido gente, hubiera nacido pelota. El mejor jugador de fútbol de todos los tiempos». No lo contradigo, me da no sé qué, pero me estaba diciendo, en verdad, que Pelé es un prisionero del fútbol, y que no es feliz.

Mansilla se descuelga con palabras exóticas. Dice que teniendo en cuenta el precio internacional del oro fino de 24 quilates, que anda alrededor de un dólar y quince centavos el gramo, Pelé vale mucho más de lo que pesa, literalmente. A Pepe el Gordo no le caen bien esos cálculos, y afirma: «No hay dinero ni oro para pagar a Pelé. Él juega porque le gusta. No tiene necesidad de eso». Claro que no han faltado ofertas: cuando la gira del Santos por Europa, la Juventus de Turín ofreció 800 millones de cruzeiros, unos 800 000 dólares. Algunos directores eran favorables a la transferencia, y Él consultó a Pepe el Gordo. «Le dije: “Si tú me prometes que nunca saldrás del Santos, haré que te paguen todavía más en tu tierra”. Después, en el 61, llegó una oferta del Internacional de Milán; ofrecía un millón de dólares para el club, un millón de dólares para él y doscientos mil extras para que yo lo animara, además de la mensualidad que se me ocurriera pedir. Lo informé al chico, y Él me preguntó: “¿Y nuestro compromiso?”. Mansilla se remueve en el asiento: “Entonces”, dice, “usted estaba dispuesto a hacer el negocio”». Pepe el Gordo da un respingo: «No hay dinero en el mundo que compre mi palabra. La mayor parte de los periodistas cree que yo estoy explotando el nombre y la fama de Pelé...». «Pero ésa es una barbaridad», acota Verdoux, caballeresco: «Mi colega no ha querido sugerir semejante cosa». «Ahí tiene usted», dice Pepe el Gordo. «El mundo es hoy más materialista que espiritualista, y es difícil admitir que alguien haga algo de balde. Yo antes era libre; ya no. Antes vivía mejor, iba donde quería, era dueño de mí. Pero esta nueva tarea es una cruz: tengo 80 millones de brasileños que desconfían de mí porque soy extranjero». Y cuenta esa historia de la oferta del Internacional de Milán. Llegó el señor Ricci, y Pepe el Gordo, que presentía el soborno, escondió un grabador detrás de la ventana y metió un micrófono en la cortina. Después dio a conocer, por radio, la indigna proposición. Casimiro Rueda se pone serio:

—Es que si Pelé se fuera del Brasil, habría una revolución social.

—Usted lo ha dicho, Él no puede usar su habilidad fuera de donde Dios lo

colocó:

Pero Mansilla insiste. Da vuelta los ojos diciendo que admira la devoción y la amistad de Pepe el Gordo por Pelé, pero que las virtudes humanas son como briznas de hierba al sol, así de frágiles y quemadizas. «El dinero no se me pega a las manos», insiste Pepe. «A mí no me compran». Y se enfrascan en una discusión que recuerda al cronista aquel diálogo apócrifo entre Bernard Shaw y Samuel Goldwyn, en el que Shaw llegó a la conclusión de que no podían entenderse porque a él, Shaw, sólo le importaba el dinero, en tanto que a Goldwyn sólo le interesaba el arte. Pepe el Gordo diciendo que el dinero no había salvado al padre de una úlcera al estómago, que al amor no hay dinero que lo pague, que la condición humana no puede ser reducida a la condición material y que Pelé, Él, el chico, no es una mercancía. Y Mansilla respondiendo que no sea injusto con el dinero, que puede ser un buen instrumento en manos santas, que Von Braun y otros genios trabajan por plata y no por democracia, y diciendo:

—Es humano.

—Es malo, sí —responde Pepe el Gordo—. Usted lo ha dicho.

Verdoux, mientras tanto, bosteza con cara de escéptico desde su sillón.

MARTES, 14 HORAS

Aparece, por fin, Él. Sin altar: un felino no muy musculoso que me convida con un durazno. «Los nuestros son más chicos», dice, «y no salta el jugo, así». Tiene cara de sueño, todavía, la voz tomada por el resfrío; habla poco, en un español correcto, y sonríe, con cierta melancolía. «Mozart del fútbol», lo llamaron los europeos, deslumbrados por su estilo rítmico y elegante en las canchas; en Río de Janeiro las entradas se venden con meses de anticipación cuando le toca jugar, y los diarios de todo el Brasil se ocupan de su persona en las páginas editoriales; las trompetas anuncian Su paso por las capitales de todo el mundo. Pero Él no parece darse cuenta: ni encandilado ni abrumado por la gloria: soportándola, simplemente, porque así son las cosas.

Pelé no es este ser humano cualquiera. Se trata de un error. No puede ser Pelé este tímido muchacho que me habla de Dondinho, su padre, como de un jugador «mucho mejor que yo», aunque al cronista le consta que fue sólo mediocre, y que confiesa humildemente que se persigna antes de cada partido «para que no me lastimen» y después de cada partido «para agradecer»; no es Pelé este

muchacho de mirada ingenua que no comprende por qué, al mismo tiempo, la gente lo venera y lo odia.

«El desamparado, nunca soy yo», dice. «En canchas brasileñas, siempre el otro tiene razón. El juez o el adversario». La hostilidad de las tribunas ha arreciado en los últimos tiempos, sobre todo en el estadio de Pacaembú. Cuanto mejor juega, más lo silba, lo insulta y lo abuchea el mismo público paulista que, cuando Pelé viste la camiseta del seleccionado en otras canchas, le encomienda su alma. El Santos, un cuadro que no es de la capital del Estado, lleva ganados varios campeonatos nacionales e internacionales y Pelé es su estrella de oro puro: el público de la capital no lo perdona: «Yo no merezco eso», se defiende. «Yo no inventé eso que andan diciendo por ahí, de que soy el mejor jugador del mundo. Yo no tengo nada que ver. Créame que no soy un mascarado. Creo que el mejor jugador del mundo todavía no nació. Tendría que ser el mejor en cada puesto: como arquero, como defensa, como delantero». Le digo que demostró ser un arquero magnífico, recientemente, y que ha sido probado ya en casi todos los puestos. Menea la cabeza, alza los hombros, me mira, sin comprender por qué me empeño en creer que Pelé es Pelé.

Le pregunto si está de veras embrujado: una vez el público quiso incendiar el autobús donde iba, al fin de un partido, al grito de «¡Brujo!» «¡Brujo!», La sonrisa le moldea la cara como si fuera de goma. «Los italianos empezaron con eso», cuenta: «A decir que yo tenía una maquinita mágica y ponía dentro las fotos de la gente que yo no quería y esa gente se moría». ¿Y no es cierto? «Nooo...» dice.

¿Qué pasó con Independiente, en Buenos Aires? «Nosotros tampoco sabemos qué pasó». Pero cinco goles... «Cosas del fútbol». ¿Rolán no lo marcó muy duro? «Duro sí, pero sin mala intención, eh, ponga que fue sin mala intención». ¿No se siente acorralado, a veces, en la cancha? ¿No siente que el jugador que tiene enfrente busca la fama a costa suya? Hace una mueca: «Cuando un jugador duro marca a Pelé, es el doble de duro». ¿Por eso cree en Dios? ¿Porque tiene miedo? «Creo en Dios, porque es una fe. Y Dios me protege». Y a Peñarol, ¿no le teme? «En los amistosos, Santos sale para jugar y el equipo contrario, sale para ganar. Eso es lo que pasa. No me arriesgo en los amistosos. Cuando veo que puede pasarme algo, no me arriesgo».

¿Cuál es la pregunta más boba que le han hecho? «Y... tantas. Muchas preguntas bobas. Si me gusta jugar al fútbol». ¿Y le gusta? Se ríe. «De chico, me gustaba ser aviador». ¿Qué libro está leyendo, ahora? Dicen que le gusta leer. «Me gusta. Me gusta, sí. Sobre todo libros didácticos; todo eso del Far West y eso, no.

Ahora estoy leyendo unos cuentos de Mariazinha y “Problemas entre padres e hijos”. Cíteme algunos de los últimos títulos que leyó. Medita un rato y enumera: Sobre el amor y la felicidad en el casamiento, El libro de la naturaleza, Del fracaso al éxito, Relaciones humanas. ¿Y no lo aburren, esos libros? «Me los compra Pepe el Gordo», dice, «él compra los libros para que yo lea». ¿Pepe el Gordo? «Sí, mi apoderado». ¿Por qué vive en la casa de él? «Porque me comprende. Es raro que justo con un extranjero me fuera a entender. Porque yo tengo un temperamento difícil, sabe». ¿Por eso no se casó, todavía? «Muy temprano». Le pregunto si no se ha casado con el fútbol; dice: «El fútbol, antes, era un amor. Ahora es una profesión». Y en seguida da marcha atrás: «Claro que también tiene que haber amor, porque si no, no se puede». ¿No se puede qué? «Jugar». Así que no aceptaría que lo vendieran a un cuadro extranjero. Vestirá la camiseta del Santos hasta el final. «Por ahora, no tengo pensado irme. Después, no sé».

Y finalmente Pelé, el amigo de Jango Goulart, se descuelga con un simpatizante juicio sobre Lacerda en respuesta a mi pregunta: «Lo conozco, sí, pero sin hablar. Parece ser un hombre que gusta del trabajo y que sabe lo que quiere». ¿Y políticamente? «De eso tampoco entiendo nada».

Pepe el Gordo, que lo ha dejado solo durante demasiado tiempo, reaparece a sus espaldas. «Basta ya. Tienes que reposar», dice, «no debes fatigarte». Y Pelé, resignado, sube, a paso lento, rumbo a su habitación. Muchas decenas de miles de espectadores han pagado caras las entradas para verlo contra Peñarol y Él ha perdido el derecho de defraudar a los adoradores y a los curiosos y a los enemigos. Ese resfrío debe ser aniquilado antes del match, y lo será, sin duda. Para eso está allí Pepe el Gordo, con sus tabletas de Redoxón en la mano.

MARTES, 15 HORAS

Faena concluida. A la salida del hotel, encuentro algunos chiquilines peloteando contra la pared del Columbia que da a la calle Misiones. Me persiguen las voces: «Viene, viene». «Tuya». «Dale, Pelé». «Dejala, jala».

El sol me hiere los ojos, pero una brisa ha empezado a soplar, apenitas, desde el río.

(1963)

EL ESCLAVO Y EL EMPERADOR QUE NACIÓ TRES VECES

El 12 de febrero de 1912, The Times publicó un escueto despacho de Pekín: «La dinastía manchú ha concluido, hoy, 267 años de reinado». Pu Yi, el último de los Ching, sería recogido por la historia como un caso insólito: el único Emperador, en toda la historia de China, que una vez derrocado conservó la cabeza sobre los hombros. Bien puede decirse que nació tres veces: la primera, como soberano del Celeste Imperio; la segunda, como emperador de Manchuria, y en la tercera encarnación, el cronista lo descubre incorporado a las filas comunistas, ardiente de gratitud y entusiasmo.

LA MEMORIA EN CICATRICES

En este país alucinante, el pasado está vivo en las cosas y en la gente. Basta con mirar alrededor: las viejas callejuelas de Pekín, los altos muros de la Ciudad Prohibida, el foso; pagodas y palacios venidos de la leyenda; obras que se ofrecen a los ojos desde atrás de la pátina del tiempo. La memoria de la China milenaria se mezcla con la nueva China de la revolución.

Descubre uno las huellas de la opresión feudal en los pies deformes de las mujeres de más de cincuenta años, que parecen caminar sobre muñones: antes de 1911, era costumbre atar con trapos los piecitos de las niñas, para atrofiarlos. En opinión de los hombres, sólo las mujeres de pies minúsculos podían ser consideradas hermosas. Y descubre uno los rastros de la dominación imperialista en el estilo de las construcciones que los países opresores levantaron en las zonas de concesión. Desde las altas azoteas de Shanghai y Wuhan, he reconocido la arquitectura de cada país: hasta aquí, los japoneses eran dueños, hasta allí los norteamericanos, más acá los franceses, desde allá los ingleses, los alemanes. China, jugosa fruta madura, cortada en trozos y repartida. En la memoria en pie de las ciudades, el testimonio de la humillación; en la memoria y en el cuerpo de la gente, las señales del sufrimiento.

Conocí a un esclavo y a un emperador. Tan Yeng tiene, ahora, veintidós años, viste una larga capa oscura y zapatos de basquetball, y es funcionario del Palacio de las Nacionalidades. Un hombre reservado. Hay que arrancarle las

palabras como si fueran muelas, una por una.

EL MUNDO DEJÓ DE GIRAR

Es como si el tiempo se hubiera detenido, no ahora, sino miles de años atrás, homenaje y crimen de la historia: hasta 1959, hubo esclavitud en el Tibet. Cuando Tan Yeng tenía ocho años de edad, sus padres, que no podían mantenerlo, lo entregaron como esclavo a un terrateniente. En un valle entre las montañas, al noroeste de Lhasa, Tan Yeng trabajaba de estrella a estrella, a cambio de un puñado de cereales y un bocado de pan negro. Catorce horas diarias eran la jornada mínima: «Antes de que saliera el sol, dábamos de comer a las ovejas. Después, íbamos al campo. Un lacayo del terrateniente nos flagelaba con un arreador de cuero. Muy entrada la noche, después de dar de comer a las ovejas y a los camellos, nos acostábamos en los galpones de paja, junto a las ovejas. Eso era en el invierno. En el verano, dormíamos en el corral de caballos».

Mientras conversamos, me muestra una vitrina; objetos de uso de la «camarilla dominante»: un vestido de oro y seda, un collar evaluado en 48 000 yuanes de plata, crema dental Colgate, productos Max Factor, barajas de rummy-canasta, encendedores con mujeres desnudas ofreciéndose desde el estuche, de esos que se compran en los quioscos de las ciudades occidentales. En otra vitrina, los instrumentos de tortura para ser usados cuando alguien amenazaba rebelarse, cuando alguien se preguntaba: «¿Por qué quienes sembramos los cereales, no tenemos nada que llevarnos a la boca?». Argollas de hierro que se aplicaban en los tobillos, al rojo vivo, y penetraban hasta incrustarse en los huesos; pinzas para arrancar el corazón o los ojos; látigos, cepos. A un costado, jaulas muy estrechas, de madera. Y al otro, en vitrinas, los pellejos de algunos esclavos que fueron desollados vivos: hasta hace sólo cinco años, se exhibían a modo de advertencia.

Ahora Tan Yeng tiene ropa y zapatos por primera vez; aprendió a leer y a escribir; trabaja ocho horas. Aspira a ingresar al Partido Comunista, con tanto fervor como el emperador Pu Yi; como el emperador Pu Yi, y como todos los chinos que conocí, opina que el gobierno soviético es revisionista, que no quiere la revolución «ni deja que otros la hagan. Ellos están siempre en contra de los movimientos de liberación nacional; temen que una pequeña chispa encienda la guerra mundial. Ellos no apoyan las tempestades revolucionarias que soplan en el mundo desde la última guerra; no quieren que los demás se liberen». De Stalin, opina que «es un maestro del proletariado. Toda su vida se dedicó a la causa de la

revolución del proletariado». Y ya que hemos entrado en este terreno, continúa, sin esperar las preguntas. Tan Yeng, el muchachito tímido que se resistía a hablar, bombardea al cronista con *slogans* contra el revisionismo contemporáneo, la camarilla titoísta y los reaccionarios hindúes.

Al día siguiente, fui a ver al Emperador. Él también se mostró muy interesado por exponer sus ideas acerca de la polémica ideológica entre Pekín y Moscú. Me dijo lo mismo que el esclavo; hasta usó las mismas palabras. Las mismas palabras que yo había escuchado, ya, en boca de los campesinos de las provincias de Hopei, Kiangsú, Hupen y Kuahgtung, las mismas que me habían dicho los obreros de las fábricas y los estudiantes de las universidades, los intelectuales y los artesanos, los soldados.

LAS MEMORIAS DEL EX DRAGÓN

Pu Yi me cuenta, con entusiasmo, su historia: de cómo el hombre más poderoso de un poderoso país se convirtió en un humilde trabajador. De las fulgurantes túnicas de seda y oro al sencillo uniforme de dril azul abotonado hasta el cuello; de los sutras a El capital: largo camino.

Hagamos memoria, le digo. Antes de la caída, y antes aún: los primeros recuerdos, la vida en el Palacio. Pero él también quiere saber, de modo que pago mi impuesto hablando primero. ¿Montevideo? Sí, la ciudad inclinada sobre el río ancho como mar; mi gente. Le gustaría conocer América Latina, dice; lo esperamos, digo. Enciende un cigarrillo, me ofrece otro: «No, no gracias. Yo fumo Tian Shan, sabe, el equivalente chino de los Republicanos». Por debajo del uniforme asoma el puño raído de la camisa. Pu Yi nada tiene que ver con la imagen que me había formado de él. Construí mi personaje con el humo de la imaginación, y no niego que me defrauda un poco, ahora que lo conozco de carne y hueso. Creí que descubriría una cierta sensación de pérdida en el brillo de la mirada, una resignada tristeza en la cabeza que se inclina, manos de largos dedos huesudos: restos de la dignidad imperial. Pero no; este emperador parece un funcionario, un burócrata satisfecho de su destino. Sonríe durante los ciento veinte minutos, y habla torrencialmente. Mientras le escucho, último emperador de China, último de la dinastía Ching, me viene a la cabeza un recuerdo de pocos días atrás: las ramas atormentadas del árbol de sofora donde se ahorcó el último emperador de la dinastía Ming, al pie de la Colina de Carbón.

Pregunto a Pu Yi si conoció a su tía, la emperatriz Tzu Hsi. No se me irán de la memoria los lujosos salones del Palacio de Verano, que ella amplió con un crédito de millones de dólares que los mandarines ministros le proporcionaron para crear una escuadra. China no tuvo la flota de guerra que necesitaba, pero, en cambio, al pie de las Colinas Sagradas del Oeste, surgió un lago, y del lago brotó una isla, y en las orillas se alzaron pagodas y residencias de un lujo increíble. Un gran barco de mármol, custodiado por dragones, levantó su blanca quilla: «¿Mi escuadra? Hela ahí», dicen que dijo la emperatriz. No quisiera olvidar nunca aquel trono rodeado de leones tallados en raíces de abedul; la Sala de la Bondad y la Longevidad, donde la vieja arpía recibía a sus mandarines, oculta tras las cortinas de gasa; las vasijas de bronce y oro para quemar el incienso y la madera de sándalo; las maravillosas mesas labradas donde comía un bocado de cada uno de los 270 platos que se hacía servir cada mediodía. Allí, los mandarines más privilegiados aguardaban, temblorosos, que Tzu Hsi les arrojara algún resto de comida: era la gloria mayor.

Pero la historia me interesa, sobre todo, porque me parece estarla viendo pelear contra la muerte. Por todas partes, en el Palacio, las tortugas y grullas de metal expresaban la edad eterna de la Emperatriz; en el altar de un pequeño santuario está todavía el cuadro al óleo que una artista norte americana de nombre olvidado pintó, sin talento, para ella. Un retrato: Tzu Hsi tenía setenta años, pero ahí, en la tela, representa veinte; la última señora del Celeste Imperio peleando contra los años.

Sí, Pu Yi la conoció. La conoció como yo hubiera querido conocerla: mientras agonizaba. Dice: «Ella me llamó para que ocupara el trono, cuando yo era un niño de tres años. La vi una sola vez. Estaba tan asustado que me quedó una impresión profunda, para toda la vida». El primer recuerdo, un recuerdo de lágrimas: lloró, lloró. «Cuando la Emperatriz decidió que yo fuera el Emperador, me advirtieron que nunca más vería a mi madre, ni a mi abuela; que no podría salir nunca más del Palacio. Cuando entré al Palacio, vi muchos hombres, nunca había visto tantos hombres juntos, antes. Eso recuerdo». No es difícil imaginarlo: mandarines y cortesanos abriendo paso al diminuto enviado de los dioses, que arrastraba su capa resplandeciente y apenas si podía sostener en la cabeza la abrumadora corona de perlas bordada con hilos de oro, mientras se acercaba al trono reservado a los Hijos del Cielo. Y después de la ceremonia, entró en el dormitorio y la vio, alzando la mirada la vio: «Todo entre sombras — dice—. La cara demacrada, como de muerta. Me asusté y me eché a llorar. La Emperatriz ordenó que me dieran un caramelo y yo lo tiré al suelo. Sí, es raro que recuerde todo eso. Yo era tan chico. Pero lo recuerdo». ¿Ella se parecía al retrato? «No sé. Estaba muy flaca».

Pu Yi extrae sus propias conclusiones. El pequeño Dragón que vio cómo el Ave Fénix se moría, es hoy «un hombre verdadero, porque el Partido Comunista me salvó». De modo que explica al cronista: «Ya ve que en el sistema feudal no contaban los sentimientos humanos: me arrancaron de los brazos de mi madre. Pero después, aquello me empezó a gustar. Era un niño, y me sabía más poderoso que todos los grandes; estaban todos a mis pies; dignísimo, más alto que nadie. El poder real lo ejercía mi padre, aunque otra tía, la Emperatriz de honor, tomaba las decisiones graves». Le pregunto por su padre, Shai Fung: «Murió, en 1950. Pero después de la revolución del 11, él ya no se ocupaba de política. Se pasaba todo el día en casa».

RASGÁNDOSE LAS VESTIDURAS

Pu Yi, en cambio, no se pasaba todo el día en casa. No quería resignarse: ¿Sólo doscientos sesenta y siete años de dinastía Ching? ¿Acaso no merecían unos siglos más?

Quiso restaurar el Imperio. Los japoneses encontraron a su hombre. Él lo cuenta así: «Fui un traidor. Los japoneses aplicaban una política de agresión contra China, y querían usar a los chinos para dominar a los chinos. Yo vivía en la ciudad de Tientsin, cuando empecé las relaciones con ellos: estaban interesados en dividir a China para facilitar la invasión. Coincidíamos, porque yo quería seguir dominando al pueblo del nordeste y de todo el país. Entonces me convirtieron en Emperador de Manchuria; ocupé el trono en Changchun, desde el año 32. Figuré como Emperador durante catorce años. Por lo menos, tenía el título. Servía de pretexto internacional, comprende, la restauración del Imperio era una cortina de humo, el instrumento de la dominación japonesa». ¿Puppet?, le pregunto, saltando una vez, al menos, por encima del intérprete. Pu Yi, siempre sonriendo, asiente con la cabeza: no ha olvidado del todo las lecciones de inglés que recibió en la infancia.

Las palabras le golpean el pecho: «Si todos se hubieran portado como yo, hoy no habría socialismo en China. Nuestro país seguiría ocupado por los imperialistas».

ALELUYA, ALELUYA

En los alrededores de Pekín, se alza un gran edificio blanco. El visitante no puede dejar de sorprenderse, cuando se le informa que se trata del Instituto para la Reeducción de Burgueses. Allí, los miembros de las viejas clases dominantes que han decidido quedarse en China se asimilan a la doctrina de la nueva sociedad. También se practican experiencias de «reeducción» con los intelectuales que incurren en desviaciones: el individualismo, el idealismo burgués, no se pagan con la vida, al menos en un sentido literal; la solución es otra: el intelectual que ha errado la ruta, desaparece de circulación por un tiempo, es enviado a las comunas populares para limpiarse la cabeza de malas ideas, por medio del rudo trabajo de la tierra, la vida sana y largas sesiones de crítica y autocrítica. El caso más resonante de los últimos tiempos, ha sido el de Tieng Ling, la mejor novelista china, premio Lenin y ex presidente de la Unión de Escritores. Se conocen diversas versiones acerca de su destino. El poeta Ai Chin, por otra parte, ya «reeducado», ha sido readmitido en las filas comunistas.

Sobre su propia experiencia de reeducación, Pu Yi habla sin parar; parece arder de entusiasmo. Oportunamente, entona su mea culpa. Lavado de cerebro, dirán en Occidente; miedo a las amenazas, quizás. De todos modos, el cronista no tiene la impresión de que solamente esté pagando tributo a la vida que le perdonaron: en todo caso, este convertido habla de su nueva fe con una ingenuidad que parece convincente y que él quiere que suene con fuerza contagiosa: «Ni siquiera en sueños hubiera podido imaginarlo», dice. «Antes, yo estaba del lado de los imperialistas, había perdido el espíritu patriótico, estaba contra el pueblo. En otros países, y en mi propio país, en otro tiempo, los traidores eran condenados a muerte. Pero el Partido Comunista es tan grandioso que no aniquila al hombre físicamente, en su carne y hueso, sino que aniquila las ideas equivocadas. El Partido Comunista me hizo distinguir la verdad de la mentira. Fui reeducado; me trataron muy bien». ¿Preso? «En la Unión Soviética, cinco años, hasta el 50; después, volví a mi patria, al nordeste, a la ciudad de Fushung. Allí estuve, en el centro de reeducación, junto con muchos otros criminales de guerra. Había imperialistas japoneses, dirigentes del falso país de Manchuria, y los reaccionarios del Kuomintang, enemigos del pueblo chino. Entre todos, ni un solo condenado a muerte».

Se acaricia el cuello cuando dice que, antes, a los emperadores derrotados les cortaban la cabeza. «Sólo el partido del proletariado aplica esta política de

reeducación, sin precedentes. Descubrí poco a poco la verdad; reconocí mis crímenes. Visité todo el país, varias veces, para comparar la vieja China con la nueva China. Aprendí que es preciso apoyarse en el pueblo».

Salió en libertad condicional. ¿Y ahora? Le digo que recuerdo haber leído un artículo del mariscal Montgomery, hace un par de años, donde se hacía, al pasar, una referencia a Pu Yi, convertido en jardinero. «No —dice—. Trabajo en investigaciones históricas». ¿Investigaciones acerca de su propia historia? «También. Escribí un libro autobiográfico. Es una lástima que usted no lea chino; cuando se traduzca, se lo enviaré». El Emperador insiste en que, ahora, la vida es mucho mejor; al mejorar el espíritu, también mejoró la salud. Obra de la sociedad nueva. Para demostrarlo, informa: «Me casé, el año pasado. El primero de mayo, día de los trabajadores». ¿Con quién, si no es indiscreción? «Con una enfermera del hospital». No por primera vez, claro. «Por cuarta vez». Cuente, cuente.

CHERCHEZ LA FEMME

El primer matrimonio de Pu Yi no le es imputable. Sus padres le comprometieron, de niño, con una damita de familia noble. No quiere ni acordarse: «Al principio, decidían mis padres; después, decidían los japoneses». Pero dice que estaba enamorado de su segunda mujer, una estudiante de Pekín. Cuando los japoneses supieron que se pensaba casar, enviaron un general a Changchun, con la misión de advertir al Emperador que no se podría casar sin que ellos realizaran, antes, las correspondientes investigaciones. Investigaron, pues, en Pekín; finalmente, el General en Jefe del ejército japonés recomendó el matrimonio. Pero la china, según recuerda Pu Yi, odiaba al imperialismo: «Me hablaba de la opresión que sufría nuestro país». Se enfermó, la trataron médicos japoneses, murió. Al Emperador lo roían sospechas y desconfianzas: «Ellos no la atendieron bien. Ya en esa época el General en Jefe del ejército japonés se había instalado por su cuenta en mi Palacio. Vino a expresarme su dolor; en una mano traía flores y en la otra, decenas de fotos de jovencitas japonesas, para que yo eligiera. Pero yo no me quería casar con una japonesa. Ellos se metían en todas las cosas; querían manejar mi vida, controlar cada uno de mis actos. Yo los obedecía, aunque no siempre. Les dije que me casaría con la mujer que yo quisiera, y entonces me ofrecieron muchas fotos más, fotos de jovencitas chinas. Volví a rechazarlas. Elegí, por mi cuenta, a una estudiante de quince años. Estaba satisfecho con ella, porque me obedecía en todo. Pero después me divorcié».

Los chispazos de rebeldía de Pu Yi nunca demoraban en apagarse; temía que los japoneses lo sustituyeran por su hermano o su sobrino: «Tenía miedo de perder el poder, quería conservar mis intereses». Y como no podía ser de otro modo, extrae su moraleja: «Eso es característico de mi clase, la clase explotadora».

LEI FENG, STALIN, JRUSCHOV

La conversación salta hacia otros temas. Sobre Lei Feng, el soldadito chino recientemente descubierto e idolatrado como apóstol de Mao, dice Pu Yi: «Un hombre puro, magnífico soldado. Hizo todo para el pueblo; olvidaba los propios intereses, sólo para servir de todo corazón al pueblo. Por eso es un ejemplo para todos. En comparación con él, yo estaba en el otro extremo: sólo pensaba en la utilidad propia. Él fomentaba el estilo comunista: uno para todos, todos para uno. La clase explotadora cree que si uno no piensa en sí mismo, entonces le aplastarán el cielo y la tierra. Lei Feng, en el espíritu tradicional del proletariado, sólo pensaba en la felicidad del pueblo». Hablamos de Stalin, y el Emperador me repite, textualmente, algunas de las frases que he leído, antes, en el folleto Sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado, difundido por las autoridades. De Jruschov opina, como todos los chinos que conocí, que es malo y revisionista: Pu Yi considera que las divergencias entre los partidos de la Unión Soviética y China Popular no son superficiales, sino de principios. Hace una exposición detallada de los puntos de vista del Partido Comunista chino y concluye que, de acuerdo con la doctrina marxista, los problemas pueden ser resueltos con la derrota del revisionismo: «El revisionismo no puede ponerse muy firme. No siempre las nubes pueden cubrir el sol».

LA INCOMPARABLE GLORIA

Le pregunto si es miembro del Partido. No, no es. ¿Quisiera? «¡Oh, el título de comunista es un título muy noble! Estoy muy lejos, todavía, de alcanzar esa incomparable gloria. Me falta estudiar mucho más. Debo terminar de cambiar mis ideas, para poder conquistar tan alto objetivo. No todos pueden ser miembros del Partido. Los comunistas sirven de todo corazón al pueblo y a la patria; lo sacrifican todo. Pero ahora yo puedo estar al lado de seiscientos cincuenta millones de chinos compatriotas construyendo el socialismo. Ése es, para mí, un verdadero honor». El intérprete, nervioso, traduce: «Un verdadero horno».

Bebo la cuarta taza de té de jazmín. Sobre la porcelana, combaten dragones.

(1963)

CHOU EN-LAI

En entrevista exclusiva, el primer ministro se refiere a las puertas cerradas de las Naciones Unidas, a las clases sociales en la revolución de los suburbios del mundo, y a la influencia de los compromisos entre las grandes potencias sobre los movimientos de liberación. Se tocan, también, otros temas candentes: el papel de los partidos comunistas, Argelia y Cuba, las armas nucleares que China se propone fabricar por su cuenta. Chou En-lai dice no a la Quinta Internacional, y niega tener nada que ver con una famosa novela de Malraux.

Hacia más de treinta días que había visto a Chou En-lai, primer ministro de China Popular y vicepresidente del Partido Comunista, por última vez. Mi mano fue una de las dos mil quinientas manos derechas que estrechó la noche del primero de octubre, en la puerta de Tien An Men, mientras los fuegos artificiales estallaban en el cielo. El gobierno de la revolución había cumplido catorce años; el pueblo bailaba y cantaba en las calles de Pekín.

Aunque yo había hecho las gestiones para un reportaje, no tenía mayores esperanzas. Sabía que Chou En-lai no concedía entrevistas periodísticas desde hacía mucho tiempo, y me costaba creer que mi demanda pudiera cristalizar. Sin embargo, así fue, gracias a la buena voluntad de numerosas personas y a mi propia testarudez.

Estuvimos conversando durante una hora y media en una habitación del Hotel Pekín, rodeados de un enjambre de fotógrafos, intérpretes, taquígrafos y funcionarios. Chou En-lai habló con voz grave, pausada, y el cronista creyó descubrir cierta contenida tensión en los músculos de la cara, cejas espesas y sonrisa irónica, como de alguien acostumbrado a defenderse cortésmente de los enemigos. Diplomático sobresaliente, famoso por su fuerza de convicción y su habilidad para las negociaciones, hizo decir a Ben Bella, poco tiempo después, durante su gira oficial por el África: «¿Chou En-lai? Un buen señor. Y un señor sin apuro... Un hombre vibrante de inteligencia, extremadamente simpático y lleno de encanto; en definitiva, un gran señor». El periodista K. S. Karol ha dicho de él, que «su rasgo más saliente es estar completamente distendido y perfectamente cómodo en todas las circunstancias; sin duda tiene conciencia de su encanto, y lo utiliza».

¿Distendido? Detrás de los buenos modales, este refinado descendiente de mandarines oculta la crispación de la pelea. Más de cuarenta años ocupando su

sitio en las trincheras de la revolución: desde antes del viaje a París, en los años veinte, donde fue a estudiar y se inició en el marxismo-leninismo.

Mientras conversábamos, en los primeros días de noviembre del 63, fluían las imágenes, vertiginosas: el cronista creía verlo en las horas tempranas, las primeras rebeldías que se pagan con la expulsión de la universidad; el regreso de Francia, después; la expedición al norte de China contra los caudillos militares; la incansable labor de la difusión de la ideología marxista, de una a otra comarca, de una ciudad a otra. Y la Gran Marcha: Chou En-lai alcanzando la columna guerrillera que encabezaba Mao, atravesando ríos y escalando montañas a su lado; la larga guerra de resistencia contra los japoneses; la ofensiva que abatió a Chiang Kaishek; la victoria, las lágrimas y la sangre de la victoria. El peligro, siempre: los ocho periodistas que murieron en lugar de él, cuando una bomba que le estaba destinada hizo estallar el avión que se dirigía a Bandung y que Chou En-lai no había tomado por pura casualidad. Una vida, en fin, expuesta al riesgo y a la aventura, y hundida bajo la responsabilidad agobiante del trabajo de cada día hasta altas horas de la noche. Una vida entregada, como la de otros hombres de nuestro tiempo, a la nueva fe: víctimas y sacerdotes de la fiebre de la revolución.

Y ahora diciendo: «No espere ninguna revelación sensacional. Usted leyó los documentos de la polémica y conversó con el pueblo: ¿qué puedo agregar yo?».

LAS NACIONES UNIDAS; LA MÁQUINA DE VOTACIÓN

El cronista empieza, sin embargo, con su bombardeo de preguntas: —¿China sigue tan interesada como antes, en que se reconozca su legítimo derecho a formar parte de las Naciones Unidas?

Y el primer ministro contesta, resignado, midiendo cada palabra:

—En cuanto al problema del restablecimiento del derecho legítimo de China en las Naciones Unidas, no se trata de un problema de interés o desinterés. Desde 1949, el gobierno de la República Popular China se ha convertido en el único gobierno legal elegido por el pueblo, el único que tiene derecho a integrar las Naciones Unidas, de acuerdo con la Carta de esa organización. Sucede que la máquina de votación de las Naciones Unidas, está controlada por el gobierno norteamericano, que impone arbitrariamente al representante de la camarilla chiangkaishekista, repudiada por el pueblo chino. La ONU se ha convertido en un organismo sin representación del auténtico pueblo chino. De este modo, el papel que

juega la ONU en el mundo, se ve disminuido en gran medida.

EL CENTRO DE LAS CONTRADICCIONES DEL MUNDO DE NUESTRO TIEMPO

—Sabemos que ustedes consideran que Asia, África y América Latina constituyen el principal centro de las tempestades revolucionarias, el foco de las contradicciones del mundo y el eslabón más débil de la cadena imperialista. Además del proletariado y el campesinado, ¿qué otras clases sociales podrían desempeñar, a su juicio, un papel revolucionario en esas regiones? ¿La burguesía nacional?

—Ha formulado usted una buena pregunta. En efecto, nosotros consideramos que existen tempestades revolucionarias en Asia, África y América Latina, donde convergen las principales contradicciones. Son lugares de agudas contradicciones. Por un lado, los países imperialistas, encabezados por los EE.UU., disputan entre sí por el dominio de estas zonas. Por otro lado, las amplias masas obreras y campesinas, la pequeña burguesía, la burguesía nacional patriótica y revolucionaria, y los intelectuales patrióticos y revolucionarios, es decir, la aplastante mayoría de la población, se oponen al imperialismo, al nuevo y viejo colonialismo, a su opresión y control, y a las disputas de los países imperialistas por el dominio de esas zonas. Hay un auge de los amplios movimientos de liberación nacional. El filo principal de las luchas de los movimientos de liberación nacional se dirige contra el imperialismo norteamericano, porque éste intenta controlar esas zonas sustituyendo a los viejos colonialismos. Por eso, tienen lugar luchas antagónicas entre el imperialismo yanqui y sus lacayos por una parte y las amplias masas populares de estas zonas, por la otra.

También existen luchas entre el imperialismo norteamericano, los demás colonialistas y los seguidores de estos últimos. Incluso entre el imperialismo norteamericano y sus propios lacayos se libran luchas, cuando el imperialismo descubre que un lacayo ya no le sirve y entonces elige otro. El golpe de Estado militar en Saigón es un excelente ejemplo. Tanto Syngman Rhee, de Corea del Sur, como Ngo Dinh Diem, de Vietnam del Sur, son los mejores ejemplos. Por todo esto, a nuestro juicio, los días del imperialismo se van haciendo cada vez más difíciles. El imperialismo está cada vez más aislado en Asia, África y América Latina; llegará el día de su derrota completa.

LOS MOVIMIENTOS DE LIBERACIÓN ANTE LOS PACTOS DE COEXISTENCIA

—Ustedes han denunciado, violentamente, el peligro de que la coexistencia pacífica entre la Unión Soviética y los Estados Unidos implique un reparto del mundo entre las dos grandes potencias. A su juicio, la Unión Soviética y los Estados Unidos se pondrían de acuerdo a través de una nueva «Santa Alianza». ¿Consideran ustedes que un compromiso de esta índole podría desviar, frustrar o paralizar la acción revolucionaria de los movimientos de liberación en las colonias y semicolonias?

—*Trataré de contestarle de una manera simple. Hablando concretamente, cuando la URSS, los EE.UU. e Inglaterra concluyeron en Moscú un tratado tripartito de prohibición parcial de las explosiones nucleares, estaban abrigando el propósito de resolver los problemas del mundo entre unas pocas potencias, especialmente entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Se trata de un intento irrealizable, ante todo porque entre los Estados Unidos capitalistas y la Unión Soviética socialista, existen contradicciones fundamentales que no pueden ser resueltas. Echemos un vistazo al hecho de que, después de la firma del tratado, los Estados Unidos han continuado realizando pruebas nucleares subterráneas, y en la conferencia de desarme no se han conseguido nuevos resultados. El ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética entabló negociaciones en Nueva York y Washington, procurando acuerdos para nuevas medidas. No obtuvo resultados. Estos hechos demuestran que los Estados Unidos no quieren de ninguna manera aliviar la tensión internacional. Siguen engañando a los pueblos del mundo, siguen preparando la guerra, continúan su carrera armamentista, realizan amenazas nucleares y provocaciones armadas en todo el mundo. Tomemos en cuenta el ejemplo de Cuba: ¿acaso la intervención armada de los Estados Unidos ha cesado? Y la situación actual se vuelve aún más clara en Vietnam del Sur; Ngo Dinh Diem era el más obediente a las órdenes de los Estados Unidos; cuando dejó de desempeñar su papel correctamente, los Estados Unidos llevaron a cabo un golpe militar y mataron a su viejo lacayo. Si la tensión en las zonas que ellos mismos controlan no se ha aliviado, ¿qué decir de las zonas donde existen contradicciones fundamentales? Por eso, esta manera de pensar es irreal.*

—Temo que mi pregunta no haya sido bien interpretada. Quise decir esto: ¿Qué influencia podrían tener, sobre los movimientos de liberación en los países oprimidos del mundo, los compromisos asumidos por la Unión Soviética, de potencia a potencia, con los Estados Unidos?

—Sí, le entiendo. Creo que pueden ejercer un papel adormecedor durante cierto tiempo. Pero las contradicciones fundamentales existentes no van a ser resueltas, porque los pueblos de Asia, África y América Latina, es decir, de los países oprimidos de esas zonas, quieren independizarse, zafarse del control del imperialismo norteamericano. En esas zonas, el imperialismo quiere continuar su expansión y su política agresiva. Por eso, las contradicciones fundamentales no se van a resolver. ¿Cómo se puede hablar, entonces, de coexistencia pacífica? Mientras las clases oprimidas del mundo quieren la libertad, la liberación y el mejoramiento de la vida, las clases opresoras quieren seguir explotándolas. Entre unas y otras, la coexistencia pacífica no es posible. Los pueblos de los países del campo socialista están decididos a defender el sistema socialista: quieren fortalecer sus países y apoyar los movimientos revolucionarios en todo el mundo. Sin embargo, el imperialismo los sigue hostigando, ejerce amenazas militares, envía espías y los infiltra con el propósito de impulsar una llamada «evolución pacífica»; y con el propósito de realizar la «liberalización» de estos países. ¿Cómo se pueden resolver estas contradicciones? Los pueblos y países amantes de la paz se oponen a la agresión, mientras el imperialismo norteamericano quiere expandir sus armamentos, preparar la guerra y dominar despóticamente al mundo. ¿Cómo se puede resolver esta contradicción fundamental? Consideramos que si las diferentes clases de luchas se sincronizaran de una manera verdadera, se crearía una fuerza imbatible. Si se une la lucha por la liberación nacional de los países oprimidos de Asia, África y América Latina, con las luchas de los pueblos oprimidos y explotados que quieren la libertad, la democracia y el socialismo, y las luchas de los pueblos del campo socialista contra la intervención agresiva del imperialismo, así como las luchas de los pueblos amantes de la paz, se podrá poner coto a las provocaciones del imperialismo, que quiere desatar una guerra nuclear. Procediendo de esta manera, la paz del mundo será mantenida. Esto es todo lo contrario de mendigar la paz al imperialismo norteamericano.

NADIE MONOPOLIZA EL MARXISMO-LENINISMO

—¿Admiten ustedes que un país puede conquistar el socialismo sin la acción dirigente del Partido Comunista? El caso de Argelia, por ejemplo.

—En algunos lugares no hay partidos comunistas; se puede lograr, sin embargo, la victoria en las luchas por la independencia nacional. Eso ocurre, por ejemplo, en algunos países de África central, África del este y del oeste. En cuanto a Argelia, se trata de otra situación. Quien dirigió la lucha armada durante siete años y medio y logró el triunfo, fue el Frente de Liberación Nacional. El Partido Comunista argelino, al principio, no estaba de acuerdo, no apoyaba la lucha armada por la independencia nacional. Por eso, la dirección de

la revolución la tomó el Frente de Liberación Nacional. Si usted no dirige, otro vendrá.

—Mi pregunta no se refería solamente a la lucha por la independencia nacional, sino a la conquista del socialismo. ¿Puede un país, a su juicio, desarrollar la revolución socialista sin la presencia del Partido Comunista en la dirección del proceso?

—Si un país quiere hacer la revolución socialista, debe aceptar los principios revolucionarios del marxismo-leninismo. Y el marxismo-leninismo no puede ser monopolizado por el Partido Comunista. Cualquier revolucionario puede disponer de esta arma. Cuando Fidel Castro conquistó la victoria por medio de la lucha armada, no era miembro del Partido Comunista.

LOS ARMAMENTOS TERMONUCLEARES

—¿Se propone China poseer un armamento nuclear propio? ¿En qué plazo?

—Nosotros abogamos por la prohibición completa de las armas nucleares existentes, y su completa destrucción. Creemos que ésa es la manera de garantizar, cabalmente, que no estallará una guerra termonuclear. Tenemos la firme convicción de que los pueblos amantes de la paz realizarán un día ese deseo. El gobierno de la República Popular China ha dirigido, con fecha 2 de agosto, una carta abierta a los jefes de gobierno de los países del mundo, proponiendo una convocatoria a una conferencia de todos los jefes de gobierno, para discutir este problema. En la actualidad, ciertas potencias nucleares intentan monopolizar esas armas, y se oponen a la prohibición y destrucción cabal y completa de las armas nucleares. En esta situación, está claro que cualquier país del mundo tiene el derecho de fabricarlas. China, como país socialista, tiene todavía un derecho mayor, a fin de defender la paz mundial y oponerse a la provocación de una guerra nuclear. Usted me pregunta en qué plazo tendremos nuestras armas nucleares. Comprenderá que, en mi carácter de primer ministro, no puedo contestarle.

UNIDAD SÍ, DIVISIÓN NO

—Algunos observadores occidentales han sugerido que la polémica ideológica entre Pekín y Moscú, desembocará en la fundación de una V Internacional. ¿Lo consideran ustedes posible?

—Es cierto que el Partido Comunista de China y algunos partidos hermanos, tienen divergencias de principios con los actuales dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética sobre la comprensión del marxismo-leninismo y los principios revolucionarios de las dos declaraciones de Moscú, de 1957 y 1960, y su actitud respecto a ellos. Pero nuestras discusiones se realizan en el seno de las filas comunistas del mundo y no afectan las relaciones entre los partidos y los países. En otros términos, las relaciones entre los partidos y los países, son normales. Nosotros abogamos por la unidad; nos oponemos a la división. En cuanto a los titulares de la prensa burguesa, que presenta las cosas de una manera siniestra, nosotros creemos que la prensa burguesa abriga objetivos ocultos. Nada sabemos de la formación de una V Internacional.

El primer ministro de un país de setecientos millones de habitantes, cotiza en oro sus minutos.

Pero el cronista quiere saber algo más. Curiosidad personal: Malraux ha dicho que se inspiró en Chou En-lai para crear a Kyo, el personaje de *La condición humana*. Chou En-lai alza las cejas, sonrío, dice: «No sé qué es eso; no sé de qué se trata; nunca oí». Y vuelve a mirar su reloj pulsera, en el mudo lenguaje que los periodistas no entienden.

(1963)

(El texto de este reportaje coincide exactamente con las versiones taquigráficas correspondientes, de acuerdo con la traducción del intérprete. Chou En-lai no quiso responder en otro idioma que no fuera el chino: «Nos obligaron a hablar inglés durante muchos años. Ahora, en China, hablamos chino», me explicó).

LOS BLUES DE SIBERIA Y LAS BRUMAS DE PRAGA

Ella ha bailado su décimo *twist* en la noche; ahora se sienta. Moja los labios en la copita de slivovice, retoca la todavía orgullosa estructura de su pelo batido, enciende un cigarrillo. Sigilosamente se descalza bajo la mesa. Alguien le dice un secreto al oído; sonríe. La música recomienza, una estridencia big beat de trompetas y batería, pero parece que esta vez prefiere no bailar. Piensa: el tranvía 20 es lento como una tortuga, Praga es lenta. Ella tiene ya dieciocho años, y sabe algunas cosas acerca de sí misma. Por ejemplo: que odia el aburrimiento. Por ejemplo: que todo lo nuevo es siempre bueno.

Las cuatro de la mañana en la plaza de Wenceslao. Comemos salchichas en un quiosco, con un amigo de hace diez minutos. Hace frío en el fin del otoño; la nieve, prematura, se deja estar sobre los tejados. «Lo recuperamos», dice mi amigo. Tiene un libro en la mano, primera edición desde los años de la guerra: se llama *La metamorfosis*, y su autor, Franz Kafka, está de moda. Acaba de ser redescubierto en su propia patria, este genio torturado y solísimo; checo al fin, gloria nacional, hasta se ha organizado un congreso para discutir su obra. La angustia ya no se considera una mercancía capitalista.

Un periodista del *France Soir*, el conocido diario sensacionalista, escribió la semana pasada un ingenuo artículo para expresar su sorpresa: ¿Qué es esto? ¿Saint-Germain des Prés? Él había estado en Budapest en 1956, había visto tristeza, opresión y miseria en la Hungría de Rákosi; ahora, según dice, encontró un mundo completamente distinto: *twist*, moda italiana, perfumes franceses, gente discutiendo y criticando en voz alta. «El terror desapareció», escribe.

Los años transcurridos desde la violenta crisis de otoño del 56 han puesto a prueba nuevas experiencias en los países socialistas del este de Europa. La superación de los métodos arbitrarios de la época de Stalin, la reorganización de la economía sobre la base de cierta descentralización, y la elevación del nivel de vida del pueblo, han coincidido con una intensificación de los intercambios culturales con Occidente. El aflojamiento de la tensión interna, el deshielo, se da simultáneamente con el descubrimiento de algunas atractivas luces del modo de vida de aquende la llamada cortina de hierro. La nueva situación hace nacer, como consecuencia, nuevos apetitos, sobre todo en las recientes generaciones, a veces en franca desproporción con las posibilidades de los países. Los consumidores golpean, ahora, impacientes, sobre las mesas: ha llegado su turno, y los jóvenes no

tienen por qué recordar las pasadas penurias que no padecieron en carne propia.

HASTA EN SIBERIA

Ocurre también en la Unión Soviética; ya se sabe que Nikita Jruschov significa, precisamente, eso: el anhelado fin de los largos años de sacrificio y espera, la apertura de las ventanas y puertas que dan al mundo occidental. La dura etapa de las «marchas forzadas» ha quedado atrás, y el desarrollo de la base económica ha hecho posible, al fin, que se destruyeran muchos diques que alguna vez parecieron indestructibles. Los rusos aplauden enloquecidamente los números de crítica de la burocracia, en los teatros de variedades: ahora cualquier humorista puede estar seguro que basta la pantomima de un diputado que va en coche, olvidado de sus electores, para arrancar truenos de risa de aprobación al público; nada mejor que imitar a un funcionario con mucho poder en las manos y aserrín en la cabeza, para que una ovación sacuda la sala. Los lectores devoran, cada mañana, las páginas de crítica y denuncia que *Izvestia* publica. Uno descubre, ahora, la elegancia en las calles de las ciudades: zapatos de taco alfiler haciendo precario equilibrio sobre la nieve, Chanel para las damas, y para los caballeros algunos sombreros tiroleses con plumitas en vez de los tradicionales gorros de astracán. En el Teatro Pushkin, de Leningrado, me tocó sentarme entre un grupo de estudiantes norteamericanas que estaban pasando sus vacaciones en la URSS; escuché *blues* en las radios de Siberia y canciones de Nat King Cole en las de Moscú; vi a los muchachos ucranianos aprendiendo a bailar, con dificultad y entusiasmo, la música prohibida: *twist*, bossa nova, bossa nova, *twist*; en épocas de Stalin, el fox-trot se bailaba, dicen, con ritmo de polka, y el tango, al compás de venerables pas-de-quatre: valeses, siempre valeses.

EL «REALISMO SOCIALISTA» EN LOS MUSEOS

Al influjo de los intercambios culturales, el anquilosado estilo romántico de la coreografía rusa sufrió recientemente el impacto de la visita del *ballet* moderno de los EE.UU., muy bienvenido por el público y tratado con reticencia por la crítica especializada. Durante la pasada primavera, Jruschov lanzó su ácida diatriba contra el arte abstracto, pero eso no ha impedido la apertura de una exposición de pintura norteamericana actual, en la que las obras no figurativas son mayoría. En la última década, los tiempos han cambiado; Gomulka pudo decir, a propósito del

punto de vista de Nikita: «No sé nada de arte abstracto; en consecuencia, no puedo opinar». Y los checos afirman que la filípica no les sirve; ellos tienen su propia tradición de arte moderno, y en la actualidad, la gran mayoría de los pintores trabaja lejos, muy lejos del naturalismo. Visité muchas galerías y salas de exposiciones en Praga; del académico «realismo socialista» no queda más que alguno que otro residuo, pieza exótica, sospecho, de aquí a unos pocos años. Gustador de la tipografía y el *collage*, como soy, tuve la suerte de asistir a una memorable retrospectiva de Hoffmeister: caricaturas de los años veinte, dibujos políticos a propósito de la segunda guerra, y un «bestiario» sobre temas de Kafka y Brecht. Digo Hoffmeister y es como decir arte aplicado. El célebre ilustrador ha invadido todos los campos: portadas de libros, afiches, combinación de figuras y textos literarios. En Checoslovaquia hay también un fuerte movimiento de artistas plásticos que se ocupan de los diseños aplicados a la industria y a la arquitectura. La audacia está allí, la búsqueda de caminos nuevos: no es preciso visitar las salas de exposiciones y admirar cada cuadro preso dentro de cada marco; basta con caminar, simplemente, por la calle. Los murales anunciando espectáculos, por todas partes, demuestran que los checos no se han quedado atrás de los polacos en las artes gráficas modernas; también las portadas de libros, en las vidrieras, ofrecen el testimonio de la exploración y es un placer estarse allí nomás, quieto, mirando. Uno ve todas esas combinaciones de viejas retículas y viñetas de épocas remotas, con tipografía moderna y manchas de pintura abstracta, y es como estarla viendo a Praga: intacta en todo el orgullo de los siglos transcurridos, chimeneas, puentes, pasadizos, la melancolía de los callejones, y al mismo tiempo resplandeciente de nuevas experiencias en la vida cultural y en la vida a secas. Desde el puente de Carlos IV, puede uno ver, simbólicamente, el pedestal, y sólo el pedestal, que alguna vez sostuvo la gigantesca estatua de Stalin en la colina.

LOS MOVIMIENTOS EN LA ESCENA

No es casual que Praga asista, hoy día, a un florecimiento del teatro independiente, muchas salas recién nacidas donde puede uno ver las obras de Ionesco, Beckett, Albee u Osborne, y escuchar conciertos de *jazz*; del bueno y del otro. (Está de más aclarar, creo, que Paul Anka, Neil Sedaka y cierto *rock'n roll*, también me resultan insoportables en un país socialista; el tiempo se encargará, confío, de separar la paja del grano). Lo importante es ver los nuevos caminos abriéndose en abanico, las piezas muy de nuestro tiempo, los muchos elencos ensayándolas: desde el teatro negro a base de juegos de luces y pantomima, a las obras de algunos nuevos creadores, Milan Kundera, pongamos por caso: en El

dueño de las llaves, su gran éxito, la asfixia de la vida pequeñoburguesa se expresa a través de la desintegración del lenguaje, al estilo Ionesco pero con un cortante filo de crítica social.

UN ESPECTÁCULO ÚNICO EN EL MUNDO

La linterna mágica es el espectáculo más interesante que me tocó ver, en este sentido. Se trata de una experiencia nueva, nacida en la exposición mundial del 58, en Bruselas, y que en la actualidad sólo se exhibe en Praga. Es una síntesis de todas las nuevas disciplinas teatrales, combinadas con la acción teatral clásica y la proyección múltiple de filmes, hasta en cinco pantallas simultáneas; súmense los efectos de sonido estereofónico, el *ballet*, la música, las marionetas. Ya Eisenstein había introducido fragmentos de cine en sus espectáculos teatrales, y algo parecido se había hecho en el teatro de Darmstadt, en Alemania. «Para dar un clima de revolución, Piscator podía proyectar, sobre un telón de fondo, un desfile de soldados», me dice Emil Radok, uno de los creadores de *La linterna mágica*, quien no olvida los antecedentes checos: Emil Burian con sus proyecciones de símbolos; el propio Alfred Radok, hermano de Emil, en las comedias. «De todo esto surgió la idea de usar las películas de otra manera, con un valor dramático propio, equivalente al del teatro; cine y teatro mezclados en igualdad de condiciones: un solo espectáculo complejo que resulta de la combinación de varios. Entre la acción viva y la acción filmada, debe haber una conexión más profunda, entonces, una tensión dialéctica: la acción se desarrolla a un nivel más alto que el que podrían alcanzar los actores solos en escena».

Se usan trucos muy complicados; en materia de cine, Emil Radok es un experto en trampas: ha llegado a ofrecer espectáculos en doce pantallas simultáneas, con la ayuda de máquinas sincronizadores. Para el Fausto, *La linterna mágica* dispone de cinco pantallas: se les ocurrió pedir prestadas al museo marionetas de principios del siglo pasado y filmaron, con la ayuda de viejos artesanos, una película en tercera dimensión: los feroces muñequitos, costuras y piolines a la vista, se le vienen encima a uno, pero sin salirse del estilo de los creadores populares de tiempos bastante remotos. En cambio, me resultó un poco chocante una adaptación del *Otelo* al nivel de comedia de cine mudo, con maridos celosos que se escurren de una pantalla a la otra y aparecen y desaparecen de los roperos; me defraudó, también, la ópera: es un género que nada tiene que ver con *La linterna mágica*, sobre todo en esta puesta en escena tan estática, y aunque Václav Kaslik paseó las cámaras con imaginación a lo largo de las monstruosas

cavernas de Hoffman, y se entretuvo filmando engranajes o maniqués y telas de arañas, la música de Offenbach y los diálogos estridentes sonaban como de otro mundo; la ópera por un lado, el cine por el otro. En este caso, creo, la mezcla no resultó; agua y aceite.

En el caso de Variaciones, por el contrario, el estilo periodístico, dinámico, se ajusta muy bien a las posibilidades del nuevo experimento. El sonido estereofónico permite, por ejemplo, que un corredor de resistencia dé varias vueltas a la sala y entre a la escena y salga de ella; el espectador escucha un divertido diálogo con un periodista que intenta arrancarle declaraciones; las voces suenan a la derecha, atrás, a la izquierda, hasta que se reencuentran, adelante, con las imágenes. Otro ejemplo: la proyección múltiple de filmes para producir vértigo; un actor se mueve contra el fondo de una calle llena de autos que se abalanzan y gente que se aparta, despavorida. Cuando el actor vivo sale de la escena, entra en la pantalla, patinando.

Largas discusiones, en Praga: ¿No serán incompatibles, el cine y el teatro? Hay quienes opinan que el cine lo muestra todo, en tanto que el teatro sólo sugiere: brinda una tormenta para cada espectador, una batalla para cada imaginación. La mezcla que La linterna mágica intenta realizar sería, pues, una especie de profanación: teatro coagulado. El cine es esencialmente realista; el teatro, un campo abierto a la fantasía de cada cual. Otros dicen que La linterna mágica no puede llegar más allá del *music-hall*, una especie de reivindicación de un género en decadencia. Pero quizás es demasiado pronto, todavía, para aventurar juicios acerca de una experiencia recién nacida. Todo es posible para ella, todo está permitido. ¿Por qué no? ¿Por qué no Brecht? Radok me contesta: «Sí, queremos hacer programas sobre un solo tema. Estamos preparando cuatro piezas dramáticas; escogeremos la que salga mejor. Sabe usted, el espectáculo tiene sus exigencias: las obras deben permitir el despliegue de muchos recursos en la proyección y en la acción. Estamos preparando Karel Capek, su pieza La vida de los insectos; también Alicia en el país de las maravillas, adaptada a la época de hoy, y Robinson Crusoe».

AUTÓGRAFOS

Justo en los días que pasé en Praga, se estrenó allí la obra de Edward Albee, ¿Quién teme a Virginia Woolf? El propio autor estaba presente, y como también John Steinbeck había sido invitado, ofrecieron una conferencia de prensa. «Estoy

cansado de escuchar mi propia voz», empezó diciendo Steinbeck, y siguió escurriendo el cuerpo durante toda una hora, con frases por el estilo de «Por favor, no me pregunten eso; hace sólo tres días que estoy», o bien: «Ha formulado usted una pregunta muy simple. Me tomaría un año contestar, o, por lo menos, seis meses. Le escribiré; quizás en dos años». Dijo que no cree en la destrucción de la novela, aunque sí en la destrucción de los novelistas; que la sociedad de la abundancia pierde el sentido del humor; que en este mundo de 1963 ya no hay tiempo para escribir novelas de cuatrocientas páginas: un libro corto es como un momento, dijo, uno largo es como una vida. «Ahora sólo escribo mi nombre. Estoy muy cansado».

Habló con voz ronquísima, y parecía que las palabras le empujaban el mentón hacia adelante, el mentón y la barba; cuando Albee, muy nervioso, comedor de uñas, quería decir algo, Steinbeck lo hacía callar ofreciéndole habanos y gastándole alguna broma, con chispas en los ojos rojos. El cronista se divirtió viendo al pichón iracundo de dulce mirada, picoteando al lado del gran cóndor de puro oro nóbel. Creo que sólo alcanzó a decir algo como que en Checoslovaquia había visto la representación de su obra y no había entendido ni una sola palabra, mientras que en los Estados Unidos había entendido la mitad. Así transcurrió la cosa hasta el final, salpicada por los relámpagos de los *flashes*; finalmente, las fans se acercaron a pedir autógrafos, un avispero; Steinbeck no estaba tan solicitado y pudo escurrirse: salió con su bastón y su sombrero gris, de astracán, regalo ruso. Alguien me viene a buscar:

—¿Y? ¿Qué tal la conferencia?

—Boba, boba.

—Ah, si hubiera estado cuando vino Sartre, hace un par de meses. Eso sí que estuvo bárbaro.

WEISS Y JASNY

Capítulo cine. Orgullo nacional: después de Italia, Checoslovaquia fue el país que ganó más premios en los festivales internacionales de este año. Y eso, «a pesar de que es un país socialista», como me hizo notar un especializado. Vi el último film de Jiri Weiss, *Los helechos de oro*, y el premio de la crítica en el festival de Cannes: *Cuando viene el gato*, de Vojtech Jasny. La de Weiss es una adaptación

de una vieja leyenda: la maldición que cae sobre un campesino miserable que quiere escapar de su clase y es sacrificado en los salones con espejos y con Dana Smutna, la Julieta de Romeo y las tinieblas, que el lector recordará.

Lo de Jasny es algo muy distinto. Filmada en la ciudad de Tele, al sur de Moravia, Cuando viene el gato es una obra de espontaneidad y fantasía; bajo la mirada mágica de un gato, los hombres aparecen en distintos colores que delatan su personalidad. El animalito se quita los lentes y allí están, amarillos, los infieles; rojos, los amantes; grises, los mediocres y cobardes; violáceos, los hombres extraños. «He querido decir que la mentira, la hipocresía y la falsedad corroen nuestra sociedad», ha dicho Jasny, obviamente; pero en todo caso los nuevos directores socialistas ya no necesitan remontarse a los años de la guerra para poner al rojo vivo los alambres de la autocrítica social. Alegoría sobre la verdad y la mentira, las caras y las máscaras, Cuando viene el gato podría ser considerada esquemática e ingenua, por los hombres sabios; a mí, me pareció simplemente fresca, sobre todo en las escenas donde aparecen los chicos. Quizás está de más toda la parte de la búsqueda, los discursos y todo eso, pero son de alto nivel los minutos consagrados a los amantes jugando al ajedrez con las copas de vino; los cuerpos tendidos desdibujándose, uno junto al otro, uno en el otro, sobre la carreta de trigo. Sin olvidar, claro, a Jan Werich, el gran actor checo con cara de Hemingway, a quien vi también en una serie especialmente filmada para la televisión.

TRNKA, ABURRIDO DE TANTA MORAL

Bonachón, espesos bigotes blancos ligeramente levantados en las puntas, grandes ojos claros, Jiri Trnka es un viejo conocido de los montevideanos; estuvo por aquí hace cuatro o cinco años, y además, ¿quién no ha visto por lo menos una de sus películas de muñecos? Lo fui a visitar a un viejo convento jesuita donde tiene instalados sus estudios; la sala del primer piso, donde se realiza la filmación, está impregnada de historia: fue, en su época, la más importante de Praga; allí Beethoven y Liszt ofrecían sus conciertos. Ahora están, sobre las mesas, los muñequitos articulados de goma, madera y metal. Reconozco a los personajes del Sueño de una noche de verano, uno por uno; juego con ellos mientras conversamos, los hago inclinarse, saludar, tocar la trompeta, correr. «Estoy muy cansado de la moral», me dice Trnka, «tanta moral; estamos haciendo demasiada moral con las películas; siempre la pedagogía. Cuando estuve en América Latina, me pidieron algo más jubiloso. Quiero hacer algo muy alegre, poético, sin tendencias... y un poquito amoral». ¿Por ejemplo? «Boccaccio». ¿El Decamerón? «Sí. Pero por favor no publique eso. Estamos experimentando, y sale muy bien; las escenas más groseras, hechas con muñequitos no chocan para nada; pero no lo publique», Dice que no le gustan las sátiras acerca de las ideas y las instituciones; prefiere la crítica de los seres humanos concretos. Quisiera hacer algo sobre una mujer muy bella y muy tonta, pero ahora está ocupado ilustrando un libro del poeta Nerval, su amigo muerto, y comprando los regalos de Navidad. Abuela cibernética fue lo último que hizo, el año pasado: un mediometraje. La producción total de los estudios, abarca ya seis largometrajes y veinte cortos, 2200 metros de película por año; el cronista se sorprende cuando Trnka le informa que sólo trabajan veinticinco personas allí, incluyendo al personal de administración. Él mismo diseña personalmente todos los muñequitos, y los arma. De los muñecos de cristal no se ha ocupado nunca: Zeman lo hace, en Gottwaldov. Trnka prefiere, claro, de todas sus películas, la última, y la que más le interesa, siempre, es la que viene. Si no fuera lo que es, dice, le gustaría dedicarse al dibujo; él empezó así, dibujando en la Academia. Dibujó y pintó hasta el fin de la guerra, cuando nació su vocación por los muñecos. ¿Heredero de los artesanos de los siglos pasados? «Todos sentimos esa tradición, siempre». ¿Nueva ola checa en materia de títeres, marionetas, muñecos, dibujos animados? «Cómo no; Pojer, por ejemplo. Está haciendo muchas cosas nuevas. Antes, él trabajaba aquí, conmigo». Hablamos de UPA y tuerce la boca: «Todos, hasta nosotros, hemos estado haciendo películas para festivales, para entendidos solamente, sin volcarnos hacia el gran público». ¿Ustedes también? «Nosotros hemos hecho muchas experiencias y yo no tengo

mala memoria; así que las películas experimentales ya no las dejamos salir de estudios». ¿Se refiere a la gente de UPA? «Por ejemplo, un corto sobre un asesino...». ¿El corazón delator? «Ése, sobre un relato de Poe, muy bien hecho, muy lindo, pero no me puedo imaginar a la mayoría del público gustando eso». Hablamos de Walt Disney; inevitablemente comparo sus estudios industriales y sus miles de funcionarios, con el tallercito artesanal de Trnka. Pero él dice: «Ahora hay una moda en Europa: hacer chistes malos contra Disney. Y sin embargo, todos nosotros hemos aprendido algo de él».

(1963)

BRASILIA A LA HORA DEL CUARTELAZO

En Brasilia, la ciudad que parece de otro planeta, los políticos siguen actuando como si efectivamente vivieran en otro planeta. Realicé allí diversas entrevistas, en estos días de abril del 64, y asistí al espectáculo de un Congreso aplastado por el aburrimiento y la cobardía, donde se sigue escuchando un discurso atrás del otro, sonoras palabras ante salas vacías, y donde los legisladores que han sobrevivido a la inquisición de los militares, piden disculpas a viva voz, abriendo los brazos en forma de cruz: «Yo no soy comunista», escuché decir mil veces, «ni criminal, ni ladrón. Algunos de nosotros fuimos engañados, envueltos en una siniestra conspiración internacional. Pero somos inocentes». En los pasillos se habla insistentemente de una reforma constitucional que permitirá prorrogar el mandato de Castelo Branco hasta 1967, pero ello no impide que se barajen con generosidad nombres para la próxima presidencia. Al fin y al cabo, fue gracias a maniobras en nada diferentes de los típicos enjuagues de la politiquería tradicional brasileña, que Castelo Branco pudo obtener el apoyo de Kubitschek y buena parte de los votos del Partido Trabalhista: el Congreso lo prefirió, así, al general Kruel, otro conspirador triunfante que había obtenido ya el apoyo del recién derribado presidente Goulart.

Los partidos políticos brasileños, mordidos por sus contradicciones internas, están desintegrados; navegan en un conveniente mar de incoherencias, ambigüedades y vacilaciones. Los legisladores ansían hacer buena letra ante las fuerzas armadas y mantenerse cada cual en el cargo, muy bien remunerado, que ocupa. El dirigente del PTB, Doutel de Andrade, me dice que «el estómago es la vergüenza de la cara», cuando yo lo interrogo sobre la responsabilidad de los legisladores trabalhistas cómplices del régimen militar; el flamante ministro Juarez Távara me afirma, por su parte, que Paulo de Tarso fue «uno de los hombres que más daño hizo al Brasil en toda su historia», aunque Paulo de Tarso, ex ministro de Goulart, es miembro del mismo partido que Juarez Távara.

Sólo una función decorativa está reservada a los retóricos oradores que se estremecen de emoción mientras pronuncian sus profesiones de fe democrática. El poder real está concentrado en otras manos: otros hombres, con los pechos cubiertos de medallas, dedicados a conspirar entre golpe y golpe, son ahora los protagonistas únicos, en una escena de donde las fuerzas populares se retiraron sin disparar un tiro ni derramar una gota de sangre.

Para conocer el alcance del «poder civil», basta reproducir este fragmento de la entrevista que me concedió, amablemente, el ministro de Justicia del régimen naciente, doctor Milton Campos. El doctor Campos es uno de los pocos miembros del nuevo gobierno que no luce uniforme. Le pregunté:

—¿Considera justo que Oscar Niemeyer, creador de este edificio donde estamos conversando, no pueda regresar al país porque hay orden de captura de la policía política contra él?

El ministro se quedó mirando sin pestañear. Parecía sinceramente asombrado. Preguntó:

—¿Hay orden de captura contra Niemeyer?

—La prensa lo publicó.

—¿Cuándo?

—Hace cinco días.

—¿Y dónde está él, ahora?

—Dicen que en Ghana.

Ordenó al secretario que consiguiera los diarios de esa fecha, porque la información, dadas sus funciones, le interesaba; pero al mismo tiempo advirtió al cronista:

—Espero que no aparezcan nombres en este reportaje.

Y para tener una idea de las fuerzas que movieron, entre bambalinas, el brazo de Castelo Branco y los demás usurpadores, será útil leer la entrevista que sigue.

BILAC PINTO: «EL EMBAJADOR NORTEAMERICANO ME LO DIJO»

Tres meses antes del golpe militar, el ministro de Guerra, Jair Dantas Ribeiro, recibió la visita de Bilac Pinto, presidente de la UDN (União Democrática Nacional), agrupación política de la derecha brasileña. El diputado Bilac Pinto advirtió entonces al ministro que una guerra revolucionaria estaba en curso, y que ya los comunistas habían llegado a la tercera etapa en sus planes de toma del poder. Jair Dantas le contestó: «En materia de guerra, el ministro del ramo soy yo. No tengo conocimiento de la existencia de ninguna guerra revolucionaria, ni me interesa hablar de eso. Retírese».

Por esos días, Bilac Pinto formuló la denuncia desde el Congreso, y exhortó a la población civil a desbaratar, a través de la lucha armada, la conspiración comunista.

Bilac Pinto, que sostenía conversaciones con Castelo Branco desde marzo del año pasado, ha sido señalado como el articulador del golpe militar en el ámbito del Congreso.

Para interrogarlo acerca de su participación en la «revolución redentora», y para conocer por mis propios medios las sensacionales pruebas que revelaban la guerra revolucionaria en preparación, fui a verlo a su residencia, en una supercuadra de Brasilia. Conversamos largamente, mientras la señora esposa se quejaba por la falta de vida social en la capital brasileña, y el cronista deslizaba sus ojos por la biblioteca: fórmulas de seguro éxito económico recetadas por Ludwig Erhard; *O progresso pela Aliança*, de Lincoln Gordon; el tratado de guerra psicológica de Paul Linebarger, y de la otra guerra: *Mao Tse-tung on guerrilla warfare*, por Samuel Griffith. También abundante literatura jurídica, y novelas policiales, sin olvidar el mamotreto superproducido de León Uris, *Exodus*, y una colección encuadernada de *Selecciones de Reader's Digest*, en la que este poderoso banquero ha podido encontrar, sin duda, abundantes fuentes de inspiración para sus tesis: ser experto en guerra revolucionaria, no es moco de pavo.

EL FANTASMA COMUNISTA

«Podría decir que toda mi actividad política, de un año a esta parte, se desarrolló en el sentido de impedir que la guerra revolucionaria que estaba en preparación, tuviese éxito», explica el diputado udenista. Y continúa:

—*João Goulart actuaba como cómplice, por acción o por omisión, de la revolución comunista que se estaba gestando. Permitía que Brizola, violando la ley de seguridad del Estado, predicara la guerra revolucionaria y la organización de guerrilleros —los «grupos de once»— a través del servicio público de radiodifusión; permitía, a pesar de todas las advertencias nuestras, la infiltración comunista en los cuadros de gobierno; apoyaba los órganos sindicales ilegales, como la CGT y la PUA, controlados por los comunistas; fomentaba huelgas políticas; intentaba subvertir la disciplina de las fuerzas armadas.*

—*¿Por eso decidieron derribarlo?*

—*Quiero aclarar mi posición. Ya le dije que mi esfuerzo, mi gran esfuerzo, consistía en alertar al presidente.*

—*¿Pero no estaba él comprometido con esa guerra revolucionaria que usted denunció?*

—*Goulart se dio cuenta de que no podía dar un golpe de Estado porque no contaba con los gobernadores de algunos estados importantes ni con el apoyo de las fuerzas armadas. Supuso entonces que podía utilizar a los comunistas a favor de su golpe. Pero el Partido Comunista se lo iba a devorar; el Partido Comunista sólo está de acuerdo con la dictadura del Partido Comunista.*

—*¿Existían pruebas concretas de que se preparaba, por parte del gobierno, ese golpe contra el gobierno?*

—*¿Usted sabe de cuántas etapas se compone el plan de toma del poder por los comunistas?*

—*No.*

—*Cinco. Le voy a explicar. Las dos primeras son etapas de gestación. Predomina la guerra psicológica, la creación de un ambiente prerrevolucionario; el Brasil ya había pasado por esas dos etapas. Estábamos en la tercera, que conducía directamente a la toma del poder.*

Ya habían sido realizados algunos objetivos de la tercera etapa: la amplia infiltración de los comunistas en el gobierno, en todas las escalas; la infiltración en las fuerzas armadas; la promoción de huelgas con motivos políticos: el control de las organizaciones sindicales, obreras y estudiantiles. A la tercera etapa corresponde la obtención de armamentos. En diversos puntos del territorio nacional, se habían acumulado armamentos, para ser distribuidos; ya muchos sindicatos habían recibido armas.

—¿Qué sindicatos? ¿Cuándo se había procedido a la distribución? ¿Dónde estaban almacenadas las armas?

—*Amigo: como se podrá suponer, nosotros no podíamos decir dónde estaban las armas. Ninguna investigación hubiera podido tener éxito; nada podía ser probado. Porque los responsables hubieran ordenado el traslado de esas armas a otros lugares.*

—¿Cómo conocía usted la existencia de esos armamentos?

—*De fuentes muy responsables.*

—¿Se pueden citar nombres?

—*Los gobernadores Adhémar de Barros y Carlos Lacerda, me lo habían dicho. El país se estaba cubanizando.*

—¿Conocía usted la fecha en que se daría el golpe de los comunistas?

—*Por la intensidad del plan de actos previstos para abril, todo daba a entender que tal vez para el 1.º de mayo... No lo sé concretamente. La fecha no tiene importancia.*

LAS REFORMAS DE BASE

Pregunto a Bilac Pinto si la oposición de la UDN al gobierno de Jango Goulart, era también una oposición a las reformas de base. Pinto me contesta que la UDN considera imprescindible llevar adelante reformas de estructura en el Brasil; que a través de las declaraciones del partido, formuladas reiteradamente, ha quedado fijada una posición reformista en todos los planos. Pero entonces, insisto, ¿están ustedes en desacuerdo con la derogación del decreto de reforma agraria?

—*Quienes no querían la reforma agraria auténtica, eran los hombres del gobierno depuesto. La mayoría parlamentaria del trabalhismo votó, compactamente, contra los*

proyectos de reforma agraria de Anís Badra y Milton Campos.

—Tenían su propio plan de reforma agraria.

—*¿Y en qué consistía? No habían estudiado la manera de hacerla. Creían que la solución del problema agrario era dar tierra a los labradores que carecen de ella. El decreto declaraba de interés nacional la expropiación de las áreas no cultivadas, mayores de 500 hectáreas, en un radio cercano a las carreteras y las vías. No tenía ningún sentido. Esto es pura demagogia. Porque el gran problema de este país es el minifundio, y el decreto lo dejaba intacto. El Brasil tiene algunos estados donde no hay un solo latifundio...*

—¿Por ejemplo?

—*Por ejemplo, en Río Grande del Norte. Allí sólo hay dos haciendas grandes; todas las demás son de escasa extensión. Además, yo demostré que esta solución simplista del problema, que consiste en dar tierras a los doce millones de agricultores sin tierra, este concepto de reforma agraria, está reñido con todas las políticas agrarias realizadas en la actualidad, tanto en el mundo libre como en el mundo comunista. Está demostrado que la única manera de promover el mejoramiento de la agricultura, es disminuir la mano de obra aplicada a la agricultura y transformar la estructura económica en su totalidad. La mano de obra campesina disminuye año tras año en China, la URSS, Alemania Occidental, Italia, Estados Unidos. Aquí tiene las cifras.*

—¿Goulart se oponía, a su juicio, a un desarrollo industrial que hiciera posible la redistribución de la mano de obra y la elevación de los niveles técnicos de producción en el campo?

—*Durante el gobierno de Goulart, los índices de crecimiento industrial, cayeron. No: con esta reforma agraria demagógica, Goulart no se proponía solucionar la difícil situación económica del país. Quería crear agitación. Su objetivo era estimular las invasiones de tierras, etapa prevista en el proceso de guerra revolucionaria del cual le hablé. Pero éste fue el resultado de las maniobras de los comunistas; fueron ellos quienes decidieron transformar la bandera de la reforma agraria en una bandera puramente demagógica. Impugnaron el Plan Trienal, que era un plan muy bueno, que todos los partidos recibieron con satisfacción, un plan para una sociedad abierta al mundo libre. Hay una gran contradicción entre lo que ese plan establecía en cuanto a reforma agraria, y el decreto del 13 de marzo. En el Plan Trienal, la gran tarea consistía en la aplicación de técnicas modernas a la producción, y el combate contra el minifundio antieconómico.*

—El autor de ese Plan Trienal abierto al mundo libre, que los comunistas

impugnaron, ¿no era Celso Furtado?

—Sí.

—Ahora, Celso Furtado está condenado por comunista. Sus derechos políticos fueron suspendidos por diez años. ¿Cómo se explica?

—*Él había sido comunista.*

—Lacerda también.

—*Furtado era comunista. Yo sé por qué se lo digo... El embajador norteamericano me lo dijo.*

—¿Cuándo se lo dijo?

—*En una conversación que tuvimos. Pero este asunto de la suspensión de derechos, es un asunto de los militares. No me interesa. De esto que le digo no tome nota. Personalmente, yo estoy enterado de que en la SUDENE, el organismo que Furtado dirigía, sólo podían entrar los comunistas. Si usted no era comunista, no entraba.*

EL PAPEL DE LOS MILITARES

—Diputado Bilac: cuando en enero de este año se anunció que las fuerzas armadas iban a poner en práctica la reforma agraria, y que se iba a proceder en coordinación con los tres ministros de las fuerzas armadas para realizar el levantamiento fotográfico de las áreas que serían expropiadas, usted declaró, como presidente de la UDN, que ésa era «una misión extraña a los militares». Después, los sucesos se precipitaron, y ahora aparecen los militares destituyendo legisladores y suspendiendo los derechos políticos de algunos ciudadanos. ¿Considera usted que ésta es, también, «una misión extraña a los militares»?

—*La revolución se hizo para dismantelar una guerra revolucionaria que estaba en curso. La simple deposición del presidente no resolvía nada, porque la guerra hubiera seguido su proceso: como se lo he explicado ya, había infiltraciones por todas partes. El Acta Institucional era una necesidad, la necesidad de desmontar la guerra revolucionaria. Y esa necesidad sigue en pie. Que se prosiga hasta el fin, es fundamental.*

LA CONSTITUCIÓN DE GOMA

—La UDN había resuelto, si no estoy mal informado, a mediados de 1963, no permitir ninguna enmienda constitucional, particularmente en el capítulo de las inelegibilidades. Sin embargo, el general Castelo Branco, constitucionalmente inelegible, fue hecho presidente con los votos udenistas.

—*¿Conoce este libro de Lietveaux? Le aconsejo que lo lea. El distinguido profesor demuestra que tanto en Francia como en la mayoría de los países europeos, las constituciones no han sido frutos de reformas regulares. Dice Lietveaux: «Revolución es la abrogación expresa o tácita, total o parcial, de una Constitución, con violación mediata o inmediata de las reglas en ella previstas». De acuerdo con la teoría jurídica, el poder revolucionario, en ejercicio de sus poderes legítimos, abrogó parcialmente la Constitución. Y atribuyó la competencia legal al Alto Comando Revolucionario. Para comprender la nueva situación, es preciso partir de la base de que el Brasil ha experimentado una revolución.*

LOS PROSCRIPTOS

—En función de esta Acta Institucional, ¿se removieron los mandatos de legisladores de su partido?

—*Dos diputados de la UDN.*

—*¿Quiénes?*

—*Ferro Costa y José Aparecido de Oliveira.*

—*¿Por qué?*

—*El primero, actuaba cerca de Brizola.*

—*¿Era brizolista y al mismo tiempo udenista?*

—*No. Quiero decir que actuaba en vinculación con Brizola. Pero no creo que fuera brizolista.*

—¿Y José Aparecido de Oliveira?

—*No tenía actuación conocida en el Congreso; era nuevo.*

—¿Y por qué motivo el Alto Comando Revolucionario lo destituyó?

—*No sé.*

—¿La UDN hizo gestiones para averiguar el motivo?

—*No.*

Así puso punto final a la entrevista el presidente de la UDN. Un par de horas después, supe que José Aparecido de Oliveira, el diputado «desconocido», que hasta hace pocos días se encontraba asilado en una embajada, había presidido la Comisión Investigadora sobre las actividades del IBAD (Instituto Brasileño de Acción Democrática). La comisión demostró que el IBAD había financiado las campañas políticas de muchos, muchos legisladores. Nada menos que la mitad de los legisladores. Y el dinero que el IBAD manejaba y maneja, exhala un insoportable olor a embajada extranjera.

(1964)

A CUBA

Yo hubiera querido estar en ti para el 26, en los carnavales de Santiago. Sin sombra de duda, me hubiera gustado compartir la euforia del cumpleaños de la revolución, sentir al pueblo dialogando con Fidel en la plaza, desde un océano de sombreros de yarey y machetes; bailar contigo en las calles; beber, contigo, guarapo y cerveza. Pero no es fácil llegar a ti, ahora. Como estás prohibida, hay que realizar itinerarios absurdos, y largos, para alcanzarte. Mi caso, por ejemplo: de Montevideo a Buenos Aires, de Buenos Aires a Lima, de Lima a México, de México a Windsor, de Windsor a Montreal. Cinco días de espera en Montreal, la ciudad bilingüe, donde uno lee la belle province en las chapas de los automóviles y private property en los carteles que hacen guardia al borde de los lagos y entre los bosques. Después el cruce del Atlántico, el aeropuerto de Orly, París, las muchachas anunciando la partida del avión con voz de estar haciendo el amor; de allí a Madrid. Y de Madrid, por fin, a La Habana. Llegamos dos días después del aniversario del asalto al cuartel Moncada. Hacía nueve días que habíamos partido del Río de la Plata.

Me pregunto por qué no hemos

pasado, también, por Oceanía.

Me pregunto: si fueras, como dicen, el infierno, ¿por qué el imperialismo no organiza excursiones para que todo el mundo te conozca y se desengañe?

Ocurre que rechazaste, como el indio Hatuey en la hoguera, el cielo que tus verdugos te ofrecían. Un cielo donde dos personas de cada tres sufren hambre, y es largo el trabajo y la vida corta. Un cielo administrado por generales y gerentes: el campo de concentración que tú misma eras, en la contracara de las tarjetas postales.

Altos muros, visibles o invisibles,

custodiaban las playas, los hoteles,

los barrios de lujo. Te cortaban en dos.

No sólo se impide el paso de las personas. También de las cosas: grandes y pequeñas, importantes o bobas. Te acostumbraste a prescindir de ellas, o las has remendado o inventado a fuerza de entusiasmo, o las sustituíste gracias a la solidaridad internacional. Es verdad que uno se encuentra con una fábrica que trabaja a los tumbos porque la materia prima no ha terminado de recorrer su puente marítimo de diez mil quilómetros, con un reloj que no funciona porque alguna pieza diabólica se rompió, con un refrigerador roto que se da por perdido. O con una guagua: conozco esa aventura, peligrosa, divertida o insoportable, que es viajar en ómnibus; he visto los cementerios de guaguas y de autos. Pero, lejos de desanimarte, los sacrificios te estimulan. Medirte con las dificultades que se te oponen, es la manera de tomar conciencia de tu fuerza. ¿Qué importa que en la fábrica de tabacos de La Habana no tengan borrador para el pizarrón donde los obreros se alfabetizan y conquistan el sexto grado? ¿Qué importa que los alumnos y los profesores de la escuela de arte de Santa Clara —milicianos del primero al último— hayan tenido que rayar grafo de lápiz para improvisar pintura? ¿Qué importa que los carteles de solidaridad con Vietnam sustituyan, en las vidrieras, a los zapatos de taco alfiler y a los finos extractos importados? Los obreros fabrican bujes de cuernos de buey, para echar a andar los automóviles, y Armando, mi compañero de pesca en La Cutara, es el primero en aceptar, sin sospecha de tristeza, que no haya lentes adecuados para sus ojos enfermos, que se le hinchan al sol. Los sacrificios se comparten. El entusiasmo, también.

Me animo a decirlo, ahora que

recorrí tu largo cuerpo, y vi.

Se comparte la tensión, el estado de alarma permanente, la sensación de que cada minuto puede ser el último, y la desorbitada euforia de la construcción de un mundo nuevo en tiempo récord. Desde la ventana de mi hotel, puedo ver la silueta

del «Oxford» en el horizonte del Caribe; más acá, en el breve espacio que me separa del malecón, los cañones antiaéreos, tus cañones. «La revolución se construye en medio del peligro», escuché decir a Fidel el otro día. «Que no nos perdonen más la vida; que vengan; el que venga, quedará», me dijo un miliciano. Cada poco tiempo, a través de agresiones y amenazas, el imperialismo se encarga de que ardan las cicatrices, te recuerda los años duros, el infierno que quedó atrás; los muchachos que aparecían, mutilados, en los umbrales de sus casas, o eran arrojados por las noches al borde de las carreteras —y la policía no olvidaba ponerles una pistola en el estómago o en la mano.

«Rompehuesos», esbirro de Ventura, se desmayó en La Cabana, a la vista del pelotón. Cada vez que gritaron: «¡Apunten!», se desmayó. Hubo que amarrarlo a un poste para fusilarlo.

Todos los tuyos que no le pidieron garantías a la vida, y desafiaron la muerte, y agitaron un trapo rojo ante los ojos de la muerte, lo hicieron, sin embargo, con alegría. Montan guardia, hoy, con alegría. Cuadra por cuadra. Todos: los que cortan la caña y los que recogen el café, los becarios de la sierra, los operarios que estudian antes o después de las horas de trabajo; los pintores abstractos y los pintores figurativos y los técnicos de las plantas eléctricas y los obreros de las fábricas de tornillos; los expertos en horticultura y riego, los alumnos de medicina o marxismo, y hasta las coristas de los *cabarets* y los santones que, tras oficiar el bembé y ofrendar la sangre de sus chivos, leen el Manifiesto comunista. Se baila la Internacional, se canta la emulación.

Camilo entró riendo en Santa Clara, después que sus tropas atravesaron Camagüey comiendo un día cada tres. Los guerrilleros no podían sacarse las botas, a causa de los coágulos en los pies ulcerados. (Hubo que sacrificar la yegua que cargaba la ametralladora. Hubo que comérsela cruda, sin sal).

Magdalena, de Manzanillo, tiene veintiún años, y es directora de escuelas básicas de instrucción revolucionaria, desde los diecisiete «Éste es viejo», me dijo, riendo, cuando me presentó a un compañero de veinticinco, Manuel, director de una regional. En ti, Cuba, uno no se siente culpable de ser joven. Se podría nombrarte patria del socialismo joven, patria del socialismo alegre.

— *¿En general?*

— *No. En comandante. Aquí se acabaron los generales.*

Joven y alegremente, tu revolución se mueve en el vértigo de sus proyectos, capaz de la locura, burlándose del tiempo, rompiendo los moldes sensatamente establecidos; palpitante y quemante y viva.

Equivocándose y acertando, criticando a toda voz los errores propios y ajenos, abandonando un camino y desbrozando otro, con la amenaza de la destrucción a la altura de los ojos, y la sonrisa en los labios.

Bien se puede afirmar, Cuba, que una revolución como la tuya, nace vacunada contra el sectarismo y el dogmatismo. Tan difícil sería que quedaras encerrada en ningún catecismo, como que se criaran pingüinos aquí en el trópico, al sol, entre las palmas. Nadie podría coagularte: tu pueblo vive en estado de asamblea permanente, en la fábrica y en la guagua, en las granjas y en las calles; un libro de visitas de una exposición industrial puede ser el inesperado campo de batalla entre quienes sostienen, con su firma al pie, que es «mala, malísima», y quienes afirman que «muy buena, para taparles la boca a algunos»; y cualquiera le explica a uno que a Fulano de Tal lo echaron de su cargo de administrador o dirigente sindical porque «necesitamos revolucionarios, no papagayos». Tus dirigentes, Cuba, no se lavan la boca cuando es preciso denunciar vicios internos, errores y desviaciones, así sea al poner punto final a ciertos oportunismos o al proclamar que la Coca-Cola cubana sabe a jarabe de pecho o que fue un disparate confundir a la caña de azúcar con el enemigo.

Una tarde de chubascos y tierra caliente un tanque de combustible volcó, al costado de la carretera que conduce a Camagüey. Quedamos detenidos, durante dos horas en una larga caravana de automóviles. Me acerqué a un camión lleno de milicianos. Surgieron guitarras de no sé dónde, y alguien cantó:

«Rebelde nací,

rebelde yo soy,

y rebelde moriré».

(1964)

EL CHE GUEVARA: CUBA COMO VITRINA O CATAPULTA

UNO

«Traidor», le dije, «usted es un traidor». Le mostré el recorte de un diario cubano: él aparecía vestido de pitcher, jugando béisbol. Recuerdo que se rió, nos reímos; si me contestó algo, no sé. La conversación saltaba, como una pelotita de *ping-pong*, de un tema al otro, de un país al otro, de uno a otro recuerdo, añoranzas del pago y experiencias de la revolución, bromas: «¿Qué pasa con mi mano?». «Está maldita». «¿Maldita?». «Sí, claro. Saludó a Frondizi y Frondizi cayó; saludó a Janio Quadros y le ocurrió lo mismo. Suerte que no tengo de dónde caer», comentaba yo, con cara de preocupado, y él se reía, fruncía el ceño, se sentaba, se paraba, caminaba por la sala, dejaba caer la ceniza de su habano cazador y me apuntaba, con él, al pecho. Con ánimo discutidor y no magisterial, recurría, a veces, a un pizarrón para explicar una idea compleja, borroneándola con tiza: la polémica en torno del cálculo económico y la vigencia o caducidad de la ley del valor en la sociedad socialista, o el sistema de retribución por las normas de producción. Era cáustico como un rioplatense, agresivo, y, a la vez, fervoroso como un cubano, sincero: generoso con su verdad, pero en guardia, dispuesto a mostrar los dientes por ella. Una fuerza profunda y hermosa le nacía, sin cesar, de adentro; se delataba, como todos, por los ojos. Tenía, recuerdo, una mirada pura, limpia, como recién amanecida: esa manera de mirar de los hombres que creen.

DOS

Creía, sí, en la revolución de América Latina, en su doloroso proceso, en su destino; tenía fe en la nueva condición humana que el socialismo debe engendrar. Cuando hablaba sobre estos temas, uno tenía la impresión de que le subía la temperatura de la sangre, pero manejaba a rienda corta su entusiasmo no bien yo me ponía a tomar anotaciones de lo que decía. Entonces, los ojos fijos en la bic que bailaba sobre el papel, prefería el comentario pícaro y cortante, que dejaba escapar después de echar, sonriendo, dos o tres densas bocanadas de humo azul entre los espesos bigotes y la barba raleada. Ser periodista, era una lástima; no porque uno se hubiera puesto a trabajar después de tantas noches y días de vértigo sin sueño ni razón, ni por lo nervioso que eso lo ponía a uno, sino porque la fluida comunicación que espontáneamente nacía a cada rato, se cortaba siempre por culpa de la profesión. «Estamos conversando entre cubanos y uruguayos» mentía entonces el Che, para eludir alguna pregunta indiscreta. Todo hacía evidente, sin embargo, que aquella pasión que vibraba en él, tan a flor de piel, había roto las fronteras que otros habían inventado para América Latina, y que no creía, por supuesto, en ellas. Charlando, no podía uno olvidar que aquel hombre había llegado a Cuba después de una peregrinación a lo largo de América Latina; que había estado, y por cierto que no como turista, en el torbellino de la naciente revolución boliviana y en la convulsiva agonía de la revolución guatemalteca, que había cargado bananas en Centroamérica y sacado fotos en las plazas de México, para ganarse la vida, y que, para jugársela, se había lanzado a la aventura del Granma.

TRES

«Un día pasaron —dijo en la carta de despedida a Fidel— preguntando a quién se debía avisar en caso de muerte, y la posibilidad real del hecho nos golpeó a todos. Después supimos que era cierto, que en una revolución se triunfa o se muere (si es verdadera)». A la búsqueda de nuevas victorias, o del fin, se fue de Cuba. Sí, ahí, en el centro de la borrasca y la pelea, se triunfa o se muere: «Bajo otros cielos», ahora. Otros, los amigos, tantos amigos, habían caído por el camino: seguirán cayendo. El Patojo, por ejemplo, que había corrido con él la liebre de los duros tiempos de México y acabó sus días acribillado en las selvas de Guatemala (desconfiar, desconfiar, le había aconsejado el Che: murió traicionado por un

compañero de los años del colegio). Por ejemplo, también, el argentino Masseti, quien se perdió, malherido, en los montes de Salta.

El Che no era hombre de escritorio: era un creador de revoluciones, y se le notaba; no era, o lo era a pesar suyo, un administrador. Tenía que terminar por estallar aquella tensión de león enjaulado que se advertía bajo su calma aparente, contenida, en las palabras y en los gestos.

CUATRO

Le faltaba la sierra. No quiero decir que no sirviera para el proceso de construcción que, ya en la paz, sucede al triunfo que se conquista con las armas en la mano. Muy por el contrario, el Che era también en este sentido un revolucionario ejemplar, trabajador incansable en todos los cargos de alta responsabilidad que le tocó desempeñar. Se sospechaba, en Cuba, que no dormía nunca, como Fidel; día y noche estaba pendiente de los complicados asuntos que le tocaba resolver y de los difíciles procesos que, sobre todo en la lucha por la industrialización del país, debió poner en movimiento. Al término de cada jornada, y cada jornada abarcaba una semana continua, marchaba, los domingos, a cortar caña como obrero voluntario; y todavía le quedaba tiempo, inexplicablemente, para leer, escribir y polemizar. Y para pelear con su asma, implacable, que ya había llevado a cuevas en los tiempos de la guerrilla («la orden de la partida —nos contó— llegó de golpe, y todos tuvimos que salir de México tal como estábamos, en grupos de a dos o tres. Teníamos un traidor entre nosotros, y Fidel había ordenado que no bien llegara la orden había que salir con lo que se tuviera a mano, para evitar que el traidor diera aviso a la policía. Aquel traidor... todavía no sabemos quién era. Así fue que me tuve que ir sin el inhalador, y durante la travesía me vino un ataque de asma feroz. Creí que no llegaría nunca»).

Estaba comprometido con todo, «como debe ser», en la difícil tarea de la construcción del socialismo en Cuba. De todos los dirigentes, era el más austero, y el más parecido, por su capacidad de sacrificio, a la imagen del cristiano de las catacumbas. Obsesionado porque la mística del socialismo en marcha, la fe del pueblo en el mundo nuevo que nacía, fuera el motor del desarrollo, renegaba del uso excesivo de los estímulos materiales y de los sistemas de retribución que pudieran darle a cada uno la esperanza «de llegar a ser un Rockefeller». Le indignaba la posibilidad de que, al amparo de la vigencia de la ley del valor, que él negaba, en el período decisivo que Cuba vivía, pudiera operarse («otros casos lo demuestran»)

un retorno a la sociedad capitalista. En esto era inflexible y muy duro a la hora de la indignación. «Estos señores del INRA», nos decía, refiriéndose a quienes querían llevar adelante una línea diferente a la suya en el proceso económico de la Revolución. Su célebre artículo de respuesta a Charles Bettelheim, termina, por ejemplo, así: «A los defensores del cálculo económico, les cabe... aquello de: De nuestros amigos nos guarde Dios, que de los enemigos me guardo yo». En la página siguiente de la misma edición de Cuba socialista, el primer párrafo de una nota de Joaquín Infante advierte que «el cálculo económico es el método de dirección económica de las empresas socialistas, utilizado en la URSS y en los demás países socialistas y de democracia popular [...]».

La filosa capacidad polémica del Che Guevara, a quien ciertos economistas reprochaban, quizás con razón desde su punto de vista, una «idealización» del proceso, se aplicaba siempre a la dilucidación de los problemas cubanos y nada tenía que ver, como se creyó erróneamente, con el debate chinosoviético. «Nosotros no nos metemos en eso», nos dijo para explicar por qué se había mutilado, en Cuba, un texto de Paul Baran que hacía referencia al conflicto entre Moscú y Pekín. Cualquier analogía, en todo caso, surgía por extensión, pero Cuba y su destino, como avanzada de la revolución latinoamericana, estaban en el centro de sus preocupaciones. «No me interesa discutir estas cosas fuera de Cuba», nos advirtió a la hora de referirse a los puntos controvertidos, el ritmo de la revolución, las claves de su desarrollo, la interdependencia de sus políticas interna y externa, que generaban posiciones distintas entre los dirigentes. El Che encabezaba, notoriamente, una tendencia con puntos de vista definidos, no sólo en relación con el cálculo económico y la ley del valor, sino también ante la importancia relativa de la industrialización, el conflicto entre el sistema presupuestario y la descentralización, y la función de Cuba en el ámbito mayor de la revolución continental.

Discutidor como era, no vacilaba, sin embargo, en reconocer los propios errores, que habían sido errores de la revolución misma: abatir la producción de azúcar, o «intentar sustituir demasiadas importaciones por la vía de la fabricación de productos terminados, con todas las complicaciones, tremendas, que trae la importación de los productos intermedios».

CINCO

El pueblo cubano se reconocía en el ejemplo que el Che, no nacido en su

suelo pero vitalmente envuelto en el desafío de la revolución, prodigaba. Así como pensaba, vivía, y todos lo sabían y además de quererlo, lo admiraban. Candela, el chófer que nos acompañó todo a lo largo de Cuba, al volante de un lujoso Cadillac expropiado, solía llamarlo «caballo». Este supremo elogio a la cubana, sólo se aplicaba, en su boca, a tres personas: Fidel, el Che y... Shakespeare. Las experiencias de divulgación popular del teatro daban sus frutos de esta manera más bien imprevista: dos por tres, Candela entraba en trance, se ponía a hablar, torrencialmente, del dramaturgo isabelino («se pronuncia de varias maneras; los americanos dicen Chéspir») y sus obras: «Qué va. Ése sí que era un caballo, chico. Un caballo: muy filósofo en la escritura, y muy didáctico, si señó».

Todo a lo largo del cuerpo de Cuba, por dondequiera que pasábamos con Reina Reyes y Julio Villegas, encontrábamos campesinos, obreros, técnicos, estudiantes, funcionarios, que ataban al Che tan frecuentemente como a Lenin o a Fidel:

—Monocultivo significa subdesarrollo; el Che lo ha explicado muy clarito.

—La revolución se gana con sacrificio, chico, como dice el Che. ¿O qué tú crees que todo es pachanga?

Cuba era como una enorme caja de resonancias para su mensaje esencial, el más importante de todos, por todos escuchado, comprendido, encarnado, difundido: la revolución es una fuerza que purifica a los hombres, los lanza más allá del egoísmo, y esa pureza que se conquista hay que defenderla, con las balas, el estudio y el trabajo, como si fuera la vida.

SEIS

En Santa Clara, la ciudad «de los techos rojos y múltiples» que cantara el poeta, Candela nos mostró los muros todavía mordidos por el plomo, el sitio exacto donde había sido descarrilado y atacado el tren blindado de Batista, la estación de policía en cuyo asedio había caído para siempre el Vaquerito, a la cabeza de un pelotón suicida. Nos habló de los pasajes improvisados a través de las paredes de los patios, de los cócteles Molotov, de la sangre y el fuego; el Che Guevara, su brazo herido sostenido por un trapo, era el héroe de los relatos. «Ya va para seis años —decía Candela—. Figúrate si habrá llovido de entonces para acá». Pero las imágenes seguían vivas en las retinas de testigos y protagonistas y las cicatrices, visibles, ardían todavía: la historia, que no había necesitado del paso del tiempo para hacerse leyenda, seguía ocurriendo, el enemigo atacando, la revolución batiéndose, y la muerte era todavía algo que podía caer sobre cualquiera en cualquier momento.

SIETE

La irreverencia del Che era la irreverencia de la revolución. Pero en otro estilo, más nuestro, sobrio y mordaz. Quizá por la nostalgia del terruño perdido, mitad venganza y mitad homenaje, los argentinos eran los blancos predilectos de sus más ácidos comentarios: solía recordarles que las revoluciones se hacen y no se dicen, que la misión de los partidos comunistas es estar a la vanguardia de la revolución (sonrisa satisfecha)..., pero que lamentablemente ocurre que, en casi toda Latinoamérica, están a la retaguardia (silencios indignados). Cuando un conocido peronista se enojó porque llevaba más de un mes esperando audiencia, el Che le palmeó la espalda: «Si han esperado ocho años para hacer la revolución...». Y otras cosas así de malvadas: había sugerido alguna vez que para obtener fondos para la revolución, se podría comprar a ciertos nativos de Buenos Aires por lo que valen y venderlos por lo que creen que valen.

OCHO

La imagen del Che guerrillero en Santa Clara, presentía al Che batiéndose en

la inhóspita jungla boliviana, y se me mezclaba en la cabeza con el recuerdo del Che en la conferencia de Punta del Este, estadista brillante, economista, sombrío profeta: aquel intelectual refinado, que leía antologías de poetas en la Sierra Maestra, se sabía de memoria buena parte del Canto general, hablaba con admiración de las novelas de Carpentier y se reía del realismo socialista. Pero por sobre todas las imágenes, o sumándolas, una surgía: era el Che contestando, en conferencia de prensa, la pregunta de un idiota interesado en saber si él era argentino, cubano o qué:

—*Yo soy ciudadano de América, señor —había dicho.*

Cuando conversamos en La Habana, le comenté:

—El destino de Cuba está íntimamente enredado con el destino de la revolución latinoamericana. Cuba no puede ser coagulada dentro de fronteras; funciona como motor de la revolución continental. ¿O no? —Y me contestó:

—*Podría haber posibilidades de que no. Pero nosotros hemos eliminado las posibilidades de que no. La posibilidad de que los movimientos revolucionarios latinoamericanos no estuvieran directamente ligados a Cuba, hubiera podido concretarse si Cuba accedía a dejar de ser ejemplo para la revolución latinoamericana. Por el solo y simple hecho de estar viva, no es un ejemplo. ¿De qué modo es un ejemplo? Del modo como la revolución cubana encara las relaciones con los Estados Unidos y el espíritu de lucha contra los Estados Unidos. Cuba se podía transformar en un ejemplo puramente económico, digamos.*

—Una especie de vitrina del socialismo.

—*Una vitrina. Ésa sería una fórmula que hasta cierto punto garantizaría a Cuba, pero que la divorciaría de la revolución latinoamericana. No somos vitrina.*

—¿Y cómo se irradia una fuerza de ejemplo que no termine en la contemplación? ¿A través de la solidaridad? ¿Pero hasta dónde puede llegar, cuáles son sus límites? ¿Cómo definiría usted la necesaria solidaridad entre Cuba y los movimientos de liberación en América Latina?

—*El problema de la solidaridad (sí, sí; claro que esto se puede escribir) consiste en hacer por la revolución latinoamericana todo lo que sea factible dentro de una situación de derecho, y una situación de derecho es una relación entre distintos países que llegan a un equilibrio en sus intercambios ideológicos o políticos, sobre la base de convenciones mutuamente acatadas.*

—Situación que se da, solamente, con tres países.

—Con dos. Bolivia rompió relaciones esta tarde. Descontaba que el Uruguay no demoraría en hacer otro tanto.

«Tengo la impresión», le dije, «de que la ruptura del gobierno chileno sorprendió a los cubanos». «¿Cómo que nos sorprendió? No nos sorprendió en absoluto». «Sin embargo, la gente, en la calle, parecía realmente asombrada». «La gente, puede ser. El gobierno, no. Nosotros sabíamos lo que se venía». Le pregunté qué opinaba de ciertas declaraciones del FRAP chileno sobre Cuba, poco antes del triunfo de Frei. «Pues nos pareció terrible», dijo. Sugerí que podía ser el fruto de las circunstancias: los imprescindibles zig-zags en la ruta hacia el poder a través de las elecciones. Afirmó: «El poder, en Latinoamérica, se toma por las armas o no se toma». Movié la cabeza y agregó: «Ponga: en líneas generales». Digamos entonces la ruta hacia el gobierno, ya que no el poder. Confundir una cosa con la otra puede resultar grave, ¿verdad? Eso pasó en Brasil, ¿no? Pero entonces el Che recordó que estaba delante de un periodista: la espontaneidad y la cautela se robaban el sitio a lo largo de las tres horas de conversación.

NUEVE

—En el supuesto caso de que nuevas revoluciones estallaran en América Latina, ¿no se produciría un cambio de calidad en las relaciones entre Cuba y Estados Unidos? Se ha hablado de la posibilidad de un acuerdo de coexistencia, sobre determinadas bases. Pero, si el incendio se propaga, y el imperialismo se ve obligado a echar agua al fuego, ¿cuál será entonces la situación de Cuba, es decir, de la chispa?

—Nosotros definimos la relación entre Cuba y los Estados Unidos en la época actual, como un automóvil y un tren que van corriendo más o menos a la misma velocidad, y el automóvil tiene que cruzar el paso a nivel. A medida que se acerca al paso a nivel, se acerca la posibilidad de confrontación y de choque. Si el automóvil —que sería Cuba— cruza antes que el tren, es decir, si la revolución latinoamericana adquiere cierto grado de profundización, ya se ha pasado al otro lado: ya Cuba no tiene significación. Porque a Cuba no se la ataca por despecho del imperialismo, sino que se la ataca por la significación que tiene. Quiero decir que si se profundiza la situación revolucionaria en Latinoamérica, hasta un punto tal que obligue a un empleo grande de las fuerzas norteamericanas, una serie de territorios ya no tendrían significación. Ya se habría atravesado el paso a nivel. Nosotros

vamos agravando nuestras confrontaciones con los Estados Unidos, día a día, objetiva y fatalmente, a medida que se agrava la situación en Latinoamérica —y lo mejor que tiene es lo mal que está—. Ahora, si la situación se agrava tan convulsivamente, que obliga a los Estados Unidos, en gran escala, a utilizar fuerzas y recursos grandes, por su propio peso la significación de Cuba desaparece. Ya el problema fundamental no es Cuba, como catalizadora, porque ya se ha producido la reacción química. La incógnita es: si cruzaremos, o no, antes que el tren. Podríamos frenar, pero es difícil que frenemos.

—Con tales perspectivas, ¿hasta qué punto es posible la coexistencia?

—*No se trata de Cuba, sino de Estados Unidos. No le interesa Cuba a Estados Unidos, si la revolución no cuaja en Latinoamérica. Si los Estados Unidos dominaran la situación, qué les importaría Cuba.*

DIEZ

—Y en el supuesto caso de que la revolución latinoamericana no estallara, ¿es posible que Cuba siga adelante?

—*Claro que es posible.*

—¿A largo plazo?

—*A largo plazo. Ya pasó el período peor del bloqueo.*

—No me refiero sólo a la subsistencia física. Quiero decir si el aislamiento de Cuba de sus fuentes nutricias latinoamericanas no podría producir problemas de otro orden: deformaciones internas, rigidez ideológica, lazos cada vez más fuertes de dependencia. Una revolución latinoamericana enriquecería, sin duda, al marxismo: permitiría aplicar mejor los esquemas a nuestra realidad peculiar. Y si la revolución se latinoamericanizara, permitiría que Cuba recobrar su marco natural de existencia. No es una afirmación: es una pregunta.

— *Me parece un poco idealista, la cosa. Uno no puede hablar de fuentes nutricias. Las fuentes nutricias son la realidad cubana, cualquiera que ella sea, y la aplicación correcta del marxismo-leninismo al modo de ser del pueblo cubano, en determinadas condiciones. El aislamiento puede provocar muchas cosas. Por ejemplo, que nos equivoquemos en la forma de apreciar la situación política en Brasil; pero distorsiones en la marcha de la revolución,*

no. Claro que es más fácil para nosotros, hablar con un venezolano que con un congolés, pero en definitiva nos entenderemos perfectamente con los revolucionarios congolese, aunque no hemos hablado todavía con ellos. Hay una identidad en la lucha y en los fines. Una revolución en Zanzíbar nos puede dar, también, cosas nuevas, experiencias nuevas; la unión de Tanganica y Zanzíbar; la lucha de Argelia; la lucha en Vietnam. Tenemos el delantal indígena de nuestra madre americana, decía Martí, y está bien, pero nuestra madre americana desde hace tiempo ha pasado por sucesivas cruces. Y cada vez más los sistemas son mundiales: un sistema mundial del capitalismo y un sistema mundial del socialismo. El hecho de que Argelia sea libre, fortalece a Cuba; la existencia de Guinea la fortalece; la del Congo, también. Nosotros siempre mantenemos muy clara esa idea: la identidad de Cuba con todos los movimientos revolucionarios. A pesar de los parentescos raciales, religiosos, históricos, Argelia está más cerca de Cuba que de Marruecos.

—¿Y más cerca de la URSS que de Marruecos?

—Eso tendrían que contestarlo los argelinos.

ONCE

—Cuando usted habla de «sistema mundial del socialismo» menciona países que no integran el bloque socialista. En esos países, movimientos de carácter nacionalista, canalizándose hacia el socialismo, le han impreso un fuerte sello propio.

—El resultado final, necesariamente, es que siempre se va hacia una integración marxista, o se regresa hacia el campo capitalista. El Tercer Mundo es un mundo de transición. Existe porque, dialécticamente, existe siempre, entre los contrarios, un campo donde se profundizan las contradicciones. Pero no se puede mantener aislado, ahí. La propia Argelia, a medida que avanza en la profundización del sistema socialista, deja paulatinamente el Tercer Mundo.

—¿No se puede hablar de un Tercer Mundo transversal al propio bloque socialista? El conflicto, ya no sordo, entre chinos y soviéticos, fue analizado por algunos pensadores marxistas como Paul Baran, como una consecuencia de las contradicciones internas entre los países socialistas, con diferentes niveles de desarrollo y diferentes grados de confrontación con el imperialismo.

—La muerte de Paul Baran me produjo una profunda impresión. Yo lo estimaba

mucho; él había estado aquí, con nosotros.

Imperturbable, movía su habano en silencio; miraba mi lápiz bic como a un intruso protagonista del diálogo; decidí guardarlo. En adelante, el Che Guevara respondió a un bombardeo de preguntas sobre temas económicos. De la Conferencia de Ginebra («la razón la tienen unos, pero las cosas las tienen otros») a los errores cometidos en el proceso económico interno, el Che Guevara habló largo y tendido.

Hasta que un enemigo irrumpió en la habitación para recordar al ministro de Industrias que su rival le aguardaba, desde hacía veinte minutos, ante el tablero de ajedrez, en el piso de abajo. Y no era cosa de perderse el campeonato así como así.

(1964)

PERÓN, LOS GORRIONES Y LA PROVIDENCIA

«Un ciudadano salía gritando ¡Viva la revolución! y llevaba una bandera argentina arrollada debajo de un brazo. Lo detuve en la puerta y le dije qué hacía. Me contestó: “Llevo una bandera para los muchachos, mi Oficial...”. Dentro de la bandera había una máquina de escribir».

(De un relato escrito por Perón sobre la Revolución del 30).

UNO

El periodista se metió entre un remolino de chiquilines, que jugaban, al sol, en una calle cualquiera del sur obrero de Buenos Aires. Se le ocurrió preguntarle a uno de diez o doce años de edad, qué opinaba sobre las elecciones que tendrían lugar en marzo: corría el año 62. La respuesta del chiquilín podía resultar interesante para la encuesta que estaba preparando. El mocoso dio varios saltos sobre unas latas; entre brinco y brinco, dijo que «las elecciones no sirven para nada», y en seguida gritó: «¡Acá esperamos al Hombre!». Pocos días después, Andrés Framini y otros candidatos del Hombre, ganaron las elecciones con una avalancha de votos. Pero el chiquilín tenía razón: la voluntad popular está muy bien siempre y cuando no contradiga la voluntad militar. Los generales se alzaron y eligieron por su cuenta a los gobernadores de las provincias y al nuevo presidente —ya que al otro lo habían dejado por el camino.

No fue la última vez que los generales actuaron así, pero no por eso los suburbios de Buenos Aires han dejado de esperar al Hombre: el mito se alimenta de sus enemigos. Durante largos años, la leyenda ha prometido que a la caída de la tarde, el avión negro cruzará el cielo y Juan Domingo Perón volverá a pisar tierra argentina, la incendiará con su paso.

DOS

Un caudillo es un sistema de imanes: está vivo en la medida en que atrae. Hace veintiún años, esta sonrisa gardeliana que ahora despliega su invicto magnetismo para dar la bienvenida al amigo que me acompaña, encandiló decisivamente a la muchedumbre apiñada en Plaza de Mayo; la mano que ahora estrecha mi mano, se alzó multiplicadas veces aquella noche de octubre del 45, desafiante o cordial, para subrayar la fuerza de indignación de las últimas palabras de cada frase o dar respuesta a las encendidas ovaciones. Hace veintiún años, por boca de este hombre la clase obrera argentina cobró confusamente conciencia colectiva de su destino, en turbulentas jornadas signadas por la esperanza y el escándalo; los hijos de los montoneros, trasladados a las fábricas de los suburbios de Buenos Aires, habían traído consigo una vieja rabia que por primera vez se expresaba así, políticamente, en la pampa de cemento. Hace once años, vencido por sus propias contradicciones y debilidades más que por la dudosa coherencia y fortaleza de sus enemigos, este hombre huyó: la cañonera paraguaya, el hidroavión, el tránsito por Asunción y el Caribe, el pacto con Frondizi y un tercer matrimonio, precedieron al exilio definitivo en Madrid. La derrota dejaba atrás una década de gobierno que no terminaría con ella: el peronismo siguió siendo el movimiento popular más poderoso de la Argentina, un inmenso campamento sin fronteras, aunque el general Perón ya no estuviera sentado en el sillón de Rivadavia y aunque no regresara a su patria desertada.

TRES

Desde la caída de Perón en adelante, los sucesivos golpes militares no han sido más que homenajes que el miedo ha ido rindiendo a esta verdad: cuando hay elecciones libres, el peronismo gana. El peronismo siguió siendo, por acción o por omisión, el árbitro de la vida política argentina, y Perón un convidado de piedra que decide por su ausencia: su victoria en las elecciones de marzo del 62, costó el gobierno a Frondizi; la posibilidad de su victoria en las elecciones de marzo del 67, hizo caer anticipadamente al gobierno de Illia.

CUATRO

Conversé con Perón, durante cuatro horas, a fines de octubre del 66. El mayor Vicente, su fiel edecán de otros tiempos, solicitó y obtuvo la entrevista. Fuimos a verlo, bajo la porfiada llovizna de esa mañana de otoño, a su casona de Puerta de Hierro, en las afueras de Madrid. Nos recibió en su estudio, con los perros a sus pies, las hileras de libros a la espalda, la última obra de Jorge Abelardo Ramos abierta sobre el escritorio: «El poder embrutece», sonrió, alumbrada la cara por el buen humor: «recién ahora, en el exilio, tengo tiempo para leer». Recuerdo aquella primera frase y vuelvo a preguntarme lo que varias veces me pregunté y pregunté, de diversas maneras, a lo largo de la conversación: ¿Y tiempo para pelear? ¿Tiene tiempo para pelear, el general Perón? ¿Y ganas? Porque el desafío de la dictadura de Onganía no ha recibido, hasta ahora, respuesta. Y más que nunca una respuesta se hace necesaria: la respuesta de la resistencia y el combate. Onganía acelera el ritmo de desnacionalización de la Argentina: vende al país en condiciones tales que parece que lo regalara. Caen en manos de monopolios extranjeros sectores vitales de la industria nacional, el Estado pierde el control de servicios fundamentales, se firma una ley que permite entregar a la Standard Oil y a la Shell el petróleo, el gas y todo lo que encuentren bajo tierra o bajo agua, la U.S.Steel se beneficia del sabotaje oficial sistemático de la siderurgia estatal. A la disolución de los partidos y la intervención de la universidad, siguió el ataque a los sindicatos, la dura represión de las huelgas. El terror se institucionaliza en términos que harían empalidecer a McCarthy: la ley de represión del comunismo convierte en leproso a cualquier argentino que se atreva a pensar, y envía a la cárcel a quien cometa la osadía de hablar discrepando o dudando de las verdades reveladas del régimen. Ha redoblado su actualidad, en todo este tiempo, el comentario que el propio Perón me hizo a propósito del general Onganía, en el curso de aquella entrevista. Me dijo: «En el ejército decimos que hay cuatro clases de militares: el inteligente trabajador, que es hombre que sirve, con ése no hay problema; el inteligente haragán, al que hay que hacerlo trabajar; el bruto haragán, con el que no hay problema porque no sirve para nada, y, por último, el bruto trabajador: ése es el peligroso. Ese es Onganía». Me dijo, también, que se acercaban horas muy duras: «Vea», me dijo, «éste es un bruto con ideas propias. Va a pelear. No se va a ir así nomás, no: va a provocar la guerra civil entre los nacionalistas y los colonialistas. Desde ya se puede calcular que esa guerra nos va a costar un millón de muertos a los argentinos. Porque hay una proporción que se mantiene en este tipo de guerras. Y en la Argentina tenemos más de veinte millones de habitantes: haga el cálculo».

CINCO

Desde que Perón cayó, el pueblo argentino no conoció otra cosa que humillaciones y estafas y angustia económica, promesas traicionadas; del 55 a nuestros días, han trabajado mucho mejor por Perón sus enemigos que él mismo. Sus enemigos: estos demócratas que tienen pánico a los votos y dan vuelta al tablero cada vez que pierden o sospechan que van a perder. Mitológica imagen de un tiempo mejor que ya pasó y de un tiempo de revancha que vendrá, Perón se fue, pero quedó. El tiempo, lejos de quebrar el mito, lo robustece; la distancia, fatal para otros líderes a quienes el exilio ha divorciado de la masa, le sirve para eludir las responsabilidades directas de la acción: su imagen, idealizada por la memoria de sus fieles, está a salvo de las frecuentes inconsecuencias que comete. Apoyó a Frondizi, pero ¿acaso no cayó Frondizi enredado en los hilos de una victoria peronista? Estimuló el golpe de Onganía, y hasta lo aplaudió cuando llegó al poder: ¿no podía acaso descontarse que el peronismo sería de todos modos proscrito bajo la frágil legalidad del gobierno de Illia? Los errores de Perón son vivezas, se justifican siempre; en cambio, las vivezas de los dirigentes locales del movimiento, que quisieran actuar por su propia cuenta, terminan siempre condenadas como errores. Una intuición característicamente aguda para descubrir la voluntad de las masas ha permitido a Perón dar marcha atrás a tiempo cada vez que pudo ser desautorizado por ellas: así ocurrió cuando finalmente admitió la presentación de candidatos en las elecciones de marzo del 62, y cuando en el 63 retiró el respaldo a Solano Lima.

SEIS

Perón cree que cada una de las decisiones de apoyo que toma, otorga mayor fuerza a las decisiones de rechazo que tomará, y este continuo zigzaguo táctico, pulgar arriba, pulgar abajo, le ha permitido sostener la hegemonía personal dentro de su movimiento y le ha brindado numerosas satisfacciones privadas en el enfrentamiento político con las demás fuerzas. Los dirigentes del peronismo, sindicales y partidarios, no lo ignoran: una foto con dedicatoria, una cinta grabada, una carta, bendiciones supremas, pueden anunciar para mañana las peores maldiciones.

Cuando mencioné a Perón ciertos «repliegues tácticos» del movimiento obrero argentino frente a las primeras medidas reaccionarias de Onganía, y pregunté si en algo se distinguían de capitulaciones incondicionales, Perón me respondió: «El pueblo avanzará con los dirigentes a la cabeza o con la cabeza de los dirigentes, como ya lo he dicho muchas veces. ¿Qué pasa con el dirigente sindical en la Argentina? Pasa que sale del taller, siendo obrero, y llega al escritorio de lujo, la secretaria de día que de noche es amante, el automóvil enorme: entonces no quiere soltar. Pero olvida que tiene atrás a otro que está queriendo ocupar su sitio y olvida que atrás de ambos, está la masa, los trabajadores que lo han elegido para que defienda sus derechos. Eso es lo que ha olvidado uno que acaba de firmar el convenio con el 30 por 100 de aumento, aunque la gente quería el 40 ó 50, y encima firmó pidiendo cinco mil millones de crédito para los patrones. Sin embargo, hay que reconocer que obtuvo lo máximo que se puede obtener en las condiciones que vive el país. Usted me habla de los dirigentes que se dejan captar por el régimen. Pero hay que tener en cuenta una cosa. Que se dejan captar porque yo les ordeno que se dejen captar. Les he dado la orden de que se dejen captar, para que obtengan todo lo que puedan para los trabajadores, mientras al gobierno le dure la demagogia, y ya se vio que no es mucho lo que el gobierno puede dar. Entonces, cuando el gobierno tenga a la clase obrera como enemiga, tendrá también de enemigos a los patrones, y eso es lo que nosotros queremos». Perón suele atribuirse la paternidad de pactos y negociaciones que se realizan a pesar suyo o a sus espaldas, cuando no le conviene lanzar una condenación abierta que podría poner en evidencia las frecuentes crisis de su autoridad.

Sin embargo, cuando la conversación derivó hacia algunas actitudes concretas de ciertos dirigentes peronistas demasiado endulzados en el idilio con Onganía, Perón no se preocupó de ocultar una opinión más bien mala sobre sus

propios cuadros de dirección: «Aquí vienen a menudo compañeros del movimiento a denunciarme a Fulano, que es un traidor; a Zutano, que está saboteando las orientaciones que yo doy; a Mengano, que está calumniando; a Perengano, que no es un buen peronista... Y yo les digo: Pero no se preocupen... ¿Usted sabe cómo hacen los chinos para matar a los gorriones? Simplemente, no los dejan posar en las ramas de los árboles. Los hostigan con palos, y no los dejan posar, hasta que se mueren en el aire; les viene una crisis cardíaca y caen al suelo. Y esta gente tiene vuelo de gorrión: alcanza con hostigarlos, con no dejarlos descansar, para que terminen yéndose al suelo ellos también. No, no...». Desplegando serenamente un brazo sobre los ojos, continuó: «Para manejar hombres hay que tener vuelo de águila, no de gorrión. Manejar hombres es una técnica, la técnica de la conducción. Una técnica, un arte, de precisión militar. A mí me lo enseñaron en Italia, allá por el año 40: aquella gente sí que sabía mandar. Aprendí a no desperdigar las fuerzas, a descargar el golpe concentrando las fuerzas en el sitio decisivo. Aprendí a actuar con serenidad. Mi victoria en Mendoza fue la liquidación de los llamados neoperonismos. A los traidores, a los tráfugas, hay que dejarlos volar, pero sin darles nunca descanso. Y esperar a que la Providencia haga su obra. Hay que dejar actuar a la Providencia...». Y subrayó, guiñándome un ojo: «Especialmente porque a la Providencia, muy a menudo la manejo yo».

SIETE

Este sistemático maquiavelismo obliga a Perón a vivir en estado de contradicción permanente. Escribe una carta con la mano derecha y otra, a la vez, con la mano izquierda; dice sí, dice no, pactaron Dios y con el Diablo al mismo tiempo. No apuesta nunca a un solo caballo: prefiere apostar a todos, y sin arriesgar su propio capital. Dirigir un movimiento de masas desde tan larga distancia, a control remoto, requiere y a la vez facilita este estilo de zorro viejo, ducho en las mañas de las artes políticas.

Las contradicciones de Perón reflejan y agudizan las contradicciones del movimiento peronista, heterogéneo conglomerado donde se puede encontrar todo, desde la extrema derecha a la extrema izquierda, de Cornejo Linares a Cooke. Vertebrado en torno al eje aglutinante que es el propio Perón, el peronismo es un mosaico; desaparecido el caudillo, estallará en pedazos. Pero el caudillo, alternativamente obstáculo y catapulta, está muy vivo, más joven que nunca, camina no menos de cinco quilómetros por día y trabaja de la mañana a la noche

sin darse tregua. Le gusta sentirse al ritmo de su tiempo; decirme, por ejemplo: «Aquí vienen a verme muchos jóvenes falangistas, a pedirme opinión sobre algunos problemas políticos. Son muchachos que tienen la amabilidad de suponer que mis opiniones sirven todavía para algo. Muy buenos muchachos... Pero qué quiere que le diga: hablando con ellos, tengo la impresión de estar conversando con mi abuelita...».

Le pregunto si va a volver a la Argentina; cuándo, le pregunto. Sonríe socarronamente, reclinado en su sillón; mueve la cabeza, se palmea las piernas, dice: «Yo ya tengo más de setenta años...», y miente: «Las tabas ya no me responden...». Al mismo tiempo, o muy poco después, envía al periódico *Única Solución*, vocero peronista en Buenos Aires, una carta donde por milésima vez anuncia su próximo retorno: «Estoy perfectamente bien», escribe. «No me tiemblan las piernas».

OCHO

¿Qué hay que hacer para que este país se levante?, pregunta *Única Solución*. Contesta con un breve programa de siete puntos: de los siete, tres proponen «liquidar la influencia marxista» en las cooperativas y en ciertas empresas industriales. En el número siguiente, *Única Solución* publica los más encendidos elogios a la primera conferencia de solidaridad de la OLAS, de notorio signo marxista: Descartes firma el comentario editorial. Descartes es el seudónimo que desde hace años usa Perón («él se firmaba Perón y así yo le retribuyo la gentileza»). En el artículo, Perón hace suyas las banderas de la conferencia de La Habana, y concluye: «Un revolucionario pacifista resulta, en estos momentos, algo así como un león herbívoro». Este mismo Perón que en 1967 exalta la violencia como derecho de los pueblos oprimidos de Latinoamérica y las demás comarcas del Tercer Mundo, es el que en 1966 me habló largamente sobre las posibilidades de un pacto con los Estados Unidos para hacer viable el reingreso del peronismo a la vida política legal. Desde los tiempos de los contratos petroleros con la California, Perón oscila, en sus relaciones con los Estados Unidos, entre la seducción y el anatema. En el verano español de 1961, hizo pública una carta a Kennedy: «En la República Argentina, si no se hace fraude o se emplea la violencia, vencerá el justicialismo, pero si la reacción, utilizando el engaño o la fuerza, se lo impide desde el gobierno, vencerá el comunismo en cualquiera de sus formas». Perón no ha cesado de explotar el beneficio político del miedo: «Imagínese», me dice, «que si los peronistas ven que toda esta anacrónica situación que vive el país es apoyada

por las grandes potencias occidentales, que hacen causa común con los gobiernos de la oligarquía, podrían sentirse atraídos por el apoyo que les ofrece el otro bando. La filosofía cristiana y la filosofía marxista se disputan este mundo: de uno de los dos árboles hay que colgarse».

NUEVE

Perón surgió al primer plano del escenario histórico argentino, como alternativa patriótica frente al imperialismo. Perón o Braden: el naciente caudillo nacionalista o el embajador norteamericano, tras del cual cerraron filas los conservadores y los comunistas, los radicales y los socialistas. «Desde el principio los Estados Unidos trataron de meternos el palo en la rueda», dice. «Imagine un tipo con hormigas en el fondo de su casa. Perderá el tiempo si trata de matarlas una por una, recogiénolas con un plato en una mano. No. Deberá ir hasta la cueva de donde salen, echar el veneno en el fondo de la cueva. Fue lo que nosotros hicimos. Llevamos adelante medidas de fondo: repatriamos la deuda externa, creamos la marina mercante nacional, nacionalizamos el ahorro, protegimos e impulsamos a la industria genuinamente argentina. Cuando asumí el gobierno, en 1946, yo parecía un arbolito de Navidad, con el uniforme lleno de condecoraciones y cintitas. Le dije a un millón de argentinos, allí en Plaza de Mayo: “Me cortarían la mano antes de firmar un empréstito”. Los americanos del Norte hicieron primero los países pobres y luego inventaron la ayuda, que no es tal, sino una especulación para seguir sumiéndonos en la pobreza. En los únicos diez años que la Argentina prescindió de toda ayuda norteamericana, fue la única vez que se pudo poner a punto la economía. Los Estados Unidos fueron el centro de la conspiración contra nuestro gobierno. No sólo no nos ayudaron, sino que no dejaron nada por hacer para hundirnos».

Sin embargo, me cuenta Perón, «ahora han venido a verme algunos senadores norteamericanos, y hemos conversado mucho. La situación argentina preocupa terriblemente a Johnson. Él sabe que la Argentina es decisiva en América Latina, y Johnson no quiere más Vietnams. La guerra en Vietnam les está costando muchos dólares y muchas vidas: los Estados Unidos no pueden darse el lujo de otras guerras en nuestras tierras. Quieren una retaguardia en calma. Así que hemos conversado mucho sobre esto, y los senadores me han hablado de un posible acuerdo al que podríamos llegar». ¿Qué acuerdo?, pregunto. «Un acuerdo...». ¿Sobre qué bases? «Ellos pondrían todos sus cañones sobre Onganía para obligarlo a hacer elecciones libres con la participación nuestra». ¿A cambio de

nada?, insisto. «La única condición es que yo renuncie a toda ambición como hombre de gobierno. Pero a mí qué me importa. Yo a esta altura de mi vida, ya prefiero ser el patriarca del peronismo y nada más. Que surjan los jóvenes». Y esos senadores, pregunto, ¿son buenos amigos? «Cómo no», me dice. «Yo tengo buenos amigos en todas partes del mundo. También soy amigo de los chinos. Y de Fidel Castro, tenemos muy buenas relaciones con Fidel Castro. Soy amigo de Stroessner y de los nacionalistas brasileños y de todos los revolucionarios auténticos de todas partes». DIEZ El agua se mezcla con el aceite: la lista de líderes latinoamericanos en los que Perón reconoce intenciones semejantes a las suyas, incluye a Arévalo y Arbenz tanto como a Rojas Pinilla y Pérez Jiménez. Menciona al «comunismo soviético, todos los nacional-comunismos tras el telón de acero y los socialismos árabes, los fascismos y el nacionalsindicalismo español», como «propuestas diferentes que en algo, fíjese usted, coinciden: en el deseo de encontrar una democracia nueva, a la medida de los hombres del siglo veinte».

DIEZ

El agua se mezcla con el aceite: la lista de líderes latinoamericanos en los que Perón reconoce intenciones semejantes a las suyas, incluye a Arévalo y Arbenz tanto como a Rojas Pinilla y Pérez Jiménez. Menciona al «comunismo soviético, todos los nacional-comunismos tras el telón de acero y los socialismos árabes, los fascismos y el nacionalsindicalismo español», como «propuestas diferentes que en algo, fíjese usted, coinciden: en el deseo de encontrar una democracia nueva, a la medida de los hombres del siglo veinte».

ONCE

Perón me habló pestes de los políticos y los politiqueros y las instituciones del demoliberalismo burgués, «verdaderos artículos de museo en el mundo civilizado». Ello no le impide, ahora, pactar con los radicales del pueblo. Él sabe muy bien que este partido tiene una fuerza refleja: cuando consagró presidente a Illia, en 1963, obtuvo sus votos de la *proscripción* del peronismo; en las elecciones parciales de 1965 y 66, los votos llegaron de la participación del peronismo, contra ella: el electorado se polarizó.

El primer emisario que Perón envió para negociar un pacto con Illia, fue Jerónimo Remorino —el mismo Jerónimo Remorino a quien Perón, dos años y medio atrás, había estigmatizado públicamente como traidor. Cuando el gobierno de Castelo Branco detuvo el avión de Iberia que traía a Perón desde Madrid, el General denunció en Río de Janeiro a los «responsables del fracaso del Operativo Retorno», y Remorino fue mencionado como «responsable principal». Los borradores del documento que Illia maneja en estas mismas negociaciones, han sido corregidos por el símbolo vivo del antiperonismo gorila, Miguel Ángel Zavala Ortiz. Este Zavala Ortiz es el mismo Zavala Ortiz que llegó a Carrasco, una trágica tarde de 1955, en el mismo avión de la Marina de Guerra que acababa de bombardear y ametrallar, impunemente, a los trabajadores peronistas congregados en Plaza de Mayo. Se sigue enorgulleciendo de haberlo hecho.

ESPAÑA: LA HUMEDAD DE AQUELLA SANGRE

UNO

En la segunda vuelta de los comicios de 1936, Francisco Franco supo, de una vez para siempre, que las elecciones libres no le convenían. Había querido ser diputado por Cuenca, pero no pudo; y también allí triunfó el Frente Popular. Cinco meses y dos días después de la victoria republicana de febrero, se desencadenó la sublevación, el «Alzamiento Nacional». Al cabo de una lucha heroica pero inútil, cayó la República, ahogada en sangre por sus enemigos, traicionada por muchos de sus amigos. Los vencedores consagraron a Francisco Franco *Caudillo de España por la Gracia de Dios*, como todavía puede leerse en las pesetas, y resolvieron que sólo debía rendir cuenta «ante Dios y la Historia». Él prometió que aplicaría «las enseñanzas de la Iglesia» y que no habría «un solo español sin pan, un solo hogar sin luz». El cadáver de José Antonio Primo de Rivera fue trasladado desde Alicante hasta El Escorial, para que descansara con los reyes: a su paso, a modo de homenaje, los soldados iban fusilando republicanos por los pueblos.

Casi veintiocho años después, el referéndum consagra una nueva Constitución que en la práctica liquida a la Falange, el movimiento fundado por José Antonio, pero que remacha el poder a perpetuidad que Franco, su «Jefe Nacional», ejerce. La mayoría de votos fue aplastante. Tan aplastante, que la cifra de los votantes, poco menos que unánime por el sí, excedía largamente en los cómputos originales a la cifra de los inscritos establecida por el censo. Francisco Franco no olvidó aquella desagradable experiencia de febrero del 36. Éste hombre ele setenta y tres años ha tenido tiempo de sobra, a lo largo de su interminable dictadura, para aprender a ganar.

En el país que le ha ratificado, así, su agradecida confianza, hay siete millones de pobres, según cifras oficiales. Es el país que disfrutan cada año quince millones de turistas, pero no los dos millones de españoles que la miseria expulsó a Francia, Alemania, Suiza o Bélgica. Es el reino sin rey; reino, más bien, de las contradicciones.

DOS

No resulta nada recomendable recorrer España en vagones de tercera, pasar en los asientos de madera días y noches durmiendo poco o nada por el incesante traqueteo de trenes viejos. Pero es en esos vagones donde se comparte todo, el vino y el pescado frito, las canciones y los cigarrillos, las opiniones, las confidencias.

Aquella tarde, entre Bilbao y Santander, teníamos delante un matrimonio gallego que volvía a sus tierras, a pasar las fiestas, desde Barcelona. A nuestro costado viajaba un estudiante, cuyo rostro no marcado por una vida de sufrimiento y trabajo, se distinguía de las caras curtidas de los demás ocupantes del vagón. «Habrá que bajarse y empujarla, a esta tartana», comentó como para sí la gorda señora mientras su marido dormitaba. Acababa de devorar una fotonovela de Corín Tellado y un chorizo estupendo. Me cedió la fotonovela: un médico joven incomprendido por su suegra, se entregaba al alcohol, pero era finalmente recuperado para la sociedad por su señora esposa. Para el próximo número: *Eres una pecadora*. Los demás leían *Marca* o *El Caso*, los dos periódicos de más venta en España: deportes y crímenes. Pero yo quería hablar sobre el referéndum, hacer preguntas, recibir respuestas. Como la pasión española puede más, afortunadamente, que las presiones del régimen, la comunicación no es difícil tampoco en este plano: desde Irún a Port-Bou, durante los sucesivos trayectos recorridos a través del país, pudimos hacerlo mil veces y siempre espontáneamente. En invierno, por lo menos, hay en España más españoles que norteamericanos o franceses; el escaso turismo no despierta prevenciones ni malicia.

Aquel proyecto no fue una excepción y la conversación nació sin dificultades. El joven estudiante me dijo que había votado por no: «Un NO grandote, sabes, con lápiz rojo, un redondel así, ves, y que si me pillan que me pillen, que yo ya estuve dos veces encerrado, cuando las huelgas». Dijo, además, que la mayor parte de la gente que había votado por sí, no sabía siquiera lo que significaba la palabra referéndum. Y fue entonces que la señora, que se hacía la distraída mirando por la ventanilla, se puso furiosa. Dijo que ella podía ser una ignorante, pero que sabía muy bien lo que significaba la paz, sí, todos estos años de paz franquista: «Y si he votado por sí, es porque no quiero que a mi hijo, que ya es grande, le pase lo que a mí. Porque yo estuve en Madrid durante toda la guerra, toda, me oyes, hasta el fin de la guerra, y me salvé por el pelo de un calvo de que me mataran». La discusión me reveló un conflicto de generaciones que brinda una

de las claves más importantes para comprender a la España de nuestros días, heredera del terror, pero, a la vez, asomada a un mundo nuevo. Mientras el muchacho se quejaba del presente, muy enojado, la señora, no menos enojada, gritaba sus penurias del pasado, pobre mujer para la cual la tierra ha sido, como decía Huxley, el infierno de otro planeta: «Porque el hambre era lo de menos, ni la metralla, lo peor eran los obuses, Dios mío, que una no veía de dónde salían y caían así, de golpe, y todos los muertos de golpe en la calle; ah no, que eso no quiero yo que se repita, no se lo deseo yo a nadie».

El régimen no ignora que el país quedó marcado a fuego por la experiencia de la guerra civil. Por toda España vi los enormes murales: «Vota por la PAZ», «Piensa en tu hogar», toda la propaganda destinada a identificar la idea de la paz con el voto por sí. Televisión, radios, diarios, calles empapeladas: como a la oposición le estuvo prohibida la menor posibilidad de desacuerdo, la idea del voto por no o de la abstención se asoció con la idea de la guerra en la cabeza de muchos españoles todavía abrumados por la pesadilla del millón de cadáveres.

TRES

Pocos, muy pocos saben en España en qué consiste la nueva Constitución: su texto farragoso, confuso, ambiguo, desalienta a los más lúcidos. Las cosas fueron hechas de tal modo que la votación no resultó más que la expresión masiva de apoyo que Franco necesitaba para dar una apariencia de legitimidad a la dictadura que ejerce por derecho divino. Él declaró una vez: «No soy yo; es la Providencia quien gobierna España». Pero la Providencia no proporciona suficientes credenciales políticas, por sí sola, a los ojos de las autoridades del Mercado Común Europeo. Y España necesita asociarse al MCE como los pulmones al aire: las declaraciones formuladas a Le Monde por el ministro López Rodó, a fin de año, son suficientemente claras en este sentido, es decir, son suficientemente lastimeras. «Democratizarse», entrar en Europa y en el siglo veinte, significa aceptar los bikinis en la Costa Brava y las ediciones nacionales o extranjeras de Marx, Freud, Sartre, los «Trópicos» de Miller en los escaparates de las librerías y las obras de Brecht en los escenarios de Barcelona y Madrid, pero significa también, y sobre todo, dar al pueblo la oportunidad de expresar sus desacuerdos y sus acuerdos con las autoridades, en voz alta y no poniendo traviesamente y a escondidas el sello de correos de Franco cabeza abajo en las cartas: significa, en fin, reconocer el derecho de los españoles a elegir su destino. El régimen franquista, nacido de un golpe de estado apoyado por la intervención extranjera, inició en los últimos años un

proceso de «democratización» y aceptó como inevitable el aflojamiento de los ya tradicionales torniquetes de la dictadura. Poco antes del referéndum, el gobierno recibió dos golpes duros en este sentido: las elecciones municipales y las elecciones en los sindicatos verticales. En las elecciones municipales, el descontento se expresó por omisión: en ninguna ciudad de España el porcentaje de votantes llegó al 40 por ciento. En las elecciones sindicales se expresó por acción: al nivel de «enlaces» o delegados de fábricas, la oposición, que venía actuando ilegalmente a través de las comisiones obreras paralelas, obtuvo una victoria resonante en los centros laborales más importantes del país. El régimen no podía admitir la profundización de este proceso, sin poner en peligro sus bases de sustentación. En consecuencia, se las arregló para que a nivel provincial no se reflejara de ningún modo el resultado de las elecciones de base: dividió, por ejemplo, al Sindicato del Metal en 27 ramas diferentes, para asegurarse una representación provincial adicta por medio del control de los talleres pequeños: como las autoridades son elegidas, en conjunto, por la rama obrera y la rama patronal, no le resultó en definitiva difícil neutralizar, al menos transitoriamente, esta desagradable resurrección de la «lucha de clases». Del mismo modo, se hacía intolerable para Franco que sólo el 14,70 por ciento de los electores sufragara en Barcelona y nada más que el 30,10 por ciento en Madrid, como había ocurrido en las elecciones municipales. No: el referéndum debía ser un prodigio de buena organización; era preciso demostrar categóricamente al mundo entero que los españoles aman a su Caudillo por sobre todas las cosas. El fervor de los funcionarios, sumado a la eficacia de las IBM, se pensó, cumplirían la faena, que se desarrollaría al influjo de una aplastante propaganda destinada a estimular, en la memoria de los españoles, el negro recuerdo de la guerra civil. Así se hizo. La despolitización sistemática llevada a cabo por el régimen a lo largo de estos veintiocho años, facilitó las cosas. A la indiferencia de muchos jóvenes, se agrega, en la España de hoy, la desorientación y el miedo de las generaciones anteriores, para las cuales cualquier perspectiva de cambio parece implicar una promesa de violencia. El «lavado de cerebros» ha rendido sus frutos al punto de que no son pocos los españoles que creen que fue la República la que se sublevó, malvadas hordas marxistas, contra Franco.

Sin embargo, el frenesí resultó excesivo, y los resultados de esta mezcla de fantasía ibérica y métodos electrónicos no son nada convincentes. La noche del plebiscito, los locutores de televisión leían con sus mejores caras los primeros resultados, la cantidad de votos excediendo en un caso sí y en otro también la de electores, la increíble masa de «transeúntes» que las máquinas contabilizaban, indiferentes a la dimensión del disparate, en las regiones más desoladas de España. En el primer distrito de La Coruña, por ejemplo, aparecieron 12 159 votos por sí aunque sólo había 5936 inscritos; en Móstoles, un minúsculo pueblito cercano a

Madrid, famoso porque fue el primero que se sublevó contra Napoleón, pero prácticamente deshabitado hoy día, brotaron de la nada 740 «transeúntes», de los cuales 736 votaban por sí y cuatro en blanco; en la casi invisible pedanía de Pozo de Cañada, en la provincia de Albacete, aparecieron votando, sobre un total de trescientos, 209 «transeúntes»: los ejemplos podrían repetirse al infinito. El alcalde de Gandía, en Valencia, primer puerto naranjero de España, fue más expeditivo: resolvió que conocía la voluntad de sus 22 000 habitantes mejor que ellos mismos y votó él por todos: naturalmente, se pronunciaron con emocionante unanimidad por el sí. Un corresponsal extranjero amigo mío, hizo personalmente una prueba interesante: fue al Instituto San Isidro, en Madrid, y votó, aunque no era español. Obtuvo el certificado correspondiente.

Franco no podía permitir que el plebiscito del 66 arrojara menos votos que el del 47, antecedente inmediato de «elecciones libres». Sin duda, cabe atribuir a la torpeza entusiasta de los funcionarios subalternos del régimen, el hecho de que los «transeúntes» hayan sido tan mal distribuidos que en algunos distritos de provincia no apareció ninguno, pero en otros surgieron miles. El miedo y la ignorancia hicieron el resto. No en vano se decía en España, en los días de la votación, que las boletas en blanco, no escritas por sí, había que ir a pedir las, en algunos pueblos, a los cuarteles: sin cuarto oscuro ni sobres, huérfano de toda garantía, el votante por no quedaba expuesto a represalia: era preciso votar por sí y proclamarlo a voces. La consigna de la abstención, dada a conocer por los sectores mayoritarios de la oposición, se estrelló contra los temores que el régimen, hábilmente, difundió: no sólo el espectro de la guerra, sino también inseguridades materiales inmediatas. Se pegaban murales que decían: «Madre española: tus hijos no pueden votar. Tú, sí. Vota por la PAZ», pero también se daban a conocer amenazas oficiales y oficiosas, noticias y rumores, según los cuales quien no votara perdería el empleo o la jubilación o sufriría descuentos en su salario. El certificado de voto se convirtió en un amuleto imprescindible contra «la desgracia». «Había que votar por sí, por la paz. Porque si no, mi novio me dijo que iba a haber una guerra como esa del Vietnam», nos explicó la limpiadora de una posada de Ávila. El alcalde de Moncada Bifurcación, un pueblo a la salida de Barcelona, dio a conocer un bando según el cual a quien no votara se le aplicaría una ley que pena «la afrenta pública». Dos ciegos que encontramos en el metro de Madrid, nos dijeron que habían votado porque de otro modo les hubieran quitado los números de lotería con los que se ganaban la vida; un funcionario de ferrocarriles y el portero de un banco coincidieron en que si no hubieran votado se hubieran quedado sin el aguinaldo de Navidad. Una viejita envuelta en trapos negros, doblada por el frío de las primeras horas de la mañana de Burgos, nos contó por qué era importante tener a mano el certificado de voto, mientras la ayudábamos a

ascender la empinada cuesta, cerrada de niebla, que conduce a la catedral: «Es por si vuelven las cartillas de racionamiento», explicó. Era una amenaza que había escuchado, sin duda, veinte años antes.

El éxito fue, en estas condiciones, completo: hasta en el desierto del Sahara español votó el 98 por ciento de los inscritos. Y no votó allí el 110 por ciento porque ya el régimen había agotado todas sus existencias de «transeúntes» en territorio europeo.

CUATRO

Tres mil obreros despedidos en Barreiros, la firma que fabrica el Dodge Dart y el Simca 1000 en España; 10 000 obreros amenazados por la desocupación en las fábricas Standard Electric, Schneider, Hélice; 3000 obreros trabajando a bajo rendimiento en la SEAT, la empresa que produce los Fiat, el Sedan de cuatro puertas, la Rural: la crisis agazapada tras el deslumbrante *boom* económico español, empieza a asomarse peligrosamente. Una estructura agraria de hace quinientos años levanta diques insuperables a la ola del «desarrollo», con toda su engañosa espuma de numeritos. Medio millón de televisores y 600 000 heladeras producidas en 1965, duplicación de la fabricación de automóviles prevista para cuatro años, aumento del 57 por 100 en la renta por habitante entre 1959 y 1966: brotan los objetos mágicos y sofisticados, y los resplandecientes automóviles, de las modernas plantas recién instaladas, pero España, tradicional exportadora de alimentos, se ve ahora obligada a importar comida a causa del estancamiento o la caída, según el caso, de sus propios rubros de producción agrícola. El enorme déficit de la balanza comercial no alcanza a ser cubierto por las remesas de moneda fuerte que envían a su patria perdida los albañiles y las sirvientas que España vende, cada año, a Ginebra, Hamburgo o París, ni por las cuantiosas divisas que traen los turistas extranjeros. Es la experiencia de un «desarrollo» en buena medida artificial, reflejo de la prosperidad europea, que no ha creado mediante una reforma agraria las condiciones para la ampliación del mercado interno que la naciente industria necesita y para el abastecimiento de la demanda creciente de alimentos que implica la elevación del nivel de ingresos. La propia industria tan impetuosamente surgida en los últimos años, está viciada de desequilibrios y contradicciones agudas. Debilidad del sistema de transportes y comunicaciones, hipertrofia de las industrias superfluas y desarrollo escaso de las industrias básicas, fábricas que producen artículos para mercados saturados y mercados que demandan artículos que las fábricas no producen: los primeros resultados de tanta

incoherencia empiezan a notarse en la crisis ya visible de la industria del automóvil. Por otra parte, en general, las técnicas de producción son todavía anticuadas, los obreros trabajan normalmente doce horas por día y el número de accidentes de trabajo es tan alto que su valor económico resulta casi equivalente al ingreso total proveniente del turismo, según cifras oficiales. El Ministerio de Trabajo ha reconocido, incluso, que son aún más graves las pérdidas por enfermedades y envejecimiento precoz de los obreros.

CINCO

Las malas condiciones de trabajo y las perspectivas de desocupación que amenazan a algunos sectores industriales, constituyen, y bien lo sabe el gobierno, caldos de cultivo propicios para la agitación obrera. Los resultados del referéndum se hicieron notar, en este sentido, de inmediato: una considerable cantidad de dirigentes de las comisiones obreras, cuyo prestigio había quedado de manifiesto en las elecciones sindicales oficiales, fueron a parar a la cárcel, en Madrid, Barcelona y otras ciudades, a lo largo de una serie de «batidas» policiales que tuvieron lugar entre las vísperas de Navidad y el fin de año.

El régimen franquista parece, pues, sentirse autorizado por tantos síes que él mismo sembró y cosechó, para desencadenar medidas de represión contra los militantes sindicales de la oposición. En los últimos tiempos, éstos venían actuando, en algunos casos, con relativa impunidad, a la sombra de la tendencia que, dentro del gobierno, procura una apertura «neocapitalista» hacia formas más «modernas» de relación entre patrones y obreros.

Se ajustan, ahora, los torniquetes. Ésta es la significación primordial del plebiscito de diciembre: se consolida internamente el poder oficial, fisurado por toda clase de contradicciones, y se hace externamente, a los ojos del mundo, una exhibición de fuerzas «democráticamente» avalada por la mayoría, la aplastante mayoría del pueblo español.

SEIS

Las reformas introducidas a la Carta Orgánica del Estado tienen, en sí, una importancia secundaria y son, por lo demás, un secreto para iniciados. Un

taximetrista de Madrid me confesó: «No sé, no sé; no sé si me van a aumentar o a rebajar la paga». En cambio, un sereno de San Sebastián al que tuvimos que llamar, como es costumbre, batiendo palmas para que nos abriera la puerta de entrada a la pensión, estaba, él sí, seguro: «¿La votación? De maravillas. Todo el mundo votó, y los que no podían votar porque no tenían la edad, daban gracias de todos modos; los hubiera usted visto, salieron en la tele. ¿Eh? Pues claro que voté por sí. ¿Y qué es esta Constitución? Pues hombre: es para aumentar los salarios. Los aumentan al doble. Los precios no: eso ya lo habían prometido de antes». Un recluta de Pontevedra, ocasional compañero de viaje en el ferrocarril, nos dio así su opinión: «Todos votaron por sí porque, ¿qué se ganaba con votar por no? Uno solo no puede hacer nada. Si todos votaran por no sería otro cantar, pero entonces habría una revolución, imagínate. El 14 nos llevaron al cuartel y el tío aquel nos dio a cada uno su papeleta con el sí ya escrito, nos pusieron en fila y a votar. ¿Qué le pasará al Caudillo, qué crees? Está viejo ¿eh? Yo lo vi bien porque le hicimos la guardia en San Sebastián. Ahora, con la Constitución ésta, tiene a uno nombrado para cuando se muera». Intervino entonces, para corregirlo, un viejo con aspecto de obrero: «No, no, qué va, no es que tenga a otro nombrado; que son tres, ahora, uno del ejército, el hijo del rey y el otro es el Caudillo mismo. Porque así se evita que cualquiera de ellos se levante contra los otros, ¿me entiendes?». El soldadito insistía en que las cosas eran como él había dicho. El tren estaba por llegar a Bilbao. Fue entonces cuando un borracho que había subido en una de las últimas estaciones y que seguramente se había equivocado de tren porque decía que se iba para Francia, dejó de decir que se iba para Francia, para advertir, con voz insólitamente clara: «Por suerte, pasado mañana nace Dios». Era el 20 de diciembre: también de fecha se había equivocado. No le pregunté en qué consistía la nueva Constitución.

SIETE

Hay un fatalismo español. No me resultó difícil darme cuenta de que aquel camarero de un café de Valencia no estaba conforme con su situación personal ni, por extensión, con la de su país. Pero reconocía, eso sí, que «Franco de todos modos ha hecho una gran obra, porque este país necesita una dictadura. No hay más remedio. Si los españoles no tenemos las manos atadas, ¡hala!, nos peleamos. Es por temperamento, ¿sabe usted?». Hay muchos españoles para los cuales la dictadura ha devenido una costumbre, en todo caso un mal necesario: se acepta a Franco como al frío en el invierno, como las mujeres educadas para la sumisión aceptan maridos que las apalean, «porque es el destino, la cruz de cada cual, la

voluntad de Dios».

Pero hay también una rebeldía española, una furia legendaria que está todavía viva en esta sociedad desangrada por la tragedia. Es la rebeldía que el plebiscito no muestra, la de los hombres que dicen no, en castellano:

«No,

yo digo no,

digamos no.

Nosotros no somos de ese mundo»,

o en catalán:

«No,

jo dic no,

diguem no.

Nosaltres no som d'eixe mon».

Es la rebeldía de las huelgas de Asturias y las manifestaciones estudiantiles, la crispación y la protesta de la nueva España peleadora que canta por la boca del

valenciano Raimon: la que no reniega de su forma de piel de toro, la que tendrá la palabra, de nuestra generación en adelante, las manos ya no atadas por la memoria.

OCHO

«Tendría que escribir más canciones contra el miedo. Todas las canciones contra el miedo». Raimon vuelve la cara al sol que se alza, blanco, sol de invierno recién nacido, entre las montañas. Estamos con Graciela en el Calvari Alt; a un lado, se despliegan los tejados de Xàtiva, sus pocas torres, y al otro, más allá de la derruida medieval, cada monte de piedra tiene un nombre. Raimon nos habla de su pequeña ciudad, cuna de los Borgia y del pintor Ribera; nos cuenta cosas: «Nos llaman los “socarrats”, los quemados, porque Felipe V nos incendió la ciudad. Hay un cuadro del Borbón en el museo, ya lo verán: está cabeza abajo». Más de dos siglos después de Felipe V, Xàtiva fue uno de los últimos bastiones republicanos vencidos por Franco.

Raimon tiene ahora veintiséis años. Su padre, un carpintero anarquista, acababa de salir de la cárcel cuando él nació: la familia vivía, vive todavía, en el barrio obrero de Xàtiva, en una calle que se llamaba, pero ya no se llama, De la Libertad. En el 39, al fin de la guerra, la calle perdió su nombre: las tropas franquistas le blanquearon el rótulo, a la cal, y desde entonces la gente la llama Calle Blanca, Carrer Blanc en catalán. Ésta es la casa que Raimon debió abandonar, hace unos pocos años, «la cara al vent, al vent del mon», «porque creo que puedo decirlo, en mi maltratada lengua», en su lengua catalana dicha al modo de Valencia,

palabras y hechos

que todavía nos hacen sentir hombres

entre los hombres,

paraules i fets

que encare ens fon sentir homes

entre els homes.

Raimon no es popular solamente entre los casi siete millones de españoles que hablan catalán; de norte a sur y de este a oeste lo mejor de la nueva generación reconoce su naciente voluntad de afirmación y lucha en las canciones que Raimon, más que cantar, vocifera. Hasta en Madrid, que tradicionalmente mira de reojo cuanto viene de tierras catalanas, Raimon ha conquistado el segundo puesto en las encuestas de popularidad entre los jóvenes, según los resultados publicados por un diario del régimen: sólo le ganó Raphael, Príncipe de los cursis. Primer Premio en el Festival de la Canción del Mediterráneo, Gran Premio al Disco de Cantante Extranjero en París: también las recompensas y el éxito estrepitoso de las funciones internacionales de Raimon señalan, más allá de fronteras, su creciente resonancia. Sin embargo, en España, Raimon no puede actuar en televisión desde hace dos años, y la radio le está prácticamente prohibida. El *long-play* que recoge su actuación en el Olympia de París, se vende a precio de oro, traído desde Andorra de contrabando: allí están grabadas las canciones que el régimen no le permite cantar, tampoco, en sus funciones públicas. Porque cada vez que Raimon canta, en programas organizados por los estudiantes en toda España, las funciones se transforman en mítines, la fiebre sube.

Él no ignora, por cierto, el poder explosivo de sus canciones. A fines de noviembre del año pasado, en Sabadell, populoso suburbio industrial de Barcelona, tuvo que cantar seis veces seguidas la misma canción —La nit, la noche— porque la censura le prohibió las otras que integraban el recital. Raimon sacó de su bolsillo un papelito y leyó los títulos de cada una de las canciones no permitidas: el público acometió entonces a coro, furiosamente, Diguem no — Digamos no— prohibida desde 1964. Diguem no es el poema que vibra en las gargantas de los jóvenes catalanes, el mismo que hizo temblar las paredes de la estación de Barcelona el día que regresaron de Madrid los acusados en el proceso de Jordi Pujol —un empresario catalanista y católico, maltratado por la policía:

Hemos visto el miedo

ser ley para todos.

Hemos visto el hambre

ser el pan de muchos

y cómo han hecho callar

a muchos hombres

plenos de razón.

«El miedo. El miedo a las tradiciones, a lo que piensa el vecino, a perder la paga. Tendría que escribir más canciones contra el miedo»: Raimon sacude la cabeza, sonríe tristemente. Desde el alto peñón donde estamos sentados, escuchamos, en el silencio de la mañana, el tintineo de los cencerros de una majada de ovejas que marcha, por la quebrada, rumbo a la ermita de San José. Raimon me dice las letras de algunas canciones prohibidas:

Tú, tú que me escuchas

con cierto miedo.

Tú me obligas a gritar.

Y de otras que ni siquiera ha presentado nunca a la censura:

Así vengas o no vengas,

hará frío este invierno.

Y las viejas que venden tabaco

lo sentirán mucho más.

Desde el punto de vista de los comisarios, todos estos sencillos versos de Raimon, explicados y discutidos en cada recital, resultan más peligrosos que ciertas obras clásicas del marxismo o las herejías de Freud y los existencialistas franceses, ya editadas o de próxima aparición en Barcelona. Para la España agotada para siempre por la guerra civil, conformista y temerosa, que elevó el certificado de voto en el referéndum a la categoría de talismán mágico, tales canciones son muy inconvenientes, mucho más, por cierto, que las obras de Gramsci o Simone de Beauvoir o Isaac Deutscher: al fin y al cabo, todos estos libros no son leídos por «nadie», son apenas el alimento de esos extraños especímenes que nunca se bañan y que se llaman intelectuales, homosexuales o algo así, y que para colmo «hacen política». Porque en España, en esa España, sólo no «hace política» quien está de acuerdo con el régimen, quien lo acepta con entusiasmo o resignación. Si en los días del plebiscito se prohibió actuar a un conjunto yeyé por el solo hecho de que se llamaba «Los no», ¿cómo va a permitirse a Raimon cantar libremente sus canciones? Raimon revela y presiente a la otra España, a la nueva, habla de «un tiempo que ya es un poco nuestro» y de «un país que ya estamos haciendo»: es demasiado. ¿Acaso no se le han rechazado a Berlanga quince guiones de películas que ha ido presentando en vano, uno tras otro, a la censura? Apenas pasada la guerra, se prohibió en España La República de Platón. En 1967, la censura demuestra que ha ganado sentido práctico.

NUEVE

Como el personaje célebre de Lampedusa, el régimen ha comprendido que «es preciso que algunas cosas cambien, para que todo siga como está». Ha perdido dramatismo, pero ha ganado astucia. En la flamante carta orgánica desaparece la terminología fascista, «verticalismo», «jerarquía», «totalitarismo», ya no se postula «organizar al mundo del trabajo como un ejército ordenado y creador»; para la misma Falange la nueva Constitución equivale a un certificado de defunción, expedido por su propio Jefe Nacional. La pérdida de poder de la Falange no es más que el resultado, sin embargo, de la pérdida de su prestigio: ya las cinco flechas y el yugo habían dejado de ser el símbolo que sellaba el ingreso a la fraternidad fascista de la violencia y la aventura, para convertirse no más que en una buena llave para llegar a una vida fácil y acomodada. También la «dialéctica de las pistolas» había alcanzado la etapa de la buena digestión: Hedilla, el heredero de José Antonio, que había sido condenado a muerte por Franco, salió de la cárcel para convertirse en gerente de varias importantes empresas; el rumor popular decía en Madrid que a la Falange, como a los almacenes SEPU, se entra por la avenida de José Antonio y se sale por la calle del Desengaño: de la romántica leyenda de los señoritos idealistas a la corrupción y el arribismo. Los jóvenes falangistas todavía aferrados a las primeras enseñanzas de José Antonio, están, ahora, en la oposición. Desde antes del referéndum, mientras la Falange oficial proyectaba en sus actos el film Franco, ese hombre, la «otra» Falange prefería la película José Antonio, presente. Y el aniversario, celebrado no hace mucho, fue motivo de serios enfrentamientos entre los jóvenes reivindicadores de la Falange «traicionada» y la policía del régimen.

Franco reniega, pues, del vocabulario fascista, y hasta de la organización sobre la que empinó su poder, pero no reniega, por cierto, de sí mismo: la reforma crea el cargo de presidente de gobierno, nuevo puesto aún no provisto, en condiciones tales que el jefe del Estado continúa siendo la autoridad absoluta: el propio Franco hasta el día de su muerte. Teóricamente, el presidente puede vetar sus resoluciones, pero el jefe del Estado podría devolverle la gentileza: se reserva el derecho de designarlo y de destituirlo. Los partidos políticos siguen prohibidos. En lo que respecta a la libre expresión de la voluntad popular, la «democratización» no llega demasiado lejos: sólo una sexta parte de los diputados será elegida por sufragio directo. Podría hablarse, quizá, de «democracia indirecta», pero sólo en el sentido de que seguirá siendo Franco quien designe a las cinco partes restantes, «indirectamente», es decir, a través de las «colectividades» locales o profesionales,

o más sencillamente a dedo.

A pesar de todo, el deshielo español llega más allá de lo que revela la tímida liberalización que la nueva Constitución admite. Hay un visible «descongelamiento» del proceso histórico, determinado por profundas razones de adentro y poderosas influencias de afuera. El desafío de los nuevos tiempos pone en peligro las bases de estabilidad del sistema: el régimen, por lo tanto, se adapta para sobrevivir, admite ciertos cambios como una especie de precio que es preciso pagar para que no cambie, en lo hondo, el sistema de privilegios e injusticias que le dio origen y para cuya defensa nació

Conmoción en la máquina burocrática sindical: surgen las Comisiones Obreras, espontáneamente nacidas de las bases, de la manera más simple: porque los obreros de tal fábrica reclaman una ducha o porque los de tal otra quieren que se cumpla una ley que su patrón desconoce. Las Comisiones nacen bajo el signo de la lucha contra la estructura jerárquica oficial del movimiento obrero, absolutamente divorciada de la clase trabajadora, sus preocupaciones y sus intereses.

DIEZ

Postulan un claro programa de reivindicaciones inmediatas y de fondo: sus miembros ganan abrumadoramente las elecciones en los propios sindicatos del gobierno, en el metalúrgico, en la banca, la electricidad, el papel, las artes gráficas, la minería. Los vetos interpuestos a algunas candidaturas, no bastan para contener el alud: se niega una, aparece otra. José Hernando, operario metalúrgico, uno de los cuatro principales organizadores de la gran rebelión que está sacudiendo al aparato sindical franquista, me lo contó así, en la casa de unos amigos comunes de Madrid: «El pueblo español estaba futbolizado, no pensaba, para qué: ahí estaban Di Stéfano y Manolete, ahí está El Cordobés. Se creyó que con eso bastaba. Las Comisiones Obreras han venido a demostrar que no, que no bastaba, que el pueblo español quiere pensar y se dispone a actuar. Y no es como el sifón, vamos, que hace burbujitas y se le va la fuerza, no». El régimen reacciona: evita, por un lado, que la victoria de las Comisiones Obreras se refleje en los niveles medios y altos de la estructura gremial; por el otro, la nueva Constitución anuncia cambios, aún no conocidos totalmente, en la organización sindical tradicional. Algunos de los dirigentes triunfantes van a parar a la cárcel, de la que entran y salen más o menos habitualmente, y casi todos figuran en las «listas negras» que las empresas hacen

circular en nombre de la necesaria profilaxis ante la contaminación comunista de sus obreros. Pero ya se está lejos de los tiempos en que bastaba que un trabajador fuera dirigente gremial, o que lo hubiera sido, para que se convirtiese en cadáver ante el pelotón de fusilamiento. El régimen se «moderniza», los ojos puestos en el Mercado Común Europeo: los ministros del Opus Dei saben muy bien que no es con los esclerosados sindicatos verticales que España podrá alcanzar el «nivel europeo», también imprescindible en este plano, para su asociación anhelada al MCE.

El ministro Castiella negocia en Bonn y el ministro López Rodó promete democracia en París, Rumania establece con España relaciones diplomáticas a nivel consular, nace y se desarrolla el turismo del Este, crece el comercio con Cuba: la apertura hacia Europa occidental y los países socialistas no puede realizarse impunemente. Cuando España restableció relaciones diplomáticas y comerciales con otros países de Europa, y pudo ingresar en las Naciones Unidas, fueron los hijos de los vencedores quienes trajeron en sus valijas, al regreso de becas y viajes oficiales, los primeros libros «subversivos» que entraron a un país donde hasta Rousseau estaba prohibido. Ahora, muchos años después, esta segunda apertura no puede hacerse sin consecuencias, sin que el viento entre por las ya no tan clausuradas ventanas del régimen. No es sólo por hipocresía que diarios y ministros hablan, en la España actual, de socialismo y república, llenándose la boca —ya que no la cabeza— con ideas que la España vencida había levantado como bandera —tardío homenaje a la gloria de su derrota. La presión interna del *boom* económico, la industrialización acelerada, el ascenso de una «sociedad de consumo» en las ciudades, superpuesta a una sociedad agraria todavía medieval, obligan al país, por el dinamismo de los cambios que implican, a entrar también políticamente en nuestro siglo. La derecha «limpia» su mala conciencia: la monarquía se hace «popular»; la Falange, en los estertores de su agonía, deviene «democrática»; la Democracia Cristiana pasa a ser «social». Para ubicarse al nivel de aceptación europea que sería menester al desarrollo interno de la economía española, los mismos que dispusieron la prohibición de las huelgas y el control de la información, la supresión de los partidos y la creación de sindicatos verticales, son hoy los «campeones» del derecho de huelga y la libertad de prensa, los sindicatos democráticos y el pluripartidismo. La expansión económica crea sus propias contradicciones, las estructuras se vuelven contra sí mismas: las comisiones obreras invaden los sindicatos oficiales y la propia organización estudiantil del régimen incuba las primeras rebeldías juveniles, que la hacen estallar en pedazos. El régimen asimila las tensiones tan hábilmente como puede, pero se encuentra a cada paso con que el desarrollo del país choca una y otra vez con los obstáculos que levantan las estructuras tradicionales a las que debe su

propia existencia: la industria no puede crecer coherentemente en un país donde el campo produce y consume cada vez menos, con la mitad de las tierras en manos del uno por ciento de los propietarios, pero ¿no fue acaso el propio Franco quien abolió la reforma agraria, por decreto del 28 de agosto del 36, en la zona «nacional»? Del mismo modo, la existencia de sindicatos independientes y poderosos —una de las condiciones visibles de una sociedad europea moderna— es incompatible con un sistema que obliga a los obreros a trabajar doce horas al día, pero ¿no fueron acaso los patronos quienes ganaron la guerra? ¿No se levantaron Franco y los suyos en defensa de un «orden» vulnerado, entre otras cosas, porque el poder sindical amenazaba dar fuerza de realidad a la ley de ocho horas y otras conquistas obreras?

ONCE

El ex jefe nacional de propaganda de la Falange, coautor de su himno Cara al sol, me recibió en Madrid, apenas salido de la cárcel. Así se expresó Dionisio Ridruejo, actual militante antifranquista: «Todo el lenguaje oficial es el lenguaje de la oposición. El régimen sabe que no tiene futuro, tiene conciencia de su provisionalidad. Está interesado en que sea lento el proceso de democratización, para que la dictadura dure tanto como las vidas de sus beneficiarios». Y por su parte, la noble más noble de España, Luisa Isabel Álvarez de Toledo y Maura, duquesa de Medina-Sidonia, afirmó a lo largo de un extenso diálogo que sostuvimos en su flamante apartamento del barrio más lujoso de la ciudad: «El régimen se desintegra. No hay más que ver el desorden en los ministerios: se pelean, dan una orden aquí y otra allí; en fin. Es que son veintiocho años que llevan todos unidos bajo la dictadura de un señor, y este señor ya no puede mandar nada. Están acostumbrados a obedecer, todos, y por eso se desorientan así». Ocurre que, a su juicio, «los fuertes ya no son fuertes en España: ahora todo depende de la debilidad de los débiles».

Ni las opiniones de Ridruejo ni las de la duquesa son excepcionales. En este país desgarrado por el difícil tránsito hacia una nueva realidad, con todos los traumas que implica la lucha contra la inercia de las estructuras tradicionales, ya no resulta sorprendente que haya hijos de ministros o de altas autoridades en la cárcel o en el exilio, que los dirigentes falangistas y los nobles monárquicos se hagan socialistas y que los curas resulten apaleados por la policía. La duquesa fue educada para ganar trofeos como amazona ágil y elegante y para bailar en los salones y casarse. Resulta que hizo todo eso pero, además, descubrió que podía

pensar con su propia cabeza, sin que setecientos años de antepasados ilustres, desde Guzmán el Bueno hasta el marqués de Niebla, le impidieran abrir los ojos al mundo de su tiempo. Fue a Cuba, publicó artículos y pronunció conferencias entusiastas, se batió entera por los pobres campesinos de Palomares, colaboró activamente con la formación de las comisiones obreras. Suele descubrir con su automóvil bases norteamericanas desconocidas, en rincones ignotos: «Los tíos chillaban, me pusieron la ametralladora en el pecho. Y le dije al pollo: Están sobrando ustedes, todos ustedes están sobrando aquí. ¡Váyanse ustedes a América!». Educada en el Sagrado Corazón, se peleó con la Iglesia cuando resolvió ceder a los campesinos tierras suyas que estaban en manos de los canónigos de Lérica. Franco le arrebató su pasaporte especial, al que tenía derecho por su quíntuple condición de «Grande de España», pero eso no le importó mayormente: se puso a trabajar, con todas sus fuerzas, en la organización de una manifestación de protesta de los campesinos de Palomares. Porque allí los problemas no terminaron el día que Paco, el pescador, descubrió la bomba rajada que había visto caer desde el cielo, como un bolígrafo enorme sobre las costas de Almería. No: los campesinos no han sido indemnizados ni en una mínima parte de lo que perdieron, y no se han dado nunca las necesarias garantías científicas de que no hubo allí filtración de radiactividad.

Puede resultar extraño el caso de esta joven duquesa española abrumada de títulos, producto del más rancio abolengo del país, que se consagra a la lucha antiimperialista y se proclama socialista, con su tarjeta de socia del Club Puerta de Hierro en uno de los bolsillos de sus tejanos. Pero no es menos elocuente, al fin y al cabo, que haya sido condenado a ocho años de cárcel el hijo del ministro del Aire, acusado de practicar la subversión comunista (salió de la prisión en estos días), o que sean de izquierda todos los hijos del gran retórico del falangismo, Sánchez-Mazas, inventor de las frases: «¡Arriba España!» y «Por el Imperio hacia Dios»: uno de ellos ha sido obligado al exilio.

DOCE

Dando vueltas con un amigo en la noche de Madrid, llegamos a la calle del Reloj. Del cuartel emana, en la oscuridad, un cierto esplendor helado, siniestro, como el que he sentido parándome en el centro de la desierta Plaza Mayor, en el exacto sitio donde la Inquisición, hace no mucho tiempo, quemaba vivos a los herejes. Ocurre que en este cuartel funcionan los tribunales militares. Aquí hace bien poco tiempo, aquellos anarquistas fueron condenados a morir por asfixia, por pena de garrote vil, al cabo de un juicio sumario en el que estuvieron, como todos los presos políticos, siempre de espaldas al público. Aquí se dictó sentencia sin pruebas contra Julián Grimau, y después se supo que el militar que lo acusó no había completado sus cursos de Derecho. Miro los fríos muros grises y no puedo dejar de pensar en las cinco de la mañana de aquel sábado en el Campo de Tiro de Retamares, el cuerpo de Grimau neblinosamente iluminado por los focos de los automóviles, la bruma le chosa de los focos, Grimau de pie, Grimau que cae, atadas las manos, acribillado por las balas de los soldados que creyeron que estaban ajusticiando a un delincuente común: no puedo dejar de pensar que si el silencio se está rompiendo en esta España de fines de 1966, después de tantos años de insensibilidad que sucedieron al *shock* de la guerra civil, hubo hombres que pagaron por ello, bien recientemente, el precio de sus vidas. El amigo que me acompaña tiene, por cierto, más motivos que yo para que el frío le recorra el cuerpo. Es un obrero metalúrgico, anarquista, cuyo nombre me reservo: acaba de salir de la cárcel donde estuvo encerrado quince años, quince años enteros, como tantos otros, enterrado vivo.

Me cuenta la historia, desde el día en que lo acorralaron en un ferrocarril en marcha donde viajaba con documentos falsos («hubo un delator; estaba jodido») hasta la noche en que salió de la prisión, el mundo nuevo, diferente, que entonces encontró, cómo fue difícil reconocer la ciudad y la gente. Le duele que hayan desaparecido aquellos cafés legendarios en los cuales los amigos transcurrían tardes y noches en interminables tertulias que eran como asambleas; le duele que desde el 36 se haya triplicado la población de Madrid pero que se venda, ahora, la mitad de los diarios que se vendían entonces; le duele la influencia de la televisión transformando el lenguaje popular y difundiendo la mitología del éxito, la fiebre del oro; me habla de los jóvenes trabajadores que son sus compañeros de pensión, despolitizados, indiferentes a otra cosa que no sea el sueño del Fiat 600 o la millonaria norteamericana que vendrá, viuda, vieja y fea, pero con su varita mágica, para arrancarlos —para arrancar a uno, al elegido— de la humildad y el

desamparo de la clase obrera; la sordidez de las conversaciones en que se clasifica a las mujeres en dos categorías distintas, según sirvan para casarse o para acostarse con ellas. Le duele que un pesebre con aire acondicionado pueda ser el ideal de vida de esta «sociedad de consumo» que ha encontrado, instalada en su patria, a la salida de la cárcel: «sociedad de consumo» que, por cierto, no consume tanto.

Pero la prisión no dobló la espalda de mi amigo. Apenas conoció la libertad, se lanzó a militar en las comisiones obreras. Y dice que ya tiene convencidos a dos de la pensión.

TRECE

A pesar de la distensión, hay todavía presos políticos en España. Y son unos cuántos. El régimen mismo lo reconoce, sin proponérselo, cada vez que anuncia que se reduce una pena de once a nueve años, otra de veintitrés a quince. Aplicándoseles el rótulo común de «agitadores rojos», se ha encerrado y se encierra, en realidad, a hombres de todas las tendencias —en un país donde, por lo demás, se cultiva en estos últimos tiempos con particular dedicación la relación con los gobiernos de «agitadores rojos» que han tomado el poder.

Contra lo que se cree habitualmente en el exterior, es alto el porcentaje de católicos que van a parar a la cárcel, con cierta frecuencia, en España. Tampoco se sabe, fuera de fronteras, que hubo agitadores católicos en el origen de las huelgas de Asturias, y se ignora que una considerable cantidad de revistas y publicaciones católicas han sido confiscadas o clausuradas por el régimen en estos últimos años. El convento de benedictinos de la Abadía de Montserrat, publica la revista más izquierdista de España, *Serra d'Or*, en catalán; otro convento de Barcelona, el de los capuchinos de Sarria, fue sitiado por la policía durante tres días en marzo del año pasado: se había realizado allí una asamblea estudiantil prohibida por el régimen. Fue en el Instituto de Química de este mismo convento donde Raimon realizó una de sus más espectaculares funciones-mítines, ante un público de miles de muchachos congregados por el sindicato ilegal de estudiantes, y ante numerosos policías, de uniforme o de civil, que no se atrevieron a intervenir. En estos últimos tres o cuatro años, el movimiento juvenil católico de izquierda de Barcelona, que ha funcionado siempre clandestinamente, varió su nombre tres veces: las sucesivas modificaciones dan la pauta de un proceso de cambio que va mucho más allá de las palabras. Comenzó llamándose «Católicos Catalanes», y más tarde «Comunitarios Catalanes»; ahora se llama «Fuerzas Federales

Socialistas». Es una editorial católica de Barcelona la que se apresta a publicar un texto del marxista Ernest Mandel, que verá la luz al mismo tiempo que una nueva edición de un manual de consejos sacros para jovencitas de quince años.

Conocí en Madrid al sacerdote José Baylo. Había salido de la cárcel hacía poco tiempo. Siendo capellán, y cuando ya le correspondía el grado de coronel, un tribunal militar lo acusó y condenó, en 1962, por «mantener contactos con elementos del Partido Comunista». Se trataba de un «delito eclesiástico», no militar ni civil: hay cánones y textos pontificios que condenan las relaciones con los marxistas. Baylo sufrió, pues, las consecuencias de un proceso eclesiástico sin haber pasado por él. Durante su larga detención, la Iglesia lo abandonó: fueron inútiles las cartas a los obispos, las reclamaciones, todos los propósitos de comunicación con la jerarquía. Sus propios colegas le hicieron el vacío: cuando le pidió a un capellán que sacara del cuartel unas líneas dirigidas a un abogado eclesiástico, el sacerdote le dijo que él era capellán y no cartero. El de Baylo fue un claro caso de cobardía colectiva de la Iglesia, todavía dentro de los esquemas que la han convertido en una empresa de venta de entradas al cielo. Pero ya en estos últimos tiempos soplan vientos de concilio también para la Iglesia española: de 1962 a 1967, varios siglos han transcurrido. José María González Ruiz, canónigo de la catedral de Málaga, una de las más altas autoridades de la Iglesia en el país, de prominente actuación también en Roma, mantiene relaciones públicas y notorias, hoy día, con marxistas de varias tiendas, publica libros y dicta conferencias en este sentido, envía cartas a L'Unità. Fue él quien organizó la manifestación de curas en Barcelona, en la primavera de 1966, severamente reprimida por la policía. Hay en Madrid cincuenta mil niños sin escuela por falta de locales, pero se organizan campañas para levantar 186 nuevas iglesias. Para inscribir a un niño en las escuelas españolas, se requiere el certificado de vacunación, pero también el de bautismo; en los pueblos, son los curas quienes expiden los certificados de buena conducta. Si un hombre y una mujer quieren casarse sin ceremonia religiosa, deben abjurar públicamente de la fe católica: quien no está casado por la Iglesia es soltero porque así lo han decidido las leyes y la moral pública. La «España negra», el imperio de curas, militares y señoritos, no es un invento: no por casualidad, el régimen difundió en los días del referéndum papeletas sin pie de imprenta en las que el Papa en persona aconsejaba votar si. Y sin embargo, dentro de esta misma Iglesia cuya jerarquía había decidido que el aplastamiento de la República era la última cruzada de la Edad Media, surgen las más estridentes voces de protesta contra sus propios privilegios y las injusticias del régimen. Los repetidos conflictos de laicos y curas modernos con la jerarquía tradicional, de los que dan cuenta cotidianamente los diarios, ofrecen el más claro testimonio.

CATORCE

Viniendo de Altamira, donde hace veinte mil años los hombres invocaban la caza atrapándola, previamente, en imágenes hermosamente creadas con tierra y sangre en los techos de sus cavernas, nos quedamos a pasar el día en un pueblito, Santillana del Mar, que parece detenido hace quinientos años en la historia, con su ritmo tranquilo de vida, sus torturadas callejuelas angostas, sus casitas de piedra. Mientras almorzábamos, un desfile de grand'soirée, con modelos de una casa de alta costura de Madrid, se deslizó elegantemente por la pantalla del televisor, ante nuestros ojos; a nuestras espaldas, los chicos de la casa repetían los jingles de propaganda de los chocolates «Tulicrem». A la caída de la noche, todo el pueblo se reunió, como de costumbre, frente al receptor, fija la atención de cada uno de aquellos hombres rudimentarios, en las imágenes que se sucedían, deslumbrantes, en la pantalla. Así escucharon el discurso de Nochebuena de Franco; así el rostro bondadoso del Caudillo estuvo presente también entre ellos. De algún modo, pienso, esto es España en la actualidad: una contradicción permanente, varias épocas mezcladas en una sola. Como son España, en el mismo sentido, los chicos que vimos jugando a la guerra en un parque de Barcelona, con cascos de la U.S. Army y... corazas de cruzados.

Televisores en pueblecitos medievales, mentalidades medievales en la televisión: el desarrollo de los medios de comunicación en masa no suprime de por sí la resistencia a los cambios del país viejo; veintiocho años de terrorismo moral y político están presentes en la mediocridad irredimible de los programas, consagrados sin excepción al culto de Franco y las Buenas Costumbres; el hipócrita puritanismo obliga a Juliette Greco a alargar muchos centímetros la pollera, a la hora de la función, pero no impide, por cierto, que en la España que no aparece por las pantallas, existan bases norteamericanas como las de Rota, Torrejón y Zaragoza, en las que los españoles ponen las mujeres, y los yanquis el idioma, la moneda y la justicia. En este país donde el barrio chino de Barcelona figura en las guías de turismo, una revista puede ser confiscada y sus editores penados, si exhiben algo más que el nacimiento de un seno en alguna fotografía —y ya es un avance, porque antes sólo se permitía mostrar caras de mujeres. Nada puede sorprender: el régimen prohíbe las canciones de Raimon, pero los nietos de Franco contestan en Nochebuena un reportaje de Radio Barcelona, y dicen tan campantes que Raimon les gusta mucho y que «sería un placer para nosotros» conocerlo personalmente.

No son éstas, por cierto, las contradicciones más graves, ni las más elocuentes asincronías que España exhibe en estos tiempos de desarrollo económico y de galanteos con el Mercado Común. Las playas de Marbella y Torremolinos congregan a multimillonarios de todos los países, son lugares de moda en cada temporada, las revistas publican coloridas fotografías de una de las costas más hermosas del mundo, paisajes reservados por la naturaleza para los dioses y los hombres con abultadas cuentas bancarias: turismo y prosperidad, los dólares flotan en el aire. Pero esas playas alucinantes están ubicadas en una de las provincias más pobres del país, Málaga, y el nivel de vida miserable de los trabajadores de allí no ha sido alterado por el turismo. Mientras millones de españoles carecen de un hogar decente y otros pagan por el alquiler la mitad de su salario, la especulación inmobiliaria prospera a sus anchas a costa del turismo y la vivienda sufre un alza exorbitante de precios. Sí, el país produce sus propios Dodge Dart y Renault Dauphine, pero hay a la vez millones de minifundistas tan pobres, tan estrangulados por los intermediarios, tan condenados a los caprichos de la tierra y el cielo, que no pueden pagar ni impuestos. En el campo español, cinco millones de familias son propietarias de menos de una hectárea de tierra, a la que ni siquiera pueden arrancar los frutos necesarios para su subsistencia: muchas abandonan ese océano de pobreza y huyen a islotes de prosperidad, los centros industriales, las ciudades: allí, cien familias controlan el ochenta por ciento del capital total de las sociedades anónimas; allí, los obreros andaluces legendariamente haraganes, trabajan doce horas por día y pagan a los prestamistas de mano de obra más de la mitad de lo que ganan: yo vi a los «gestores» alquilar hombres en la Plaza Urquinaona de Barcelona. El salario mínimo actual de un obrero español cubre menos de 1.^a mitad del costo de la vida que el régimen reconoce en sus cifras oficiales. Es preciso trabajar doce horas, catorce, acceder a los privilegios que la naciente «sociedad de consumo» otorga a sus esclavos para que los compren y los exhiban pero no tengan tiempo de usarlos —ya se trate de un televisor o una heladera o un gadget para el baño o la cocina. En los primeros dos años del Plan de Desarrollo, el ingreso nacional crece un 15,6 por ciento: es la manteca al techo, el auge económico, el «neocapitalismo español»: pero en esos mismos dos años, disminuye la participación de los salarios en el ingreso nacional, lo que no impide al marqués de Deleitosa afirmar que «el más grave defecto de la empresa española es que no produce bastantes beneficios». José María Aguirre Gonzalo, que integra los directorios de treinta y dos sociedades anónimas, escribe que, para dar un gran impulso a la economía española, «creo que hay que crear millonarios».

QUINCE

El soldadito escucha, con brillo en los ojos, los relatos de dos obreros españoles que vuelven de Lausana y Stuttgart, respectivamente: «Allá te pagan 130 pelas la hora, y siempre andan con prisa. Trabajas tus ocho horas y después puedes trabajar las que quieras y las ganas aparte». Uno de los dos emigrados tiene la mirada clavada en el paisaje al otro lado de la ventanilla: de las altas montañas bajan riachuelos y burritos agobiados por las alforjas, fragmentos de mar y cielo asoman entre los Cantábricos, grupos de casas van anunciando una parada, otra, él descubre construcciones que no conocía. Le han cambiado el país. «Hace tres años y medio que salí de Durango y desde entonces no me tomaba vacaciones. Vengo por un mes. Después, me vuelvo a Alemania siete años». Se queja de la comida y de los alemanes, «que se te ofenden por cualquier tontería», pero a la vez estimula el entusiasmo del soldadito gallego: «Tú encontrarías trabajo fácil, hombre, porque allá necesitan mucho a los carpinteros. Los tejados los hacen de madera, sabes, no como acá que te ponen cemento y esas cosas. Pero sin una contrata no puedes ir. Antes sí, iba cualquiera, cualquiera podía ir sin contrata ni nada. Mientras gobernaba aquel Adenauer, las cosas marchaban bien».

Entramos a España por Irún; saldremos por Port-Bou. A la vuelta, el ferrocarril vendrá repleto de andaluces que se marcharán de sus tierras, cargando sus valijas de madera hechas por ellos mismos, mal atadas con cualquier cordel, y arrastrando consigo niños de todas las edades. No todos los niños, claro: ha sido preciso desprenderse de algunos hijos. Yo miraré a las mujeres que intercambiarán fotografías y comentarios, hablarán sin cesar de los que se han quedado, llorarán y se consolarán entre sí, a lo largo de las interminables horas de viaje, apagadas aquí y allá las voces por el estrépito de la máquina y los berridos de los chiquilines que les han cabido entre los brazos. Pensaré en los millones de niños y adolescentes españoles a los que se enseña en escuelas y liceos que Franco salvó a la familia, que los comunistas «querían introducir la lucha de clases en los hogares españoles y se proponían desintegrar la familia». Echaré una ojeada al diario, mientras el tren atraviesa los Pirineos, leeré los titulares: «No hay todavía despidos en masa de españoles en Alemania», leeré las noticias: «En los nuevos planes del gabinete germano, entra la posibilidad de prescindir de un número superior al de los 250 000 obreros extranjeros que se dice han sido despedidos antes de Navidad... Pero no se ha producido todavía un número alarmante de despidos de trabajadores españoles...». Pensaré que estos trabajadores que abandonan sus tierras agotadas, dejando los campos poblados por niños y viejos, no saben, en su mayoría, leer ni

escribir. No hay peligro: ni se inquietarán ni se consolarán leyendo los diarios. Harán sus trámites en Port-Bou, donde los «gestores» les arrancarán el poco dinero que puedan haberse llevado, y de allí irán a parar a ciudades que no conocen, donde se habla un idioma que ignoran y se vive una vida que nada tiene que ver con la suya. Pensaré que según datos oficiales, que se quedan cortos, sólo en 1965 emigraron 227 000 trabajadores, como éstos, de España; pensaré que al precio de alejarse de su gente, su sol y sus canciones, su comarca, al precio, en fin, de alejarse de sí mismos, también ellos contribuirán a nivelar la balanza de pagos de este país, aunque casi ninguno sepa qué quiere decir eso y muy pocos tengan conciencia de que los 300 millones de dólares enviados a sus familias desde el exterior, ayudan a que se amortigüe parte de los 2000 millones muy largos de pérdida de la balanza comercial: España exporta españoles e importa turistas: son dos fuentes de divisas. Me vendrá a la memoria una de las canciones prohibidas de Raimon, dedicada «al que se queda», al que no sube al autobús que cada día parte del pueblecito de Oliva, cercano a Xàtiva, rumbo a Francia:

¿Que hace el cielo con nosotros,

pobres hombres de hambre y carne?

Y llueve,

cinco días que llueve,

cinco días que vivimos

sin sueldo

Y llueve

Pero yo no quiero las fábricas,

las extranjeras fábricas

donde mueren más que viven

tantos amigos que yo tengo,

tantos amigos que se han ido.

Y llueve

Cinco días que llueve

y no se puede trabajar.

Y llueve, y llueve, y llueve.

(«I plou, i plou, i plou»).

(1966)

USA: EL MURCIÉLAGO Y EL SISTEMA

«The answer, my friend, is blowin' in the wind»

Bob Dylan

Sorpresas en las paredes de los baños. Las inscripciones son mucho menos chanchas que las nuestras. A veces, increíblemente sofisticadas: «Nietzsche ha muerto, dijo Dios», leí en el campus de Harvard. Mucha protesta garabateada contra la guerra de Vietnam, desde las más combativas («Preferimos quemar nuestras cartas de enrolamiento antes que quemar vietnamitas») hasta el inofensivo «Haga el amor, no la guerra» y mucho, mucho desahogo de rabia contra Johnson, de alto nivel («¿Dónde estás, Oswald, ahora que de veras te necesitamos?») o más bien bajo: «Lyndon Johnson tiene hemorroides». La política se confunde con la exaltación del ácido lisérgico y la marihuana: «LSD, no LBJ», sobre todo en los campus universitarios, en los cafés estilo mediterráneo del Greenwich Village, en el «territorio libre» de Berkeley y en el Haight-Ashbury de San Francisco, capital universal de los *hippies*. No sólo en las paredes: las frases ingeniosas o simplemente agresivas lucen, desafiantes, en los botones que se prenden a las solapas, o, como condecoraciones, cubren los pechos: «No más niños horribles: esterilicen a Lyndon Johnson», «Ácido lisérgico es Dios», «Ronald Reagan es lesbiana». Cosas por el estilo leí en las pancartas que inundaron la calle Market, de San Francisco, cuando la manifestación contra la guerra de Vietnam. Premio personal al mejor texto: «La guerra es sexo sublimado. ¿Por qué no prueban el asunto real?».

Lyndon Johnson es el blanco preferido de estos desahogos de los jóvenes rebeldes. Conscientemente o no, agudizan con sus ataques el complejo de persecución y aislamiento que sufre El Hombre Más Poderoso Del Mundo. Abandonado por sus más íntimos consejeros oficiales, como Jack Valenti (aquel que le elogiaba las glándulas), Eric Goldman y Bill Moyers, se dice que ya no encuentra la calma en ninguna de las 232 habitaciones de la Casa Blanca. Sólo en su rancho de Texas puede estar rodeado de amigos, buenos bíceps brillantes de petróleo, y a salvo de la conspiración de los intelectuales. Los intelectuales son

idiotas que dudan: tienen problemas de conciencia por los chicos que el napalm convierte en monstruos en Vietnam, y además se ponen colorados cuando uno hace un chiste obsceno con gestos y todo: Johnson se siente odiado y despreciado por esta fauna que incluye a los académicos de cuello y corbata tanto como a los vietniks con moscas zumbando alrededor de las cabezas peludas.

LBJ es más débil que el sistema. Para el sistema, hasta la oposición puede resultar un buen negocio. El capitalismo norteamericano es capaz de extraer plusvalía hasta de los vómitos. Los fabricantes de botones industrializan las frases terribles; los editores de posters venden con éxito grandes carteles en los que Johnson aparece como un legionario romano, castrado, aplastando bajo el pie a un vietnamita; en las vidrieras de San Francisco y Nueva York hay más retratos del Che Guevara, Mao, Fidel Castro y Ho Chi Minh que en muchas capitales del mundo socialista. Bárbara Garson escribe *Mac Bird!* para que los muchachos de Berkeley la representen como parte de las jornadas de protesta, pero la obra pasa a ser un *best-seller* de Grove Press, se convierte en el gran hit de la temporada teatral off-Broadway. El Departamento de Estado aconseja a sus invitados que vayan a ver *Mac Bird!*: comprueben cuánta libertad reina en este país, donde un estudiante puede decir que el presidente es una bestia asesina y ganar mucha plata por eso.

Estados Unidos, Roma de nuestro tiempo, capaz de gastar en un solo año el equivalente de la renta de Suecia para matar inocentes en Vietnam, se da el lujo del liberalismo. Una revista saca al sol los trapos sucios de la CIA y su tiraje se duplica; el país entero recibe las denuncias con una salva de aplausos, pero después: aquí no ha pasado nada.

Los *hippies*, hijos de los *beatniks*, violan las reglas. Aunque esto no impide a muchos de ellos recibir el cheque semanal de sus Padres, los *hippies* niegan todos los valores establecidos por las generaciones anteriores, el modo de vida y los mitos que alimentan y seducen al norteamericano medio, el abominable square. Visten botas de antílope y exóticas chaquetas bohemias, se pintan la piel con arabescos multicolores y ostentan amuletos indígenas; fuman hierba y viajan en alas del ácido, al son de guitarras eléctricas, en vez de dedicarse a fabricar dinero o aprender a ganarlo de la manera más eficiente y aplastando la mayor cantidad de competidores en el menor tiempo posible. Al éxito en una vida programada por computadoras electrónicas, que no ha sido creada a la medida del hombre, oponen el *rock'n roll*, las drogas y el sexo, la dicha en el minuto presente. Bravo por ellos: pero Vanguard, RCA y Columbia venden los discos de sus héroes con ganancias millonarias y en las tiendas más caras de las zonas más caras son las ropas al estilo de los *hippies* las que más caro cuestan y las que, en consecuencia, más altos

beneficios proporcionan a quienes las fabrican, promueven y venden.

La pequeña biblia roja de Mao es de lo más in entre millonarios sofisticados, y no es nada raro, ahora, que los hombres de negocios y los ejecutivos de rutilantes empresas contraten a rabiosos hombres de izquierdas, cuanto más rabiosos mejor, para que les propinen una conferencia, en sus reuniones anuales, diciéndoles qué vida de porquería es esa vida que llevan, ustedes, ganadores, en esta sociedad tan alienada que los hace a ustedes tan perdedores como a los perdedores mismos, víctimas de la misma confusión entre los medios y los fines.

Golpear y golpear con el puño esta enorme almohada: es inútil. Se suceden las marchas contra la guerra de Vietnam, vigorosas protestas o no más que pacíficos picnics, pero cada vez hay más soldados y más cadáveres en el sudeste asiático. Un intelectual inconformista triunfa, las revistas le consagran cover-stories y reportajes, es la estrella en los salones neoyorquinos; el ácido lisérgico, fulgurante sucedáneo de la revolución social, conquista nuevos consumidores; las modas «salvajes» son aceptadas e industrializadas por los mismos burgueses modelo straight contra quienes habían sido dirigidas como incendiarias catapultas de fuego: ¿qué mejor prueba pueden encontrar los rebeldes de su propia impotencia? Ciegos como murciélagos, rebotan contra las elásticas paredes del sistema. Esta sociedad borracha de prosperidad está alegremente dispuesta a admitir cierta oposición interna, algunos años después de haber inventado a McCarthy para aplastarla. Una tragedia norteamericana: el triunfo del individuo rebelde se explica por la derrota de los movimientos rebeldes; de las protestas colectivas sólo sobreviven las formas, su victoria sucede a la muerte de los contenidos. Cuando Allen Ginsberg, el poeta maldito, pope de los *hippies*, dio testimonio ante un comité del Congreso sobre el tema de las drogas, explicó que alguna vez había intentado comprometerse en la lucha social, pero que entonces había tomado LSD y había «subido muy alto» y había terminado en una playa cualquiera, arrodillado, envuelto en fantasías acerca de plantas acuáticas y «un amor recién nacido por Lyndon Johnson».

El sistema no tiene nada que temer; al menos, no por este lado, por ahora. La rebelión negra es otra cosa. El negro, como el tigre, no puede desprenderse de su piel manchada: aunque se planche el pelo, o se lo tiña con agua oxigenada, aunque intente arrancarse la piel con las uñas, la sociedad de los blancos no lo aceptará como uno de los suyos. Su suerte está inevitablemente ligada a la suerte de sus hermanos, su vida no podrá ser sino la vida monótona y humillada que antes soportaron sus padres y sus abuelos. ¿Cuántos miles de negros mueren en Vietnam para que un solo negro pueda ocupar un puesto secundario en el gobierno? El

negro está condenado a perder: no puede integrarse al sistema más que como underdog o como cadáver, siendo la mano de obra más barata para las faenas más indignas o cayendo en el frente asiático en defensa de intereses que le son ajenos. Está en la base de la pirámide social, que reposa íntegra sobre sus sufridas espaldas: cuando este cuerpo derribado se levanta, desafía al sistema entero. La filosofía que inspira al black power es, por eso, revolucionaria. Porque como ha dicho el más brillante de sus líderes, Stokely Carmichael, «Lyndon Johnson mató al movimiento por los derechos civiles el día que abrió los brazos en la pantalla de televisión para decir: “We shall overcome”». Sin embargo, nada puede ser hecho en contra, sin que alguien gane algo por eso: los políticos, los periodistas, los comerciantes, los industriales. «Vamos a volar el puente», propuso alguien en una reunión secreta en el *ghetto* negro de Oakland: los diarios locales tendrían títulos y fotos en primera página para multiplicar sus ventas ese día, y quizá los días siguientes, y la empresa contratista del nuevo puente quedaría también agradecida.

¿La clase obrera? Los jefes del movimiento obrero son más reaccionarios que los grandes magnates de Wall Street; por lo menos, en los círculos áulicos del big bussines, hay ciertas dudas sobre la guerra de Vietnam, ese obstáculo a la apertura total de los tentadores mercados al otro lado de la cortina de hierro. En cambio, buena parte de los norteamericanos no tienen dudas: apoya, según la encuesta Gallup, los bombardeos a Vietnam del Norte. La mayoría de los hijos de las Mothers of America, ese señor cero en millones de ejemplares, admira y respalda la brutalidad de Johnson, la confunde con fortaleza: qué gran tipo éste capaz de comerse quince frankfurters en tres minutos en nombre de tantos debiluchos infelices: ya verán cómo a esos vietnamitas medio chinos los hacemos morder el polvo. Tan cierto como que Dios pelea de nuestro lado.

(1967)

USA: CALIFORNIA EN CUATRO IMÁGENES

EL CEMENTERIO DE AUTOS

Las montañas que abrazan a San Francisco por la espalda, ya titilantes de luces recién encendidas, han quedado atrás. El sol va acabando su viaje hacia el otro horizonte; un viento agradable se cuele por las ventanillas abiertas del Opel. Vamos camino de Berkeley. «Ésa es la mejor escultura pop de toda la historia del arte», dice Saúl, volviendo la cabeza a la derecha. Allí se extiende una montaña de chatarra de todos los colores, todavía refulgentes. Es un cementerio de automóviles, imponente y sombrío a pesar de los destellos rojizos y azulados que le arranca el atardecer: interminable testimonio de una masacre de civilización, miles y miles de coches muertos, cadáveres de cristal y acero, aplastándose los unos contra los otros, los unos encima de los otros. Esta epopeya de la muerte narra una derrota sin grandeza, la estúpida tragedia de las máquinas; son de metal estos brazos y piernas mezclados con otros brazos y piernas y cuerpos que no les pertenecen, deshechos, retorcidos. No sé de dónde me viene el escalofrío que me recorre el cuerpo. Mezcla de horror y fascinación: lo mismo he sentido, ya, en las grandes tiendas y a la hora de elegir una camisa entre kilómetros de camisas extendidas en varias direcciones; la misma clase de estremecimiento conocí la primera vez que fui arrojado por el subterráneo al centro de la muchedumbre de Nueva York, en Time Square.

«ELIJO LA CÁRCEL»

Hace seis meses, cuatro muchachos se encontraron y descubrieron que estaban haciendo lo mismo. Dos venían de Palo Alto, dos de Berkeley. Los cuatro habían elegido la cárcel.

Ahora estoy comiendo, en el más barato de los restaurantes chinos del barrio chino de San Francisco, con uno de ellos. Era el presidente de la Asociación de Estudiantes en Stanford, una de las universidades que fabrica a la clase dirigente de los Estados Unidos. David Harris tiene 21 años y cara de distraído, y ahora no

es más que un futuro presidiario que recorre California hablando dos o tres veces por día, en diferentes lugares, preguntando a sus compatriotas: «¿Quieren ustedes ser miembros de una nación de asesinos?».

David no va a ir a Vietnam a matar. Rechazó la exoneración que se le ofreció, y a la que tenía derecho como estudiante. No va a inventar problemas físicos, ni trastornos de conciencia: «Elijo rehusarme a cooperar. Que me encierren. La cárcel no es uno de mis mejores sueños, pero si queremos cambiar las cosas tenemos que pagar por ello.

¿No? ¿De acuerdo? El problema es claro. Hay que detener a este país, a este país que es mi país. En Vietnam y en todo el mundo, hay que detenerlo. Y eso no se va a hacer desde Canadá. Miles de muchachos se han ido al Canadá, para escapar a la conscripción. Pero no es escapando como se cambia al mundo. Hay que dar la cara. Tampoco es cosa de entrar al ejército para cambiarlo por dentro: eso es como tratar de derrotar al capitalismo aceptando la presidencia de un banco. Algunos me dicen que así los dejo caminar por encima. Pero yo estoy seguro de que sé lo que quiero, y no estoy solo. Ya hay sesenta en la cárcel, por lo mismo, y para octubre van a encerrar a quinientos más».

JAZZ

La noche empezó envuelta en las improvisaciones del cuarteto de Coleman, y desde el principio se sentía que lo mejor era el contrabajo de Charlie Haden. También se sentía que a Charlie no podían importarle las opiniones de los demás, bastaba verlo allí abrazado a lo suyo para saber que se le importaban un comino las opiniones de los demás, así que cuando vino a la mesa nadie dijo nada sobre lo bien que toca Charlie, que nunca aprendió una nota de música y sin embargo se está convirtiendo en un maestro. Él estaba muy callado, tomando sus tragos mientras los demás hablaban, hasta que se me dio por decirle lo de Cortázar y Charlie Parker. Le pregunté si a él también le parecía que lo estaba tocando mañana. Entonces Charlie se despertó y se encendió, y parecía que estaba nuevamente tocando el contrabajo cuando dijo sí, dijo que era eso, sí, pero sólo en los mejores momentos, en los momentos elegidos no por el público sino por los dedos o la noche o el capricho de la música misma, los subterráneos poderes del *jazz*.

Hay una medida convencional del tiempo que sólo los locos y los fracasados

aprendices de dioses y los niños pueden hacer saltar en pedazos. Florencia, que no ha cumplido todavía cuatro años, me habló el otro día de «una hija mía, que tenía ayer, cuando era grande».

UNA MIRADA DE ODIO

Fue después del lío que me miré la piel con sorpresa, como si recién me la descubriera.

Del lío en sí, no me acuerdo muy bien: fue en un local neblinoso de humo, en Berkeley, muy pasada la medianoche. Había muchísima gente, se transpiraba cerveza a chorros y se bailaba enloquecidamente, cada cual sacudiéndose por su cuenta y como podía en los pocos centímetros que podía robar al vecino, mientras en las paredes giraban, vertiginosas, las imágenes sicodélicas. El hecho es que de golpe, como si se hubiera interrumpido bruscamente el estrépito de la música, me encontré enfrentado cara a cara con un muchacho negro: yo le había agarrado la muñeca con el puño y él me apretaba el brazo. La cosa duró pocos segundos. Pero yo nunca voy a olvidar esa mirada de odio, el fuego de odio que me quemaba desde el fondo de esos ojos casi pegados a los míos. Creo que me salvé de que ese hombre me hiciera puré sólo porque tuve la suerte de que otra gente se interpusiera entre los dos y porque resultaba bastante complicado pelearse en medio de aquella marea humana. Pero cuando salí al fresco de la noche, con mis amigos, me quedé mirando, como atontado, la piel de mi mano. El color de la piel.

Me vinieron ganas de explicar: «Yo no tengo la culpa».

(1967)

GUATEMALA EN LAS BOCAS DE LOS FUSILES

Hemos hecho un alto, me he vaciado el resto de la cantimplora sobre la cara. Llevamos unas cuantas horas caminando, caminando y caminando, arriba y abajo por las sierras verticales, abriéndonos paso dentro de los bosques húmedos y densos a golpes de filo de machete. No estamos lejos de la costa del gran lago; con la primera claridad que anuncia el día, se delatan, desgarrados, los velos de neblina que parecen colgar, como anchas lianas ondulantes, de la espesura. Tengo

vergüenza porque tengo frío: caminar, aunque los músculos de las piernas estén duros como puños, es mejor que intentar inútilmente dormir sobre el follaje, sin nada para cubrirse y la transpiración helándose sobre el cuerpo. En cambio, no hay una gota de sudor en los cuerpos de mis acompañantes, y para ellos no cuentan el frío ni el sueño. Esta vergüenza que siento, intoxicado ciudadano sin experiencia de intemperie, es una anticipación de la que sentiré cuando lleguemos al campamento que César Montes y un pequeño núcleo de guerrilleros han improvisado en algún rincón del oeste de Guatemala: frente a este puñado de muchachos que viven muriendo y matando por la revolución, seré, como decía no sé quién, «un grave caso de virginidad». Hemos descendido una montaña y ascendido otra y así muchas veces: no es fácil ubicar a esta patrulla, movilizada en misión de exploración muy lejos de su zona tradicional de operaciones. El guía, un indio siempre callado, nos abandona por unos instantes: trepa la cuesta hacia la cumbre, cerrada de maleza entre los altos árboles, para indagar ciertas señales en las montañas vecinas. Encendemos cigarrillos, mis dos acompañantes, dos guerrilleros, y yo. Estamos sentados sobre troncos caídos, en un pequeño claro. Alguien cuenta una broma. Aspiro el humo, descubro que el cansancio no me cierra los párpados; quizá, porque la noche no ha terminado de irse y el frío es todavía más fuerte, aquí en lo alto, que el cansancio. El guía vuelve con buenas noticias. No nos queda más que una hora de marcha. Nos echamos nuevamente a andar. A cierta altura, el indio señala vagamente hacia un costado, dice: «Es ahí, ahí cerca». No se ve otra cosa que jungla espesa. Seguimos caminando en silencio. Ahora, puede verse el cielo hacia oriente. Parece que celebrara algo, el cielo. Algo como su propio sacrificio: se le han abierto las venas, amanece.

Bajo su tienda de campaña, César Montes está leyendo la encíclica de Pablo VI, *Populorum Progressio*. Echo una ojeada, al azar: «[...] los campesinos adquieren la conciencia de su miseria no merecida[...] el escándalo de las disparidades hirientes[...]». César me guiña un ojo: «El Papa es más inteligente que la derecha guatemalteca. Aquí ves cómo explica clarito las causas de la violencia», dice.

Basta leer las cifras oficiales, asomarse a las escasas estadísticas. Quienes acusan a los guerrilleros de haber disparado el primer tiro, no sólo olvidan, cómodamente, que el imperialismo abatió por la violencia, en 1954, a una revolución pacífica de honda raigambre nacional y popular en Guatemala. Olvidan también, y la gruesa omisión no es por cierto involuntaria, los impunes asesinatos de la miseria: de cada diez mil niños que nacen en este país, 1200 mueren antes de los cuatro años, y de los que no mueren, casi todos quedan condenados a sobrevivir una vida sin escuelas ni zapatos, ni leche ni domingos ni juguetes. A

pesar de las poderosas ofensivas militares de los últimos tiempos, las guerrillas, lejos de haber sido extinguidas, se han diseminado más allá de las regiones que controlaban, donde sólo aparentemente han perdido influencia, y están organizando nuevos frentes en nuevas zonas. Su profundo arraigo entre los campesinos, no obedece únicamente al hecho de que los peones analfabetos puedan sintonizar la voz rebelde de Radio Habana sin dificultades, mediante cualquier receptor, sino que es el resultado de largas experiencias propias de sufrimiento y traición. Un litro de leche equivale a dos días de trabajo para un campesino de Alta Verapaz; el salario de tres días es el precio de medio quilo de carne.

Antes de incorporarse a las guerrillas, Rocael era soldado. Ha hecho su propia experiencia en la represión violenta de manifestaciones estudiantiles. César Montes también, pero del otro lado: Ahora, el soldado y el estudiante se encontraron, comparten el peligro y las esperanzas comunes, eluden juntos el acecho de la muerte. Rocael tiene 36 años. César, 25. «Éste es el más anciano. Hasta reuma tiene, ¿eh, Rocael?». Las bromas, compañeras inseparables del guerrillero: hay que cuidar la alegría, conservarla y renovarla como al agua en las cantimploras, el necesario puñado de sal o las balas en las tolvas. Como dice César: «Más vale morirse contento, ¿no?».

Los jefes de las Fuerzas Armadas Rebeldes son todos muy jóvenes.

—Manzana, *que entró a la montaña a los 17 años...*

—¿Manzana?

—*Sí, así le decimos porque es muy coloradito. Manzana tiene veinte años ahora, y es el comandante de la zona más al norte de la Sierra de las Minas, cerca de Teculután. Camilo Sánchez tiene 24 años, lo mismo que Androcles, que así se llama porque es igualito al del león: ellos también son comandantes en otras zonas.*

—¿Son estudiantes la mayoría de los guerrilleros?

—*No, no. En la montaña tenemos pocos estudiantes. La mayoría de los guerrilleros son campesinos del lugar donde se opera. En las guerrillas de Manzana, no hay ni un solo estudiante.*

A César Montes le dicen el chirís, una palabra guatemalteca que significa el muchachito. Pequeño, flaco, de rasgos delicados: «No me pidas que te ponga una cara temible para la foto, porque nadie nos creería», me comenta sonriendo.

Telegráfica historia de un rebelde: a los trece años, expulsión de un colegio católico, explosión de rabia por la caída del gobierno revolucionario de Arbenz; a los dieciocho, las manifestaciones estudiantiles, los compañeros desarmados que caen desangrándose, la cárcel por primera vez; a los veinte, la suerte está echada, el desafío aceptado, la violencia elegida, es el turno de la sierra: caminar hasta desmayarse, con los dientes apretados, sin exhalar una queja ni pedir nunca tregua. A los veinticuatro años, ya era el jefe de uno de los más importantes movimientos guerrilleros de América. Se dice que hasta las serpientes lo respetan, como se dice que Yon Sosa, comandante del otro frente guerrillero, engaña a los soldados durmiendo en el vientre de un caimán. El jefe anterior de las FAR, Luis Augusto Turcios, era también un personaje de leyenda en boca de los campesinos, que le atribuían las virtudes de los fantasmas (tenía 24 años y sangre muy caliente en las venas, aprendió la técnica de la guerrilla cuando los yanquis le enseñaron cómo combatirla en Fort Benning, Columbus, Georgia; el dictador Peralta Azurdia puso precio a su cabeza y él puso precio a la cabeza del dictador Peralta Azurdia; desde que se sublevó, en 1960, burló a la muerte mil veces: absurdamente, la muerte ganó cuando se le incendió el automóvil en la carretera).

Las Fuerzas Armadas Rebeldes y el Movimiento 13 de Noviembre han superado los obstáculos que impedían un trabajo conjunto entre ambos.

Me dice César Montes: «El guerrillero es esencialmente un luchador agrario. Levantamos una bandera fundamental, nuestra principal reivindicación: la tierra para quien la trabaja, en una u otra forma. Buscamos diferentes soluciones para las diferentes regiones, los diferentes problemas: lo cierto es que tanto el minifundio como el latifundio han hecho mucho, mucho daño a Guatemala». Desde el punto de vista de Yon Sosa, el Chino, las ametralladoras, los fusiles y las granadas, no son las principales armas en las montañas, sino medios de seguridad para hacer posible el contacto con los campesinos: la principal arma es la palabra, y la mejor defensa el apoyo social. «Los campesinos son los ojos y los oídos de las guerrillas», ha dicho el Chino. «Nosotros estamos siempre informados de lo que hace el enemigo y el enemigo jamás sabe lo que hacemos nosotros. Tendrían que destruir toda la población para poder derrotarnos. Pero antes de que eso pase, al enemigo lo habremos hecho polvo». Los mítines de propaganda armada juegan un importante papel en el proceso de lucha de ambos frentes guerrilleros: los guerrilleros penetran en los poblados, los ocupan por algunas horas, explican a los campesinos las razones de la evolución y dejan organizadas células de resistencia clandestina en cada aldea. El «13 de Noviembre» forma también, en las aldeas, comités campesinos que operan prácticamente al descubierto. Las FAR, no: consideran que de este modo se hace a los campesinos blanco fácil de la represión.

«La propaganda armada —me dice César Montes— nos ha dado un gran resultado para volcar a la revolución a la población campesina. Cuando tomamos Panzós, por ejemplo, que está en una zona indígena toda de habla kekchí, ocupamos primero el destacamento militar, donde obtuvimos una ametralladora MG34. Después, mediante un altoparlante que había en la alcaldía municipal, un guerrillero que habla kekchí empezó a hablar a la gente. Los indios se habían asustado por los tiros, se habían escondido en el monte o se habían encerrado en sus casas. Pero no bien empezaron a escuchar las palabras de la revolución dichas en su propio idioma, se empezaron a acercar».

— *¿Qué era lo que ustedes les prometían? ¿Tierras?*

— *Pues prometerles, no les prometíamos nada. Les prometíamos lucha, les exigíamos que lucharan por sus derechos, por lo que les hace falta.*

César Montes continúa conversando, mientras se reparte entre todos el contenido de las latas de conservas que hemos traído en las mochilas. La tos interrumpe, cada tanto, el diálogo. César se ha pescado una buena gripe. Tiene algo de fiebre, pero hay que mantenerse en pie. El derecho a enfermarse no es el único derecho que pierden los guerrilleros en las montañas: ayer, los hombres de esta patrulla han comido hojas silvestres hervidas, con sal. Dentro de un par de días, quién sabe.

«Mira el oriente de Guatemala, ahora», dice. «A pesar de la feroz represión, Zacapa e Izabal están a la vanguardia de la revolución. Y tené en cuenta que allá no existe proletariado agrícola, sino pequeños propietarios y medieros que arriendan la tierra: sin embargo, ahorita están resistiendo la ofensiva militar más grande. ¿Por qué? Gracias a la propaganda armada. Fue gracias a la propaganda armada que los campesinos se integraron a la lucha; tenemos milicianos que de noche actúan con nosotros y de día trabajan la tierra».

En la conciencia de los guatemaltecos, está viva la nostalgia peleadora de la propia revolución, el recuerdo no apagado de las conquistas que la CIA abatió en 1954 a través de Castillo Armas y otros héroes alquilados. Aquella derrota, la sangre y las lágrimas, fue una catapulta de nuevas rebeliones. En la memoria de los campesinos, está viva la reforma agraria que la invasión destruyó: la guerrilla de César Montes explica sus fines diciendo a la gente que no es más que la continuación de aquel proceso revolucionario a través de nuevos medios. Los guerrilleros saben que no son un accidente exótico en la historia de su país, sino un capítulo de una historia que no empezó en la Sierra de las Minas. La impotencia

del presidente Méndez Montenegro, preso del ejército, ha contribuido a convencer a mucha gente sencilla de la verdad sencilla que la guerrilla encarna y propaga: sólo por la violencia podrá conquistarse, en Guatemala, la tierra y la libertad. Por eso los campesinos forman la gran mayoría de la izquierda en armas.

Méndez Montenegro había prometido una reforma agraria: se limitó a firmar la autorización para que los terratenientes porten armas —y por cierto que las suelen usar contra los campesinos. Había prometido una reforma tributaria: fueron los empresarios quienes finalmente decidieron quiénes han de pagar impuestos y cuánto —es decir, nadie, nada, como no sea el pueblo consumidor. Había prometido que los ricos serían menos ricos para que los pobres pudieran ser menos pobres, pero fue un diputado del propio partido de gobierno el que encabezó la oposición a un proyecto («¡comunista!») que pretendía aplicar un impuesto del uno por ciento a la propiedad territorial: la oligarquía cafetalera, dueña de fincas enormes, es tan intocable como los cortadores de cupones de Wall Street que multiplican varias veces, en menos de lo que canta un gallo, sus capitales invertidos en Guatemala. En la contracara de la misma medalla, el guatemalteco común es hoy más pobre que hace una década, cuando ya era *muy pobre*.

Mientras 22 fincas tienen un promedio de 23 000 hectáreas cada una, 270 000 propiedades cubren poco más de una hectárea. Basta con salir de la capital, rumbo al altiplano, para descubrir, a poco andar, a los indios mordiendo con sus elementales instrumentos las laderas de las montañas y los barrancos, abriéndose paso entre las rocas, arrancando a las tierras agotadas de sus minúsculas parcelas el grano de trigo o maíz que luego molerán sobre la piedra, a mano. Hay, en total, seis agrónomos y treinta y cuatro trilladoras para más de medio millón de familias indias que cultivan las curtidas tierras de los altos occidentales: de los hombres, mujeres y niños de esas familias, provienen los brazos baratos para las cosechas del algodón y el café en las grandes haciendas del sur. Cada año, los indios bajan a las zafras durante largos meses: habrán conquistado, al retorno, unos pocos centavos y quizá también el paludismo o la tuberculosis. Latifundio y minifundio, tierra rica, gente pobre: sólo se cultiva el 15 por ciento del área productiva aprovechable. No hay caminos por donde puedan pasar camiones o siquiera carretas en Alta Verapaz, los grandes finqueros no los necesitan: sale más barato transportar el café a lomo de indio.

Es este mismo país, sin viviendas ni agua potable ni escuelas ni hospitales, el que ocupa «un lugar de honor» en las listas del Departamento de Estado, por haberse «unido a los Estados Unidos en la ayuda a Vietnam del Sur mediante el

envío de medicamentos».

Un chasquido seco o una voz humana que imita el canto de un pájaro: la conversación se interrumpe a menudo, transcurren largos minutos de silencio y tensión, los dedos listos sobre los gatillos. «¿Fue tiro?». «No, palo». Las postas de guardia dan cuenta del menor movimiento extraño, cualquier sonido sospechoso puede ser la señal que anticipe la nueva partida de la patrulla. Aquí, en el fondo de esta profunda quebrada entre dos montañas, el eco lejano de un ciprés castigado por el hacha puede ser confundido con un balazo; un animalito puede alborotar la espesura tanto como lo haría la presencia de un soldado intruso.

César Montes ha desplegado ante mis ojos un mapa de la Esso: me muestra las zonas indígenas del norte y el occidente donde los guerrilleros están comenzando a trabajar con métodos diferentes de los utilizados en Zacapa: «No es algo que se pueda hacer artificialmente, mirando un mapa y diciendo: “Aquí, o aquí, es conveniente iniciar una guerrilla”. No: un grupo armado actúa allí donde la situación se hace más explosiva, allí donde la gente puede estar viviendo una situación que puede no ser políticamente clara sino simplemente en el plano animal de defensa de la vida, como está ocurriendo ahora en muchas partes de Guatemala».

Unos guerrilleros limpian sus fusiles; otros entierran los restos de comida, las latas, los papeles, dispersan las cenizas del fogón; otros, conversan en voz muy baja. Alguien vuelve del riachuelo con varias cantimploras llenas. César Montes sigue charlando: «Sabemos que son los indios, la mitad de la población, quienes van a decidir en definitiva la suerte de la revolución en este país. Pero el trabajo se hace lento, paciente, difícil. Hay cuatro siglos de justa desconfianza indígena frente a los *ladinos*, como aquí llamamos a los mestizos y a los blancos. Y también resulta un obstáculo la intervención norteamericana, disfrazada de cuerpos de paz y de misiones religiosas, paralela a la intervención militar. Sabemos que, como decía Turcios, el problema campesino en Guatemala sólo podrá ser resuelto con la integración de los indígenas, a través de la lucha, a la vida política del país, y es ahí donde debemos poner el acento. La guerrilla de la Sierra de las Minas está integrada por indígenas de las Verapaces, Alta y Baja Verapaz, y por campesinos de otras regiones. Tenemos dirigentes revolucionarios indígenas, como es el caso de Emilio Román López, a quien llamábamos *Pascual*, muerto por el ejército no hace mucho. Él era un dirigente de gran influencia en las *Verapaces*».

Pascual se había convertido, a la muerte de Turcios, en el segundo comandante general de las FAR. Era un hombre de fe protestante, un evangelista.

«Todos estos compañeros campesinos que ves aquí, en el campamento —se extiende César—, son de origen indígena y son católicos, fervientemente católicos. El hecho de que algunos comunistas integremos las FAR, no quiere decir que nuestro movimiento funcione como brazo armado de ningún partido, y menos del PGT. No somos los militares de nadie. El nuestro es un amplio movimiento patriótico, con un programa muy sencillo: que los guatemaltecos podamos dirigirnos por nosotros mismos, contra toda intervención extranjera, militar, económica o política. Creamos la organización del pueblo para la guerra revolucionaria: en las guerrillas está el germen del gran ejército popular. No desvinculamos lo político de lo militar; la dirección militar del movimiento es también la dirección política. Desvincular un aspecto del otro ha conducido a graves errores en otros países. Tratamos de que nuestros hombres sean capaces no sólo de defender sus ideales y argumentar en favor de ellos, sino también de tomar una trinchera para hacer realidad esos ideales».

Camino con César a través del campamento, echando un vistazo a las armas de los guerrilleros: un par de ametralladoras Thompson, calibre 45, algunas Browning belgas y otras automáticas suecas, alemanas; fusiles Garand de la segunda guerra y unas cuantas carabinas M-1; las legendarias Cok 45. «El ejército afirma que nos quita armas y nos mata gente a cada rato. Sin embargo, ellos no han podido mostrar nunca una sola arma nuestra que fuese cubana o checa o china o soviética; tampoco han podido exhibir el cadáver de un solo soldado extranjero en nuestras filas. Nuestras armas no vienen de Cuba, como dice el ejército, sino del ejército mismo: se las arrebatamos en las operaciones, o se las compramos con el dinero que obtenemos de los secuestros y las expropiaciones de explotadores odiados por el pueblo. Tanto los soldados como los oficiales venden armas. Si estos militares son capaces de vender a su patria, ¿cómo no van a ser capaces de vender sus armas?».

Las explosiones de las bombas sacuden las noches de la ciudad, los terroristas ametrallan personas y casas a plena luz del día, más de quinientos hombres han sido amenazados de muerte y los diarios abastecen a sus lectores con una cuota cotidiana de cadáveres que aparecen mutilados o quemados al borde de los caminos o flotando en las aguas del río Motagua: en su mayoría, esos rostros sin rasgos, previamente deshechos por la tortura, no serán identificados jamás. En la zona de Gualán, por ejemplo, ya no se pesca: demasiados muertos han quedado trabados en los diques («tapexcos») que los pescadores improvisaban para atrapar a los peces. La cacería de «comunistas» se ha desatado con una furia que recuerda, claro que en menor escala, lo de Indonesia. Una banda presidencial cruza el pecho de Julio César Méndez Montenegro, pero una dictadura militar rige, de hecho, tras

la apariencia del gobierno civil. A menudo, en los partes militares, miembros del propio partido de gobierno resultan sumados a los guerrilleros que el ejército dice haber muerto en combate: así sucedió con once dirigentes del partido de Méndez Montenegro que habían sido capturados por la policía militar ambulante en Sanarate, y aparecieron baleados y con las caras quemadas. Una ola de terror se ha levantado desde la derecha, en este año oficialmente declarado «año de la paz»: la paz, como se ve, de los cementerios. Los grupos terroristas, que provienen del ejército y operan a su amparo, actúan bajo la consigna «Comunista visto, comunista muerto», y para ellos puede no haber diferencia entre un comunista y un miembro del partido oficial o un derechista con escrúpulos liberales: la militancia sindical o las convicciones democráticas o el simple hecho de ser joven pueden bastar para que un hombre resulte amenazado y muerto por la NOA (Nueva Organización Anticomunista), un grupo de asesinos que públicamente anuncia que cortará la mano izquierda y la lengua a sus enemigos —y lo hace.

No es por una licencia poética que los grupos terroristas dicen en sus comunicados que operan «junto al glorioso ejército de Guatemala». Como los assassination teams que operan en Vietnam, estos grupos desempeñan parte de la tarea que los «boinas verdes» norteamericanos enseñan a realizar a los militares guatemaltecos para exterminar a las guerrillas. Los atentados y los asesinatos, el terror sistemático, se sincronizan con una campaña militar de «cerco y aniquilamiento» lanzada desde fines del año pasado contra las FAR y el «13 de Noviembre»: se tiende un «cordón de seguridad» alrededor de las aldeas para aislar a los combatientes revolucionarios y acosarlos hasta el agotamiento en las montañas. Los planes de acción cívica de las fuerzas armadas no sólo consisten en la eliminación directa de los enemigos o de los sospechosos de serlo, sino que también incluyen la demagogia: se distribuye leche en polvo, medicinas y promesas a los campesinos de las zonas de influencia guerrillera. «Hay que tener una guerrilla cerca, para conseguir agua», me comentó con sentido del humor, o de la realidad, un campesino de Izabal.

Uno de los guerrilleros de las FAR muerto en la última campaña militar, Otto René Castillo, cuyo cuerpo fue encontrado carbonizado en Zacapa, era considerado el mejor poeta joven de Guatemala. Había estado exiliado («el exilio es una larguísima avenida por donde camina la tristeza») y había vuelto a su tierra para pelear; profeta de su propio sacrificio, había escrito:

Vamos, patria, a caminar, yo te acompaño,

yo bajaré los abismos que me digas,

yo beberé tus cálices amargos,

yo me quedaré ciego para que tengas ojos,

yo me quedaré sin voz para que tú cantes,

yo he de morir para que tú no mueras.

Pero la guerrilla sigue. «El ejército y sus asesores yanquis actúan de un modo mecánico», cuenta César Montes. «Han leído en los libros de Mao que la guerrilla es al pueblo como el pez al agua; saben que en sus weekends, cuando sacan al pez del agua, el pez se muere. Creen que del mismo modo van a poder aislar a las guerrillas. Pero no es posible engañar a todo el pueblo, todo el tiempo. Pueden engañar a parte del pueblo, o a todo el pueblo, parte del tiempo, pero todo el tiempo, no. Los campesinos necesitan tierra, y no la tienen. Necesitan casas, pero el gobierno las construye para los militares. Es una furia contenida desde hace siglos la que brotará en Guatemala, la que está brotando».

El propio vicepresidente de la República, don Clemente Marroquín Rojas, me contó, en una entrevista informal, que en cierta ocasión una escuadra de aviones norteamericanos, piloteados por aviadores norteamericanos, había partido de Panamá, había descargado napalm norteamericano sobre una montaña de Guatemala que se suponía infectada de guerrilleros y había vuelto a Panamá sin aterrizar siquiera en el país. Roca y otro guerrillero me narran, ahora, sus propias experiencias: ellos vieron el napalm caer sobre montañas vecinas, arboledas y pajonales ardiendo durante tres, cuatro días, la gelatina de fuego quemando los árboles hasta las raíces, arrasando la tierra, dejando las piedras negras como el carbón. Las bombas estallan como cohetes de artificio y se derraman: una caudalosa espuma al rojo vivo corre sobre las montañas o se desliza por los ríos

incendiando lo que toca. «Estábamos hacia el poniente», cuenta Rocaél, «en Teculután, y vimos los grandes fogarones que se alzaban al oriente. ¡Cómo ardió el pajalón aquí! Vimos todo desde una distancia de unos trescientos metros, metidos en una quebrada bastante cubierta. Las bombas las echaba una avioneta del ejército. Era una cosa, cómo decir, más floja que las bombas comunes, la explosión. Unos días después, en la montaña de Alejandría, a la altura de Río Hondo, unos ocho guerrilleros descubrimos cinco cadáveres completamente carbonizados en medio de la vegetación asolada por el fuego».

Fue gracias al *napalm* que las autoridades descubrieron el cuerpo enterrado de Ronald Hornberger, a orillas del Teculután. El fuego comenzó río abajo y avanzó quemando las orillas; dejó marcado el rectángulo de tierra húmeda del nicho. «Hornberger era un boina verde veterano de la guerra del Vietnam», cuenta César Montes. «Se presentó a nosotros diciendo que era periodista y que estaba buscando material para un reportaje. Se sentía muy seguro; conversamos con él, en la montaña, durante algunos días. Como al pasar, fue mencionando nombres y direcciones de la capital, datos que nosotros íbamos chequeando uno o dos días después: ninguna de esas personas lo conocía ni había oído nunca hablar de él. También mintió sobre el lugar donde había dejado su equipaje. Sólo le interesaban los aspectos militares de nuestra lucha, y no las razones políticas que nos menean; todas sus preguntas eran muy especializadas en asuntos militares. Traía un equipo completísimo, y era una estrella en el manejo de cualquier arma: nos dijo que el equipo era un obsequio para nosotros. Lo ajusticiamos. En la cintura, bajo la camisa, tenía un hilo de nylon atado, de esos que usan los *boinas verdes* para *ahorcar*».

Los *boinas verdes*, en número por ahora pequeño, operan directamente en Guatemala. Es una de las tantas formas que asume la intervención imperialista en este país, múltiple y visible como en tantas otras partes del dolorido territorio de América Latina. «Nosotros no podemos, en nuestra táctica», explica César Montes, «marginar el papel que el imperialismo juega y va a jugar aquí. Sabemos que más temprano que tarde los imperialistas intervendrán masivamente en Guatemala, con tropas, como lo hicieron ya hace tiempo en Nicaragua, contra Sandino, recientemente contra la República Dominicana, y como lo están haciendo en Vietnam. Nosotros presupuestamos dentro de nuestra lucha la intervención norteamericana, y esto le da un carácter distinto a la lucha guerrillera». Es en este cuadro de cosas que cobra importancia decisiva el contacto de las guerrillas con otros movimientos similares de otros países latinoamericanos: ese contacto, que comenzó con la Tricontinental, se está desarrollando exitosamente a través de los organismos que nacieron de la conferencia de los tres continentes en La Habana.

«La intervención en gran escala del imperialismo se producirá algún día. Y entonces, pues, no olvidaremos que Latinoamérica es una sola. Tendríamos entonces el derecho de dar cabida a revolucionarios de otros pueblos. Guatemala no es la Dominicana, no tenemos el mar alrededor, no nos podrán aislar: tenemos fronteras con México, El Salvador y Honduras».

Atardece. Hoy falta a la cita el quetzal que había estado visitando a los guerrilleros a esta misma hora en los dos o tres últimos días. Su pecho blanco y su hermosísimo plumaje habían planeado en el centro del trozo de cielo que las montañas dejan ver sobre el campamento. El quetzal, es el símbolo nacional de Guatemala: se dice que perdió la voz cuando los mayas fueron derrotados por los españoles. También se dice que no perdió la voz, sino que se ha negado a cantar desde la derrota en adelante.

(1967)

MÁGICA MUERTE PARA UNA VIDA MÁGICA

«Creo en la lucha armada como única solución para los pueblos que luchan por liberarse y soy consecuente con mis creencias. Muchos me dirán aventurero, y lo soy; sólo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades. Puede ser que ésta sea la definitiva. No lo busco, pero está dentro del cálculo lógico de probabilidades. Si es así, va un último abrazo. Los he querido mucho, sólo que no he sabido expresar mi cariño; soy extremadamente rígido en mis acciones y creo que a veces no me entendieron. No era fácil entenderme, por otra parte, créanme, solamente, hoy. Ahora, una voluntad que he pulido con delectación de artista, sostendrá unas piernas flácidas y unos pulmones cansados. Lo haré [...]. Acuérdense de vez en cuando de este pequeño condottiero del siglo XX».

Cuando estas líneas, enviadas por el Che Guevara a sus padres poco tiempo después de su desaparición, llegaron a Buenos Aires, ya Celia, la madre, había muerto sin poder comunicarse con su hijo. No recibió este «último abrazo», esta despedida que presiente la noticia que acaba de conmover al mundo entero. «En nuestro afanoso oficio de revolucionario, la muerte es un accidente frecuente», había escrito alguna vez el Che, a propósito de la caída de un amigo íntimo; su carta a la Tricontinental, termina saludando a la muerte que llegará, siempre que anuncie «nuevos gritos de guerra y de victoria». Mil veces dijo que morir era tan

posible y, sin embargo, tan insignificante. Lo sabía muy bien: a propósito de sus sucesivas muertes y resurrecciones, él mismo aseguraba que tenía siete vidas. Agotó la séptima como se lo había propuesto. Se metió en la muerte sin pedirle permiso ni disculpas: salió al encuentro de las balas en la polvorienta quebrada del Yuro, a la cabeza de sus hombres acorralados por el ejército; la metralla le acribilló las piernas y siguió peleando, sentado, todavía un rato, hasta que la M-1 le saltó de las manos, rota por una ráfaga certera. Los numerosos soldados lo atraparon todavía vivo, aunque los escasos guerrilleros tuvieron coraje para disputar el herido desde la media tarde hasta las primeras sombras del anochecer: cuerpo a cuerpo pelearon los compañeros del Che que luego serían exhibidos a su lado con las cabezas destrozadas a culatazos y los cuerpos varias veces abiertos por las bayonetas. Después de la batalla, al cabo de una noche y un día, la espera se hizo insostenible en el campamento militar de la hondonada de Higuera. Hasta que llegó, desde el palacio de gobierno, la orden de matar al prisionero.

En el cielo sin nubes, un helicóptero elevó el cadáver aún caliente, atado a las patas de aterrizaje, sobre las inhóspitas tierras rajadas por el sol donde las montañas se van abriendo hacia la cuenca del Amazonas. En el hospital «Señor de Malta» del pueblito de Vallegrande, el Che fue exhibido a un grupo de periodistas y fotógrafos. Después, desapareció, al mismo tiempo que se hacía humo un gordito calvo que daba órdenes en inglés. Había inyectado un litro de formol al cadáver. Barrientos dijo que el Che había sido enterrado, mientras Ovando declaraba que había sido incinerado —en un lugar donde no hay medios técnicos para hacerlo. Anunciaron que le habían cortado las manos. Finalmente, al gobierno boliviano le quedaron unos dedos embalsamados y las copias fotostáticas del diario del guerrillero; el destino del cuerpo y del original del diario es secreto o leyenda.

Innumerables leyendas se han tejido ya en torno de la vida y la muerte, tan plenas de alucinación y misterio, de este héroe de nuestro tiempo: algunas, pocas, son el fruto de la desbordada capacidad de infamia de ciertos canallas que se arrojan como cuervos sobre la memoria del Che muerto, aunque hubieran sido incapaces de sostener la mirada del Che vivo; otras, casi todas, provienen de la fantasía popular, que ya celebra la inmortalidad del caído ante los infinitos altares invisibles de nuestra América Latina.

«Me puse a pensar en la mejor manera de morir en ese minuto en que parecía todo perdido. Recordé un viejo cuento de Jack London, donde el protagonista, apoyado en un tronco de árbol, se dispone a acabar con dignidad su vida»: lo escribió el Che recordando un instante decisivo de la carnicería que sucedió al desembarco del Granma en las costas del oriente de Cuba. Once años

han pasado desde aquel primer rozamiento de la muerte. Miro, ahora, una por una, las radio-fotos que han atrapado este cuerpo inmóvil desde todos los ángulos, los agujeros por donde el plomo ha penetrado la carne, la sonrisa a la vez irónica y tierna, orgullosa y llena de compasión, que más de un cretino ha confundido con un rictus de crueldad. Me quedo con la vista clavada en la cara del guerrillero, esta cara macanuda de Jesucristo rioplatense, y me vienen ganas de felicitarlo.

El día de su bautismo de fuego, en un lugar de Cuba llamado Alegría de Pío, el Che tomó la decisión que habría de marcar, definitivamente, su destino: «Tenía delante una mochila llena de medicamentos y una caja de balas, las dos eran mucho peso para transportarlas juntas; tomé la caja de balas, dejando la mochila para cruzar el claro que me separaba de las cañas». En el ya mencionado adiós a sus padres, el Che mismo dijo que «hace de esto casi diez años, les escribí otra carta de despedida. Según recuerdo, me lamentaba de no ser mejor soldado y mejor médico; lo segundo ya no me interesa. Soldado no soy tan malo».

Eligió un puesto en la primera línea de fuego de la revolución, y lo eligió para siempre, sin concederse a sí mismo el beneficio de la duda ni el derecho al arrepentimiento: éste es el insólito caso de un hombre que abandona una revolución ya hecha por él y un puñado de locos, para lanzarse a empezar otra. No vivió para el triunfo, sino para la pelea, la siempre necesaria pelea de nunca acabar contra la indignidad y el hambre; y ni siquiera se hizo el obsequio de volver la cabeza hacia atrás para mirar el hermoso fuego que levantaban sus propias naves quemadas.

No fue culpa del asma, como creyó un diario de Buenos Aires, ni tampoco el fruto del oblicuo y sofisticado resentimiento de un patricio venido a menos, como insinuó una difundida revista: el aprendizaje de la solidaridad puede rastrearse fácilmente en la vida del Che, y esta palabra, solidaridad, brinda la clave única para comprenderlo, aunque no figure en el diccionario de los escritores del sistema. Una infinita cantidad de posibilidades se desplegaban, en abanico, a los ojos del joven Guevara, recién llegado de las sierras de Córdoba al asfalto de Buenos Aires. Trabajaba doce horas por día, seis para mantenerse y otras seis honorariamente; era un brillante estudiante de medicina, pero al mismo tiempo leía complicados tratados de matemática superior, escribía poemas y emprendía ambiciosas investigaciones arqueológicas. A los diecisiete años empezó a redactar un «Diccionario filosófico», porque descubrió que los estudiantes, y él mismo, lo necesitaban. En 1950, el Che, que por entonces firmaba Ernesto Guevara Serna, apareció fotografiado en un aviso de El Gráfico, donde se transcribía una carta enviada a los representantes de los motores «Micrón» para bicicletas: en ella, el

Che informaba que había recorrido cuatro mil kilómetros a lo largo de doce provincias argentinas y que el motorcito había respondido bien. En estos días, el dirigente gremial Armando March, amigo de la juventud del Che, ha recordado que cuando Ernesto era estudiante, su madre fue operada de un seno; se sospechaba que tenía un tumor: Ernesto improvisó en su casa un pequeño laboratorio donde se puso a hacer febriles experimentos con cobayos, probetas y soluciones de petróleo para salvarle la vida. Con March, el Che había querido irse a pelear contra Morínigo, al Paraguay. Inteligente y múltiple, con un innato poder de seducción que su vida posterior no haría más que confirmar y alimentar, el joven Ernesto Guevara no era un pituco resentido sino un hombre joven abierto a la ventura, sin ideas políticas claras y con una señalada tendencia a demostrarse a sí mismo que podía hacer todo lo que no podía: los continuos ataques de asma, que durante tantos años obligaron al padre a dormir sentado a su cabecera para que el hijo pudiera pasar la noche recostado a su pecho, no le impedían jugar al fútbol y al *rugby*, aunque al término de los partidos a menudo sus compañeros tuvieran que llevárselo a babuchas. El asma le impidió seguir yendo a la escuela a partir del cuarto año, pero se las arregló para rendir los exámenes por su cuenta y obtener, más tarde, un excelente puntaje en el liceo. La guerra contra el asma fue la primera guerra que el Che libró y ganó: ganó en la medida en que nunca permitió que el asma decidiera por él.

Este gran guerrero de Latinoamérica fue declarado inepto para el servicio militar por el ejército argentino. Es en ese entonces que el Che atraviesa los Andes en motocicleta y penetra a pie en el Perú, atraído por la leyenda de Machu Picchu; los enfermos de un leprosario construyen una balsa para él y su amigo Alberto Granados, que siguen un río desde el corazón de la selva brasileña y llegan a Colombia. En Iquitos son entrenadores de fútbol; el Che, deportado de Bogotá, llega finalmente a Miami, en un avión que transporta caballos de raza. Hace, al tiempo, un segundo viaje por Latinoamérica, que lo conduce a Bolivia, a las calles de La Paz por donde los mineros desfilan triunfantes con los cartuchos de dinamita en la cintura, y más tarde a Guatemala. «No supimos descubrir al Che en Ernesto Guevara», me dirían años después algunos guatemaltecos revolucionarios que lo habían conocido por entonces, cuando era no más que un funcionario de la reforma agraria o un argentino enfermo en la cama de una pensión llena de exiliados del APRA peruano. Ernesto Guevara, en cambio, descubrió al Che en Guatemala, se descubrió a sí mismo a través de la euforia y la derrota de la revolución guatemalteca, en las conquistas y los errores del proceso de reformas en curso y en la rabia impotente con que asistió a la caída del régimen de Arbenz. Paradójicamente, un barco de la Flota Blanca de la United Fruit había llevado a Guevara a Centroamérica, donde se revelaría su definitiva pasión socialista.

Podía haber sido un distinguido médico del Barrio Norte o un prestigioso especialista en enfermedades de la sangre o la piel, un político profesional o un tecnócrata cotizado; podía haber sido un fascinante charlatán de café, tan brillante como burlón y sobrador, o un aventurero gastador de la aventura por la aventura misma. Años más tarde, podía haberse quedado siendo el dirigente idolatrado de una revolución ya consagrada por el éxito. La derecha ansía siempre tumbar a los revolucionarios en un sillón de psicoanalista, diagnosticar la rebeldía reduciéndola al cuadro clínico de alguna frustración original, como si la militancia y el compromiso fueran no más que el resultado de algún biberón no servido a tiempo o del amor imposible por mamá. Pero el Che era el ejemplo vivo de que la revolución es la forma más pura de la fraternidad y la dignidad humana, y también la más dura, la más difícil. No un desahogo patológico, en este caso, de un señorito de familia bien en la ruina, sino un acto continuo de generosidad: muy pocos hombres en la historia de nuestro tiempo han renunciado a tanto y tan reiteradamente, a cambio de una o dos esperanzas y sin pedir nada para sí. Sin pedir, para sí, otra cosa que el primer puesto a la hora del sacrificio y el peligro y el último a la hora de las recompensas y la seguridad. Muy pocos hombres en la historia de nuestro tiempo han contado con tan buenas coartadas para ofrecer a su conciencia: el asma que lo acosaba sin tregua o el importantísimo papel que desempeñaba en la construcción del socialismo en Cuba. Él mismo ha contado lo difícil que le resultaba, a veces, escalar una montaña en los tiempos de la Sierra Maestra: «En aquellos momentos, recuerdo los trabajos que pasaba para ayudarme a caminar el guajiro Crespo; cuando yo no podía más y pedía que me dejaran, el guajiro, con el léxico especial de nuestras tropas, me decía: “Argentino de mierda, vas a caminar o te llevo a culatazos”». A pesar de los permanentes desafíos del asma, el Che supo ser un ministro de la revolución capaz de cortar caña o manejar tractores con el rostro hinchado por la cortisona y el inhalador atado a la cintura. Del mismo modo, había sabido ser el mejor alumno del coronel Bayo, en México, cuando los hombres de Fidel Castro se adiestraban para la invasión. (En aquellos días de México, el Che se ganaba la vida sacando fotos a los niños en las plazas y vendiendo estampitas de la Virgen de Guadalupe; deportado por el gobierno, huyó del aeropuerto y retomó contacto con sus compañeros).

Antes de México, había empezado también otra guerra secreta, la pelea contra el cinismo y la incapacidad de fe que parecen inherentes al espíritu sobrador de los rioplatenses y, en particular de los porteños. Cuando en un café de Costa Rica escuchó a un montón de estrepitosos jóvenes cubanos hablar del asalto al Moncada y de la revolución que estaban por hacer contra Batista, el Che comentó: «¿Por qué no se cuentan otra de *cowboys*?». En México, esos mismos jóvenes le presentarían, algún tiempo después, a un grandote recién liberado de la prisión de

Isla de Pinos, que se llamaba Fidel Castro.

Recientemente, en Buenos Aires, tuve el inmerecido privilegio de leer la carta que la madre del Che intentó enviarle poco antes de morir, y que nunca llegó a destino porque Guevara ya se había esfumado para entonces. Como si presintiera su propia muerte, en esa carta la madre anuncia que le dirá lo que debe decirle de la manera más natural y directa y le pide que responda del mismo modo: «No sé si hemos perdido la naturalidad con que nos tratábamos o si nunca la hemos tenido, y nos hemos hablado siempre en ese tono levemente irónico que practicamos los que vivimos a las dos orillas del Plata, agravado todavía por nuestro propio código familiar aún más cerrado [...]» Algo le había insinuado el Che sobre su próximo destino, porque en otro párrafo Celia dice: «[...] Sí, siempre serías un extranjero. Parece ser tu destino permanente».

Una amiga, cercana a la madre del Che, me lo definió así: «Los íntimos y las novias del Che en Córdoba forman legión, ahora; si les fueras a creer, a dos besos por zaguán no le hubiera alcanzado la vida. Pero la verdad es que tenía un magnetismo tremendo. ¿Te das cuenta? Este muchacho que oía a Vivaldi, leía a Heidegger y se lanzó por América, estaba tentado por prácticamente todas las opciones. Creo que fue Trotski, no sé, el que dijo que el revolucionario más estimable es el que puede elegir otra cosa en lugar de la revolución y sin embargo la prefiere. Desde entonces, la soledad resultaba en cierto modo una obligación. No podía aceptar otra vinculación profunda como no fuera con la revolución misma. Él siempre tuvo una honda necesidad de totalidad y pureza».

Y en efecto, este hombre que tenía tan abiertas las puertas del éxito profesional y mundano, se convirtió en el más puritano de los dirigentes revolucionarios occidentales. En Cuba, era el jacobino de la revolución: «Cuidado que viene el Che», advertían los cubanos, bromeando pero en serio. Esa necesidad de totalidad y pureza se tradujo, entonces, en una insuperable capacidad de sacrificio personal; era intransigente consigo mismo hasta el extremo de no permitirse una sola debilidad, una sola transacción, para poder apoyar sobre bases sólidas su alto nivel de exigencia ante los demás. Carecía de la flexibilidad de Fidel Castro, que ha dado numerosas pruebas de su habilidad para las negociaciones políticas desde los tiempos en que pactó con dios y con el diablo antes de conquistar el poder ganado en la sierra y el llano. Desde que se hace guerrillero, el Che parece vivir en función del lema todo o nada: no resulta difícil imaginar las agotadoras batallas que este intelectual refinado ha de haber librado contra su conciencia frecuentemente tentada por la duda, para ganar por fin esa certidumbre de acero, ese asombroso rigor.

«Es quizá la leyenda más fascinante de Latinoamérica después de Eldorado», escribe el Times de Londres. Un diario falangista de Madrid lo compara con los conquistadores, por la desmesurada magnitud de su empresa, y Azul y Blanco, el órgano del nacionalismo de derecha en la Argentina, afirma que fue «un héroe del siglo diecinueve». Fidel Castro dice que nunca se podrá hablar de él en tiempo pasado y el propio general Ovando reconoce que era «un héroe en cualquier parte del mundo». El presidente René Barrientos, sabiamente calificado de «idiota» por el Che en su diario de guerra, declara que «ha muerto un idealista». El sacerdote Hernán Benítez, que fuera confesor de Evita Perón, exalta la figura del jefe caído en estos términos: «Como los judíos del Viejo Testamento creían siempre vivo al profeta Elías, los españoles del medioevo al Cid Campeador y los galeses a Artús, es posible también que, en los años venideros, los soldados del tercer mundo crean sentir la presencia alucinante del Che Guevara en el fragor de las luchas guerrilleras».

Las plumas alquiladas, mientras tanto, no han perdido la ocasión de exhibir su capacidad de infamia: una revista argentina sugiere que el Che había sido el asesino de Camilo Cienfuegos; otra afirma que está mejor muerto que vivo, puesto que así queda claro que el terror no es el camino del progreso para Latinoamérica; una tercera, se sorprende de que los guerrilleros no sean producidos por Occidente, sino por los «países comunistas». Me imagino al Che apartando, con una sonrisa ligeramente amarga, todo este palabrerío lujosamente impreso que ofende a la inteligencia tanto como a la sensibilidad.

Pienso en aquella certera frase de Paul Nizan: «No hay una gran obra que no sea una acusación del mundo». La vida del Che Guevara, tan perfectamente confirmada por su muerte es, como toda gran obra, una acusación contra el mundo, contra un mundo, el nuestro, que convierte a la mayoría de los hombres en bestias de carga de la minoría de los hombres y condena a la mayoría de los países a la servidumbre y la miseria en beneficio de la minoría de los países. Es, también, una acusación contra los egoístas, los cobardes y los conformistas que no se lanzan a la aventura de cambiarlo.

Porque la muerte del Che, de ahora en adelante, habrá que merecerla.

(1967)

CONVERSANDO CON LA CRISIS

UNO

Ella se había caído y estaba como abandonada sobre el asfalto en el centro de la calle, en un cruce cualquiera del Cerrito de la Victoria. Un vecino, que estaba tomando el sol, la vio caer y quedarse allí tirada y sola, regordeta bajo la piel oscurita al sol, tentadora, hinchada de promesas. No lo pensó dos veces: se abalanzó sobre ella. Y entonces estalló la pelea. Porque el carrero detuvo en seco a los caballos, saltó del pescante y volvió corriendo sobre sus pasos. No estaba resignado a perderla, gritaba: «¡Es mía!». «¡Mía!», y el vecino, apretándola fuerte, decía: «Pero qué va a ser suya, qué me viene. Si yo la acabo de encontrar, mía... es». Palabra va, palabra viene, uno que otro empujón, algún golpe lanzado al aire y en seguida unas cuantas trompadas, gente que se amontona y dos o tres que se acercan a separar: por fin, el carrero la recuperó de un manotazo. Regresó a su carro, triunfante, con la disputada papa en la palma de una mano. Siguió rumbo al mercado, silbando bajito, al trote lento de los caballos. Uruguay 1967: un drama pasional, para la crónica roja.

DOS

La papa, o la nostalgia de la papa, no tardará en ser tema de tango. La leche sólo se expedirá en los más distinguidos *night-clubs*, y a partir de cierta hora; los terroncitos de azúcar podrán ser admirados en las vidrieras de las joyerías, cada cual en su estuche, y en las florerías compondrán encantadoras ikebanas de lechuga, acelga y rabanitos exóticos. Sólo las carnicerías, atendidas personalmente por las vacas sobrevivientes de la sequía y las inundaciones, podrán darse el lujo de usar energía eléctrica durante la noche, para iluminar las cercanías del aeropuerto con los resplandores de los gigantes y multicolores letreros del mercado negro. El dólar será, ya es, la moneda nacional, oficialmente consagrado.

TRES

«Montevideo parece una ciudad bombardeada»: es el resultado de una pequeña encuesta que hice entre una decena de personas amigas, que habían estado alejadas del pago por unos pocos años y que no se conocen entre sí. Todas coinciden: la crisis nos ha cambiado. Al regreso, han encontrado calles oscuras y con más baches que superficie, las grandes tiendas cerradas, incomunicado el país por falta de diarios y por el funcionamiento de correos y teléfonos inventados por Kafka para sus pesadillas privadas. En este desierto aldeano, el rencor y el miedo están ocupando el sitio de la tradicional felicidad rutinaria de los orientales, tan satisfechos que estábamos, solcito a la espalda y mate en mano. Han encontrado, mis encuestados, una visible pobreza en las ropas y una violencia latente en lo que la gente dice o calla, sombras nuevas sobre los rostros.

CUATRO

En este Uruguay postrado por la crisis, puede verse ahora gente haciendo cola durante toda una tarde para empeñar nada menos que la bombilla para tomar el mate, el último y quizá único tesoro de un uruguayo humilde; puede escucharse la voz rota de una mujer diciendo, ante el mostrador de la defensoría de pobres: «Vengo porque quiero dar al nene. Pero que sea con papeles, con firmas y eso». Un amigo asistió el otro día a las desventuras de un agente de policía que recorrió durante dos horas y media el complicado engranaje burocrático del Banco República, buscando «la oficina ésa donde cambian plata usada»: llevaba, en la mano, un billete de un peso quemado en los bordes, la triste cientosetentava parte de un dólar. Las tiendas de ropa usada brotan como los hongos después de la lluvia, y por cierto que no son sólo el resultado de los caprichos *snobs* de la moda burguesa. Maestras y profesores asisten estupefactos a un espectáculo nuevo: los alumnos que caen desmayados por la desnutrición.

CINCO

El ministro Legnani habla por radio y televisión, lee con fervor su mensaje de gobierno. Se enoja, mucho, con los sindicatos, como si la culpa de cuanto ocurre

fuera de la clase trabajadora —esa misma clase trabajadora a la que el país esté negando trabajo, y a la que la inflación rebaja la mitad del salario cada año que pasa. El ministro está particularmente furioso con la conferencia de la OLAS y la «subversión comunista» en general: el Uruguay prohíbe la entrada a los dirigentes sindicales latinoamericanos que iban a venir a discutir su necesaria unidad y a la vez abre los brazos para recibir la misión especial del Fondo Monetario Internacional, cuyas sabias recetas —ésas sí foráneas— nos han deshecho el país que teníamos. Que se sepa, el Fondo Monetario no tiene su sede en La Habana, y sus dirigentes no profesan el marxismo. No caen los precios de nuestra lana y nuestra carne en los mercados internacionales como consecuencia de una conspiración roja, sino por culpa de la voracidad imperialista, porque los países ricos, que no tienen un pelo de bobos, venden y compran al precio que ellos fijan. ¿Acaso es Cuba la que nos prohíbe comerciar con Cuba? Los acreedores extranjeros ante quienes se ha hipotecado nuestra soberanía y nuestro destino a intereses de usura, no han aprendido sus técnicas de extorsión en el Manifiesto comunista.

SEIS

¿Quiénes son los *subversivos*, en este país? El gobierno prohíbe vender dólares, pero las radios y los diarios dan cuenta de la cotización prohibida, que marcha camino de las nubes en ascenso más o menos accidentado pero impecable. Arde la fiebre del oro: cae preso algún cambista, pero más y mejor especulan ciertos bancos —y sobre todo ciertos bancos extranjeros—. A medida que menos riqueza produce el país, más pesos produce el dólar para los filibusteros modernos de los siete mares financieros internacionales.

SIETE

La crisis nos está convirtiendo en un país de cómplices: más cómplices por lo que callamos y no hacemos o dejamos hacer, que por lo que decimos y hacemos. Nuestra patriótica prensa grande quiere un dólar especial para el papel y pretende que el Estado cargue con sus deudas con el exterior: chantajea al gobierno utilizando a sus propios trabajadores como instrumento. Otros sindicatos aceptan, en los hechos, el seguro de paro, virtual subsidio a la desocupación pagado por el conjunto de los trabajadores, como solución única y definitiva al profundo problema de la falta de trabajo —que afecta, precisamente, a los trabajadores en su

conjunto. La huelga ha pasado a ser una costumbre.

OCHO

Unos días antes de la final por la Copa de América, me tocó escuchar la animada conversación de un grupo de carteros. Íbamos en el mismo ómnibus; ellos, con sus alforjas repletas de correspondencia. Resulta que uno de los carteros se había jugado unos cuantos pesos a la quiniela. Decía que el sueño que había tenido no le podía fallar: «Si se nos da esta redoblona con el 27», decía, pluralizando generosamente, «vamos a sacar una pochada de pesos, y entonces... entonces...». Brillaban los ojos de todos, mientras imaginaban qué harían con tanto dinero. Por fin, a uno se le ocurrió algo concreto: la idea fue unánimemente festejada como un gran hallazgo: «Ya sé —dijo—. Agarramos y le devolvemos la plata a toda la gente que haya comprado entradas para el estadio y los hacemos jugar a Nacional y Racing para nosotros cuatro solamente».

La redoblona con el 27 no se dio, y Nacional perdió el partido decisivo en Santiago de Chile. Para colmo, en esos días, los carteros, acorralados por la miseria, no tuvieron más remedio que declararse en huelga y fueron sustituidos por el ejército y la policía. Pienso, ahora, en aquel ingenuo espejismo de poder de los carteros, que por unos segundos soñaron ser los dueños del mundo (y el mundo no era más que una cancha de fútbol), porque tengo la impresión de que los uruguayos estamos perdiendo también nuestro último motivo de orgullo, la certidumbre nacional que nos quedaba: hasta el fútbol nos está traicionando.

NUEVE

Pienso en este país nuestro sin fe ni yerba de ayer, donde el trabajo ha perdido su sentido creador («¿cuándo me puedo jubilar de la escuela?», preguntó el otro día el hijito de un amigo) y donde la capacidad de indignación se está perdiendo o desviando: me pregunto si no tendría razón aquel viejo y querido periodista que una noche, medio derrumbado por las copas, me dijo que si el Che Guevara se pusiera a repartir fusiles en la Plaza Independencia, los uruguayos nos lanzaríamos a la carrera... para empeñarlos. Y me respondo que no puede ser, que no debe ser.

DIEZ

Frases recogidas de boca de gente de clase media, en ómnibus, oficinas, cafés, pescadas al azar en la calle:

—Hacen huelga y ninguno sabe por qué; si les preguntan, ninguno sabe.

—Manga de atorrantes, por qué no estudian. Tanto sacrificio de los padres, para qué. Habría que ponerlos a trabajar, para que vean.

—¿Por qué no dicen de dónde sacan la plata para todos esos carteles? ¿Por qué, eh? Porque la sacan de la embajada rusa, por eso.

—Aquí hace falta un militar que ponga orden.

—Un gobierno de mano dura, eso es lo que precisamos.

—Una chica de trece años, mire, más no tendría; entró al café frente al liceo, se sentó, llamó al mozo y le dijo, que yo la escuché y me quedé fría: «Che, dame un cortado. ¿Tenes un cigarrito?».

—No, si estamos en pleno amor libre, no le digo. Si no hay más que verlas, ahora, allí sentadas en el muro, y una pasa y pregunta, ni se le ocurra: «Pero ¿no están estudiando, ustedes?», y van y le contestan: «De huelga, estamos». Y fu-man-do, to-das fu-man-do.

—A los diez años le manda una carta a Lalo y ya le dice, nomás: estoy loca de amor por vos.

Pero figúrese, a esa edad y ya ella toma la iniciativa, fíjese.

—Mire el cartel que le han puesto a ese pobre hombre: «Carnero», le han puesto. Y será un hombre de bien, que tendrá una familia, hijos que mantener, pobre.

ONCE

Para muchos desprevenidos lectores de diarios de los países cercanos, el Uruguay está al borde de la revolución social, en las vísperas mismas del apocalipsis castrista. Se está creando el «clima», dentro y fuera de fronteras, propicio al establecimiento de un gobierno gorila, tan peludo como sea posible, en nuestro país. Innumerables editoriales, informes, notas periodísticas y cables de las agencias, dan cuenta de la revolución que está brotando en esta convulsionada tierrita nuestra: la agitación laboral, la honda crisis económica, el caos general, la organización de movimientos subversivos castri-comunistas que operan con impunidad y alevosía...

DOCE

Refiriéndose a la evidente impotencia del gobierno para llevar adelante los grandes cambios que el país requiere, un observador agudo me comentó en estos días: «No es posible oponerse al Fondo Monetario Internacional, teniendo detrás, como única fuerza, al Fondo Monetario Nacional». Víctima de la desorientación más que del arrepentimiento, el hijo pródigo vuelve, según parece, sus pasos, hacia la autoridad paterna fugazmente negada.

La descolonización íntegra del Brasil y la Argentina nos permite presentir lo que ocurrirá con nosotros. No será preciso, me temo, amanecer un día de éstos con la punta de un sable en la garganta: quizá alcance con un simple cambio de gabinete.

TRECE

Apuntar y disparar con el caño de la escopeta torcido hacia el costado, es una persistente vocación de la clase media, caldo de cultivo de todos los fascismos abiertos o encubiertos que en la historia han sido: ¿cuántos hombres golpeados por la crisis en plena nuca, quisieran un Onganía «que venga a poner orden» aquí en el Uruguay? Los sindicatos obreros son un chivo emisario ideal tanto para quienes están interesados en negar la responsabilidad del sistema como para quienes no

son capaces de descubrirla. El sistema, sí, toda esta gran mentira que nos tiene por víctimas y voluntarios o involuntarios protagonistas: el país hundido en la miseria que, sin embargo, es un santuario del lucro para los capitales oportunistas; el latifundio que se extiende, invicto, por nuestras llanuras y desde el poder político gobierna; Punta del Este que vale más que toda la paralítica industria nacional; las oficinas públicas atestadas de funcionarios que llegan, desde los clubes políticos, en paracaídas, y se meten por las ventanas; los miles y miles de desocupados y una población activa cada vez más reducida que alimenta y sostiene una población pasiva aplastante; los especuladores pescando, con patente o sin ella, en el río revuelto de la inflación, «nuevos ricos» que están cobrando los dividendos de la crisis. El sistema que es, también, esta indiferencia creciente, esta incapacidad de creer, esta rabia desviada, inútil. Porque el sistema no es una abstracción. Lo hacemos los hombres, los mismos hombres que podemos deshacerlo.

(1967)

LOS JÓVENES FASCISTAS DESCUBREN EL PAÍS

Los jóvenes de «Tacuara» habían participado con sus propias bombas en la caída de Perón, pero hacia 1956 no se habían lanzado al frenesí anticomunista y antisemita, que alimentaría tiempo después el mito de su violencia sagrada: eran, sí, anticomunistas, pero todavía no lo eran a sangre y fuego. La lucha contra la enseñanza laica oficiaría, en 1958, como el detonante de la furia contra la izquierda. Del mismo modo, eran antisemitas, pero más bien pasivos: la cacería de los judíos sería desatada tiempo después, a partir del secuestro de Eichmann.

En 1956, no son, todavía, más que una treintena de jovencitos cuyas edades oscilan entre los catorce y los veinte años; horas tempranas de «Tacuara»: muchachos de baja clase media, de apellidos italianos y españoles. Son contados los que provienen de familia bien, y entre ellos están los tres Guevara Lynch, primos del Che. El grupo funciona exclusivamente en Capital Federal: se organizan periódicamente campamentos, en los que se recibe instrucción militar, las artes de la pelea, prácticas de tiro, orden cerrado, orden abierto, lucha callejera, a lo largo de excitantes jornadas de intemperie que transcurren en Luján, en Moreno, en Paso del Rey, en Cascallares. «Tacuara» cuenta con su bandera roja cortada al centro por una franja negra en la que luce, azul y blanca, la Cruz de Malta; su emblema es la frase de los Caballeros: «Volverás vencedor o volverás muerto». Otros elementos del fetichismo fascista resplandecen en la naciente

leyenda de los muchachos «de la caña», «los machos», «los que se juegan»: el saludo con la palma extendida, las grises camisas grafa que parecen camisas militares, las ceremonias de la iniciación, la conquista del derecho a la cachiporra —goma, arena, plomo— y a las armas de fuego. Los dirigentes giran en la órbita intelectual del nacionalismo católico, rosista y monárquico. La espada y la cruz: las voces de la Edad Media llegan a ellos por boca de Sánchez Sorondo, Mario Amadeo, Juan Carlos («Bebe») Goyeneche, Jordán Bruno Genta. Devoran, también, a los autores de la Falange: Primo de Rivera, Ledesma Ramos, Onésimo Redondo, José María Pemán, José Luis de Arrese. Pero, paradójicamente, los libros de José María («Pepe») Rosa, Jauretche, Ibarguren, Gálvez, empiezan a introducirlos, ya por aquel entonces, en el corazón de la verdadera historia argentina, y es en ellos donde se puede penetrar la razón primera de los virajes posteriores del grupo, y sobre todo del desarrollo de la tendencia Baxter, que del nacionalismo reaccionario llegará a la extrema izquierda pasando por todos los matices del revisionismo histórico y el populismo. Pero la muchacha no se ha afiliado a «Tacuara» para leer, sino para pelear, y es la promesa de la violencia, vivere pericolosamente, lo que «Tacuara» brinda a quien se acerca a sus umbrales. La ideología era la acción: no existían las ideas en estado puro, más que en la cabeza de dos o tres dirigentes.

CACHIPORRAS POR LA ENSEÑANZA SELECTA

A mediados del 58, Frondizi envió al Congreso un proyecto de ley por el cual se reglamentaba el artículo 28 de la ley de enseñanza de los tiempos de Aramburu: empezaban las luchas por la enseñanza «libre». Es entonces que «Tacuara» entró explosivamente en escena; el mito de su fuerza arranca de allí.

Son de «Tacuara» las tropas de asalto que, a la sombra protectora de los sectores «ultras» de la iglesia, tras las sotanas de jesuitas y dominicos, combaten a la Universidad oficial, laica: adolescentes armados de cachiporras que ocupaban colegios y facultades, chocaban violentamente con las manifestaciones por la enseñanza pública, desencadenaban batallas cotidianas a la salida de cada uno de los tres turnos de cada colegio de Buenos Aires, arrojaban por todas partes ampollas de temible bromoacetona y petardos de estruendo. Durante estos tres meses de lucha sin tregua, «Tacuara» exacerbó su anticomunismo, entendido en la formulación más grosera al estilo Azul y Blanco y abrió sus filas al ingreso de alumnos católicos del Colegio Nacional y de la Universidad de El Salvador, que llegaban, en masa, dispuestos a embestir contra los herejes y los izquierdistas. «Tacuara» se había convertido en una fuerza mimada por la oligarquía que decía

aborrecer, signada por la invasión de los señoritos que bajaban desde el Barrio Norte a defender en las calles su derecho natural a la enseñanza selecta. Un Quintana Martínez Zubiría, bisnieto del presidente Quintana, era el jefe de las milicias de estudiantes secundarios de «Tacuara»; Axel Aberg Cobo, patricio químicamente puro, alquilaba un auto remise durante las veinticuatro horas de cada día para que los dirigentes pudieran movilizarse, pagaba costosas cenas en «El Tropezón» y traía considerables sumas de dinero desde la Secretaría de Informaciones del Estado, SIDE, que aparecían como donativos privados. Matías Sánchez Sorondo, nieto del símbolo vivo de la década infame, encabezaba las huestes derechistas en las batallas que tenían por escenario, un atardecer sí y otro también, el bar y los pasillos de la Facultad de Derecho. Familias enteras de la burguesía católica, los Gradín, los Seeber, los Ezcurra, los Guevara Lynch, los Estrada, los Díaz de Vivar, convertían a sus hijos en modernos cruzados que reemplazaban las cotas de malla por los *blazers* azules de botones dorados y solapas levantadas, las afiladas espadas por cachiporras de goma y las altas botas de cuero de ante por mocasines cosidos a mano, que eran arrastrados, en desafiante balanceo, por las veredas de la avenida Santa Fe. Muchachos de apellidos tanos y gallegos se lanzaban, también, a la aventura, a la vera de estos jóvenes elegidos: provenían de una burguesía arribista, eran los medio pelo.

REFUGIO DEL BARRIO NORTE

El aluvión de neófitos que llegó en el 58, al influjo de la lucha por la enseñanza libre, desbordó la capacidad de absorción en los cuadros que habían dado a «Tacuara» su estilo. Decenas de nuevos gladiadores entraban cada día al movimiento, en la categoría de aspirantes; cumplido un plazo de prueba y otro de militantes, formulaban su juramento, letra llegada, se decía, desde el fondo de los tiempos, que sellaba el ingreso a la fraternidad de la violencia: «¿Juráis con el corazón y el brazo señalando el testimonio de Dios, defender con vuestra vida y vuestra muerte los valores permanentes de la Cristiandad y la Patria? ¿Juráis respetar las jerarquías del Movimiento y hacerlas respetar por amigos y enemigos?».

El puñado de activistas que había dado al grupo, compacto y homogéneo, su primera notoriedad, se vio a poco andar enfrentado a un desgarramiento interno. Probado en la acción directa y en la agitación, pero desprovisto de una ideología coherente, el núcleo original de «Tacuara» no podía resistir su vertiginoso desarrollo sin darse de cara contra una crisis tan brusca como su crecimiento. La

crisis, nacida de las ambiciones propias de Axel Aberg Cobo, estalló entre fines del 58 y principios del 59. Este joven aventurero, agente de los servicios de informaciones, por cuya cuenta manejaba abundantes sumas de dinero, había llegado a ocupar la secretaría de propaganda y había desplazado a Joe Baxter de la jefatura de la rama estudiantil de «Tacuara»: cuando finalmente fue expulsado, se llevó consigo un centenar de afiliados. No por casualidad, el conflicto coincidió con el reflujo de la marea de afiliaciones del Barrio Norte: concluidas las movilizaciones por el artículo 28, los jóvenes bien archivaban sus cachiporras y volvían masivamente a los colegios privados de donde se habían lanzado a la violencia de las calles. Casi todos los apellidos relucientes desaparecen entonces de las filas de «Tacuara», pero tras ellos permanece la aureola que han dejado; el movimiento queda marcado por su paso, a través de ciertos rasgos que le otorgan personalidad a los ojos de la opinión pública: el catolicismo agresivo, el ambiente social selecto, la promesa de peligros y aventuras, el fetichismo de las cruces, los saludos, las armas de fuego, el prestigio de la violencia como llave de acceso a las fiestas y ceremonias de la haute. La Santa Madre Iglesia no cortó, sin embargo, sus vínculos con «Tacuara»; más allá de la lucha por la enseñanza libre, el clericalismo furioso podía seguir siendo necesario. La ceremonia de iniciación de los militantes de «Tacuara» no sólo se hacía en el local del movimiento o en las sombrías galerías del cementerio de la Chacarita, sino que también podía tener lugar en la Capilla de las Banderas, de la iglesia de Santo Domingo; en algunas capillas de barrio, siguieron operando las células de «Tacuara». Acción Católica Argentina y otras organizaciones similares, continuaban suministrando buenos militantes.

EL GRAN CATALIZADOR GENERAL

La primera escisión de carácter, digamos, ideológico, se dio simultáneamente con este proceso de desfibramiento, fruto de la deserción masiva de los estudiantes católicos de la clase alta. El peronismo fue el detonante: al producirse la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre, estallan por primera vez las contradicciones que alentaban dentro de «Tacuara» y que serán el caldo de cultivo de las sucesivas crisis posteriores. Es significativo que estas contradicciones nada tuvieran que ver con los seiscientos días de Mussolini, ni con el alegato de Primo de Rivera, ni con la caída de Berlín: el peronismo podía más, porque era el gran catalizador de la realidad política y social de la Argentina. A favor o en contra del peronismo, también «Tacuara» fue obligada a definirse, cuando la resonancia del terror le otorgó dimensión nacional y la lanzó al escenario político.

La vieja espina dorsal del movimiento empezaba a inclinarse hacia posiciones de acercamiento al peronismo, aunque la figura de Perón continuaba siendo tabú; cegada por su origen de clase, la tendencia que Aberg Cobo encabezaba seguía considerando, en cambio, al peronismo, como una etapa inferior del comunismo: el peronismo seguía siendo la insolencia de los cabecitas negras soliviantados, la fuente del más santo de los horrores. A pesar de la difícil situación interna de «Tacuara», que sufría el éxodo de casi todos los que habían llegado tras las banderas de la campaña triunfante por el derecho a la enseñanza exclusiva, Ezcurra y Baxter deciden movilizar a los muchachos, en enero del 59, en solidaridad con los obreros que habían ocupado, explosivamente, el frigorífico Lisandro de la Torre. Durante dos días y dos noches, el barrio de Mataderos, cercado, quedó virtualmente en manos obreras: «Tacuara» arrojó sus propios proyectiles contra la policía, hizo sus propios actos relámpago y manifestaciones: peleaba así, como muchas otras veces ocurriría posteriormente, contra sus aliados de la víspera. Estalló, entonces, la crisis interna que se venía incubando; se sucedieron golpes y contragolpes de una y otra tendencia dentro de «Tacuara», hasta que, finalmente, Aberg Cobo fue arrojado por una ventana, después de haber sido purgado con aceite de castor.

LA CONSTANTE PARADOJA

Desde esta primera división en adelante, las mismas manos que pintarán esvásticas en las paredes de Villa Crespo, arrojarán cócteles molotov contra los ómnibus durante los paros generales, cortarán cables de teléfonos en las huelgas de las 62 organizaciones, pondrán bombas en Tamet y en Siam durante el conflicto metalúrgico, ayudarán a ocupar y a defender fábricas en el cinturón industrial de Buenos Aires y recuperarán, a balazos, sindicatos intervenidos. Simultáneamente, «Tacuara» se dedicará a chocar, en colegios y facultades, contra los núcleos progresistas y de izquierda y, ocasionalmente, contra los liberales gorilas: bombas de estruendo, gases, cachiporras, de vez en cuando tiros, señalarán el sonido y la furia de los continuos conflictos.

LA PRIMERA METAMORFOSIS

Desde mediados del 59 empiezan a llegar a «Tacuara», cuyas filas están por entonces muy disminuidas, algunos jovencitos de la pequeña burguesía peronista,

hijos de jueces, militares, comerciantes, artesanos: peronistas con ganas de pelear, que se van sumando a la vieja base social del movimiento fascista. Han heredado el resentimiento de sus padres por la caída de su nivel de vida y su prestigio social; reivindican la Argentina vencida por el golpe militar de septiembre del 55, y acuden a «Tacuara» en busca de la revancha. Por otras vías, «Tacuara» alimenta sus filas tradicionales con los jóvenes que buscan en la violencia un desahogo para la asfixia de sus hogares en conflicto o económicamente arruinados, o bien con los que intentan abrir a balazos las puertas cerradas de los salones de la oligarquía, a los que ningún dinero alcanza a brindarles acceso. De una u otra fuente, se trata de clase media iracunda, jóvenes inadaptados de entre catorce y veinte años que no son, ya, los «niños bien» arrimados al calor del combate por la enseñanza libre. Como había ocurrido en Europa en los años 30, el fascismo prende en la clase media argentina, entre otras cosas, porque permite a los hijos del señor Cero sentirse jefes. En los bailes de barrio, estos adolescentes se sienten temidos y admirados; la ciudad entera, que había querido condenarlos a vivir la existencia anónima y sin destino de sus padres, les abre paso y hace silencio y fija sobre ellos sus ojos, en los cafés, en las reuniones, en los patios y en las puertas de los colegios secundarios. Van en busca del mito del poder; los atrae la emoción de los campamentos, en los que las maniobras militares suelen hacerse con verdadera munición de guerra y con verdaderos heridos, la magia de los juramentos en las galerías subterráneas del cementerio, el estampido de los primeros balazos, el culto del peligro elaborado en torno de las fogatas, lejos de la familia y el hogar y la blanda vida burguesa —instituciones de las que pretenden liberarse reivindicándolas a sangre y fuego, como «un pelotón de soldados que salva la civilización», que dijera Spengler. Hay una promesa de aventuras prohibidas tras las puertas de «Tacuara»; su cruz de Malta en la solapa, su crucifijo colgando del llavero, el cristiano nuevo puede sentirse la mano armada de Dios y, en Su nombre y en nombre de la Patria, practicar el deporte de la violencia sin mayores riesgos, cobrando, en prestigio, los dividendos de las glorias que otros acumulan para él: porque es el llamado cuerpo de milicias, la élite experimentada del grupo, el que realmente lleva a cabo las hazañas que van forjando la leyenda del terror de «Tacuara».

Pero el ingreso paulatino y constante de jóvenes de la clase media peronista, altera el panorama ya que introduce en el movimiento sangre nueva y diferente: se comienza a condicionar la aproximación al nacionalismo popular argentino, que una tendencia llevará adelante con entusiasmo. El progresivo contagio del peronismo, originará crisis internas y será el detonante de la desintegración final: en los años 61 y 62, ya el aparato digestivo del movimiento fascista no podrá deglutir a los jóvenes peronistas que, esta vez de extracción proletaria y de baja

clase media, invadirán por entonces el movimiento, introduciendo con ellos las contradicciones que lo harán saltar en pedazos.

A partir del 60, ciertos autores nacionalistas de izquierda habían empezado a atraer la atención de algunos dirigentes medios de «Tacuara»; el proceso mismo de acción y de lucha, se encargará del resto: al enfrentarse con los enemigos reales de la revolución nacional, del brazo de los militantes sindicales peronistas, algunos jóvenes fascistas derribarán los mitos que antes veneraban y se radicalizarán en dirección inversa. El antisemitismo y el anticomunismo sistemático, que les ofrecían chivos emisarios sucedáneos de los enemigos reales, dejarán de serles necesarios en la medida en que, al profundizarse, el proceso mismo descubrirá a sus ojos los verdaderos factores de la crisis y el sometimiento del país, y les dará las claves de la liberación posible. El peronismo hará, en definitiva, el aparte, como ocurre con los peces cuando sube la marea: al otro lado, quedará el nacionalismo reaccionario, en parte operando desde la derecha del propio peronismo y en parte por su cuenta, a través de las células que se lanzan al terrorismo a partir de «Tacuara». Del mismo tronco original provienen los tacuaras que terminaron en el peronismo de izquierda y los que se sumaron al peronismo de derecha, los que abrazaron el marxismo-leninismo y los que ofician de guardaespaldas de ciertos burócratas sindicales; los que pintan, todavía, en los muros, cruces esvásticas y consejos: «Degüelle un comunista por día». De la misma fuente salieron las viudas de Hitler y los devotos de Perón, Mao o Fidel.

ERA UN RECUERDO DE FAMILIA

Antes que las supremas verdades del fascismo, entraron en crisis sus sacerdotes, y en primer lugar, los del viejo nacionalismo argentino. A fines del 59, «Tacuara» se aleja de sus maestros: Sánchez Sorondo, Amadeo, Genta, Goyeneche, que oficiaban sus misas ardientes desde las columnas de Azul y Blanco o Combate, pierden influencia directa sobre sus belicosos discípulos. Son despreciados por «viejos»: los muchachos han descubierto que su anacrónico nacionalismo los inhabilita para interpretar al peronismo y para participar en la historia viva de su tiempo, como no sea a título de conspiradores crónicos. En un artículo publicado en el periódico del movimiento, Baxter los llama «charlatanes de feria».

Hasta entonces, «Tacuara» había funcionado como una especie de vivo recuerdo de familia del nacionalismo clerical y reaccionario del 30, cuya constelación ideológica giraba al influjo de los mencionados herederos. Nada se

parece más a un fascista que un burgués asustado, y el nacionalismo argentino del 30 es un típico nacionalismo de burgueses asustados, que puede ser llamado fascismo en la medida en que adopta algunos de los métodos de organización característicos del sistema corporativista y se contagia de su léxico y sus símbolos: eran los tiempos en que la ley marcial estrangulaba sindicatos, mientras las sagradas vacas argentinas, para terror de los ganaderos y de sus intermediarios, recibían imperdonables ofensas en la Conferencia de Ottawa. El nacionalismo de «Tacuara», había sido, hasta el contacto con el peronismo, nada más que la resurrección de un anacronismo de derecha: quería un nuevo orden que devolviera sus privilegios a la oligarquía, garantizando que no se producirían nuevas explosiones sociales; postulaba la creación de una nueva élite dirigente capaz de independizar al país de las tutelas extranjeras (el imperialismo comunista y el imperialismo capitalista que, como se sabe, tienen, uno y otro, caras de judíos) y capaz de imponer el orden interno con mano dura. El culto de la supremacía blanca, la concepción de la hegemonía argentina en Hispanoamérica, como ellos llamaban a nuestra América Latina, y el peligroso giro a la izquierda de algunos nacionalismos burgueses del Tercer Mundo, sumados al «fracaso» de la experiencia del nacionalismo popular, peronista, en el propio país, empujaban a «Tacuara», como al nacionalismo de veinte y treinta años atrás, en brazos del fascismo: del fascismo europeo copiaban, estos chovinistas furiosos, los métodos, la organización, la ideología; al lado de Mussolini, Rosas no era más que una figura folklórica.

EL CAOS EN LAS JÓVENES CABEZAS CALIENTES

El Partido Conservador ya no servía, en el 30, para expresar cabalmente a la oligarquía ganadera enojada por el egoísmo de los ingleses que, cerrándose en el Commonwealth, desplazaban las carnes argentinas de sus mercados: el nacionalismo que, por reacción, nació entonces, fue antiliberal, despreció a los políticos profesionales y apostó internacionalmente contra las potencias que manejaban el comercio internacional. Después, durante los años de la guerra, el nacionalismo argentino reconoció en el nazi-fascismo, al enemigo de su enemigo, o mejor, de sus enemigos, y festejó los bombardeos de Londres y la invasión a la URSS como si fueran obras suyas. Pero dos décadas más tarde, el fascismo desempolvado ya era un anacronismo: los muchachos de «Tacuara» peleaban furiosos de nostalgia por un mundo que no habían conocido y que estaba muerto y enterrado. También ellos eran antiliberales y despreciaban a los políticos y al juego hipócrita de las instituciones burguesas, pero en su lugar proponían el retorno

emocional al Medievo, la cruz y la espada, y la resurrección política del corporativismo fascista. La caída de Perón, la derrota de Lonardi, la traición de Frondizi, servían de eficaces catapultas de violencia para una clase media desengañada y angustiada: sus hijos buscaban en el fascismo válvulas de desahogo para sus tensiones, y en la memoria viva de las Santas Cruzadas encontraban la seguridad que Dios y su Iglesia ofrecían y que el mundo, cambiante y turbulento, negaba. La Argentina estaba en crisis y el piso se movía bajo los pies de su pequeña burguesía: todo era confusión, excepto la certeza de la verdad, que los jóvenes fascistas reivindicaban como un valor absoluto. Una verdad grávida de contradicciones y que solía no llevarse muy bien con la razón: la entrega del petróleo a las subsidiarias de la Standard Oil inflamaba la pasión nacionalista de «Tacuara», pero la culpa se atribuía a la conspiración judeo-masónica-comunista, más que a la voracidad del imperialismo. El desconcierto ideológico era total dentro de aquellas jóvenes cabezas calientes: con fórmulas de museo, se intentaba comprender y cambiar el mundo de los *jets* y los mercados múltiples y el ascenso del proletariado al primer plano de la historia. Ya no era posible apostar, como lo habían hecho los viejos nacionalistas, al desafío de Italia ni a la expansión alemana, capitalismo ávidos de nuevos mercados; las definiciones que la realidad imponía eran otras. Así, entre el Frente de Liberación Nacional de Argelia y los centuriones de la OAS, los muchachos de «Tacuara» elegían a la OAS, fascista como ellos, aunque fuera la expresión de un imperio que se negaba a morir: el culto de la raza blanca y el de la misión civilizadora del cristianismo podían más que la vocación antiimperialista y solidaria de los países sometidos.

LA NOSTALGIA DEL ARCO DE TRIUNFO

Es este cuadro de cosas el que sufre el impacto decisivo del trabajo común con terroristas y gremialistas del peronismo. Los dirigentes de «Tacuara» seguirán siendo, sin embargo, en su mayoría, impermeables al proceso de cambio que, desde fines del 59, se anuncia en sus bases: hasta la crisis definitiva del movimiento, Alberto Ezcurra y su equipo («mitad monjes, mitad soldados») continuarán presos de los esquemas fascistas tal cual habían llegado de Europa, y predicarán ardientemente la retórica de tragedias y heroísmos importados: «O triunfamos y desfilamos victoriosos bajo el Arco de Triunfo, o fracasamos y nos pegamos un tiro en las ruinas de la Cancillería de Berlín», dirá Ezcurra con voz trémula, mientras otros tacuaras menos místicos pintarán en los muros del cinturón industrial de Buenos Aires carteles heréticos: «Las 62 al poder», «Todo patrón es un ladrón», «La propiedad es un robo». Un águila feudal era el escudo

que encabezaba la revista de la Secretaría de Formación de «Tacuara», dirigida por Horacio Domínguez, un devoto de Hitler y sus costumbres, al mismo tiempo que Ossorio, Cafatti, Baxter, exaltaban desde las tribunas, la epopeya frustrada, pero no olvidada, de los guerrilleros uturuncos de Tucumán. Los símbolos fascistas alternaban en los actos, insólitamente, con los machetes de los cañeros del norte: la Argentina real empezaba a ser tema.

«Tacuara» era, pues, el reino de las paradojas, y sus dirigentes sabían explotarlas: el fervor de los muchachos peronistas será un gatillo de provocación, siempre listo para ser disparado, en las concentraciones y en las calles, contra los grupos de izquierda que, a partir del 61, comenzaron también un proceso de aproximación al peronismo, hasta entonces aborrecido. Al mismo tiempo, y por las mismas manos, era ametrallada la embajada de los Estados Unidos y se deshacía con una bomba la oficina de Artkino Pictures; los atentados contra las sinagogas y los actos del Partido Socialista se confundían con el ametrallamiento de la planta de Coca-Cola y los cócteles molotov arrojados contra los supermercados Mini-Max de Rockefeller.

LOS MITOS SE DESINFLAN

A partir del segundo golpe frustrado del general Iñíguez, los jóvenes de «Tacuara», que habían asimilado ya la inserción del populismo peronista en su esquema fascista de pensamiento y acción, dejan de creer, en su mayoría, en los poderes mágicos de los militares que se alzan al servicio de la causa de los pueblos. Muy otro era el punto de vista de los dirigentes de la organización, que seguirían apostando al putsch en contacto con oficiales no peronistas, sino nacionalistas al viejo y querido estilo, como Cayo Alsina o Guevara: las prevenciones de Ezcurra, Bonfanti y los suyos, frente al movimiento peronista, y en especial frente a su caudillo, seguían en pie, y nunca dejarán de imaginarse a sí mismos como monjes guerreros que, en el último minuto de sus vidas de ascetas, recibirían en la frente el beso de la gloria y de la muerte (aquello no podía, no debía, ser contaminado por el mal gusto de las masas).

El cuerpo de milicias, pomposo nombre de los grupos de choque, y los comandos de barrio, son los semilleros de la insurrección interna.

El proceso se refleja claramente en los nombres que los comandos eligen: 17 de Octubre, Primero de Mayo, Lealtad. La invasión de hijos de obreros, estudiantes

de escuelas nocturnas, internados del Agote y jóvenes operarios de Mataderos, Villa Luro, Dock Sud, Núñez, Boedo, implica un cambio en la composición social de «Tacuara», que no es meramente cuantitativo: cambian también la ideología, las relaciones políticas, el ámbito de acción y la acción misma. La cruz de Malta es eliminada de muchas banderas; Jorge Cafatti reúne su comando en el local del Sindicato de Obreros del Tabaco y explica a sus muchachos: «No es casual que estemos aquí y no en otra parte. No se encuentra a los revolucionarios en las sacristías». El aniversario del nacimiento de Sarmiento, en el 62, es un 11 de septiembre distinto; los tacuaras no se limitan a depositar flores, como era rutina, en la tumba de Facundo, el caudillo bárbaro de la Argentina que la civilización niega: esta vez se lanzan a patear Impalas y romper vidrieras por la avenida Santa Fe, y no gritan insultos contra judíos ni comunistas, sino contra gorilas y oligarcas. La misma violencia de clase estalla poco después, en la exposición de la Sociedad Rural, sagrado *show* de la oligarquía, cuando hacen explotar un toro premiado arrojándole una bomba. El Día de la Soberanía, 20 de noviembre, se les prohíbe el acto en Plaza Constitución, y la respuesta es el incendio de boites y de automóviles. Los dirigentes se agarran la cabeza: a fin de año, ya se conocen panfletos firmados por Tacuara Rebelde. Ni el anticomunismo ni el antisemitismo han desaparecido aún dentro de filas (1962 fue un año de continuos atentados contra organizaciones judías), pero los disidentes, numerosos, no tardarán en superar ambas actitudes de odio sistemático. La organización vertical, las jerarquías vitalicias, la aplicación de sanciones disciplinarias y la falta de capacitación ideológica, reducían, sin embargo, a los militantes, a la condición de espectadores del proceso que tenía lugar en las cabezas de los jefes de las milicias y los comandos, pero esta evolución coincide con las tendencias naturales de los peronistas que han llegado de los suburbios y que no se sienten cruzados ni squadristi. El fascismo y su liturgia se desencuentran con esta nueva realidad; el divorcio es inevitable. Entran en crisis la ideología y el método de análisis («¿corporativismo con patrones extranjeros en las principales empresas?»), los métodos de acción, que de tan espectaculares se delatan solos y hacen improbable cualquier intento serio de toma del poder, y hasta la propia mística se quiebra: ¿quién puede imaginar una turbulenta manifestación peronista encuadrada en los rígidos, sepulcrales desfiles del Tercer Reich?

EL CALDO DE CULTIVO

Antiliberales en nombre de la Libertad, desordenados en nombre del Orden, los tacuaras encontraban, en los judíos y en los izquierdistas de todos los matices, blancos apropiados para el desahogo de su frustración ideológica y política. En el trasfondo, era la frustración de la clase media la que pujaba por estallar: la pequeña burguesía angustiada por el vértigo de acontecimientos que movían el piso de su seguridad, mordida por la crisis en sus propias bases de sustentación, tenía hijos que se lanzaban a defender a balazos su mediocre escala de valores, ya que no sus pobres rentas, objetivo oculto tras la retórica de la defensa de la Civilización Occidental en peligro. El cambio de calidad operado desde el 61 en la composición social del grupo, alteró decisivamente este cuadro de cosas y quitó, en definitiva, al movimiento su razón original de ser.

Antes de la crisis que fue revelando la metamorfosis operada en filas de «Tacuara», nunca los jóvenes fascistas se habían pronunciado concretamente contra la oligarquía y la alta burguesía, ni habían atacado jamás al imperialismo a través de los agentes que objetivamente lo representan dentro del país. El «demoliberalismo burgués» y la conspiración judeo-comunista-masónica, eran la causa de todos los males: se achacaba la responsabilidad de la impotencia de la Argentina, que no había podido realizar su destino hegemónico de gran nación, a la torpeza de sus dirigentes, no al sistema que expresaban, y a la infiltración diabólica de los enemigos «naturales» del país.

Aquellas cabezas y aquellas vidas estaban llenas de contradicciones. Eran beatos militantes, y muchos de entre ellos hablaban de la Summa Teológica de Santo Tomás de Aquino, pero ninguno la había leído y apenas tres de cada diez tacuaras iban a misa los domingos. Eran hijos o nietos de inmigrantes, pero practicaban la xenofobia: se creían depositarios de las mejores tradiciones nacionales, que debían defender a sangre y fuego de la invasión y la contaminación extranjeras. Centinelas intransigentes del país de Rosas, abrevaban, sin embargo, en fuentes europeas: excepción hecha de algunas obras de los revisionistas históricos argentinos, los dirigentes, cabezas pensantes del movimiento, leían, cuando leían, libros de autores italianos, españoles, franceses, alemanes. Quienes aborrecían lo extranjero, es decir, lo enemigo, se sentían vengadores de la derrota de Hitler y Mussolini. Fue un sociólogo francés, que había sido colaboracionista, extranjero en la Argentina y extranjero en su propia patria, Jaime María de Mahieu, el que ejerció una influencia decisiva en la formación ideológica del grupo. Así

también los muchachos odiaban a los judíos, pero cada cual construía la imagen del judío que mejor convenía a su necesidad de odio: ninguno había tenido nunca contacto directo, individual, con judíos de carne y hueso; su conciencia antisemita había fabricado un judío determinado, mitad comunista, mitad capitalista, que no podía dejar paso a ningún judío real, difícilmente tan monstruoso como su imagen.

El antisemitismo y el anticomunismo definían por oposición: servían para dar a «Tacuara» un eje fácil de aglutinación y para robustecer su unidad interna. Las explicaciones venían después: podían estar abonadas por la desubicación y el desarraigo efectivamente característicos de la izquierda argentina, alienada a esquemas y estrategias que se pensaban y trazaban para otros países y otros intereses, o en la real incapacidad de asimilación de algunos judíos. El comunismo era Palacios, embajador de la Libertadora, el culto de Sarmiento, los comunistas y los socialistas del brazo de los conservadores en la Unión Democrática, los judíos organizando colectas y la Unión Soviética dando órdenes. El capitalismo no era el capitalismo sino el capitalismo judío inmoral: los judíos eran la burguesía intermediaria, las fuerzas parasitarias y antinacionales. Aunque por lo general las conciencias recurrían a los esquemas mágicos: los comunistas y los judíos eran el Mal, «El Capital» cometido por un hombre que decía llamarse Carlos Marx, pero se llamaba Carlos Hirschel, hijo y nieto de rabinos, inventor de la lucha de clases; la Revolución rusa desencadenada por Lenin (Uliánov) y Trotski (Bronstein), y financiada por Rothschild y la Banca Loeb; la sangre cristiana caudalosamente derramada por el mundo y las profecías de poder y dominación de los Protocolos de los Sabios de Sión; la lucha de clases y la GPU.

Ninguno de los tacuaras hubiera podido demostrar, o demostrarse a sí mismo, la base de verdad de las evidencias que le movían la mano. Para los fascistas que dieron al movimiento su tónica más fanática, ello no era, por lo demás, necesario: ni siquiera posible. La fe no debe permitirse el lujo de la duda.

Definiéndose por lo que rechazaba, pero sin una idea clara de lo que buscaba, de ideología prestada, imprecisa y contradictoria, «Tacuara» continuó desprendiendo, hasta el fin, subgrupos que se fueron separando como consecuencia de la lucha interna de tendencias o al influjo de las perspectivas que el movimiento, sin proponérselo, había abierto a sus militantes ante los canales peronistas de lucha. Casi todos los grupos terroristas de derecha que han sobrevivido, provienen de aquella matriz, y dentro del peronismo hay núcleos de todos los matices, desde los marxistas hasta los rosistas, que salieron de «Tacuara»: todas las posiciones y todas las actitudes reflejan hoy, desde la desintegración, lo que fue aquella heterogénea congregación de jóvenes furiosos unidos por sus

mitos y su estilo.

En su versión original, «Tacuara» murió y muerta está, aunque un puñado de devotos fanáticos continúe sin creerlo; los grupos sucesivamente desgarrados fueron sufriendo, a su vez, transformaciones y desprendimientos que integran otra historia. Porque la historia, como dicen quienes la cuentan y creen quienes la hacen, continúa.

(1967)

CRÓNICA DE LA TORTURA Y LA VICTORIA

Cuando los jóvenes peronistas realizaron su congreso en Montevideo, a principios de 1967, eligieron por unanimidad a un militante ausente para que ocupara la presidencia de honor. Jorge Rulli, a quien de este modo sus compañeros rendían homenaje, estaba preso en ese entonces, agonizando en una cama de hospital. La policía lo había deshecho en algún lugar de la provincia de Buenos Aires, a lo largo de setenta horas de torturas continuas. Rulli acaba de recobrar su libertad y me cuenta, ahora, lo que ocurrió. He aquí la crónica de una doble victoria.

Es la segunda vez que Jorge Rulli hace este relato. Por primera vez, en el hospital, sus abogados lo habían escuchado. Ahora, la voz le vacila a veces, se interrumpe, calla a ratos, y dice: «Me hace mucho daño recordar». El compañero que yo conocí hace un par de años no había perdido treinta kilos en la cárcel; ahora, no sólo está más flaco: la tortura ha pasado por él, por encima de él y a través de él: le tiembla la mano cuando me sirve café, choca conmigo al levantarse, no puede agacharse a recoger el encendedor caído, debe cuidarse al beber y al comer. Pero no quiere hacer el papel de víctima. Tiene conciencia de que éste ha sido el precio de su militancia y sabe que el compromiso político revolucionario se asume precisamente porque no es gratuito.

Había estado preso, ya, tres años, desde 1960; había sido despedido de los empleos, una y otra vez, por una denuncia o una huelga; había decidido que no era tan grave que el largo período de cárcel le hubiera anulado todos los exámenes, porque de todos modos ya no le interesaba estudiar veterinaria. Para ganarse la vida estaba trabajando como corredor y encuestador, timbre por timbre, y como periodista. Una tarde recibió un llamado de la policía de la provincia de Buenos Aires: lo requerían como cronista de la revista donde trabajaba, para cubrir, como primicia, un procedimiento «muy especial» en Ramos Mejía. Rulli fue. Era una emboscada: allí estaban esperándolo, frente a esa casa de la calle Pazo, los agentes de la policía federal, que se habían arrancado las jinetas y las estrellas de las camisas y no llevaban casacas, ni gorras, ni cartucheras. Rulli empezó a correr al tiempo que sonaban los primeros disparos. Las balas picaban cerca. Quince cuadras llevó la persecución, a través de una zona obrera, un rompecabezas de calles y casas separadas por campos baldíos. Los vecinos salieron a mirar; un enjambre de chiquilines corría tras Rulli, gritando: pibes que emergían de todas

partes, alborotados por el escándalo, y daban a la policía el rastro del fugitivo. Se tiró delante de un colectivo, fuera de la parada, pero el ómnibus casi lo atropelló y no pudo treparse. Los chicos no se le despegaban. Impedían, así, sin querer, que pudiera mezclarse entre la gente o meterse en una casa.

Había recibido una bala en una pierna, pero no me había dado cuenta. Vos sabés que en la guerra hay casos de tipos que les arrancan un brazo en un avance y lo notan veinte metros después. Creo que fue el calor de la carrera el que me impidió sentirlo. La bala me había atravesado el muslo y yo no veía ni sentía nada. Sentía un cansancio terrible, eso sí. Era un sacrificio insoportable seguir corriendo. El paso me disminuía solo. Tenía la policía a una cuadra, a media. Exhausto, empecé a caminar. Ellos ya venían en coches y bicicletas. Me agarraron atrás de un camión. El primero en llegar fue un oficial. Me abrió cinco veces la cabeza con la culata de la pistola. Medio me desvanecí, estaba bañado en sangre. Me subieron al camión y yo todavía no me había dado cuenta del agujero en la pierna.

Lo pasan a un taxi y allí empieza a vomitar. Lo llevan al hospital de Ramos Mejía, y de allí al sanatorio de cirugía de Haedo. La policía lo va insultando y amenazando de muerte. En Haedo, los médicos le pinchan y golpean las plantas de los pies para comprobar que tiene, todavía, sensibilidad. En un fogonazo de lucidez entre los vómitos y los desmayos y el dolor y la sangre, Rulli grita su nombre, que registren su nombre. Eso, quizá, lo salva. Felipe Vallese, secuestrado una noche por la policía, había desaparecido sin dejar rastros.

Los médicos me prometieron curarme. Pero un ordenanza me llevó en una camilla, con dos médicos, y dijo a un montón de policías, a la salida: «Aquí se los entrego; si quieren se lo llevan con camilla y todo».

Lo meten en una camioneta de la comisaría. Siete policías van allí riéndose por lo que le espera: «Vas a la máquina, pibe; te vas a arrepentir de muchas cosas». Llegan a la comisaría de Ramos Mejía. Pasan al casino de oficiales, una pequeña sala con una silla en el centro. Allí lo rodea una veintena de agentes, casi todos sin uniforme. Empieza el «peloteo», pregunta tras pregunta, sin darle tiempo a contestar; amenazas, algunos golpes. Adónde ibas, que hacías, quién sos, nombres, queremos nombres, mataste a un policía, reconocé que mataste a un policía. Todos están parados a su alrededor; le empujan la silla donde está sentado al tiempo que lo van golpeando. No lo dejan hablar. Pero Rulli ha comprendido ya que la policía federal lo ha pasado a la policía de provincia diciendo que había matado a un agente. Es una invención que equivale a la orden de liquidarlo: el espíritu de cuerpo lo exige; hay que vengar al compañero caído.

Me sentía muy cercado, muy deprimido, muy perdido. Eso. Muy perdido. Y sin embargo, al mismo tiempo, me sentía muy fuerte. Quiero decir que me sentía con mucha mística, un fanatismo político, cómo decir, religioso, aunque a la vez me sintiera físicamente solo y perdido y sin esperanzas, muy seguro de que iba a la picana. Porque yo sabía lo que significaba la acusación de haber matado a un policía cuando uno está solo entre policías. Te digo que me sentía muy fuerte porque me dí cuenta de que debía recobrar, recobrar mi dignidad, conquistar terreno para poder estar fuerte después, en lo que vendría. Pensaba que no iba a aguantar físicamente, ¿entendés? Había que terminar con ese manoseo. Así que con una audacia de desesperado les grité: «¡Un momento!», y les dije que iba a hablar solamente con el jefe. Les dije que así como ellos pertenecían a un ejército de represión, yo era también miembro de un ejército, el ejército de la liberación nacional. Era una locura, pero ahí terminó él «peloteo». Se me echó encima uno que resultó ser el comisario y se puso a pegarme bofetadas. Estaba histérico. Me gritaba: «¡fanfarrón! ¡Vas a ver lo que te cuesta esto! ¡Me vas a venir con amenazas! ¡Con amenazas a nosotros!». De golpe, se detuvo. Tenía la cara roja. Se fueron.

Al irse, dan la orden de empezar el «ablandamiento». Era ya medianoche. «Váyanlo ablandando», dice el oficial a cuatro agentes, «porque éste va a la picana. No lo marquen, que el asunto viene después». Rulli está en calzoncillos y camiseta, con la camisa desgarrada, las manos ligadas con vendas, descalzo. Chorrea sangre de la cabeza vendada.

Como siempre, había unos «duros» y otros «blandos». Era como si discutieran entre ellos. Uno me decía: «Cómo podés esperar algo de Perón, luchar por ese monigote», mientras el otro me gritaba que yo era un hijo de puta por ser peronista. «No seas tonto», decía uno, «no te dejes utilizar, que Perón está muy cómodo allá, vive muy bien mientras vos te sacrificás aquí»; y el otro insistía en que todos los peronistas son unos hijos de puta, terroristas asesinos de pobres policías que dejan familias atrás. «No, no», intervenía un tercero: «todos los peronistas no son iguales, mirá que no; yo también era peronista, pero éste qué va a ser peronista, éste no es peronista, éste es un terrorista; un asesino, es». Y el primero insistía: «Si sos peronista para qué te arriesgás así. No ves que estás haciendo de idiota útil». Mientras hablaban me pegaban con los cantos de las manos en la nuca, en los riñones, en el maxilar, me pegaban permanentemente, al ritmo de la sorpresa; cuando esperaba el golpe de un lado venía del otro, cuando me daba la vuelta lo recibía de atrás. No dejaron de hablar ni un segundo. Tampoco dejaron de pegar. Buscaban todas las variantes de quiebra de la conciencia política. Toda la tortura era para eso. Buscaban la quiebra moral, no la información.

Rulli alcanza a decirles que no van a conseguir nada de él. «¿Sabés adónde te vamos a llevar?». «Sí, claro que sé». «¿Por qué?». «Porque no soy el único; esto le

ha pasado a mucha gente y sé lo que me va a pasar. Me va a pasar lo de Felipe Vallese. Porque yo tampoco voy a poder aguantar». Le dicen que no se preocupe, que va a aguantar todo lo que ellos quieran que aguante, que «para eso llevamos médicos». Entra entonces el oficial. «Escuche, superior», le informan. «¿Sabe lo que está diciendo? Que lo único que pide a Dios es quedarse muerto para comprometernos y que nos procesen a todos». Una nueva lluvia de insultos cae sobre Rulli, una nueva lluvia de golpes.

Me vendaron los ojos y me metieron en una camioneta. Yo iba tendido en el fondo, con los pies de los tipos encima. Me di cuenta de que íbamos a lo largo de la avenida 25 de Mayo porque recorrimos todo el curso de Carnaval. Se escuchaban las risas de la gente, los estribillos de las murgas, un ruido de matracas y cornetas. Ellos me decían: «Escuchá cómo se divierten los demás. Éste es el último curso que vas a escuchar en tu vida». Eso me hacía daño. El hecho de estar casi desnudo también me hacía daño. Cuando me bajaron del coche, pisé pasto. Pensé que estaba cerca de la vía. Me dispuse a recibir el balazo.

Lo meten en una casa. «No hagas ruido, que vas a despertar a los nenes», dicen las mismas voces. «Éste lo que no sabe es que no somos los mismos de antes», comentan entre sí en un tono audible. Lo llevan a rastras hasta una cama. Es como flotar en el aire. Lo acuestan sobre el elástico y le atan los brazos y las piernas, no sin antes cubrirle las muñecas y los tobillos con muñequeras de goma. Terminan de romperle la camisa. Rulli siente que le atan un lacito en el segundo dedo del pie derecho: en el otro extremo del cable está la picana. Prenden la radio a todo volumen. Le pincelean el pecho con agua, a la altura del corazón, y se abren entonces las puertas del infierno.

No podía gritar porque me habían puesto una almohada o un trapo, no sé, en la boca. Me picaneaban en el corazón, en la entrepierna y en los órganos sexuales. Esas descargas de electricidad son como mordiscones, te desgarran la carne, parece que te estuvieran arrancando la carne a pedazos. Una hipersensibilidad que sólo podés tener en circunstancias como ésas me permitía reconocer las voces. Identifiqué a los cuatro todo el tiempo, en cada momento, como si los estuviera viendo. Tenía los nervios a flor de piel. El que me picaneaba era un anormal, una hiena. Se reía todo el tiempo. Antes de empezar, dijo: «Qué lástima que lo tenemos que picanear en seguida. Cómo me hubiera gustado romperle el culo primero, ya que está atadito, así». Lo repitió varias veces, de diferentes maneras. Ésta es la peor humillación que te puedes imaginar. Estuve varios meses sin contárselo a nadie. El asunto se me repetía, como una obsesión, después, en las pesadillas del hospital.

Otro maneja la radio y el aparato generador. Un tercero está en comunicación telefónica permanente con la policía de la capital, que tortura a otra persona al mismo tiempo. El cuarto, el jefe, sentado a un costado de la cama, pregunta y anota las respuestas. Rulli niega. «No les da vergüenza hacer todo esto». Picanean, le otorgan unos segundos de reposo para que recobre la respiración y la voz, preguntan, vuelven a picanear, y así sucesivamente: quién mató al policía, quién robó el arma, quién robó el coche, hacete cargo de eso, reconoce, danos nombres, una lista de nombres, en qué andabas, con quiénes trabajas, cuáles son tus contactos, dónde se reúnen, adónde ibas, de dónde venías, un Peugeot blanco, vos tenías un Peugeot blanco, reconocélo, quién hizo esto, quién hizo esto otro, quién tiroteó el cuartel, un coche colorado, tu compañero habla de un coche colorado, hablá, te conviene, hablá, el otro está hablando, el otro dijo todo, no seas gil, no te hagas el mártir, hijo de puta, hablá.

Buscaban una punta de madeja a partir de la historia falsa del policía muerto. Donde aflojara cualquier cosa, iba a empezar a largar y no iba a poder detenerme más. Si consentía una tontería, de ahí iban a sacar otras preguntas para hacerme delatar gente y datos del movimiento. Ahora me sorprende la frialdad que tuve, esa cosa muy fría en el fondo mío que me permitió razonar en medio de la locura que era aquello. Yo había conversado con mucha gente torturada, cuando había estado en la cárcel. Algunos tipos tratan de no plantearse este problema, no lo asumen, pero yo sabía que en cualquier momento podía ocurrirme. Aprendí que un tipo en manos de la policía puede defenderse, puede hacer un plan y cumplirlo, que es posible engañar al enemigo, pelear contra él, combatirlo incluso en una mesa de tortura. Sentía a aquellos subhombres tratando de romperme, de quebrarme la conciencia, y medía todo, sabía todo, estaba más lúcido que nunca. Sabía que mi relación con mi mujer se hubiera terminado. Mi relación con mi propia hija se hubiera terminado. Mi relación con los compañeros. No hubiera podido mirar más a la cara a ninguno. Y que como hombre no iba a servir nunca más para nada. Eso me protegió mucho. Descubrí que callándome tenía todo por ganar. Y si hablaba, perdía todo.

Rulli especula con el cansancio de ellos. El interrogatorio no puede durar eternamente. Trata de ganar segundos de oro. Varias veces anuncia que va a hablar. La tortura se interrumpe. Entonces vacila: «Estee... bueno, ¿de qué quieren que les hable?». La tortura recomienza.

Inventé listas de nombres. Ni un Pérez ni un González. Deformaba apellidos de compañeros de clase del secundario, con doble t, con t final, decía apellidos raros, para confundirlos. O gente conocida mía que no tenía nada que ver con la política, y que yo describía trabucando nombres y caras. Identificaba a cada persona mentalmente para no olvidarme después, porque me veía obligado a repetir varias veces las descripciones. Nunca

hay que describir un personaje sin pensar en una persona concreta. Aunque en determinados momentos me confundía, me hacía unos embrollos bárbaros. Inventé otros cuentos, hablé de mi militancia en la dirección de un sindicato donde en realidad yo había estado en la oposición. Me interrumpía y decía: «No puedo hablar más, no puedo decirles nada más, soy un miserable». Y así iba ganando tiempo. Les decía: «Esto que voy a confesar no quiero que lo anoten, que lo escuchen nomás, porque si no, todo el mundo me va a repudiar como delator». Me retobaba: «No firmo nada». Nuevamente me picaneaban. «Sí, sí, firmo». Y entonces inventaba otra historia. Siempre pensando: te van a cansar, se van a cansar. La electricidad me hacía saltar como enloquecido. Las contorsiones me hincharon a reventar las manos atadas y me provocaron una lesión de columna; los movimientos convulsivos, el golpeteo de la cintura contra la cama fueron más de lo que la columna podía soportar: se me aplastó un disco.

Las contracciones dejan al torturado sin aliento. Rulli acentúa el efecto que producen: cada vez que aplican la picana al corazón, queda duro, sin respirar, arqueado: «Sacala, sacala, que no respira». Le liberan la cara y le empiezan a golpear el estómago; Rulli larga el aire como si apenas despertara. Pero pronto esta pequeña trampa se hace imposible: le picanean los testículos, cada vez, para ver si reacciona. Al final, ya no reacciona. Ya no se propone quedar sin respiración. La picana ya no lo mueve. Lo desatan, cae, se agarra de la cama al caer. Entonces advierte que se trata de una cama de hierro con patas en V, como las de la policía.

Dos noches y dos días pasé después en un pequeño cuarto de la comisaría, rodeado por una decena de agentes que se turnaban para golpearme, insultarme, amenazarme, humillarme: «Yo no sé, éstos de la federal, cómo son tan imbéciles, cómo lo capturaron con vida; en vez del balazo en la pierna debían haberle metido una bala en la cabeza; por qué no habré estado yo en el procedimiento». Me escupían en el pecho y en la cara. Cargaban armas delante de mí y clic, gatillaban: «Ah, tenés miedo». Cargaban y recargaban las armas todo el tiempo. Uno agarró un cuchillo y se me tiró encima mientras otro me agarraba de los brazos: me empuñó los huevos y se puso a fugar con el cuchillo diciéndome que me los arrancaría de un tajo. No me permitían orinar. Tampoco me daban nada de beber ni de comer. Estaba enloquecido por el sufrimiento de la sed.

Se salva por casualidad. Guiada por una confidencia, su esposa aparece en la comisaría, toma a los policías por sorpresa: no atinan a negar que él esté allí. Deciden llevarlo a Buenos Aires, pasarlo a Coordinación Federal: «Si vos creés en Dios», le advierte el comisario, «reza, porque lo mejor que te puede ocurrir es que te mueras antes de llegar». Lo obligan a firmar una declaración fechada tres días antes. El juez interviene a tiempo; lo sacan de Ramos Mejía.

En el hospital de San Martín, los médicos me estaban dejando morir. Vomitaba todo, hasta el agua mineral. Las quemaduras de picana no figuraban en la historia clínica que me hicieron. Cada día vomitaba más; bilis, porque no tenía otra cosa. Recuperaba el conocimiento a ratos. Un día escuché un comentario del médico: «Éste está por peronista. Es un terrorista que aparenta estar enfermo para buscar una oportunidad para escapar. La familia le trae cosas para que vomite, alguna droga». Al décimo día, los compañeros pudieron hacerme revisar por un médico amigo. Me hizo un análisis de orina y de sangre; volvió a hacerlo, pensó que se había equivocado. Pero el segundo resultado también dio seis de urea, cuando él normal es 0,30, y 8 gramos de potasio. «Sáquelo de aquí porque se va a morir», le dijo a mi mujer. Me llevaron al Italiano, al riñón artificial.

Orina sangre. Se le infecta el ojo izquierdo: lo pierde. La infección pasa al ojo derecho. La neuritis en las plantas de los pies le impide caminar. Los músculos de la cintura para abajo están, además, completamente atrofiados. El riñón no le sirve para nada; sobrevive gracias al riñón artificial, al que le conectan el cuerpo doce horas por día. Veinticinco compañeros van a dar sangre, que entra y sale por tubos. Se alimenta por sondas, orina por sondas. No se puede flexionar, porque tiene un disco aplastado. Toda la zona abdominal está dura como una madera. Por la sangre ajena le llega el virus de la hepatitis. La policía intenta sacarlo tres veces del hospital, sin el alta de los médicos: «Vístase y vamos». La solidaridad de los compañeros del sindicato de sanidad lo impide. A la cuarta vez, la policía se lo lleva a la fuerza al hospital de Villa Devoto, medio desnudo.

En el hospital Italiano, los compañeros de la juventud peronista se turnaban para cuidarme: los diferentes grupos se habían repartido los turnos para cubrir cada uno un día de la semana. No me dejaban solo de día ni de noche. Fue la presión creciente del movimiento la que me salvó. La solidaridad de los compañeros. Todos los enfrentamientos y las diferencias con los demás grupos del movimiento y con los compañeros de otras tendencias quedaron superados, como cosa del pasado. Mi proceso sirvió para enseñarme que no debemos dividirnos por cosas secundarias. Fue una rica experiencia.

La Cámara de Apelaciones decreta la libertad de Rulli, ante una sala repleta de compañeros, por falta de mérito. Rulli recupera la libertad: el día que sale de la cárcel, su esposa, con los nervios deshechos, debe ser internada en un sanatorio.

Cuando me «ablandaban» antes de llevarme a la tortura, yo les dije a los policías que nosotros estábamos luchando por los oprimidos, por ellos mismos, que son unos pobres hombres capaces de torturar a otros hombres a cambio de un sueldo miserable; les dije que la historia está con nosotros, del lado de los oprimidos. Se rieron y uno de ellos dijo: «Esta vez caíste por idealista. Pero la próxima vas a caer por ladrón». Quiso decir: te vamos a

quebrar; si te agarramos en un asalto será porque estás robando para vos. Quiso decir que mis propios compañeros me iban a rechazar; que iba a salir de allí convertido en delincuente o delator. Por lo mismo, los franceses violaban en la ciudad a las mujeres de los guerrilleros que peleaban en las montañas. Supe, definitivamente, que la policía tortura para quebrar, no para informarse.

Elegir la dignidad era como elegir la muerte. Cuando lo bajan de la camioneta, Rulli cobra conciencia de que no va a salir con vida, y se asegura una muerte con dignidad. Esto es, paradójicamente, lo que le permite salvar con dignidad la vida.

(1968)

DIOS Y EL DIABLO EN LAS FAVELAS DE RÍO DE JANEIRO

A medianoche la catacumba gimió, a meianoite a catatumba gemeu: quem estava vivo morreu, quem estava morto nasceu. A medianoche, a la «hora grande», la resurrección de los condenados: «Se levante quien esté sentado...». Los condenados cantan, aúllan, danzan, tiemblan, beben, al ritmo de fiebre y trueno de los tambores; corre la caña y se derrama la sangre de los gallos y los chivos sacrificados. Desde hace horas los dioses y los diablos bajan y poseen a sus devotos, se introducen en ellos, los cabalgan, el apasionado abrazo de la divinidad arranca aullidos de dolor y de placer a las mujeres en trance. Sacudidas violentas, rostros rígidos en el éxtasis, temblores, cuerpos que giran o se revuelcan o saltan como lanzados a manotazos por un gigante invisible: cuando las convulsiones aflojan y una campanilla suena desde el altar, eso significa que este cuerpo ha mudado ya su identidad. El «caballo» ha sido dominado. La crisis de posesión ha cesado, porque esta mujer a quien colocan un casco de altas plumas de colores en la cabeza ya no es más ella misma: ahora es Ogum Rompe-Mato, un San Jorge de la selva. Ya no sufre la violencia del trance; ahora danza suavemente, fuma un inmenso charuto, otorga bendiciones y da consejos y recetas a los fieles ávidos de consuelo, venganza, inmunidad y buena suerte. Y esta otra es Jurema, diosa de la selva, y aquélla es Xangó, joven dueño del trueno, y la de más allá es el Caboclo del Sol y de la Luna. Iemanjá, la diosa de las ondas del mar, también ha bajado, y están

además aquí las divinidades de la Pluma Blanca y la Sierra Negra y el Manantial; las Siete Flechas, las Siete Estrellas, las Siete Encrucijadas. Otros santos indígenas y campesinos descienden: Viramundo, Caboclo do Vento, Flor do Dia, y Boiadero, el tropero que mora en el desierto y con su lazo arrea, hacia allá, todos los males. Los espíritus de los primeros dueños de la tierra del Brasil vagan por el aire y por el mar: son dioses de la naturaleza, asimilados a las divinidades africanas de Angola y el Congo, las que a su vez se han fundido con los santos católicos, o son versiones aborígenes de los habitantes del infierno.

Una vez poseída, la filha do santo se convierte en el instrumento de la divinidad. Muda el tono de su voz y la intensidad de su mirada: fuma, gozosa, quien siente asco del tabaco, y bebe cachaça quien sólo prueba, normalmente, agua. Julia se convierte en Ogum o, mejor dicho, en su caballo. Durante el trance, habla Ogum: «Yo monto en Julia y ella trota». Después del trance, habla Julia: «Cuando Ogum baja, pierdo la conciencia. Llega Ogum Rompe-Mato y es como una campana que me cubre. Yo soy el badajo de la campana, él me mueve, la música nace».

Éste es un terreiro abierto entre el bosque de un morro de Río de Janeiro, en la falda espesa de árboles de la Pedra Dois Irmãos. La ceremonia continúa, a la luz de la luna y de las fogatas que arden en torno. Los ecos poderosos llegan hasta allá abajo, donde titilan las luces al borde del mar: esta trepidación es el ritmo que de costumbre acompaña el sueño de la ciudad. Desde las malezas y las favelas brotan las voces y los tambores, noche a noche. Frecuentemente, los ritos se prolongan hasta el amanecer del nuevo día.

EXU TIENE DOS CABEZAS

Ahora doña María, la sacerdotisa principal, una negra de anchas caderas, pechos amplios y brasas en los ojos, danza en el centro del terreiro, alrededor de un pequeño círculo de piedra. Se detiene con los brazos alzados, delante de un hombre joven. El hombre cae de rodillas; el coro, desordenado y vigoroso, canta:

... todo mundo bebeu,

todo mundo comeu,

só eu fiquei sem nada.

Ella derrama un vaso de caña, desde lo alto, sobre la cabeza del hombre joven. Le revuelve el pelo con los dedos. Después, rompe el vaso contra la piedra. Él debe descalzarse y bailar sobre las astillas de vidrio. Y después ella misma baila sobre los vidrios rotos:

... abre la puerta del infierno

ahora es que quiero ver

setenta y siete diablos...

Los hombres bailan con los torsos desnudos, envueltos en hojas de palma que les hacen brotar espadas verdes de los cuerpos; los resplandores de las hogueras encienden las vastas faldas de las mujeres y el brillo de las pieles negras empapadas de transpiración. El aire huele al humo del tabaco y a los vapores del aguardiente, más fuertes que los aromas purificadores de la vegetación. Doña María lanza un alarido, brama como un toro, gime como un perro, aúlla; se arroja hacia atrás, y no bien cae la envuelven por completo en una sábana blanca. Entonces ella cruza el terreiro lentamente, arrastrándose sobre los muslos y los puños; sostiene dos velas encendidas, con las que se va quemando los brazos y la boca mientras avanza; resopla como un animal herido, pero nadie puede verle la cara. Es Omulú quien repta, cubierto por la sábana-mortaja. Omulú, San Roque en Bahía, San Lázaro en Río de Janeiro, en el norte señor de las heridas, las llagas y las pestes, y aquí rey de las cuevas y los cementerios. Omulú no bebe ni fuma; la espuma de su boca huele a difunto, aunque nadie la ve. La cara es una calavera: quien la mira sella la propia sentencia de muerte.

Omulú dééé...

Senhor da terra

Atotó Abuluaité...

El ritmo de los tambores es cada vez más frenético. Pronto llegan los Exus, los diablos, y sus mujeres, las reinas del infierno, las Pomba-giras. Éste es el éxtasis más violento de todos: los brazos, tensos como maderos, se quiebran finalmente contra el pecho; las manos quedan crispadas como garras. Es la única divinidad que no «baja»: Exu llega desde la tierra, y entra por la planta del pie descalzo:

Pelo pé, pelo pé

Pelo pé, que ele veio.

Pelo pé, pelo pé,

pelo pé, que ele vai.

En las ceremonias del *candomblé* de Bahía, se expulsa a Exu o se le engaña con estratagemas para que se vaya y no moleste; en la umbanda, macumba relativamente institucionalizada por la clase media, el ritmo se organiza como una batalla contra Exu, el demonio, y todo suele tener el aspecto de una misa católica con epilepsias. En la quimbanda, en cambio, «línea negra» de la macumba, religión de los malditos, medio de autoafirmación y de venganza de los marginados que sobreviven en las favelas y en los suburbios, Exu es el invitado principal: las ceremonias se hacen en su homenaje, se clama por su presencia y sus favores. Culto del Diablo, sí. Pero curioso Diablo éste, que a la vez contiene al cielo y al

infierno, que es dueño del mal pero a menudo practica también el bien y que, bicéfalo, es simultáneamente Dios, a su manera:

Exu tiene dos cabezas

y mira su banda con fe:

una es de Satanás del infierno,

la otra de Jesús de Nazareth.

Odiado y temido por la *umbanda*, «línea de Dios», en los templos de piso de baldosa donde a veces se instalan palcos para turistas, Exu es, en cambio, venerado por la *quimbanda*, «línea del Diablo», en los terreiros abiertos en la intemperie de los morros o en miserables chozas de lata y madera adonde los turistas no llegan. Exu usa dos colores, el rojo y el negro (que por algo son los colores del cuadro de fútbol más popular de Río de Janeiro), y esos colores definen también a sus esposas, las Pomba-giras: el rojo, de la sangre de los chivos y los gallos que se sacrifican para dar vida y fortaleza a los enfermos y a los débiles; el negro, de las cuevas y los cementerios, que señala la capacidad de Exu para matar o para «amarrar» una existencia a la desdicha eterna.

Exu mora en las encrucijadas; la higuera, condenada por Cristo a no dar más frutos, es su árbol predilecto. Hay numerosos Exus, como hay muchas Pomba-giras: Exu Caveira, Exu Brasa, Exu das Sete Encruzilhadas, Exu da Praia, Exu Pimenta, Exu Veludo, Exu Sete Montanhas, Exu Tranca-Ruas:

Allá en la encrucijada tienen un Rey,

pero ese Rey es el señor Tranca-Caminos.

Allá en la higuera tienen otro Rey,

que es el señor Lucifer, y su Reina Pomba-gira.

Es común encontrar, en Río de Janeiro, en las esquinas de las calles, en los cruces de los senderos, en la playa, o al pie de ciertas higueras secas, los «despachos» a Exu. Por lo general, dentro de una vasija de barro donde se ha mezclado harina, aceite de dendé y sangre de gallo, se disponen velas rojas y negras, caña (*marafó*) que se derrama en cruz, cajas de fósforos con los charutos atravesados y la cabeza, las patas y las alas del gallo negro, con plumas rojas, cuya sangre se le ha ofrecido: todo se enciende para que él coma, beba y fume. Pero las ofrendas varían tanto como los motivos: por ejemplo, se usan cuadrados de paño negro y velas blancas para pedir a Exu que abra algún camino que ha cerrado; se enciende una vela quebrada en dos, apuntando hacia fuera de la encrucijada, para desviar los pensamientos enemigos. Los homenajes, votos, promesas y pedidos a Exu se realizan en las encrucijadas femeninas, con forma de +; las ofrendas a las reinas del infierno, en cambio, en los cruces masculinos, cerrados, con forma de T.

EL AULLIDO DE LAS VOCES PROHIBIDAS

Las apelaciones al infierno son cada vez más frecuentes en las populosas márgenes de Río de Janeiro. Oficialmente, casi todos los habitantes del Brasil son católicos, y católicos dicen ser, en efecto, sin el menor afán de simulación o mentira, hasta los más fervorosos devotos de Exu. El culto de la quimbanda, muy a menudo enmascarado tras la umbanda «legal», se extiende por todas partes y gana nuevos adeptos cada día. Hay una infinita cantidad de pequeños terreiros suburbanos donde se invoca al Diablo y se le ofrecen sacrificios, y donde el culto pagano de los dioses afrobrasileños rompe todas las costuras de las camisas de fuerza de la disciplina que el sistema quiso imponer para «domesticar» estas peligrosas fuerzas ciegas. No es casual que después de largos períodos de persecución policial la umbanda haya conquistado un *status* de cierta respetabilidad, que la quimbanda no obtendrá ni necesita. Algunos de los más

importantes templos de umbanda están regidos por generales jubilados y un vasto elenco de profesionales de clase media. En estos templos, los trances están regulados, no se bebe alcohol ni se escuchan tambores, y los generales pronuncian sermones contra los hechiceros, el pecado, la inmoralidad y el mundo contemporáneo: «En París», escuché decir, «ya las mujeres andan completamente desnudas, con sólo un cinturón. Un cinturón y el pelo, nada más. Este mundo perverso está condenado. Sólo 144 000 personas sobrevivirán, y los demás serán aniquilados dentro de un plazo de treinta y un años. Pero puede ser hoy, o puede ser mañana. Los pecadores serán licuados por el fuego; quedarán todos derretidos, como en Hiroshima. Hay un planeta que está corriendo hacia la Tierra. No hay escapatoria para los perversos que se llaman “avanzados”, como esos maridos de ahora que aceptan que la esposa no vuelva a casa porque algún otro pasó y se la llevó». Ésta es la versión textual de una parte del sermón del general retirado que está a la cabeza del templo umbanda de Meier, en Río.

Muy otras son las características de los terreiros más pobres. En éstos, pertenezcan a la «línea blanca» o a la «línea negra», practiquen el culto caboclo de las divinidades indígenas o el de los pretos velhos de los esclavos de Bahía, el terrorismo moral no existe, y la obra de las fuerzas de la naturaleza se celebra con alegría. Desde lo alto del cielo o desde el fondo del infierno, los dioses llegan a esta tierra para bailar, comer, beber, fumar, hacer el amor y ejecutar venganzas y milagros en favor de quienes los necesitan. La «línea blanca» y la «línea negra» de la macumba suelen practicarse simultáneamente sin mayores interferencias, y Dios y el Diablo se han hecho tan de esta tierra que han comprendido ya que son recíprocamente necesarios: «Quien manda en el mundo es Dios...», me dijo un sabio pai de santo, «pero quien manda en la tierra es Exu».

LAS HERMOSAS HOGUERAS DEL INFIERNO

La inmensa mayoría de los marginados es de piel negra. Es negra la voz de esta populosa subsociedad de malditos que clama en los terreiros:

Fuerza africana

fuerza bahiana,

fuerza divina,

ven acá.

Ven a ayudarnos.

Las raíces africanas florecen, a través de Bahía, en tierra brasileña. Los ritos y los dioses originales se transfiguran nacionalizándose: de la costa del oeste del África han brotado, sin duda, todas o casi todas estas divinidades del bien y del mal, pero han atravesado los siglos del Brasil y sus sucesivas realidades y se han transformado en los fantasmas vengadores de los esclavos desangrados, los indios exterminados, los campesinos perseguidos por la sequía y por el hambre, y toda la innumerable pobre gente humillada, despojada, olvidada:

... en la calle de la Amargura

que dio su luz a Cipriano

porque trabajaba todo el día,

trabajaba todo el día,

toda la noche,

todo el año.

Son misas salvajes, fiestas populares, actos de catarsis colectiva, exasperadas expresiones de libertad en las que ferozmente se goza la danza, el canto, la bebida:

Estoy vestido de plumas, mi compadre,

pero no soy pajarito.

Quien tuviera cachaga, por favor,

me da un poquito.

No sin autocompasión:

Oh, Martín Pescador,

¿qué vida es la suya?

O bebiendo cachaça

o cayendo por las calles.

Se habla con los dioses, la música los llama, los llaman las voces, y los dioses

invaden a las mujeres y a los hombres, danzan en ellos, son ellos, en una comunicación violenta que revuelca a los hijos de las divinidades por la tierra. Se apela a Jesucristo:

Ojalá, padre mío,

tenga pena de nosotros,

tenga dolor.

La vuelta del mundo es grande...

y también a las fuerzas prohibidas:

En la encrucijada hay siete espadas.

Una corta el viento en el aire,

otra corta las ondas del mar,

la otra es para quien tenga fe

y las otras cuatro del señor Lucifer.

Porque:

Ay, Dios es bueno

y el Diablo no es malo.

Salve, Dios.

Salve, Diablo.

Y salve a este negro desgraciado,

encima de esta tierra fría.

Exu es, en los ritos de los suburbios de Río, la síntesis de todas las invocaciones. Sólo Ogum, San Jorge, el santo guerrero, se considera con poderes para gobernar sus acciones, pero lo deja hacer y lo ayuda, hasta le envía mujeres:

La campana de la iglesita

hace delén-dén-dón.

Dio medianoche

y el gallo ya cantó.

El señor Siete Encrucijadas

es el dueño de la Pomba-gira,

segura Gira que Ogum le mandó.

Se produce una reinención de Dios, que es creado a imagen de una realidad maldita y de las innumerables maldiciones heredadas, por los condenados de esta tierra, de generación en generación. ¿Qué signos se leen en el cielo de las favelas? Estos signos son terrestres y por lo tanto pertenecen, frecuentemente, al infierno. El infierno como realidad y como destino que se asume:

Ay, qué hoguera tan linda,

la que clarea en el infierno...

Ay, mi señor de las armas.

Ay, dicen que Exu no vale nada

pero él es el rey.

el rey de las siete

encrucijadas,

mi señor.

El Dios de los parias no es el mismo Dios que el Dios del sistema que los hace parias; al menos, no es siempre el mismo. A menudo es un poco Diablo, y a veces es el Diablo a secas:

¡Yo soy Exu! ¡Yo soy Exu!

Conmigo nadie puede,

pero yo puedo con todos.

En mi encrucijada soy el rey.

Se recurre a las armas del infierno, cielo de los excluidos. Para las venganzas: el nombre del enemigo en la boca de un sapo, cosida con hilo rojo y negro. Para la protección y para la transmisión de las potencias de la vida: la sangre derramada de los animales que se sacrifican a Exu.

EL EXTRAÑO CULTO DE MARÍA PADILHA

Pomba-gira, paloma que gira, la reina de los infiernos, se manifiesta a través de diversas identidades. Una de ellas es María Padilha, nacida de los bajos fondos de Río. Su culto se extiende a tal punto que es ya común encontrar, en los barrios pobres del norte, maniqués de cera de tamaño natural, que representan a María Padilha: tacones altos, medias de seda, la falda corta abierta en un tajo que muestra el muslo, los pechos saltándose de la blusa, collares y pulseras, los ojos y la boca muy pintados, cabellos de muñeca grande, una sonrisa grotesca y un cigarrillo con filtro levantado entre dos dedos de uñas largas y rojas. Por supuesto, se trata de una divinización de la prostituta, elevada a la categoría más alta de la escala de los dioses malditos. Es significativo que sean habitualmente prostitutas, en la «vida real», las sacerdotisas poseídas por el espíritu de María Padilha en los terreiros. Sus carcajadas rajan la noche; no bien culmina el trance, la reina del infierno exige bebidas y cigarrillos finos. Como las demás divinidades, durante la ceremonia atiende consultas, da consejos, resuelve dificultades; utiliza, además, sus particulares encantos para interceder ante el Diablo en beneficio de quien lo necesite.

Curiosa venganza de los cuerpos en venta. La prostitución es, ya se sabe, un subproducto de la virtud; esta sociedad que todo lo compra y todo lo vende, hipócritamente condena los servicios de los que hace uso para mantener intactos sus tabúes y bien altos sus códigos de moral. Se fabrican prostitutas como se fabrica ropa: son bienes de consumo; la ropa usada se tira. Estas mujeres analfabetas, de vidas tan mordidas por la humillación y la miseria, ignoran la rebelión que las reivindicaría como seres humanos en una sociedad distinta, sin tarifas para el amor, pero en cambio se encarnan a sí mismas, en una especie de exorcismo al revés, y se proyectan hacia el plano religioso. Encarnan la misma imagen que el sistema forjó de ellas para usarlas y despreciarlas, pero, atención: este autorretrato se imprime en negativo; el objeto de desprecio pasar a ser objeto de adoración; la abominación abre paso a la devoción. La prostituta decide que es sagrada. ¿Creían que era una perra? Soy una diosa. Invulnerable:

La mujer del Diablo no murió.

¿Un extraño atajo hacia la revelación de la dignidad? Los papeles se invierten. Los últimos son los primeros, y ésta es su catarsis. Se alzan las voces, braman los tambores: «Quien estaba vivo murió, quien estaba muerto nació...».

EL DIABLO EN PERSONA

El enfermo golpea tres veces el suelo con el pie izquierdo:

Válgame, Vovô Catarino,

por el amor de Dios y del Diablo,

en estas horas,

en este día, desde las profundidades del infierno,

con sus siete soldados

del portón del cementerio.

Vovô Catarino está llegando. Quien lo recibe, pai de santo en un humilde terreiro en la ladera del Corcovado, viste harapos rojos y negros y tiene un tridente de hierro en la mano. Las convulsiones del cuerpo hacen temblar sus cuernos de trapo, que le caen sobre los ojos. Sólo las velas alumbran este cuarto de piso de tierra y paredes de lata; la luz enferma proyecta, gigantescas, las sombras de los santos, los talismanes y los fetiches de los dos altares: el del cielo, donde Jesucristo se alza rodeado por San Jorge, las divinidades indígenas y los «negros viejos», y el altar del infierno, en el que los Exus y las Pomba-giras levantan sus cuernos rojos y sus gafos de siete dientes. El terreiro se llama Nuestra Señora de la Concepción, pero esta herética Virgen María es, a la vez, la madre de Jesucristo y de Exu.

Hay un montículo de vidrios rotos de botella; una mano los riega con alcohol, se enciende el fuego. Vovô Catarino ya está en la tierra. Se sienta sobre los vidrios en llamas, brinca y ríe con gozo. Las sacerdotisas, vestidas de rojo, cantan:

El sol ya viene,

ya viene, bahiano.

Él sol ya va,

bahiano, ya va.

Las ondas del mar batían.

Allá viene él,

el señor Catarino,

hechicero de Bahía.

La ceremonia comienza:

¿De dónde es que Catarino viene?

¿Dónde es que Catarino vive?

Él vive en la orilla de la playa,

donde el gallo no canta,

el pollito no pía,

el niño no llora.

Cuando al amanecer Vovô Catarino abandone la tierra, las mismas voces cantarán:

Abran la puerta del infierno.

El señor Catarino quiere entrar.

Vovô Catarino pertenece a la línea de los pretos velhos, esclavos de Bahía, y es a través de él que el pai de santo de este terreiro recibe a Exu. Con su voz ronca, de garganta vencida, Vovô me cuenta que tiene seis siglos en este mundo, me convida para el cumpleaños: «Ya no me puedo parar. Por eso trabajo así, sentado, y me muevo con la ayuda de mi buen tridente. Llevo quinientos noventa y siete años trabajando en esta tierra, para cumplir las órdenes de la Nación de los Infiernos. No, de cuando era mozo no recuerdo nada. Porque ya entonces tenía muuuuuchos millones de años de edad». El lenguaje es intraducible: no sólo la voz parece arrastrarse desde el fondo de los tiempos, sino que además Vovô se divierte trabucando sílabas y deshaciendo palabras. «¿Santufricar? Yo presto caridad, pero

santufricar, no santufrico. Yo no soy maricón para andar santufricando. A mí me pueden llamar a cualquier lado, que yo me arrastro y voy, pero a la puerta de la iglesia, nunca. Eso nunca. ¿Para qué quiero la salvación?».

Se prepara la *obrigação* para arrancar la fiebre del cuerpo del enfermo: siete velas negras, siete velas rojas, siete frascos de aceite de dendé; el gallo de plumas negras y rojas, la harina amarilla (*fubá*) de grano fino. Vovô afila el cuchillo mientras conversa, ríe, lanza bromas crueles, pincha con su tridente a los distraídos, a lo largo de la ceremonia lentísima. Un sapo gigante vigila la buena marcha del sacrificio:

— Confirma meu serviço, meu sapo.

El gallo chilla, desesperado, como si supiera que le espera el sacrificio. El sapo se hincha como un globo: el servicio va bien.

— E você, minha filha?

— Sí, Vovô. Mejor, Vovô. Hoy hace una semana que mi marido no me pega.

EL DIABLO ES UN POBRE DIABLO

Repentinamente, el sapo salta de la caja y un hombre lo atrapa, pero el sapo es helado y escurridizo y se le escapa. Alguien pega un grito. Todos ríen. La ceremonia del Diablo es la fiesta del morro. Al fin y al cabo, en la favela la fraternidad no es un idea abstracta:

— ¿Él es tu hermano?

— No.

— Y ella, ¿es tu hermana?

— Tampoco.

— ¿Cómo se puede saber? Nadie puede —sentencia Vovô—. Pueden no ser hermanos de la misma madre. Pero del mismo padre...

Vovô Catarino restrega el gallo contra el cuerpo del enfermo, para arriba y

para abajo, por atrás y por delante. El enfermo tiene fiebre, tiembla:

—El pobre puede comerse con fiebre, igual. Cualquiera se lo come. Hay fiebre de rico, también. Pero al rico nadie se lo come.

Una vez desplumado el cuello del gallo, el cuchillo se alza para cortar:

—Salve la encrucijada.

—Salve.

—Salve mi higuera.

—Salve.

—Salve el cementerio.

—Salve.

Catarino chupa la sangre con deleite, largamente. El enfermo se concentra. Debe pensar en su enfermedad, en el hechizo de que ha sido víctima, en su salvación segura. Sólo su cuerpo ha recibido las salpicaduras de sangre.

Siete porteras, siete encrucijadas,

Catarino es de la banda pesada.

De la banda pesada,

de la banda pesada.

Siete porteras, siete encrucijadas.

Cada pequeño terreiro inventa la música y la letra de muchos de los pontos que se cantan durante la ceremonia. Y los pontos son innumerables, se suceden uno tras otro mientras tienen lugar los sacrificios, los comentarios, los ritos destinados a batir las puertas del amor o de la muerte, a ganar corazones, vengar ofensas, reconquistar la salud perdida o alcanzar la felicidad fugazmente adivinada por entre las desdichas de cada día.

Este hombre que de noche es el Diablo en persona, de día se gana la vida como limpiador en el aeropuerto. Con el tridente en la mano y su gorro de cuernos de trapo es la fuente de aliento y consuelo, el consejero sentimental, el confesor, el curandero que ocupa el lugar del médico inexistente, el profeta y el vengador de la favela. «¿Para qué quiero la salvación?», dice. «Yo no quiero la salvación. Yo quiero quedarme allá en mi infierno, que está gustoso, meu filho. El infierno es mi casa. Y allí, yo soy el patrón. Nadie me manda».

Vovô va dibujando, sobre el piso de tierra, un complicado diseño de tridentes entrecruzados, con tizas (pemba) negra y roja. Luego echa pólvora, cuidadosamente, sobre las líneas. Los fogonazos estallan; las Pomba-giras encarnan en las filhas do santo:

—Allá, en la umbanda de los ricos, las llaman medium. Están vestidas de blanco y el piso es de baldosa, no se puede escupir. ¡Ah, tristeza!

Entre largos tragos, continúa su trabajo. Me anuncia una gran matanza para el Viernes Santo. Varios chivos serán sacrificados, asados y comidos en el día del ayuno obligatorio. No por mero desafío, aunque Vovô asegura que la desgracia de un hombre comienza el día en que Dios se acuerda de que existe en este mundo creado por Él para que los hombres sufran. No, no sólo por eso. El Viernes Santo los chivos serán sacrificados, y los fieles beberán la sangre caliente del cuenco de la mano. Así, los chivos negros sufrirán el sufrimiento reservado a los hombres y los hombres, todos, serán aliviados.

Y así fue. El Viernes de Pasión tuvo lugar la gran matanza. La lluvia se abatió, durante toda la noche, sobre la *favela*.

(1969)

TODA BOLIVIA EN UN VAGÓN

Las vías están anegadas. Es época de lluvias y de las montañas se ha desprendido una mazamorra de barro y piedras que obstruye el paso durante varios kilómetros. Las vías están anegadas: no se sabe por cuánto tiempo nos quedaremos aquí, clavados en medio de la cordillera desierta. «¿Un día?». «Puede ser». «¿Quince días?». «Puede ser». No cabe una aguja en el vagón de segunda, repleto de contrabandistas y de contrabando, mujeres indígenas de rostros minerales con sus niños a la espalda, niños de todos los tamaños, gallinas, ovejas a medio desollar, bultos de mercaderías que forman sólidas fortalezas inexpugnables todo a lo largo del pasillo. Se sale y se entra por las ventanillas; a las puertas nadie puede llegar. Los vapores del encierro y los pesados olores de adentro ya se han hecho insoportables, después de tanto tiempo de viaje, de modo que yo también prefiero tiritar y me deslizo hacia afuera, como una víbora, por el pequeño agujero. Camino para pelear contra el frío, junto con dos bolivianos y un peruano. El tren no ha llegado aún a la desolación brutal del altiplano de Oruro; el paisaje es árido pero todavía hermoso. Las montañas aparecen divididas en franjas ondulantes, perfectamente dibujadas, y en las estrías rosadas, ocres, verduscas y violetas puede uno descubrir las distintas edades geológicas de la roca viva. Una cadena montañosa de granito azul se alza, más allá, contra el horizonte. El viento frío me golpea la cara y pienso que este país podría ser la Canaán de América: este país que tiene hierro y manganeso, estaño y antimonio, cobre y cinc y minerales radiactivos, gas y petróleo; este país que todavía tiene plata, aunque los españoles no dejaron ni una hebra en Potosí, y que todavía tiene oro. «Ninguno con más derecho a las chimeneas», me dirá Adolfo Perelman, unos días después, en La Paz. Pero no hay fábricas en Bolivia. Bolivia es uno de los dos países más pobres de la pobre América Latina.

«ME DEJAS EN LA CALLE...»

Una quinta parte de la población activa de Bolivia carece de empleo. Pero ¿cómo medir el subempleo y todas las formas disfrazadas de la desocupación? Cada año, cuarenta mil jóvenes se asoman a la edad activa: el país les niega trabajo estable. Hay por lo menos un cuarto de millón de bolivianos en el norte de la Argentina; de una promoción reciente de treinta médicos egresados de la

Universidad de San Simón, veintiséis ejercen la profesión en los Estados Unidos. Los vendedores ambulantes, los changadores y lustrabotas, los «comerciantes» de tres manzanas o un par de zanahorias o cigarrillos sueltos abundan por todas partes; también la frondosa burocracia enmascara, torpe y pobremente, la desocupación real. El contrabando es una costumbre nacional. Un número infinito de bolivianos vive de la introducción de mercaderías extranjeras al país, por debajo y por encima de las barreras de la aduana. Ésta es otra forma de la desocupación que no dice su nombre, y en la misma situación están, al fin y al cabo, las decenas de guardias aduaneros que subieron al vagón donde yo viajaba poco menos que con latas de aceite colgándome de las orejas, y libraron con los contrabandistas una larga guerra de gritos, lágrimas y ofertas de sobornos. Bolivia cuenta con sucesivas aduanas interiores, como en la época de la Colonia, de modo que los guardias se multiplicaban sin cesar, estación tras estación. Con la misma frecuencia irrumpían, como salidos de las dunas, de las rocas o los montículos de pajabrava, los inspectores del ferrocarril. Una cantidad enorme de alpinistas de uniforme azul trepaba por las torres de Babel de los paquetes y las bolsas y las latas y las botellas y los seres humanos para perforar sin piedad, con mil agujeritos, los *tickets* del pasaje. El pobre cartoncito quedaba calado por estrellas, lunas, triángulos, puntos y toda clase de fantasías de control.

La revisión brava del contrabando ocurrió poco antes de llegar a Oruro. Era la tercera, desde la frontera argentina. Cundió el pánico. Alguien avisó que los de la aduana estaban como hormigas, esperando en la estación próxima. Los resplandores rojizos del poniente relumbraban sobre la vasta estepa helada, gris-verdosa, sin límites, y le arrancaban destellos que rompían la terrible monotonía de la puna. Era el reino de los angustiosos espacios vacíos, pero dentro del vagón ya no había dónde esconder nada. Alguien me puso un inmenso paquete sobre las rodillas y me dijo: «No se haga problema, pues puesito. No es nada, no es nada». Una señora maestra que viajaba en la otra punta sufrió un ataque de histeria: «Con permisito, señora» le habían dicho, y la habían sepultado bajo un cargamento de licores de Buenos Aires. Ella gritaba y los contrabandistas explicaban: «Estamos protegiendo su comodidad, señora». La arena movediza del gentío y las mercaderías devoraba las piernas, luego la cara y después los brazos y las manos a quien se atreviera a entrar para disolverse en ella. Pero los guardias aduaneros trepaban y pasaban. «Estito nomás me estoy llevando. Yo lo único que tengo es este dulcecito que llevar, nada más». Los guardias eran implacables: las mujeres lloraban, los niños aullaban, los hombres suplicaban, los guardias mascullaban: «No se nos paga lo que se debe, no». A una pobre vieja que llevaba leche en polvo le sacaron los paquetes. El aire espeso olía a comida frita y a meada de niños. «Si yo ya pagué lo mío». «Tú siempre quieres pasar sin pagar nada». «Pero si ya he

pagado, no te digo que ya he pagado...». Al otro lado de la ventanilla, los restos de las abandonadas poblaciones mineras parecían ruinas prehistóricas; sólo las llamas, rumiando a lo lejos, estaban vivas. Los inspectores aduaneros se peleaban entre ellos; unos querían aceptar los doscientos pesos bolivianos de soborno, pero había uno duro, intransigente, que usaba boina de guerra contra guerrillas y se cotizaba mucho más alto: «Ya basta, quítate, las órdenes son estrictas». Por encima de mí pasó una india volando con una inmensa canasta de maní bajo el brazo; después supe que bajo el maní llevaba contrabando de los vagones no revisados a los revisados. «Es un ambicioso», lloraba una mujer agarrándose la cabeza, «un tarateño sin alma, el Gómez». Otra gritaba que no sean tan malos, si es una miseria, sólo para el pan de cada día. Un hombre se prendió de la camisa del inspector de la boina verde, interponiéndose entre él y una gran caja de madera: «Ésta no, ésta no, hermanito, por Dios», y el inspector le pegaba en el pecho, y él repetía: «Ésta no, que me dejas en la calle, en la calle me dejas...».

EL RICO PAÍS EN HARAJOS

A partir de las jornadas heroicas de abril de 1952, Bolivia vivió, como se sabe, un ciclo de transformaciones revolucionarias. Ésta fue una etapa muy importante en la historia nacional. Pero muchas de las tareas han quedado inconclusas, y otras, no menos importantes, han sido traicionadas en el proceso de descomposición de la revolución misma. De cada diez bolivianos, seis no saben, todavía, leer; la mitad de los niños no concurren a la escuela. No hay duda de que el Movimiento Nacionalista Revolucionario devolvió a los indígenas el roto sentido de la dignidad; del lado boliviano del Titicaca ya ningún indio hinca la rodilla para dirigirse a un blanco, ni se regalan, alquilan o venden los siervos, con sus familias enteras, de por vida. Pero he visto changadores aimaraes, por todo el altiplano, cargando fardos hasta con los dientes a cambio de un pan duro, y mendigos quechuas disputando con los perros las sobras de comida de los basurales. Gracias a la reforma agraria ha mejorado visiblemente la alimentación en vastas zonas rurales, tanto que hasta se han comprobado cambios de estatura en los campesinos; sin embargo, el conjunto de la población boliviana consume sólo un 60 por ciento de las proteínas y una quinta parte del calcio necesarios en la dieta mínima, y en las áreas rurales el déficit es mucho más agudo que estos promedios. No puede decirse en modo alguno que la reforma agraria haya fracasado, aunque todavía la quinta parte de las divisas de Bolivia se gastan en importar alimentos del extranjero. La revolución del 52 nacionalizó las minas de estaño, arrebatándolas de manos de la «rosca» de la gran oligarquía minera. Pero Patiño no sólo cobró una

indemnización considerable por las minas ya casi exhaustas que su padre había exprimido, sino que mantuvo, desde Liverpool, el control del estaño expropiado: con la refinería Williams Harvey en su poder, continuó decidiendo el precio y el destino del mineral boliviano. Sólo a mediados de 1970, Bolivia ha de tener en funcionamiento su propia fundición nacional de estaño; este país que no ha podido, hasta ahora, producir sus lingotes, se da el lujo, en cambio, de contar con ocho distintas facultades de Derecho que fabrican vampiros de indios en cantidades industriales. En lugar de la «rosca» tradicional, la revolución engendró una nueva «rosca» de tecnócratas y burócratas que ganan sueldos secretos y en dólares y sabotean el país con los auspicios del BID y de la AID; cobran sueldos hasta cien veces más altos que los de los obreros mineros. Los obreros no alcanzan a vivir treinta y cinco años, aniquilados por la silicosis y la desnutrición. De cada dos niños que nacen en las minas, uno muere antes de aprender a caminar. Según el ministerio de Salud hay 120 000 tuberculosos en Bolivia, de los que menos de mil reciben atención médica, y 400 000 enfermos del mal de Chagas. Sólo se dispone de un médico por cada 4600 habitantes, aunque de los 720 médicos graduados en la Facultad de Medicina de Cochabamba, 600 están trabajando en el extranjero.

Bolivia ha producido desde siempre minerales en bruto y discursos refinados. Abundan la retórica y la miseria; desde siempre, los doctores de levita y los escritores cursis se han dedicado a absolver de toda culpa a los culpables. Pero una inmensa muchedumbre de marginados acusa, desde su naufragio, al sistema entero. Bolivia es el resultado de su propia inserción en el sistema capitalista mundial. Es pobre porque su pobreza ha alimentado, desde siempre, la riqueza de otros. La plata del Cerro Rico de Potosí nutrió los pujantes albores del capitalismo europeo, y en Potosí sólo quedaron agujeros y fantasmas; cuatro siglos después, durante la Segunda Guerra Mundial, los «precios democráticos» del estaño, el volframio y la goma dejaron a Bolivia la miseria y la honra del deber cumplido, y dejaron a la U.S. Steel, la U.S. Rubber y la General Motors utilidades fabulosas. En su corto ciclo de vida, la revolución del MNR intentó crear un capitalismo nacional: en vez de una burguesía creadora, le nació una cáfila de mercaderes y traficantes de divisas. La libre empresa no ha significado otra cosa que la libre entrega, para los bolivianos.

El régimen de Barrientos, surgido del golpe de 1964, rompió, en esta dirección, la barrera del sonido. Sergio Almaraz Paz ha contado, en uno de sus libros, la historia de la concesión de los desmontes de estaño a la International Mining Processing Co. Con un capital declarado de 5000 dólares, la empresa de tan pomposo nombre obtuvo un contrato que le permitirá ganar más de novecientos millones.

¡ACLARE LA PIEL!

«Vamos a guardar un poco. Ha de ser dura la noche, compañero», había dicho uno. Pero las botellas de singani alcanzaron para todos y ya nos vamos acercando al alto de La Paz con las primeras luces en el cielo y suficiente calor en el cuerpo. La Divina Providencia me alcanza un diario. Es el primero que leo en siete días. Es un diario de derecha, de fecha atrasada. Leo un violento editorial contra el gobierno de Ovando: «Petróleo boliviano para las lámparas de Cuba». Pienso que es una buena anticipación de lo que me espera en la capital. Paso las páginas, revisando cuidadosamente, de puro aburrido, hasta los avisos. Me llama la atención un rostro de mujer; es un aviso bastante grande: «¡Aclare la piel! En cuatro escasas semanas, con crema Bella Aurora. ¿Por qué dejar que su cutis oscuro sea barrera en su romance y le impida disfrutar de felicidad? Aplíquese todas las noches la crema Bella Aurora. Se asombrará del cambio glorioso...». Alzo la vista, confirmo: yo soy el único blanco de todo el vagón. Reconozco, uno por uno, los rostros con los que he compartido, durante el largo viaje, la comida y el trago, las palabras escasas pero suficientes, las horas de naipes y de cuentos, las frazadas viejas. Desgarro el diario, le prendo fuego. Y con la pequeña antorcha de papel enciendo un cigarrillo.

(1970)

LA CIVILIZACIÓN DEL ORO NEGRO

Éste es uno de los países más ricos del planeta y, también, uno de los más pobres y de los más violentos. Conozco un empresario que usa doce automóviles, entre ellos un Chrysler Imperial para que las sirvientas vayan a comprar la verdura al mercado. Hay trescientos mil automóviles circulando por Caracas, una de las capitales más deslumbrantes del mundo, a lo largo de las autopistas que se entrecruzan y se superponen por entre los rascacielos y los puentes y los túneles. Conozco cocinas que parecen despachos de ministros.

EL REINO DEL DESPILFARRO

Los balancines cabecean sin cesar, desde hace medio siglo, y con sus picos de pájaros de presa han extraído una renta petrolera tan fabulosa que duplica los recursos del Plan Marshall para la reconstrucción de Europa. Desde que el primer pozo reventó a torrentes, el presupuesto nacional se ha multiplicado por cien, pero la mayoría de la población continúa tan pobre como en la época en que el país dependía del cacao y del café. Contradicciones sociales, contradicciones regionales: la minoría privilegiada vive en Caracas, que bien podría ser la capital de Texas; las poblaciones petroleras del lago de Maracaibo, en cambio, que generan toda la opulencia del país, generan al mismo tiempo su propia miseria.

¿Existe otra ciudad en el mundo con tanta capacidad de despilfarro? En Caracas abundan las máquinas enormes y carísimas para producir placer o velocidad o sonidos o luces: uno, pobre hormiga, se detiene espantado ante las máquinas y piensa: «Carajo, cada aparato de éstos vale mucho más que yo». Por dentro, las casas de la clase media y de la clase alta son vidrieras de mueblerías, lugares no tocados por la mano humana, escenarios ostentosos del plástico y la estereofonía. Caracas mastica chicle y prefiere los productos sintéticos y los alimentos enlatados; le cuesta dormir, porque no puede apagar la ansiedad de comprar, consumir, obtener, gastar, apoderarse de todo. En Caracas hay sortijas hindúes de Carnaby Street y salmones frescos del Báltico, paté de Estrasburgo, mermeladas irlandesas, dátiles de California y castañas y caracoles de Francia, quesos de Holanda, arenques escoceses, aceite de Portugal, mantequilla de Australia, perfumes Chanel. Los pañuelos se llaman foulards y son de Pierre

Cardin, Dior, Givenchy o Yves Saint-Laurent; si una *boutique* no los tiene todos, se arruina. El ron nacional es estupendo, pero no da *status*: se bebe *whisky* de Escocia, con agua de Escocia que Venezuela trae, créase o no, en bolsitas de plástico a través del océano. En las vastas tierras vírgenes de este país deshabitado podría haber, entera, la población de Alemania o Inglaterra; sin embargo, Venezuela, importa lechuga y maíz de los Estados Unidos y compra los frijoles a México. Los agricultores venezolanos amenazan con invadir la capital con sus tractores: desde hace diez años no consiguen aumentar los precios de la mayoría de sus productos, pero en cambio deben pagar cinco veces más por los fertilizantes y las máquinas.

Los campesinos emigran, éxodo en masa, hacia Caracas. Los extranjeros también han afluído, desde los cuatro puntos cardinales del globo, para hacerse la América: usan la ciudad, pero no la aman. En tres décadas, la población de Caracas se ha multiplicado por siete. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, la capital de Venezuela llegaba nada más que hasta la quebrada Anauco, a un paso del centro viejo, y todo lo demás eran plantaciones de caña de azúcar y cafetales extendidos por el valle. Sobre el suelo de las haciendas brotaron, en una noche y un día, los rascacielos. Del sombrero de copa del petróleo, el dictador Pérez Jiménez extrajo la mayor red de autopistas de América Latina. La ciudad extiende sus enormes tentáculos de asfalto, que van dejando en ridículo a los pueblitos incorporados por la fuerza al vértigo de la ciudad en ascenso. Hasta hace poco, en algunas zonas de Caracas todavía los hombres andaban al tranco lento y ataban sus burritos a los palenques. Caracas crece como por arte de magia, con sus avenidas colgantes y sus cementerios de automóviles, y en la ciudad mandan los Mercedes y los Mustang. La economía del derroche: los gastos de los automóviles devoran la décima parte del ingreso nacional de Venezuela. El poeta Aquiles Nazoa protesta, angustiado: «Éste es un vasto garaje rodeado de horror y desesperanza por todas partes». La canción de moda, que todos los caraqueños tararean todo el tiempo, clama al Señor. «Jesucristo, Jesucristo», ruega: «Jesucristo, yo estoy aquí». Los muchachos rebeldes del Poder Joven escriben una carta abierta al Libertador: «¡Bolívar, estamos jodidos!».

OLVIDADOS Y VIOLENTOS

En la civilización del consumo no todos consumen todo. Relampaguean los últimos modelos por las avenidas doradas de Caracas y, mientras tanto, más de medio millón de olvidados, que duermen en chozas armadas de basura, contemplan el derroche ajeno. Los ranchos se extienden por las estribaciones de los cerros, en las quebradas, bajo los puentes y en los extremos del valle donde la ciudad se asienta. Se anuncia que el gobierno tumbará el rancharío de La Charneca para que no se vea desde las ventanas del hotel de cuatro estrellas Caracas Hilton.

A las vastas zonas pobres de Caracas se las llama barrios; a las zonas ricas, urbanizaciones. Las alturas de los pobres son cerros; las de los ricos, colinas. Los barrios tienen nombres feos: se llaman La Charneca, Último Tiro, El Guarataro, Caño Amarillo, Monte Piedad, Gato Negro, Barrio Ajuro. Las urbanizaciones, en cambio, han sido bautizadas con delicadeza: Bello Monte, Las Delicias, Campo Claro, Country Club, El Marqués, Prados del Este, Bello Campo. Los ricos se van corriendo hacia el este de la ciudad, a medida que la chusma invade las calles antes clausuradas de las urbanizaciones. Los marginados son cada vez más; los integrados, cada vez menos. Esta es una invasión: el pobrerío avanza en alud. De los 135 000 jóvenes que cada año asoman al mercado de trabajo en Venezuela, apenas 50 000 consiguen empleo. A fines de siglo, estiman los técnicos, las tres cuartas de Caracas estarán ocupadas por los ranchos.

Los muchachos constituyen la mayoría nacional. La mitad de los venezolanos tienen menos de dieciocho años de edad. Y más de la mitad de los niños y los adolescentes no reciben ningún tipo de educación. En los ranchos, prolíficos lechos de los pobres, la proporción de los jóvenes sobre la población total es aún más alta. Al atardecer de cada domingo los barrios pobres contienen la respiración: vuelan las patas de los caballos en el hipódromo de La Rinconada y la televisión y las radios transmiten las carreras. El «cinco y seis» es un sistema de apuestas que constituye un rito nacional. Se apuesta desesperadamente, para «salir de abajo». Todos apuestan, pero los que salen de abajo se cuentan con los dedos de una mano. Los ranchos son violentos. ¿Qué queda, salvo la rabia?

Caracas, toda, es una ciudad violenta. La ciudad se convierte en una estructura de la represión: hay que poner a salvo la minoría integrada, frente a una mayoría creciente de excluidos con ganas ciegas de lanzarse al asalto. El Código Penal prohíbe la portación de armas, pero se estima que hay unas trescientas mil

personas que tienen revólveres o pistolas. Ya las querellas personales no se dirimen a golpes de puño.

Los ranchos se habían alzado contra la dictadura de Pérez Jiménez. Continuaron, después, en la insurrección abierta. Cada barrio pobre era una casbah en armas: en los tiempos de Rómulo Betancourt, la policía no podía atravesar la cotidiana lluvia de piedras y de balas. En los muros de El Guarataro o del barrio 23 de Enero pueden verse todavía las mordeduras de la metralla de los agentes del orden. Se peleaba día y noche, todo el tiempo: 1961, 1962, 1963. Hoy, el fracaso de la izquierda también puede medirse en el silencio rencoroso de las barriadas. La violencia se ha hecho individual, la furia ya no se desata colectivamente sino que estalla en los conflictos privados. Los vecinos se matan entre sí; los rebeldes se transforman en delincuentes comunes. Los barrios voltearon a Pérez Jiménez hace más de doce años; hoy lo adoran. La gente ya no cree en los políticos, ni en la política. A falta de alternativas de futuro, para negar el presente, los pobres de Caracas se refugian en el pasado.

Curiosa mezcla de la cultura del petróleo y de la cultura de la pobreza. Los jóvenes marginados de los barrios de Caracas bailan música pop y usan camisetas psicodélicas, y en los ranchos más pobres hay antenas de televisión. El bombardeo de la publicidad se descarga desde las pantallas de veintiuna pulgadas; las caras sonrientes venden el amor a la mamá y el amor a las salchichas Mayer: «Felicidad es darle una flor a mi mamá. Felicidad es tener un millón de salchichas, comerme veinte y vender las demás». La Celanese Corporation fabrica pantalones de petróleo, *blue jeans* de fibras sintéticas, y estimula en sus avisos la furia de los muchachos, incluyendo a los millares y millares de muchachos pobres a los que la sociedad condena a la desocupación y a la delincuencia: «Rebélate», les aconseja por televisión. «Compra tu rebeldía comprando pantalones Lois». Una mano cae como un hacha y parte la nuca del enemigo; la cámara enfoca la muñeca del matador: «Los hombres de verdad usan relojes Tissot».

QUIMERA V REALIDAD DEL PETRÓLEO

El lago de Maracaibo es un bosque de torres. Los balancines, negros pájaros de presa, hunden sus picos hasta lo hondo de los pozos. No sólo hay balancines dentro de las armazones de hierros cruzados que pueblan el lago. Se encuentran balancines hasta en los fondos de las casas y en las esquinas de las calles de las ciudades que brotaron a chorros, como el petróleo, en torno al lago y sus riquezas

de fábula. Desde hace medio siglo nacen y mueren en las orillas las poblaciones petroleras, al servicio de las necesidades de mano de obra de la Shell o de la Standard Oil y al vaivén de los planes de producción de las empresas. Los obreros petroleros andan en Mustang resplandecientes, pero cada vez son menos. En poco más de diez años el número de obreros y empleados ocupados por las empresas se redujo a la mitad: de cuarenta mil a veinte mil en toda Venezuela. Apenas veinte mil personas bastan para poner en funcionamiento las fuentes de la mayor prosperidad de América Latina.

La dependencia semicolonial no sólo arde en contradicciones sociales y no sólo somete la suerte de un país a la voluntad de otro. Dentro del país sometido se reproduce la estructura internacional del despojo. Las empresas petroleras se han llevado de Venezuela diez mil millones de dólares libres de polvo y paja en ganancias netas confesadas en sus balances. Y otra fortuna, secreta, bajo cuerda. Pero a su vez Caracas explota a toda Venezuela y sobre todo al lago de Maracaibo. De allí proviene el lujo de nuevo rico de la capital: la ostentación nace, como siempre, de la pobreza.

En Venezuela ninguna ciudad ha engendrado tanta riqueza como Cabimas. Pero Cabimas ni siquiera tiene cloacas. Cuenta apenas con un par de avenidas asfaltadas. Cabimas es un vasto pantano, lleno de chicos panzones y descalzos. Después de exprimir a Cabimas durante medio siglo, Rockefeller la abandonó y hasta hizo demoler las casas de la empresa. Dejó nada más que los esqueletos de hierro y cemento armado junto a los pozos muertos. La historia de Cabimas es también la historia de muchas otras poblaciones petroleras, y presiente la historia de todas las demás, miserables, oscuras, brillosas de petróleo, nacidas para morir. La renta multimillonaria que generan se evade lejos, en gran parte, y en gran parte va a parar a las mandíbulas siempre abiertas de Caracas.

El gobierno nacional, que reside en Caracas, prohibió las canciones que brotaron con rabia durante las celebraciones de fin de año en Maracaibo. Las voces pedían a la Virgen del pueblo, a *La Chinita*:

Y por eso el soberano,

cantándote noche y día,

va implorando, Madre mía,

que por Dios metáis tu mano.

Ven a salvar tu pueblo zuliano

de centralismo y burguesía.

(1971)

CRÓNICA DE LA FIEBRE DE LOS DIAMANTES

Vienen de todas partes. Los mineros se abren paso selva adentro, a golpes de machete, cada cual cargando a la espalda una pala, una suruca, una barra y un balde. Vienen de la Gran Sabana, del Caroní, de Río Claro, de Playa Blanca. Súbitamente, la selva del Guaniamo se ha convertido en la principal fuente de diamantes de toda Venezuela. Pero no sólo vienen los venezolanos. También los colombianos, los brasileños, los trinitarios: hombres de rostros duros, sin documentos ni apellidos ni ganas de hablar del pasado.

Brotan los campamentos en un golpe de dados. Aquí se mezclan el primer día de la Creación y el último día de la Civilización: las culebras duermen bajo las hamacas, y en las hamacas los mineros fuman cigarrillos Lucky Strike. Éste es un escenario del descubrimiento y la conquista de América, con Diego de Ordaz resurrecto, con espada y coraza, pero está iluminado por las luces chillonas del neón y el estrépito de la música de moda aturde los oídos desde las máquinas pasadiscos *Wurlitzer*.

Los pueblos nacen y mueren sin que les quede tiempo para figurar en los mapas. Saltan de un punto al otro de la selva, al ritmo que les marcan las sucesivas «bombas» del diamante. «Revienta otra bulla y no nos ponemos a pensar si estamos instalados, con casa y eso. Agarramos lo más propenso y nos largamos. Nunca pensamos en el fracaso». Malavé es minero viejo. Lleva muchos años recorriendo el estado Bolívar, a la búsqueda de las duras piedras resplandecientes. Malavé respeta a los diamantes. Cree que tienen misterio y que son muy poderosos. Para la persecución de los diamantes, los mineros se dejan guiar por el canto de ciertos pájaros y por algunos signos favorables en las arenas de los ríos o en el fondo de la tierra. También se dejan guiar, a veces, por los sonidos o las imágenes de los sueños. Los diamantes se muestran, huyen, reaparecen; hay mineros que dicen, como Malavé, que los diamantes brotan igual que las plantas.

Un ejército de putas, tahúres y mercaderes acompaña la peregrinación de los mineros. La «zona roja» se organiza al mismo tiempo que se alzan las primeras casuchas de madera y lata y techo de palma y mientras se abre un claro en la maleza para que desciendan los helicópteros. Los pueblos del diamante no tienen cementerio, ni farmacia, ni iglesia, ni hospital, ni escuela. Se llaman, por ejemplo, Sabañón o Tiro Loco, Resbalón del Diablo, Los Bigotes del Gobernador. Uno de los campamentos fue bautizado El Veinticuatro, en homenaje a una hormiga gigante

que lo deja a uno loco por veinticuatro horas. Otro se llama Pelapatrás, porque hasta allí llegaron muchos mineros que luego se volvieron, robando burros o caballos, sin aguantar más allá la marcha a pie por las serranías hostiles. El Caracol nació en julio de 1970 y duró hasta abril de 1971. Llegó a tener cinco mil habitantes a la hora de la euforia. Ahora está abandonado. La Salvación brotó en octubre del año pasado. En este momento es la mina de diamantes más importante de Venezuela. Es, también, el principal foco de paludismo de todo el país. Un minero la bautizó La Salvación, porque ya en las demás minas las cosas andaban mal cuando se descubrieron los diamantes en estas quebradas y estos cauces. Ya los mineros no sacaban ni para la comida cuando La Salvación apareció.

EL DELIRIO DE LOS PRECIOS

Hay diamantes, dicen, hasta en la grava con que están cubriendo la pista de aterrizaje. El minúsculo aeropuerto de La Salvación también sirve de cementerio a las avionetas que despegan o aterrizan mal. En Semana Santa se cayó una porque, según dicen, el piloto se olvidó de ponerle gasolina: quedó clavada de pico entre los árboles. El viento hace lo que quiere con estos Cessnas de juguete, pero las empresas cobran los pasajes a precio de oro y, al fin y al cabo, no hay otra manera de entrar o salir. Gracias a las avionetas, por lo demás, han bajado los precios en La Salvación. Antes, cuando había que traer los alimentos y las bebidas cargándolos a la espalda a través de las sierras, una aspirina costaba medio dólar. Cuando por primera vez bajó un helicóptero a la mina de El Candado, los mineros lo asaltaron como buitres: traía dos reses. En menos de cien días un comerciante ganó el equivalente de 150 000 dólares. Ahora los precios están bajos en La Salvación, y aquí eso significa que un diario de la semana pasada o una lata de cerveza cuestan cuatro veces más que en Caracas, que la leche es seis veces más cara y el arroz o el café valen diez veces más. El precio del ron es doce veces más alto que en la capital, y el de la gasolina, cuarenta veces. Lo único gratuito son las enfermedades, que abundan; basta con probar el agua del río para infectarse el intestino, y la picadura de cierto zancudo basta para que lo asalte a uno la malaria, la fiebre hirviente y helada que los mineros aceptan como si fuera la voluntad de Dios. Hay un solo médico en La Salvación. Parece un evadido de Sing Sing y muchos dudan de su título. No se sabe cómo vino, ni por qué. Pero cobra cuarenta dólares por poner una inyección de estreptomina. No le falta clientela. La basura y las moscas colaboran. Los mineros se quejan de los comerciantes y los comerciantes se quejan de los guardias. No se otorgan permisos legales para vender bebidas, pero en La Salvación hay un bar al lado del otro. Los guardias cobran, por su propia cuenta,

un impuesto que ellos mismos fijan y que no sale de sus bolsillos. Los mineros beben ríos de cerveza o ron; también *brandy* y *whisky* escocés, a precios de fábula. Los bares consisten nada más que en un mostrador de lata o madera. No tienen paredes, porque en la mina no existen las paredes. Una cortina de nylon protege la intimidad de los locales donde se hace el amor. Cuando las damas se pelean, se tumban las paredes a navajazos. Los mineros son hombres sin mujeres, y también el amor les sale carísimo. Por unos minutos, las profesionales especializadas cobran el equivalente de cuarenta dólares.

SER ROCKEFELLER POR UNA NOCHE

El negro Barrabás abrió, hace treinta años, la época del diamante en Venezuela. Encontró un diamante, puro, del tamaño de un huevo de paloma. Hay versiones que aseguran que el diamante de Barrabás se vendió en medio millón de dólares en los Estados Unidos. A él le pagaron mucho menos. La mañana que encontró el diamante, Barrabás no había podido desayunar: no había encontrado quién le fiara. Después, Barrabás se convirtió en materia de leyenda. No sólo en la mina El Polaco: en toda Venezuela. En Caracas, allá por la época del general Medina, Barrabás fue todo un personaje de gloria efímera. El dinero le huyó de las manos. Ahora está en Icabarú, una mina perdida en la frontera, muy pobre y muy viejo.

Es lo habitual. Para el minero, la fortuna tiene alas. En la mina Abequí, de la Gran Sabana, el minero Pariaguán salió de la oficina del comprador de diamantes con un sombrero cargado con 106 000 bolívares (unos 24 000 dólares). Se metió en el bar Tibiritábara, de Ciudad Bolívar, y emergió de allí veintiocho días después con los bolsillos vacíos. En la mina Agua Negra, el minero Paleta obtuvo 160 000 bolívares a cambio de un frasco de sal de frutas lleno hasta el tope de diamantes puros. A los noventa días tuvo que pedir para el pasaje. Más recientemente, aquí, en la zona del Guaniamo, un minero recibió 200 000 bolívares por un conjunto de buenos diamantes recogidos en El Caracol. No le quedó dinero ni para comprar una cuerda y ahorcarse.

Del que tiene un buen hatillo de diamantes en las manos se dice que está «embobado». Es el que paga todo, a todos, y no se arrepiente. «La vida del minero es una vida perra», me explica uno que anduvo de buzo, explorando el río Caroní durante dieciocho años. «Pero en la vida del minero hay un compañerismo muy grande. Si yo encuentro un diamante que vale dos o trescientos mil bolívares y

totitos los que estamos aquí estamos jodidos, pues hay que darles a totitos para la fiesta. Y a la mañana siguiente amanecemos limpios. Pero bueno, hemos gozado un rato. Así es la vida del minero. Es el comprador quien gana. Esos toman también, pero cuando ellos se beben mil bolívares, los compradores, es porque le han robado a uno dos mil». Este hombre ya no es minero de agua. Dice que está muy viejo: «El cuerpo ya no me da». Nació hace treinta y tres años.

Junto a la «zona roja» operan los compradores de diamantes. Llevan un 38 al cinto y andan con el ceño siempre fruncido, pegado el ojo a la lupa poderosa que delata los puntos negros de grafito del diamante imperfecto. Usan unas balancitas que parecen de juguete, y en sus pequeños mostradores, armados uno al lado del otro, triunfa o se deshace la esperanza de los mineros. Los descubridores de las minas del Guaniamo no sabían nada del oficio. Nunca habían visto una suruca, el cernidor de tres filtros donde se lava el material para que los diamantes queden separados por su propio peso y visibles en el centro de la trama. Eran campesinos, peones que llevaban una vida de esclavos recogiendo los frutos de las sarrapias, durante tres meses, en las montañas, y que pasaban el resto del año trabajando en las haciendas sin saldar jamás la deuda de la comida. Ellos consiguieron muchísimos diamantes —por casualidad, al principio luego buscándolos encarnizadamente—, y los compradores se los pagaban en billetes chicos, de a cinco y de a diez bolívares, para impresionarlos con el montón.

EL INFIERNO Y LA GLORIA

La gallera es un círculo de palos. En el centro, el reñidero. Un gallo zambo pelea contra un gallo pinto: se arrancan los ojos a picotazos, se deshacen a golpes de espuela. Los mineros arrojan billetes a la arena mientras los gallitos saltan, aletean, se acorralan el uno al otro, caen y se levantan y vuelven a caer y a levantarse. «¡Veinte a diez al zambo!». «¡Voy al pinto, voy al pinto!». Aumenta el griterío y aumentan las apuestas. También el juez de la contienda apuesta fuerte. Y el guardia, que grita con el puño cerrado. Los mineros son fanáticos de los gallos. Por supuesto, la riña de gallos desemboca siempre en riña de hombres y muchas veces la fiesta termina mal. Me ha tocado sentarme al lado de La Nena, que tiene diecinueve años y es lindísima. Ha venido desde La Guayra, hace algunos meses, y ya dispone de una nutrida cuenta bancaria en Caracas. Mientras el gallito pinto agoniza, con la cabeza bañada en sangre y una pluma del enemigo en el pico, La Nena me cuenta, muerta de risa, la tragedia de su vida. En una sola noche de amor, y sin extenuarse, La Nena gana más que un funcionario público en un mes de

trabajo.

Los gallos, las mujeres y el trago: éstos son los desquites de los mineros. Son, también, las bocas abiertas que devoran todo lo que los mineros ganan. Habría que agregar los naipes y los dados, que los tahúres manejan con manos mágicas. A veces los mineros apuestan billetes, a veces diamantes; una vez alguien, según dicen, apostó la vida, y la pagó. «Los que más ganan son los que más pierden: los más arruinados».

El diamante viene en aluvión o en veta. El minero hunde las piernas en el agua durante largas horas, días, años, o se introduce en la tierra cavando agujeros como un topo. A veces, ahí en las profundidades, se apaga la vela por falta de oxígeno, y a veces también se apaga el minero y ahí se queda. O se le desprenden, sobre la cabeza, piedras o tierra del techo del túnel que está cavando: en las minas del Guaniamo hay coñac Hennessy, pero no existen los cascos de protección para el cráneo.

Hay agujeros por todas partes. A los costados de los callejones que las hileras de los ranchos van improvisando, o en medio de la maleza; a cuatro metros de los mostradores de los bares o muy lejos de los campamentos poblados. En lugares inhóspitos, entre las pestes y las alimañas, duerme a veces el diamante: hay que perseguirlo en los días calientes y en las noches heladas. «Para él estar, no necesita tierra bonita». El minero pasa la vida arañando la tierra con las uñas. Para muchos, los años se suman, sin suerte, a los años. «El diamante es poderoso. En la historia no se ha conocido nada más poderoso», opina el minero Malavé. «Han querido hacerlo sintético, pero no han podido. No hay forma de que nadie lo pueda imitar. Y es una piedra misteriosa. Hay personas que tienen sangre para el diamante; otras, no. Precisamente, yo soy uno que poca sangre tengo para ese señor. Y tiene que haber un misterio en eso. El diamante es una piedra muy...». Y resume: «Yo le tengo un gran respeto». A menudo ocurre que la lupa, implacable, revela el fraude: lo que parecía un diamante, transparente, compacto, relampagueante de luces, no es un diamante. Es un «casi casi», como les llaman a esas piedras estafadoras. ¿Y los que tienen suerte? ¿Los que tienen «sangre» para el diamante puro? La estirpe de los Barrabás no ha conocido mejor destino que los infelices que indagan las minas sin respuesta. Los anillos de brillantes resplandecen en las manos de los mercaderes, pero el minero es un hombre desnudo. Poco dura su venganza de pobre: su delirio de millonario se desvanece antes del amanecer. Una noche habíamos quedado atrapados por la lluvia torrencial debajo de un cobertizo, y una viejita sabia, muy concedora, lentamente dijo: «Al lado de la gloria está el infierno. Uno da un pasito y cae».

«El minero tiene radar», dice el minero. Dice que conoce las claves secretas del lenguaje de los pájaros. Pero también se pierde fácilmente. Aquí rueda el dinero como en ninguna otra parte. ¿De qué vale? Todos estos hombres han venido alguna vez para irse. Al principio, el minero es un campesino o un obrero desocupado que acepta esta vida como una penitencia o un tiempo de espera. Después se acostumbra. La mina lo devora, se apodera de él, le ata las piernas. Al fin y al cabo, él sería un extranjero en las ciudades, no menos hostiles que esta selva aunque no tengan malaria, y el campo sólo le ofrece la rutina de una vida miserable. Éste es, en cambio, el otro mundo.

(1971)

LOS NUEVOS DUEÑOS DEL ALTO PARANÁ

Éste es un pueblito recién nacido, como muchos otros, entre las humaredas de la selva quemada del Alto Paraná. Seu Zacarías, el dueño del único hotel, exagera un poco. El hotel se ilumina a la luz de las velas y la comida se cocina a leña, no tiene sábanas ni paredes ni baño; las lagartijas y las arañas pasean por los tabiques bajos que separan las habitaciones. Seu Zacarías ha instalado, a la entrada, un cartelón de acrílico donde el hotel luce su nombre: «Lapacho Hilton».

El «Lapacho Hilton» está siempre lleno de campesinos brasileños que llegan desde Paraná, Santa Catarina y Mato Grosso, a buscar suerte y riqueza en tierras de Paraguay. Ha caído la noche y yo estoy tendido en la cama y los rumores del monte se mezclan con las conversaciones de mis vecinos. Me viene a la cabeza una vieja frase de Oswald de Andrade: «El Brasil es una réplica federativa llena de árboles y de gente diciendo adiós...». Al otro lado del tabique, un campesino del estado brasileño de Paraná cuenta que su santo sólo baja cuando Dios le da permiso y que si no, no. Dice que una noche, Dios en persona se le apareció en sueños y le advirtió que si seguía llevando la vida que llevaba, iba a terminar en el infierno «de cabeça para baixo». Dios, dice, le dijo: «Ves con tus ojos, oyes con tus oídos, pero no guardas nada en tu corazón». Y cuando despertó, dice, se encontró desnudo y de rodillas, temblando y orando para calmar la cólera del Señor.

INVASIONES VISIBLES E INVISIBLES

El Brasil es un país vacío. En las costas habita la mayoría de sus cien millones de habitantes; el resto son latifundios infinitos, selvas vírgenes, desiertos invictos... Sin embargo, las pocas regiones productivas del interior se desplazan sin descanso. Ahora, hacia el Paraguay, se mueven las plantaciones de café y otros productos agrícolas; hacia el sur, en dirección a nuestro país, crecen las estancias ganaderas.

Los estancieros brasileños se están quedando con buena parte de los departamentos fronterizos de Artigas, Rivera y Cerro Largo. La legislación uruguaya no restringe la venta de tierras a extranjeros; hay dos proyectos, a estudio del Parlamento, destinados a contener la invasión. Invasión invisible, claro

está, porque en nuestra frontera norte las tierras están vacías y son los títulos de propiedad del desierto los que cambian de mano.

En el Paraguay, en cambio, la invasión está a la vista. Yo me disfracé de comprador de tierras. Puse cara de otro y durante un par de semanas hablé, en portugués, de créditos y de impuestos, de la fertilidad de la tierra y del costo de la mano de obra. Recorrí, lentamente, la región paraguaya del Alto Paraná, desde las cataratas del Iguazú hasta las laderas de la cordillera de Mbaracayú, al norte. Conversé con empresarios ricos y colonos pobres, viajé en camiones y en ómnibus y a caballo, a lo largo de la selva recién desbrozada, mientras deslizaba ofertas y discutía precios. Un terrateniente uruguayo perseguido por la crisis y la inestabilidad política... Comprobé, así, personalmente, que toda esa región ya no pertenece al Paraguay. La frontera ha saltado unos cien kilómetros por encima del río Paraná. Allí todo se dice en portugués, todo se paga o se compra en cruzeiros, son brasileños todos los dueños de la tierra.

«SU PASATIEMPO PREFERIDO»

Es una vieja tradición. Cuando el Brasil declaró la independencia, ya su territorio original se había multiplicado. El meridiano de Tordesillas fue una línea de tinta rápidamente borrada del mapa. Después de la independencia, durante el siglo pasado, el Brasil devoró grandes pedazos de Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Argentina y Uruguay. Ésta es una larga historia de guerras, sobornos y tratados diplomáticos. Luego, el Brasil se asomó al siglo veinte con el Barón de Río Branco en la cancillería. El Barón de Río Branco, hombre astuto, inauguró el estilo envolvente que hoy caracteriza los éxitos de Itamaratí. En el curso de diez años interrumpidos por la muerte, el Barón anexó al Brasil quinientos cincuenta mil nuevos kilómetros cuadrados. «Las cuestiones de límites constituían su pasatiempo preferido», dicen sus biógrafos.

El Brasil tiene la costumbre de ocupar territorios que después reivindica.

EL INÚTIL ORGULLO DE UN LOCO

Estoy esperando, en la pequeña ciudad paraguaya de Hernandarias, transporte para llegar hasta una de las colonias brasileñas.

—Hoy no se puede.

—Pero si ya no llueve.

—El camino está cerrado.

—¿Hasta cuándo?

—Se precisan unas horas de sol...

—¿Y quién da la orden de salida a los micros? ¿La empresa?

—No. Dios.

El diálogo es en portugués. Ha habido, antes, otros parecidos. He estado ya en otras colonias brasileñas. He viajado en catraminas que demoran siglos, atravesando una neblina, de polvo rojo que impregna todo y se le mete a uno en las uñas y en las raíces del pelo. He visto, a la vera de los caminos, los muñones de los árboles talados y quemados, las fogatas ardiendo, los paisajes de Monet y los de Tarzán: el encendido amarillo azufre de las plantaciones de soja y al lado la jungla de árboles gigantes. He aspirado hondo el aroma de los campos sembrados de menta y he querido descifrar, sin suerte, los olores de la selva que mete sus ramajes por las ventanillas de los ómnibus y los camiones.

Hernandarias, como todo pueblo que se respete, tiene un loco. El loco de Hernandarias, Roberto Duarte Cañete, es uno de los pocos paraguayos que quedan aquí. El loco se cree coronel. Tiene uniforme y condecoraciones. Le explico que soy general y me hace la venia. Él dice que peleó. ¿Adónde? Por aquí, y más allá, dice, en la frontera.

—¿Y contra quién fue esa guerra?

—Contra los brasileros.

—¿La ganaste o la perdiste?

—La gané.

—Y entonces, ¿cómo es que todo esto está lleno de brasileros?

El loco se ríe. El los corre con un palo, pero nadie le lleva el apunte.

La guerra ocurrió realmente, hace poco más de un siglo, y entonces el Brasil, acompañado por la Argentina de Mitre y el Uruguay de Flores, exterminó al Paraguay. Del país más avanzado de América del Sur, sólo quedaron los escombros humeantes. La Triple Alianza dejó a la Argentina un botín de noventa y cuatro mil kilómetros cuadrados de tierra paraguaya, y al Brasil, más de sesenta mil kilómetros cuadrados.

Ahora, no es preciso movilizar soldados ni cañones.

¿QUIÉNES SON LOS BRASILEÑOS QUE LLEGAN?

En 1967, mientras el presidente Stroessner anunciaba la reforma agraria total en el Paraguay, silenciosamente suprimía la cláusula del Estatuto Agrario que impedía vender tierras de frontera a ciudadanos extranjeros. Los paraguayos no pueden comprar ni un centímetro de tierra del lado brasileño, porque las leyes del Brasil lo impiden: hay una franja de 150 kilómetros de profundidad, a partir de la frontera, que los brasileños reservan para sí. Pero los brasileños han invadido, en cambio, no sólo la región del alto Paraná, que yo recorrí palmo a palmo desde el río Monday hasta las zonas adyacentes a los saltos del Guairá, sino también más al norte, a lo largo de la cordillera de Amambay, hasta llegar al río Apa. Las estancias se llaman ahora «fazendas», y en todo este vasto territorio sólo se habla la lengua portuguesa. Circula el cruzeiro; nadie usa la moneda paraguaya. Los automóviles no tienen patente o tienen patente brasileña. Uno consulta el precio de la tierra y no recibe la respuesta en hectáreas sino en alqueires. Los contratos de trabajo y de compra o venta de tierras se hacen en escribanías brasileñas: se firman en Brasil y son jueces brasileños quienes deciden en caso de litigio.

Al cabo de algunos días de recorrida, uno se olvida de que está en el Paraguay. Todo es brasileño, salvo el mapa. Pero entonces uno escucha, en algún lugar, un par de soldaditos hablando guaraní. Son los representantes de la autoridad nacional. Y entonces uno se acerca y les habla en español y es inútil: su segunda lengua es el portugués. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, éste es el idioma que necesitan para entenderse con la gente del lugar.

El Brasil traslada, al otro lado de los ríos y las montañas que señalan la frontera, sus contradicciones sociales. ¿Quiénes son los brasileños que llegan? A la mayoría de los grandes latifundistas que han comprado tierras paraguayas, no se les conoce la cara. Pero vienen también, por millares, los campesinos pobres. Los

latifundistas fraccionan total o parcialmente las tierras compradas y las venden a plazos, a través de las empresas colonizadoras y con el amparo oficial del Instituto de Bienestar Rural. Es «la reforma agraria». Es, también, un estupendo negocio. Lo que se compra por cien, rinde diez mil. Es, también, la manera de asegurarse mano de obra barata. Los peones paraguayos no alcanzan y los colonos brasileños pobres, que llegan con una mano atrás y otra adelante, cargados de hijos, no demoran en descubrir que el dinero no es suficiente para pagar las cuotas. Quedan entonces como «medianeros», compartiendo con los propietarios las cosechas de café, arroz, soja o lo que sea, después de haber abierto y quemado la selva con sus brazos y después de haber preparado, con sus brazos, las tierras para el cultivo y las pasturas para echar ganado. O, más frecuentemente, terminan vendiendo su fuerza de trabajo a los propietarios grandes y medianos, a cambio de jornales miserables.

Muchos son engañados. Les venden espejismos. Firman contratos en el Brasil y después que llegan al Paraguay no pueden escriturar porque la tierra no existe. O, cuando existe, está cubierta por una selva tupida que es preciso desbrozar a hacha y machete, y mientras tanto hay que comer, el poco dinero no alcanza, y en la maleza acechan las serpientes y la malaria.

¿Cuántos son? No se sabe. Cada vez son más. Luis Lanius, administrador de «Mbaracayú, S. A.», una de las más importantes empresas colonizadoras, me dijo que en 1971 cruzaron la frontera treinta y siete mil familias brasileñas para instalarse en el Paraguay. Pero no existen cifras oficiales.

LOS LATIFUNDIOS SE MUEVEN

La frontera del café se corre hacia el oeste. Esta onda invasora que atraviesa el río Paraná y las cordilleras de Mbaracayú y Amambay había sido prevista por Darcy Ribeiro en uno de sus libros. El proceso tiene, en el Brasil, más de un siglo de vida. El cultivo del café se ha ido desplazando, sucesivamente, desde la costa fluminense a los bosques del estado de Río de Janeiro, después a los de Espírito Santo más tarde a las zonas boscosas de Minas Gerais y San Pablo y posteriormente al noroeste del estado de Paraná: ahora es el turno del Paraguay. El latifundio cafetalero es móvil, tiene por retaguardia el desierto: las empresas derriban la floresta virgen, desgastan la tierra arrancándole los granos amarillos por medios brutales y luego la abandonan, llevándose consigo la mano de obra y la riqueza y dejando zonas devastadas a sus espaldas. La erosión baja los rendimientos, debilita las plantas y las hace vulnerables a las plagas.

Las plantaciones de café en el estado brasileño de Paraná han sufrido, en estos últimos tiempos, no sólo el ataque devastador de las heladas, sino además la presencia maldita de un hongo de color negruzco, el tizón, «ferrugem» en portugués, que arruina las hojas de las plantas. A causa de las heladas y del tizón, se considera que más de la tercera parte de los cafetales del estado de Paraná están *irremediablemente perdidos*.

Por su parte, los pequeños agricultores atraviesan la frontera corridos por los impuestos. «Hasta para matar un chanco, hay que pagar impuestos en el Brasil», se quejaba uno de los innumerables colonos pobres que conocí. Del lado paraguayo, la tierra es diez veces más barata y los vendedores prometen el cielo en cuotas: a mí también intentaron convencerme: en el Paraguay no se grava ningún producto agrícola, no hay impuesto a la circulación de mercaderías, ni a la venta, ni a nada. En los primeros cinco años no se paga ningún impuesto a la tierra, y, además, el crédito es fácil.

Toda esta operación, que arrebató a Paraguay un enorme pedazo de tierra, se cumple en nombre de la reforma agraria. El país progresa, se abren surcos fértiles en la selva: la amputación está oficialmente bendita. El propio Instituto de Bienestar Rural, que tiene a su cargo la reforma agraria, ha vendido a las empresas brasileñas las vastas tierras fiscales de los «reservados» 8, 9 y 10.

Las tierras que vende la Colonizadora Industrial Mbaracayú S. A.,

pertenecen al capitán paraguayo Fernández: «Llegué aquí hace cerca de cuarenta años», me contó. En aquella época sólo había, en la región, obrajes de madera. «Compré» me dijo, «noventa mil hectáreas a dos pesos argentinos cada una, allá por el año 45. Los dueños de esto vivían en París». Ahora las tierras del capitán Fernández están pasando a manos brasileñas, y él lo explica así: «Las estoy devolviendo al patrimonio nacional».

¿Reforma agraria? La colonizadora Carapá S.A. posee, en la región de Corpus Christi, 115 000 hectáreas. Uno de sus administradores me tranquilizó cuando yo le planteé mis dudas:

—Pero, y si yo compro una extensión muy grande, ¿no llamaría la atención?

—«De jeito nenhum».

—¿Hay plantaciones muy grandes por aquí?

—Varias. En todo caso, puede poner las tierras a diferentes nombres.

—¿Y pueden ser nombres de familiares?

—Pueden.

«O BEIJINHO DOCE...»

Cuatro horas para recorrer cincuenta kilómetros y hay uno que va rezando para que no llueva. El ómnibus chiquito se abre paso a los tumbos, mientras cae la noche, por la picada abierta en la maleza. Todos los pasajeros son brasileños y se dirigen a una de las colonias recién nacidas en la región paraguaya del Alto Paraná. Por aquí hay jaguares y monos y hasta algunos indios guaraníes, todavía indómitos. (A veces se organizan cacerías de indios en la región. A veces los hijos de los indios son puestos en venta).

El ómnibus continúa su marcha porfiada; tiene ejes invulnerables. Hay quien canta un viejo samba de Noel Rosa y hay quien discute si los crímenes de Cara de Cavalo superan o no la obra del estrangulador de Minas Gerais; se habla también de fútbol, de la buena campaña que está haciendo Flamengo en Río. Cuando pasamos por algún espacio abierto, campos de árboles carbonizados o sembradíos recientes, mi compañero de asiento me señala: «Todo brasileño. Todo lo que ves. Y

aquí la tierra produce cualquier cosa. Lo que siembres, florece: café, maíz, porotos, trigo, soja, menta... La menta te da tres cosechas por año. Te conviene. ¿Qué otra planta te da tres cosechas? ¿Eh?». Pienso: no tengo la menor idea. Desde atrás suena, melancólica, la voz de Tubarão. Él me ha contado, borracho, su historia: «Porque yo era un cantor muy famoso, ¿sabe?». Una estrella de la radio y la televisión. Y una noche el volkswagen se estrelló en un camino de la Amazonia y ahí quedaron, deshechas para siempre, las dos guitarras y las piernas de Doradinho, su compañero de la vida y de los *shows*. Ahora Tubarão dice que canta por tristeza y vive del cultivo de diez hectáreas que son ajenas. Bebe y convida:

O beijinho doce

que a garrafa tein...

EL BANCO DE TORMENTO

Rosalvino es un hombre cordial. Proviene del sur de Brasil. Había sido contrabandista en el Chuy, «en los buenos tiempos del Uruguay...». Ahora tiene tierras en el Alto Paraná: «Aquí está todo libre», me asegura. «Los extranjeros tenemos todo el crédito que queremos del Banco de Fomento».

—¿Como los paraguayos, igual?

—Dos o tres veces más. El Banco de Fomento nos tiene más confianza. Los paraguayos son haraganes. No trabajan para pagar los créditos.

En Pikyry, me dijeron lo mismo. Una vez talado el monte, dispondrá de crédito ilimitado en el Banco Nacional de Fomento; hay una amplia línea de financiación: pasturas, casa, instalaciones, preparación de tierras, siembra, veneno contra las plagas...

—Pero yo soy uruguayo.

—Ese detalle no importa. Si aquí somos todos brasileños. Brasileños, pero de buen origen, sabe: familias alemanas, italianas...

Y yo escuchaba y pensaba que los campesinos llaman, al Banco de Fomento, Banco de Tormento. Los campesinos paraguayos, quiero decir, que sobreviven cultivando, en condiciones miserables, parcelitas de tierra de las que no tienen ni siquiera los títulos de propiedad. «Sembrar trigo es hacer patria», anunció el Banco de Fomento. Ofreció nutridos créditos a nueve años de plazo y con intereses bajísimos, con adelantos a cuenta de las cosechas. Los créditos fueron a parar a manos del ministro de Agricultura y de los generales que rodean al presidente Stroessner, ninguno de los cuales plantó jamás ni una semilla de trigo. Del trigo sólo conocen, estos afortunados, el sabor del pan.

Y pensaba en la experiencia de un campesino paraguayo del sur, que acudió a los mostradores del Banco cuando el Banco ofreció créditos especiales «para agricultores pobres». El hombre quería comprarse un arado. No tenía garantía. «Y tierra, ¿tampoco?», le preguntó el funcionario. «La tierra que yo trabajo es arrendada». ¿Y una yunta de bueyes, por lo menos? Tampoco. «Ah, entonces andate», culminó el funcionario. «Estos créditos son para los pobres. Vos no llegás ni a pobre».

LA IDEOLOGÍA DEL DESPRECIO

Un propietario brasileño del Alto Paraná, me explicó:

—¿Sabe lo que pasa? El paraguayo no trabaja. Cultiva 365 mandiocas por año. Come una por día y con eso le alcanza.

Mientras los latifundistas y los agricultores del Brasil invaden el Paraguay, continúa el éxodo de los campesinos paraguayos que se van a la Argentina a ofrecer sus brazos. Es una contradicción dolorosa. ¿Qué significa la palabra patria para los hombres a quienes la pobreza obliga a cambiar de país? ¿Un himno, una bandera? ¿Un discurso al pie de una estatua? El Paraguay está negando, a los hombres brotados de su suelo, lo que al mismo tiempo otorga a los empresarios brasileños. ¿Cuántos son los paraguayos que han emigrado a la Argentina, corridos por la inseguridad y la miseria? ¿Ochocientos mil? ¿Un millón? Las estimaciones varían.

Los brasileños, trabajadores, triunfan; los paraguayos, haraganes, fracasan. Lo mismo dicen, de los brasileños, los empresarios norteamericanos que han invadido la Amazonia. Y lo mismo dicen, al fin y al cabo, siempre, los opresores

frente a los oprimidos: la fortuna de un hombre es una recompensa y no una estafa. En el Alto Paraná, uno escucha en portugués lo que tantas veces ha escuchado decir en inglés; es la ideología oficial del Imperio, su justificación divina: los latinoamericanos no tienen espíritu de pioneros, se dedican a la siesta y a la fiesta, prefieren pulular en torno a las ciudades que trabajar la tierra. En cambio, los americanos del norte han hecho suya la religión del trabajo, son puritanos y sacrificados, Dios está de su lado y los ha enviado a la tierra para las grandes empresas imposibles: la tenacidad, el sudor de las frentes y el vigor de los brazos explican mejor la conquista del Oeste que la eficacia de las wíchesteres y los máuseres en el arte de exterminar indios.

Los mismos empresarios brasileños que pregonan el mito de la pereza paraguaya, dicen, sin embargo, al mismo tiempo, que en el Alto Paraná, la mano de obra paraguaya es barata y abunda bastante, y que los peones paraguayos son «obedientes y trabajadores».

El jornal estipulado por ley, me confió el administrador de un latifundio de propiedad brasileña, es de 250 o 300 guaraníes, «pero usted puede conseguir braceros por mucho menos, por el equivalente de un dólar». ¿Y hay muchos? «Muchos». ¿Y trabajan? «Trabajan duro, diez horas por día. O más. Pero eso sí: no saben. Usted les tiene que enseñar».

En otros tiempos, cuando el Alto Paraná era pura selva, el peón paraguayo se llamaba mensú y se deslomaba, en régimen de esclavitud, para los obreros madereros y los yerbales que pertenecían, en su mayoría, a los capitalistas argentinos.

LA FRONTERA TIENE ALAS

Los saltos del Guaira son más de siete, aunque los brasileños los llaman «Sete Quedas». Entre islotes y rocas enormes, las cascadas se desencadenan, discontinuas, sobre los abismos del río Paraná. Los saltos forman un mar interior, de pulmones poderosos: el volumen de agua duplica el de las cataratas del Niágara y ofrece la mayor fuente potencial de energía del mundo entero. Los saltos son paraguayos. El tratado que se firmó hace un siglo, al cabo de la guerra y la derrota, no deja lugar a dudas. Pero los saltos pertenecen, en los hechos, al Brasil. Los brasileños esgrimen, como prueba, la copia de un mapa de 1874 que, cosa curiosa, no coincide con el original. Y por si la copia del mapa no bastara, el Brasil ha

tendido, sobre los saltos, trece puentes y una telaraña de pontones y pasadizos. En 1962, antes de los puentes, ya el Brasil había declarado oficialmente que los saltos «están íntegramente dentro de su territorio» y que no admitirá al respecto discusión alguna «ahora ni nunca». Se anuncia que el Brasil construirá, en esta zona, la mayor central hidroeléctrica de toda la historia de la humanidad: tres veces mayor que Assuan, y a un costo faraónico. Se habla de dos mil millones de dólares. La industria brasileña crece y devora kilovatios. Además, ¿no es la energía una llave maestra para el dominio geopolítico de América del Sur? Los kilovatios, soldados invisibles, se imponen sin matar.

En algunas rocas de los saltos robados, manos religiosas han pintado, con letras blancas, carteles que claman: «Cristo é a única esperança». Los paraguayos han perdido el agua, pero el agua no es todo en esta vida. ¿Y la costa? Ah, la costa no. Uno atraviesa el río y al sur de la frontera, en territorio paraguayo, encuentra la bandera brasileña flameando sobre un puerto nuevo, que se llama Sagarana y cuenta con aduana brasileña y funcionarios brasileños para revisar el equipaje y sellar, con cuño brasileño, los pasaportes. Por si fuera poco, en Sagarana hay un gran cartel, que luce la figura de un toro cebú y dice: «Fazenda Sete Quedas, de José Marcos Junqueira de Azevedo e filhos». La tal fazenda abarca todo el territorio de frontera en litigio, donde el Brasil había prometido no realizar ninguna innovación.

Los límites nunca fueron demarcados por completo. El tratado de 1872 señalaba la sierra de Mbaracayú como frontera. Después de medir las alturas de la sierra en más de diez mil puntos, el delegado brasileño a la comisión mixta demarcadora de límites desapareció, «por razones de salud», en 1963. En 1965, un buen día surgió una guarnición militar brasileña en la vieja población paraguaya de Puerto Yporá, frente a los saltos. «Tiene como misión prevenir la formación de grupos guerrilleros», aclaró la embajada. Pero en noviembre de ese año, el viceministro paraguayo de Relaciones Exteriores hizo una visita al lugar y lo metieron preso.

Luego, los militares se retiraron. Quinientos metros más abajo, el Brasil instaló su oficina aduanera de Sagarana. Esta frontera no corre: vuela.

Y uno llega a la ciudad paraguaya de Saltos de Guaira, y allí un centinela obliga a los visitantes a sacarse el sombrero para saludar la bandera del Paraguay. Pero si la soberanía se alimentara de símbolos, se moriría de hambre. En esta región también se ha producido, como en todo el Alto Paraná, una invasión de latifundistas y colonos del Brasil. Sólo se habla en portugués y no se acepta el

dinero paraguayo como moneda corriente. Todo lo que venden los comerciantes — rollos de alambre, semillas, máquinas, ropas— proviene del Brasil. La ciudad de Saltos del Guaira cuenta con un solo aserradero, comprado por el brasileño «Seu Carlos», y los lugareños se enorgullecen de tener, además, una fábrica de palmitos en lata. La fábrica se llama «Ibel» y sus dueños, los hermanos Bonillo, provienen de la ciudad brasileña de Sorocaba, en el estado de San Pablo. A la entrada, se lee: «Aquí honramos a Dios, la Patria, la Familia y el Trabajo». En una gran propiedad cercana, los hermanos Bonillo reforestan palmitos y cultivan menta y café.

«DIGNO DE GRAN FUTURO...»

El presidente paraguayo Stroessner ha firmado varios acuerdos con el Brasil en relación con los saltos del Guaira y los proyectos hidroeléctricos en curso. ¿Qué dicen esos acuerdos? Nadie sabe. Stroessner nunca los sometió a la consideración del Parlamento que decora su dictadura, y nunca los dio a conocer al pueblo que lo padece.

Todo indica que Stroessner ha aceptado la usurpación brasileña de los saltos. Stroessner es un hombre del Brasil, y el tema preocupa a los argentinos. Una represa gigantesca, como la que se proyecta, implicaría el control de la navegación del Paraná. ¿Qué ocurriría con el litoral de la Argentina si el río disminuyera, en determinados períodos del año, su caudal?

En realidad, el ascenso de Stroessner al poder señaló el fin de una larga etapa de dominio de Buenos Aires sobre el Paraguay. En 1940, el entonces capitán de artillería Alfredo Stroessner hizo en Brasil un curso de especialización. Los generales brasileños lo devolvieron a su país con altas calificaciones y encendidos elogios: «Es notable su facilidad en la apreciación de las enseñanzas que le son administradas, a pesar de la diversidad de idioma», señalaron sus instructores, según reza la biografía oficial del dictador, y además afirmaron: «Es digno de gran futuro y podrá ser útil a su patria». Algunos años más tarde, al cabo de una conspiración fallida, un funcionario diplomático del Brasil salvó la vida de Stroessner escondiéndolo en la valija de su automóvil. Después, en 1954, Stroessner inauguró su monarquía. Hace dieciocho años que asaltó el trono. Piensa quedarse.

Hoy día, la misión militar brasileña en Asunción es la que tiene más miembros, después de la norteamericana, y hay asesores brasileños permanentes

en el estado mayor del ejército paraguayo. Oficiales brasileños dictan cursos de instrucción superior en varias unidades militares del Paraguay y la mayoría de los oficiales paraguayos hace su especialización, becas mediante, en cuarteles del Brasil.

El Brasil financia la construcción de carreteras y otras obras públicas del Paraguay, a través de préstamos tan condicionados como los que el Brasil recibe, a su vez, de los Estados Unidos. En cuanto a las relaciones comerciales, el Brasil vende al Paraguay siete veces más de lo que compra, y eso sin contar la avalancha de productos industriales que invaden, de contrabando, el mercado paraguayo. El Paraguay vende al Brasil materias primas y alimentos; compra, en cambio, maquinarias, motores, repuestos de automóviles...

LAS CASUALIDADES Y LAS TRAICIONES

En 1870, al término de la guerra aniquiladora de la Triple Alianza, el Paraguay no sólo había perdido a los paraguayos, que se batieron hasta morir; había perdido también su soberanía. El país más adelantado de América del Sur pasó a ser, en ruinas, el más atrasado. El país más independiente se convirtió en el objeto de los sucesivos despojos que le han infringido sus vecinos, Argentina y Brasil, quienes a su vez, como se sabe, han sido y son saqueados por otras potencias.

Allá por 1854, Carlos Antonio López, presidente del Paraguay que brindaba a toda América el ejemplo de su lucidez y de su coraje, escribió en las páginas de El Semanario un profético artículo advirtiendo contra «la ambición de la preponderancia exclusiva que el Brasil alimenta». «Esa ambición de preponderancia», decía don Carlos, «que el Brasil alega como una ley de su situación, como un decreto de su destino, ha infundido en todos los estados vecinos una alarma general. Todos temen, todos desconfían, y el Paraguay participa, con razón, de ese temor y desconfianza con respecto al Brasil en su cuestión de límites...».

Han pasado casi ciento veinte años. ¿Qué no diría hoy el presidente López sobre las tesis geopolíticas de los generales brasileños que se atribuyen un «destino manifiesto» en América del Sur?

López es hoy, en el Paraguay, un héroe oficial. También su hijo, el mariscal

Solano López, muerto a lanza por las tropas brasileñas en Cerro Cora. Pero los salones de la embajada de Brasil en Asunción se colman de hombres de gobierno a la hora de alzar vasos de *whisky*, año tras año, en homenaje al verdugo de Solano López, el duque de Caxias. No hace mucho, Stroessner condecoró al canciller del Brasil con la Gran Cruz Extraordinaria de la Orden Nacional del Mérito, creada por el mariscal López, precisamente para premiar los actos de heroísmo contra los invasores que el duque de Caxias encabezaba.

Cuando en 1965 los Estados Unidos resolvieron bañar en sangre las calles de Santo Domingo, contaron con el auxilio de algunas tropas «aliadas». El general brasileño Panasco Alvim encabezó esas fuerzas de agresión contra la Dominicana, y tuvo a sus órdenes un batallón paraguayo, enviado al Caribe por Stroessner para asesinar patriotas. El batallón se llamaba «Mariscal López».

(1972)

EL FASCISMO EN AMÉRICA LATINA: CARTA A UN EDITOR MEXICANO

Estimado Javier:

Muchas gracias por tu invitación.

No; no puedo escribir sobre el fascismo en América Latina. Es un tema serio y no me lo puedo rifar. Aquí en Buenos Aires no tengo mis libros, ni mis fuentes de información y de consulta. Además, hace tiempo que no trabajo en artículos ni en ensayos. Ando intentando una penetración más íntima, y no menos peligrosa, en la realidad que me rodea y me duele. Y sinceramente creo que hay gente mucho más capacitada que yo para dedicarse a temas que requieren, como éste que me propones, largos años de reflexión y de investigación. A veces me asusta el equívoco. Yo no soy sociólogo, ni historiador, ni economista, ni nada. Mi trabajo como periodista y ensayista se ha limitado a la divulgación masiva de ideas ajenas y de datos que el sistema esconde al público no especializado. Al servicio de esta tarea, oficio militante de denuncia y contrainformación, he puesto una cierta habilidad para narrar, aprendida en los fogones de Paysandú y en las mesas de los viejos cafés de Montevideo. Y eso es todo.

Pero el tema me parece apasionante y no quiero dejar de hacerte algunos comentarios.

Muchas veces me he preguntado, viendo lo que ocurre a mi alrededor, si corresponde llamar fascistas o nazis a las dictaduras que hoy padecen, por ejemplo Uruguay, Chile o Bolivia. ¿No son dignas de Hitler o Mussolini estas máquinas de picar carne humana? ¿Imitan a Goebbels estas máquinas de prohibir y de mentir? Los escuadrones de la muerte, máquinas de acosar y asesinar desde las sombras, ¿operan en la Argentina de hoy al estilo de las bandas blancas de Italia o Alemania en los años treinta?

Yo soy hombre del sur, y de eso escribo.

Contemplo, impotente, cómo se hunde mi país, y me pregunto: ¿Podría alguien comparar al Uruguay, que es una estancia vacía, o una hacienda vacía como dicen ustedes, los mexicanos, con aquellos centros industriales europeos que incubaron al fascismo y al nazismo?

El Uruguay es un país dependiente, que es como llaman los entendidos a las colonias de ahora. Depende de las potencias capitalistas centrales; de ellas recibe los precios, los préstamos, los técnicos, las armas, los automóviles y la ideología. No era ésta, por cierto, la situación de Alemania o Italia en aquellos tiempos. El nazismo y el fascismo fueron la expresión de un nacionalismo agresivo, pero nacionalismo al fin, nacido de las entrañas de dos fuerzas imperiales insatisfechas y ansiosas de revancha. Fue un capitalismo altamente desarrollado, que llegó tarde, como tanto se ha dicho, al reparto del mundo, el que incubó la locura de Hitler y el delirio de la multitud que lo siguió hacia el horror y la conquista. En los mataderos de carne humana, los verdugos tarareaban canciones patrióticas.

En países como Chile, Uruguay o Bolivia, las dictaduras no tienen la menor capacidad de movilización popular. La mística del patriotismo, copiada del modelo nazi-fascista, solamente prende en el corazón de los policías y los soldados que cobran para eso. Estos son regímenes solitarios, condenados a caídas tristes y sin grandeza. No fanatizan a los jóvenes: simplemente los odian, como odian la alegría y todo lo que crece. Se apoyan en la fuerza de las armas y son incapaces de transmitir ninguna fe, ni siquiera una fe jodida, como fue jodida la fe de aquellos tipos en la superioridad de su raza o en el destino imperial de sus naciones. Nuestros dictadores son, a lo sumo, patriotas de una patria que no es la suya, satélites de un imperio ajeno: ecos y no voces.

El capitalismo monopólico de Alemania o Italia generó, en aquellos años negros, el corporativismo y los frentes de trabajo y convirtió al Estado en un dios omnipotente. Entre nosotros, el Estado es fuerte solamente para triturar, matar o expulsar a los hombres que piensan, se rebelan o dudan, pero tiene cada vez menos poder económico. Es el brazo represivo del poder, y usa técnicas dignas de la pesadilla fascista, pero nunca es el poder. Curiosa mezcla de Adam Smith y Mussolini, o de sus respectivas caricaturas: el Estado se desmantela a través de un proceso de desnacionalización de sus actividades productivas más rentables, que pasan a manos privadas y extranjeras, y al mismo tiempo se robustece como estructura de opresión.

Entre nosotros, el Estado prefiere las cárceles a las fábricas; multiplica los soldados y los presos, como el fascismo, pero no las fuentes de trabajo. La militarización de la sociedad no corresponde, en un país pequeño y despoblado como el mío, a ningún proyecto expansionista; tampoco sirve a la defensa de las fronteras, amenazadas por nadie. ¿Se genera una economía de guerra en tiempos de paz? Las armas vienen de afuera y los enemigos están adentro. ¿Quiénes son los enemigos? ¿Cuántos quedan? En el Uruguay hay entre cuatro y cinco mil presos

políticos. En proporción a la población de México, por ejemplo, el equivalente serían noventa mil personas puestas entre rejas por motivos políticos. No es poco. Al principio, fueron los guerrilleros. Después, los militantes de los partidos de izquierda. Después, los sindicalistas. Después, los intelectuales. Después, algunos políticos tradicionales. Después, cualquiera. La máquina no para, exige combustible, se enloquece, devora al inventor: los partidos de derecha otorgaron poderes especiales y recursos extraordinarios a las fuerzas armadas para sacarse de encima a los tupamaros y en poco tiempo los militares se quedaron con el poder y liquidaron a los partidos. Veinte mil personas pasaron por las cárceles y los cuarteles entre 1973 y 1974; la tortura se convirtió en el sistema de interrogatorio habitual. En las cámaras de tormento, muchos hombres perdieron la vida. A unos les reventaron el hígado a patadas. A otros, les falló el corazón cuando les sumergieron la cabeza en los tachos de agua sucia y mierda. A unos les mató el plantón de varios días y noches. A otros, la picana eléctrica. Y hubo una muchacha que murió asfixiada por una bolsa de nailon atada a la cabeza.

El sindicalismo y la actividad política se han convertido en formas de la delincuencia; los analfabetos han asaltado la Universidad con el cuchillo entre los dientes; no existen la libertad de expresión ni el derecho de reunión. Las instituciones liberales burguesas han volado en pedazos; la Suiza de América es, ahora, un campo de concentración. Pensar está prohibido; el régimen sospecha, y no le falta razón, que quien piensa conspira. En las calles sólo se ve pobreza y rencor.

Ya no hay intermediarios políticos para el ejercicio del poder por parte de las clases dominantes. Acosado por su propia crisis y por la amenaza de un proceso acelerado de concientización política de los jóvenes, el régimen recurre a la sangre y al fuego. Es la hora de la burocracia armada. Se multiplican los gastos y los sueldos de los militares y al mismo tiempo las escuelas se rajan y se derrumban. Los maestros y los profesores, perseguidos a la vez por la miseria y por la santa furia de la Inquisición, tienen que hacerse magos para pagar la olla.

Si todo esto no es fascismo, reconozcamos que se le parece mucho. El instrumental fascista de amenaza y represión se pone en práctica, y por cierto que resulta útil. No para conquistar el mundo: para aplastar a las fuerzas internas del cambio, decapitar a la clase obrera y aniquilar la inteligencia. La ideología de la historia pequeño burguesa se adapta, como el guante a la mano, a las necesidades del régimen. No son los judíos los chivos emisarios de la crisis: es la clase trabajadora entera. El régimen usa las grandes palabras características, Patria, Familia, Tradición, Propiedad, para enmascarar la opresión y el horror de la

dictadura. Al que discrepa o se rebela, le arrancan la vida o la libertad o por lo menos le arrancan los documentos y lo condenan a vagar por el mundo, como un paria, sin patria ni identidad legal.

Estamos viviendo nuestro propio tiempo del desprecio. Los verdugos mandan y los delatores prosperan. Para los dueños del poder, que sueñan con un mundo quieto, la historia es subversiva, porque cambia siempre. Y en eso tienen razón.

Perdóname la lata, Javier. No te escribí el artículo, pero ya ves: me saqué las ganas.

Te saluda cordialmente,

Eduardo Galeano.

(1974)

LA VICTORIA DE LOS MAGOS

1. ¿Funerales del teatro? ¿Quién derrama la primera lágrima? Los críticos entonan la letanía; los teóricos arrojan sus paladas de tierra. No es pequeño el cortejo; pero ¿dónde está el cadáver? Se habla de la muerte del teatro como se habla de la muerte de la novela, con entusiasmo y frecuencia. ¿Se constata un hecho o se desea que ocurra?

Yo mismo, simple espectador de cuando en cuando, me he preguntado muchas veces si no será que el teatro sobrevive de puro porfiado y si no tendrán razón quienes lo consideran una pieza de arqueología. En los tiempos del cine y la televisión, ¿qué sentido tiene el esfuerzo feroz que noche a noche realizan, para cien espectadores, esos sacerdotes locos? ¿Hay alguna relación entre el sacrificio y el resultado? Los he visto llegar a los camarines, exhaustos, después de extenuarse durante horas ante las escasas plateas: habiendo llegado tan lejos la tecnología de las comunicaciones, ¿vale la pena este ritual primitivo?

2. Tuve la suerte de asistir, a fines de mayo, al Festival Internacional de Teatro que organizó, el Ateneo de Caracas. Confirmé que el teatro sigue vivo, a pesar de sus enterradores. ¿Quién puede negar el impacto de la comunicación directa, cuando es verdadera? Las imágenes en la pantalla, grande o chica, no llegarán nunca a transmitir el pulso de vida que a voces generan, desde un escenario o una plaza pública, los hombres de carne y hueso. Para el duelo o la celebración, la tragedia o la alegría, no hay tecnología capaz de sustituir la magia del contacto cuerpo a cuerpo.

3. Antes había estado en Ecuador. Unos jefes indígenas, llegados a Quito desde comarcas lejanas, contaron cosas de la dura vida su gente. ¿Cómo hacen las pequeñas aldeas para enterarse de lo que ocurre en la comunidad? Allá lejos no hay diarios, y aunque los hubiera la gente no sabe leer. Tampoco hay radios, y de todos modos las radios hablan en idioma castellano. Ellos se mantienen, sin embargo, al día. De cada aldea salen, a recorrer la región, dos o tres hombres que «representan» las noticias, «actúan» los problemas que los pueblecitos están viviendo, y al contar lo que les pasa cuentan también lo que ellos son. Hacen teatro sin saberlo, como hablaba en prosa aquel personaje de Molière.

4. Hay mil formas posibles de teatro; y hombres como Augusto Boal han probado ya que el teatro puede ser una herramienta viva en el proceso

latinoamericano de búsqueda y de cambio.

5. Es verdad que el teatro está atravesando, en América Latina, un tiempo de crisis. El Festival de Caracas lo mostró nuevamente. Nuestro teatro anda de capa caída. ¿Podía esperarse que se salvara el teatro, por no sé qué milagro, de la crisis general? Tiempos de derrotas, tiempos de paciencia: el teatro latinoamericano, perseguido y maltrecho, aprieta los dientes y se las arregla para sobrevivir, mal que bien, mientras pasa el temporal. Los mejores conjuntos se han desintegrado o han desaparecido o deambulan perdidos por ahí. No hablo, claro, del teatro comercial, hecho para ayudar a la buena digestión y para aliviar las tensiones de los dueños de estas tierras. Hablo del otro teatro, vital y peleador, hecho para encender con ciencias y multiplicar imaginaciones.

6. Cuarenta conjuntos, de todas partes del mundo, actuaron en Caracas. Salvo los grupos latinoamericanos, la mayoría provenía de países donde el teatro recibe subvenciones y apoyo oficial, y donde cuenta con un público seguro. Los grupos europeos ofrecieron los mejores espectáculos: ¿sería justo comparar el alto nivel técnico de estos conjuntos profesionales, que corren con todos los vientos a favor, con el teatro que se hace a pulmón en nuestras tierras? En América Latina, los conjuntos más valiosos no tienen salas donde actuar ni medios para vivir de lo que hacen: están prohibidos o censurados y trabajan, cuando trabajan, para un público inestable y reducido. A veces consiguen salir a los barrios y tratan de conquistar un público vasto en los barrios o en los caminos: si les va bien terminan mal, estrangulados por el hambre o la policía. ¿Era dura, tiempo atrás, la vida de los cómicos de la legua? ¿Y ahora? El teatro es un oficio maltratado y peligroso.

7. Lo mejor de lo que vi: los polacos, los catalanes, los daneses y los islandeses.

El grupo Stu, de Cracovia, cumplió una hazaña la noche de la inauguración. Se había anunciado la presencia del presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, y el enorme estadio cerrado estaba lleno de partidarios y enemigos. Unos iban a ovacionarlo y otros a abuchearlo; y ni unos ni otros tenían el menor interés en el «otro» espectáculo. Había un clima de guerra en las tribunas, donde no cabía un alfiler; y a ese público se sumaban las damas y los caballeros que no querían perderse la inauguración para aparecer mencionados, al día siguiente, en las crónicas sociales. Los polacos comenzaron su trabajo en medio de un barullo tremendo y sin que nadie les hiciera caso. Victoria de los magos: al final, el público deliraba y los ovacionó largamente y de pie. El Stu abrió el Festival con un poema ritual de Moczulski, «Exodus», cantado y actuado por un elenco de primera: «He

aquí mi día y mi noche, tan parecidos. Yo quiero, yo deseo, encontrarme contigo, como sólo las personas son capaces de encontrarse. No, no existe fiesta más hermosa. He aquí mi vida, que yo quiero purificar, y mis ojos, que quiero lavar, para que podamos mirarnos y descubrirnos nuevamente». La música estallaba en el aire y el fuego de las antorchas quemaba las alas de los ángeles y las cortinas de palabras que separaban a los amantes y una simple tina se convertía en un navío lanzado a los mares del mundo: el teatro, emoción y potencia de la vida, ganó a la gente.

8. Los catalanes de *Els Joglars* cerraron el Festival, un par de semanas después. Ofrecieron una pieza muy divertida, que narra las hazañas y desventuras de un bandolero en los tiempos de Felipe IV. Muy buenos actores, mimos, acróbatas y cantores, los catalanes mostraron una imaginación incesante y mucha capacidad de gracia y disparate. También ellos consiguieron una comunicación fervorosa con la gente. La pieza es una larga alusión a la España de los últimos tiempos del franquismo. Un hombre de impecable guardapolvo abre su valijita de ejecutivo: saca un hacha, un serrucho, un cortafierro. Sobre la mesa hay un tremendo pedazo de carne cruda. El torturador comienza su faena, en medio de la platea. Salta la sangre. Desde atrás del telón cerrado, se escuchan, mientras tanto, gemidos humanos.

9. La sorpresa del Festival: los esquimales de Islandia. Ofrecieron un espectáculo de pocas palabras y sin destrezas despampanantes. Lenguaje de los cuerpos, de las manos, risa fresca, silbidos: los actores nos contaron la vida de la gente de allá y nos metieron en sus casas y los espectadores anduvimos en trineo, cazamos y pescamos, peleamos contra el viento, encendimos fuego, remendamos ropa, nos enamoramos. Ellos nos hicieron sentir el impacto de la invasión de modos de vida extraños y jodidos, la llegada de los aviones y el dinero y la civilización del consumo. Linda manera de denunciar la penetración cultural, sin discursos.

10. Noche de Petare, barrio obrero de Caracas. Allá arriba, una placita colonial intacta y el milagro del silencio en la ciudad más barullenta del mundo. En Caracas se gritan los secretos; pero éste es un rincón de otro tiempo, sin motores. Los actores del grupo Odín, de Dinamarca, convocan al pueblo. Andan sobre zancos, cubiertos con máscaras y largas capas de colores; llevan estandartes y banderas; tocan la flauta y el tambor. Los persigue una multitud de curiosos. Los actores llegan a la plaza. El bufón salta en cuclillas y pateo los zancos, derriba a los grandes personajes, caen al suelo el obispo y el juez, el general y el rey.

Cada actor dice, danzando: «Éste soy yo». La plaza está llena; hay gente trepada a los árboles y los faroles. Todavía hay distancia, desconfianza: los cuerpos se sueltan en convulsiones y saltos mortales, y la gente, que nada sabe sobre Grotowski ni sobre Barba, comenta a los gritos: «¡Esa mujer está despechada!». «¡Ese hombre tiene un espíritu malo!».

El payaso echa a volar su pañuelo y baña en talco al público: «Estos tipos», comenta alguien a mi lado, «están trayendo la gripe mamarra. Cuídate. Están trayendo la gripe de allá de... ¿De dónde son los tipos éstos? Se me pasó».

Pero se va soltando la risa. «¡Muérdelo! ¡Muérdelo!». Empieza la guerra de los fideos y los tomates. «¡Hacen reír los carajitos!». La distancia se supera, se rompe el rechazo. El teatro, gatillo de la alegría popular, hace estallar las carcajadas y las carcajadas continúan y ya no cesan.

Después los actores se sientan en cuclillas, a descansar. De aquí en adelante, ellos serán los espectadores. Es el turno de nosotros. Alguien brota del gentío con un «cuatro», la guitarra venezolana, y canta lindos polos de la isla Margarita. La gente pide salsa, baile, se va agitando la música. ¿Quién se anima? Un borrachito anda por la plaza, a los tumbos, loco de ganas de bailar. ¿Quién se anima?

Por fin, una mujer lo acepta. Ella lo atrapa y se lanzan a dar vueltas, ella grandota y de lentes, él tan chiquito, ella barriendo la pista con él y él se deja volar, feliz, y yo veo esta maravilla y grito a los muchachos que están con las cámaras: «¡Filmen, filmen!», pero ellos me explican que hay que respetar el guión. Antes habían querido, sin éxito, hacer callar a la gente: «¡Cállense que estamos grabando!», decían.

Pero ¿cuál es el teatro? ¿Cuál es la obra? ¿Cuál es el espectáculo? El espectáculo somos todos nosotros, la obra es esta alegría que se nos sale del pecho, el teatro es el mecanismo que la disparó.

¿Quién se anima? Salto a la pista. ¿Cómo se bailará el merengue? Se bailará como salga. Bailamos, saltamos, cantamos, nos abrazamos. ¿Quién no es hermano de todos, esta noche, en la plaza de Petare?

(1976)

DEFENSA DE LA PALABRA

1

Uno escribe a partir de una necesidad de comunicación y de comunión con los demás, para denunciar lo que duele y compartir lo que da alegría. Uno escribe contra la propia soledad y la soledad de los otros. Uno supone que la literatura transmite conocimiento y actúa sobre el lenguaje y la conducta de quien la recibe; que nos ayuda a conocernos mejor para salvarnos juntos. Pero «los demás» y «los otros» son términos demasiado vagos; y en tiempos de crisis, tiempos de definición, la ambigüedad puede parecerse demasiado a la mentira. Uno escribe, en realidad, para la gente con cuya suerte, o mala suerte, uno se siente identificado, los malcomidos, los maldormidos, los rebeldes y los humillados de esta tierra, y la mayoría de ellos no saben leer. Entre la minoría que sabe, ¿cuántos disponen de dinero para comprar libros? ¿Se resuelve esta contradicción proclamando que uno escribe para esa cómoda abstracción llamada «masa»?

2

No hemos nacido en la luna, no habitamos el séptimo cielo. Tenemos la dicha y la desgracia de pertenecer a una región atormentada del mundo, América Latina, y de vivir un tiempo histórico que golpea duro. Las contradicciones de la sociedad de clases son, aquí, más feroces que en los países ricos. La miseria masiva es el precio que los países pobres pagan para que el seis por ciento de la población mundial pueda consumir impunemente la mitad de la riqueza que el mundo entero genera. Es mucho mayor la distancia, el abismo que en América Latina se abre entre el bienestar de pocos y la desgracia de muchos; y son más salvajes los métodos necesarios para salvaguardar esa distancia.

El desarrollo de una industria restrictiva y dependiente, que aterrizó sobre las viejas estructuras agrarias y mineras sin alterar sus deformaciones esenciales, ha agudizado las contradicciones sociales en lugar de aliviarlas. La habilidad de los políticos tradicionales, expertos en las artes de la seducción y la estafa, resulta hoy

insuficiente, anticuada, inútil; el juego populista que permitía otorgar para manipular ya no es posible, o revela su peligroso doble filo. Las clases y los países dominantes recurren a la maquinaria represiva. ¿De qué otra manera podría sobrevivir sin cambios un sistema social cada vez más parecido a un campo de concentración? ¿Cómo mantener a raya, sin alambradas de púas, a la creciente legión de los malditos? En la medida en que el sistema se siente amenazado por el desarrollo sin tregua de la desocupación, la pobreza y las tensiones sociales y políticas derivadas, se abrevia el espacio disponible para la simulación y los buenos modales: en los suburbios del mundo el sistema revela su verdadero rostro.

¿Por qué no reconocer un cierto mérito de sinceridad en las dictaduras que oprimen, hoy por hoy, a la mayoría de nuestros países? La libertad de los negocios implica, en tiempos de crisis, la prisión de las personas.

Los científicos latinoamericanos emigran, los laboratorios y las universidades no tienen recursos, el know how industrial es siempre extranjero y se paga carísimo, pero ¿por qué no reconocer un cierto mérito de creatividad en el desarrollo de una tecnología del terror? América Latina está haciendo inspirados aportes universales en cuanto al desarrollo de métodos de torturas, técnicas del asesinato de personas e ideas, cultivo del silencio, multiplicación de la impotencia y siembra del miedo.

Quiénes queremos trabajar por una literatura que ayude a revelar la voz de los que no tienen voz, ¿cómo podemos actuar en el marco de esta realidad? ¿Podemos hacernos oír en medio de una cultura sorda y muda? Las nuestras son repúblicas del silencio. La pequeña libertad del escritor, ¿no es a veces la prueba de su fracaso? ¿Hasta dónde y hasta quiénes podemos llegar?

Hermosa tarea la de anunciar el mundo de los justos y los libres; digna función la de negar el sistema del hambre y de las jaulas —visibles o invisibles. Pero ¿a cuántos metros tenemos la frontera? ¿Hasta dónde otorgan permiso los dueños del poder?

Mucho se ha discutido en torno de las formas directas de censura bajo los diversos regímenes sociales y políticos que en el mundo son o han sido, la prohibición de libros y periódicos incómodos o peligrosos y el destino de destierro, cárcel o fosa de algunos escritores y periodistas.

Pero la censura indirecta actúa de un modo más sutil. No por menos aparente es menos real. Poco se habla de ella; sin embargo, en América Latina es la que más profundamente define el carácter opresor y excluyente del sistema que la mayoría de nuestros países padece. ¿En qué consiste esta censura que nunca osa decir su nombre? Consiste en que no viaja el barco porque no hay agua en el mar: si un cinco por ciento de la población latinoamericana puede comprar refrigeradores, ¿qué porcentaje puede comprar libros? ¿Y qué porcentaje puede leerlos, sentir su necesidad, recibir su influencia?

Los escritores latinoamericanos, asalariados de una industria de la cultura que sirve al consumo de una élite ilustrada, provenimos de una minoría y escribimos para ella. Ésta es la situación objetiva de los escritores cuya obra confirma la desigualdad social y la ideología dominante; y es también la situación objetiva de quienes pretendemos romper con ellas. Estamos bloqueados, en gran medida, por las reglas de juego de la realidad en la que actuamos.

El orden social vigente pervierte o aniquila la capacidad creadora de la inmensa mayoría de los hombres y reduce la posibilidad de la creación, antigua respuesta al dolor humano y a la certidumbre de la muerte, al ejercicio profesional de un puñado de especialistas. ¿Cuántos somos, en América Latina, esos «especialistas»? ¿Para quiénes escribimos, a quiénes llegamos? ¿Cuál es nuestro público real?

Desconfiemos de los aplausos. A veces nos felicitan quienes nos consideran inocuos.

Uno escribe para despistar a la muerte y estrangular los fantasmas que por dentro lo acosan; pero lo que uno escribe puede ser históricamente útil sólo cuando de alguna manera coincide con la necesidad colectiva de conquista de la identidad. Esto, creo, quisiera uno: que al decir: «Así soy» y ofrecerse, el escritor pudiera ayudar a muchos a tomar conciencia de lo que son. Como medio de revelación de la identidad colectiva, el arte debería ser considerado un artículo de primera necesidad y no un lujo. Pero en América Latina, el acceso a los productos de arte y cultura está vedado a la inmensa mayoría.

Para los pueblos cuya identidad ha sido rota por las sucesivas culturas de conquista, y cuya explotación despiadada sirve al funcionamiento de la maquinaria del capitalismo mundial, el sistema genera una «cultura de masas». Cultura para masas, debería decirse, definición más adecuada de este arte degradado de circulación masiva que manipula las conciencias, oculta la realidad y aplasta la imaginación creadora. No sirve, por cierto, a la revelación de la identidad, sino que es un medio de borrarla o deformarla, para imponer modos de vida y pautas de consumo que se difunden masivamente a través de los medios de comunicación. Se llama «cultura nacional» a la cultura de la clase dominante, que vive una vida importada y se limita a copiar, con torpeza y mal gusto, a la llamada «cultura universal», o lo que por ella entienden quienes la confunden con la cultura de los países dominantes. En nuestro tiempo, era de los mercados múltiples y las corporaciones multinacionales, se ha internacionalizado la economía y también la cultura, la «cultura de masas», gracias al desarrollo acelerado y la difusión masiva de los medios. Los centros de poder nos exportan máquinas y patentes y también ideología. Si en América Latina está reservado a pocos el goce de los bienes terrenales, es preciso que la mayoría se resigne a consumir fantasías. Se vende ilusiones de riqueza a los pobres y de libertad a los oprimidos, sueños de triunfo para los vencidos y de poder para los débiles. No hace falta saber leer para consumir los símbolos que la televisión, la radio y el cine difunden para justificar la organización desigual del mundo.

Para perpetuar el sistema vigente en estas tierras, donde cada minuto mueren varios niños de enfermedad o de hambre, es preciso que nos miremos a nosotros mismos con los ojos de quien nos oprime. Se domestica a la gente para que acepte «este» orden como el orden «natural» y por lo tanto eterno; y se identifica al sistema con la patria, de modo que el enemigo del régimen resulta ser

un traidor o un agente foráneo. Se sacraliza la ley de la selva, que es la ley del sistema, para que los pueblos derrotados acepten su suerte como un destino; falsificando el pasado se escamotean las verdaderas causas del fracaso histórico de América Latina, cuya pobreza ha alimentado siempre la riqueza ajena: en la pantalla chica y en la pantalla grande gana el mejor, y el mejor es el más fuerte. El derroche, el exhibicionismo y la falta de escrúpulos no producen asco, sino admiración; todo puede ser comprado, vendido, alquilado, consumido, sin exceptuar el alma. Se atribuye a un cigarrillo, a un automóvil, a una botella de *whisky* o a un reloj, propiedades mágicas: otorgan personalidad, hacen triunfar en la vida, dan felicidad o éxito. A la proliferación de héroes y modelos extranjeros, corresponde el fetichismo de las marcas y las modas de los países ricos. Las fotonovelas y los teleteatros locales transcurren en un limbo de cursilería, al margen de los problemas sociales y políticos reales de cada país; y las seriales importadas venden democracia occidental y cristiana junto con violencia y salsa de tomates.

5

En estas tierras de jóvenes, jóvenes que se multiplican sin cesar y que no encuentran empleo, el tic-tac de la bomba de tiempo obliga a los que mandan a dormir con un solo ojo. Los múltiples métodos de alienación cultural, máquinas de dopar y de castrar, cobran una importancia cada vez mayor. Las fórmulas de esterilización de las conciencias se ensayan con más éxito que los planes de control de la natalidad.

La mejor manera de colonizar una conciencia consiste en suprimirla. En este sentido también opera, deliberadamente o no, la importación de una falsa contracultura que encuentra eco creciente en las nuevas generaciones de algunos países latinoamericanos. Los países que no abren a los muchachos opciones de participación política —por la petrificación de sus estructuras o por sus asfixiantes mecanismos de represión— ofrecen los terrenos mejor abonados para la proliferación de una presunta «cultura de protesta», venida de afuera, subproducto de la sociedad del ocio y el despilfarro, que se proyecta hacia todas las clases sociales a partir del anticonvencionalismo postizo de las clases parasitarias.

Los hábitos y símbolos de la revuelta juvenil de los años sesenta en Estados Unidos y en Europa, nacidos de una reacción contra la uniformidad del consumo, son ahora objetos de producción en serie. La ropa con diseños psicodélicos se

vende al grito de «¡Libérate!»; la música, los posters, los peinados y los vestidos que reproducen los modelos estéticos de la alucinación por las drogas son volcados en escala industrial sobre el Tercer Mundo. Junto con los símbolos, coloridos y simpáticos, se ofrece pasajes al limbo a los jóvenes que quieren huir del infierno. Se invita a las nuevas generaciones a abandonar la historia, que duele, para viajar al Nirvana. Al incorporarse a esta «cultura de la droga», ciertos sectores juveniles latinoamericanos realizan la ilusión de reproducir el modo de vida de sus equivalentes metropolitanos.

Originada en el inconformismo de grupos marginales de la sociedad industrial alienada, esta falsa contracultura nada tiene que ver con nuestras necesidades reales de identidad y destino: brinda aventuras para paralíticos; genera resignación, egoísmo, incomunicación; deja intacta la realidad pero cambia su imagen; promete amor sin dolor y paz sin guerra. Además, al convertir a las sensaciones en artículos de consumo, encaja perfectamente con la «ideología de supermercado» que difunden los medios masivos de comunicación. Si el fetichismo de los autos y las heladeras no resulta suficiente para apagar la angustia y calmar la ansiedad, es posible comprar paz, intensidad y alegría en el supermercado clandestino.

6

Encender conciencias, revelar la realidad: ¿puede la literatura reivindicar mejor función en estos tiempos y estas tierras nuestras? La cultura del sistema, cultura de los sucedáneos de la vida, enmascara la realidad y anestesia la conciencia. Pero ¿qué puede un escritor, por mucho que arda su fueguito, contra el engranaje ideológico de la mentira y el conformismo?

Si la sociedad tiende a organizarse de tal modo que nadie se encuentra con nadie, y a reducir las relaciones humanas al juego siniestro de la competencia y el consumo, hombres solos usándose entre sí y aplastándose los unos a los otros, ¿qué papel puede cumplir una literatura del vínculo fraternal y la participación solidaria?

Hemos llegado a un punto en el que nombrar las cosas implica denunciarlas: ¿ante quiénes, para quiénes?

Nuestro propio destino de escritores latinoamericanos está ligado a la necesidad de transformaciones sociales profundas. Narrar es darse: parece obvio que la literatura, como tentativa de comunicación plena, continuará bloqueada de antemano mientras existan la miseria y el analfabetismo y los dueños del poder sigan realizando impunemente su proyecto de imbecilización colectiva a través de los medios masivos de comunicación.

No comparto la actitud de quienes reivindican para los escritores un privilegio de libertad al margen de la libertad de los demás trabajadores. Grandes cambios, hondos cambios de estructura serán necesarios en nuestros países para que los escritores podamos llegar más allá de las ciudadelas cerradas de las élites y para que podamos expresarnos sin mordazas visibles o invisibles. Dentro de una sociedad presa, la literatura libre sólo puede existir como denuncia y esperanza.

En el mismo sentido, creo que sería un sueño de una noche de verano suponer que por vías exclusivamente culturales podría llegar a liberarse la potencia creadora del pueblo, desde temprano adormecida por las duras condiciones materiales y las exigencias de la vida. ¿Cuántos talentos se extinguen, en América Latina, antes de que puedan llegar a manifestarse? ¿Cuántos escritores y artistas y científicos no llegan ni siquiera a enterarse de lo que son?

Por otra parte, ¿puede realizarse cabalmente una cultura nacional en países donde las bases materiales del poder no son nacionales, o dependen de centros extranjeros?

Si esto no es posible, ¿qué sentido tiene escribir?

No hay un «grado cero» de la cultura, así como no existe un «grado cero» de la historia. Si reconocemos una inevitable continuidad entre la etapa del dominio y la etapa de la liberación en cualquier proceso de desarrollo social, ¿por qué negar la importancia de la literatura y su posible función revolucionaria en la exploración, revelación y difusión de nuestra verdadera identidad o de su

proyecto? El opresor quiere que el espejo no devuelva al oprimido más que una mancha de azogue. ¿Qué proceso de cambio puede impulsar un pueblo que no sabe quién es, ni de dónde viene? Si no sabe quién es, ¿cómo puede saber lo que merece ser? ¿No puede la literatura ayudar, directa o indirectamente, a esa revelación?

En gran medida, pienso, la posibilidad del aporte depende del grado de intensidad de la comunicación del escritor con las raíces, los andares y el destino de su pueblo. También de su sensibilidad para percibir el latido, el sonido y el ritmo de la auténtica contracultura en ascenso. Muchas veces lo que se considera «incultura» contiene semillas o frutos de «otra» cultura, que enfrenta a la cultura dominante y no tiene sus valores ni su retórica. Se la suele menospreciar, por error, como a una mera repetición degradada de los productos «cultos» de la élite o de los modelos culturales que el sistema fabrica en serie, pero a menudo es más reveladora y valiosa una crónica popular que una novela «profesional», y el pulso de la vida real se siente con más fuerza en ciertas coplas anónimas del cancionero popular que en muchos libros de poesía escritos en el código de los iniciados; los testimonios de la gente que de mil modos expresa sus lastimaduras y sus esperanzas frecuentemente resultan más elocuentes y bellos que las obras escritas «en nombre del pueblo».

Nuestra auténtica identidad colectiva nace del pasado y se nutre de él — huellas sobre las que caminan nuestros pies, pasos que presienten nuestros andares de ahora— pero no se cristaliza en la nostalgia. No vamos a encontrar, por cierto, nuestro escondido rostro en la perpetuación artificial de trajes, costumbres y objetos típicos que los turistas exigen a los pueblos vencidos. Somos lo que hacemos, y sobre todo lo que hacemos para cambiar lo que somos: nuestra identidad reside en la acción y en la lucha. Por eso la revelación de lo que somos implica la denuncia de lo que nos impide ser lo que podemos ser. Nos definimos a partir del desafío y por oposición al obstáculo.

Una literatura nacida del proceso de crisis y de cambio y metida a fondo en el riesgo y la aventura de su tiempo, bien puede ayudar a crear los símbolos de la realidad nueva y quizá alumbre, si el talento no falta y el coraje tampoco, las señales del camino.

No es inútil cantar al dolor y la hermosura de haber nacido en América.

9

No siempre los datos de tiraje o venta dan la medida de la resonancia de un libro. A veces la obra escrita irradia una influencia mucho mayor que su difusión aparente; a veces responde con años de anticipación a las preguntas y necesidades colectivas, si el creador ha sabido vivirlas previamente como dudas y desgarramientos dentro de sí. La obra brota de la conciencia herida del escritor y se proyecta al mundo: el acto de creación es un acto de solidaridad que no siempre cumple su destino en vida de quien lo realiza.

10

No comparto la actitud de los escritores que se atribuyen privilegios divinos no otorgados al común de los mortales, ni la actitud de quienes se golpean el pecho y rasgan sus vestiduras pidiendo el perdón público por vivir al servicio de una vocación inútil.

Ni tan dioses ni tan insectos. La conciencia de nuestras limitaciones no es una conciencia de impotencia: la literatura, una forma de la acción, no tiene poderes sobrenaturales, pero el escritor puede ser un poquito mago cuando consigue que sobrevivan, a través de su obra, personas y experiencias que valen la pena.

Si lo que escribe no es leído impunemente y cambia o alimenta, en alguna medida, la conciencia de quien lee, bien puede un escritor reivindicar su parte en el proceso de cambio: sin soberbia ni falsa humildad, y sabiéndose pedacito de algo mucho más vasto.

Me parece coherente que renieguen de la palabra quienes cultivan el monólogo con sus propias sombras y laberintos sin fin; pero la palabra tiene sentido para quienes queremos celebrar y compartir la certidumbre de que la condición humana no es una cloaca. Buscamos interlocutores, no admiradores; ofrecemos diálogo, no espectáculo. Escribimos a partir de una tentativa de encuentro, para que el lector comulgue con palabras que nos vienen de él y vuelven a él como aliento y profecía.

11

Sostener que la literatura va a cambiar, de por sí, la realidad, sería un acto de locura o pedantería. No me parece menos necio negar que en algo puede ayudar a que cambie.

La conciencia de nuestras limitaciones es, en definitiva, una conciencia de nuestra realidad. En medio de la niebla de la desesperanza y la duda, es posible enfrentar las cosas cara a cara y pelearlas cuerpo a cuerpo: a partir de nuestras limitaciones, pero contra ellas.

En este sentido, resulta tan desertora una literatura «revolucionaria» escrita para los convencidos, como una literatura conservadora consagrada al éxtasis en la contemplación del propio ombligo. Hay quienes cultivan una literatura «ultra» y de tono apocalíptico, dirigida a un público reducido y que está de antemano de acuerdo con lo que propone y transmite: ¿cuál es el riesgo que asumen estos escritores, por más revolucionarios que digan ser, si escriben para la minoría que piensa y siente como ellos y le dan lo que espera recibir? No hay, entonces, posibilidad de fracaso; pero tampoco de éxito. ¿De qué sirve escribir si no es para desafiar el bloqueo que el sistema impone al mensaje disidente?

12

Pero no es solamente un problema de lenguaje. También de medios. La cultura de la resistencia emplea todos los medios a su alcance y no se concede el lujo de desperdiciar ningún vehículo ni oportunidad de expresión. El tiempo es breve, ardiente el desafío, enorme la tarea: para un escritor latinoamericano enrolado en la causa del cambio social, la producción de libros forma parte de un frente de trabajo múltiple. No compartimos la sacralización de la literatura como institución congelada de la cultura burguesa. La crónica y el reportaje de tirajes masivos, los guiones para radio, cine y televisión y la canción popular no siempre son géneros «menores», de categoría subalterna, como creen algunos marqueses del discurso literario especializado, que los miran por encima del hombro. Las fisuras abiertas por el periodismo rebelde latinoamericano, en el engranaje alienante de los medios masivos de comunicación, han sido a menudo el resultado de trabajos sacrificados y creadores que nada tienen que envidiar, por su nivel

estético y su eficacia, a las buenas novelas y cuentos de ficción.

13

Creo en mi oficio; creo en mi instrumento. Nunca pude entender por qué escriben los escritores que mientras tanto declaran, tan campantes, que escribir no tiene sentido en un mundo donde la gente muere de hambre. Tampoco pude nunca entender a los que convierten a la palabra en blanco de furias o en objeto de fetichismo. La palabra es un arma, y puede ser usada para bien o para mal: la culpa del crimen nunca es del cuchillo.

Creo que una función primordial de la literatura latinoamericana actual consiste en rescatar la palabra, usada y abusada con impunidad y frecuencia para impedir o traicionar la comunicación. «Libertad» es, en mi país, el nombre de una cárcel para presos políticos y «democracia» se llaman varios regímenes de terror; la palabra «amor» define la relación del hombre con su automóvil y por «revolución» se entiende lo que un nuevo detergente puede hacer en su cocina; la «gloria» es algo que produce un jabón suave de determinada marca y la «felicidad» una sensación que da comer salchichas. «País en paz» significa, en muchos lugares de América Latina, «cementerio en orden», y donde dice «hombre sano» habría que leer a veces «hombre impotente».

Escribiendo es posible ofrecer, a pesar de la persecución y la censura, el testimonio de nuestro tiempo y nuestra gente —para ahora y después. Se puede escribir como diciendo, en cierto modo: «Estamos aquí, aquí estuvimos; somos así, así fuimos». Lentamente va cobrando fuerza y forma, en América Latina, una literatura que no ayuda a los demás a dormir, sino que les quita el sueño; que no se propone enterrar a nuestros muertos, sino perpetuarlos; que se niega a barrer las cenizas y procura, en cambio, encender el fuego. Esa literatura continúa y enriquece una formidable tradición de palabras peleadoras. Si es mejor, como creemos, la esperanza que la nostalgia, quizá esa literatura naciente pueda llegar a merecer la belleza de las fuerzas sociales que tarde o temprano, por las buenas o por las malas, cambiarán radicalmente el curso de nuestra historia. Y quizá ayude a guardar para los jóvenes que vienen, como quería el poeta, «el verdadero nombre de cada cosa».

(1976)

LA VENGANZA DE LOS VENCIDOS

La editorial española más exitosa de los últimos tiempos es una pequeña casa de Barcelona. Se llama La Gaya Ciencia y publica libritos de difusión popular, escritos en estilo periodístico y con muchas fotos. Son títulos para un país que se despabila. Se venden como agua *Qué es el socialismo, Qué es la lucha de clases, Qué es el orgasmo...* Los españoles se ponen al día.

En los quioscos de las ramblas de Barcelona, los más gigantes del mundo, las obras completas de Lenin y de Freud disputan sitio a las revistas que ofrecen los rostros eufóricos de los últimos presos políticos liberados por la amnistía y a los centenares de publicaciones especializadas en vender cuerpos de muchachas desnudísimas. Hace once años, cuando yo vine por primera vez a este país, mis amigos editores vivían en la cárcel y las revistas de escándalo peleaban con la censura para bajar un centímetro la línea del escote. Hoy, es el turno del deshielo político y el destape del sexo impreso. En el staff de asesores de cualquier revista que se respete ya no pueden faltar, al lado del teólogo, el ginecólogo, el sociólogo y el psicoanalista.

En la madrugada de una democracia «a la europea», un año y medio después de la muerte del generalísimo Franco, el país descubre al mismo tiempo las elecciones libres y el Kama Sutra, el psicoanálisis y el derecho de huelga, el feminismo y el marxismo. Fulminada por el violento oxígeno de la libertad, *la España negra* es conducida, sin pena ni gloria, al cementerio. Por el camino patatea.

SINDICATOS DE TODO

Las Comisiones Obreras, nacidas en los años setenta, son un caso único, que yo sepa, en la historia del mundo. ¿Lucha sindical clandestina? ¿No es, por definición, el movimiento obrero, un movimiento de masas, y por lo tanto no subterráneo? Las Comisiones Obreras no sólo desarrollaron una larga guerra clandestina desde las fábricas y los talleres, sino que además, al cabo de los años y las huelgas y las prisiones, la ganaron. Hoy los patronos y el Estado discuten con los dirigentes comunistas de las Comisiones, o con los socialistas de la UGT, o con los anarquistas de la CNT. En el museo, olvidados, yacen los sindicatos verticales

de los tiempos de Franco. Los militantes obreros salieron de las cárceles para entenderse de igual a igual con el presidente Adolfo Suárez; y a nadie sorprende que el rey Juan Carlos se tome un cafecito con los líderes socialistas Felipe González y Tierno Galván.

No hay quien no se organice, ahora, a la luz pública. Trece policías esperan juicio de consejo de guerra. Están acusados de encabezar una manifestación callejera de protesta. La manifestación de los policías reclamaba aumentos de salarios y el derecho de organizarse en sindicato. Tres presos, acusados de robo a mano armada, se cortan las venas para protestar, en plena Audiencia de Madrid, contra el maltrato en las cárceles: los tres son dirigentes de la Coordinadora de Presos en Lucha. Los ciegos, que venden billetes de lotería, se declaran en huelga. Los subnormales exigen, en manifestación callejera, colegios especiales; y los paráliticos (Minusválidos Unidos) demandan plataformas para sus sillas de ruedas.

En la costa andaluza se organiza el Sindicato Unitario de Trabajadoras del Amor. «Nosotras también queremos sindicarnos. Nadie nos ha respetado nunca en este país durante años...» declaran, en Málaga, las dirigentes del movimiento. En conferencia de prensa denuncian la competencia desleal de las extranjeras en la Costa del Sol. Por su parte, los homosexuales —unidos en un gran Frente de Liberación— envían al ministro de Justicia una carta con seis mil firmas exigiendo la derogación de la ley que los castiga con cinco años de cárcel.

En España no hay divorcio, pero el gobierno legaliza la Asociación de Mujeres Divorciadas. La Asociación postula la igualdad ante la ley de todos los hijos, legítimos o naturales o adulterinos, y la caída de la legislación que maltrata a la mujer como ciudadana de segunda clase.

Los movimientos feministas se propagan en todo el país. ¿No es una cólera justa? Según la ley, el marido manda a la mujer y dispone de los hijos. El delito de adulterio sólo existe contra ellas; los hombres pueden dormir en la cama que prefieran. Explosión en las calles de Barcelona: las manifestaciones protestan contra una injusticia que antes era costumbre: una mujer, separada desde hace cinco años de su marido homosexual, ha sido denunciada por adulterio y encerrada en la cárcel. También se indignan, las feministas, contra el código que castiga el aborto con pena de prisión en un país donde se practican setenta mil abortos por año.

«¿QUÉ HAGO CON ESTO?»

Después de un eclipse de cuarenta años, las mujeres españolas vuelven a escena. Enceguecidas, parpadean: «¿Quiénes somos?». Los equipos políticos que recorren los mercados y los barrios distribuyendo propaganda, escuchan la pregunta más frecuente de las amas de casa: «Pero cómo, ¿también nosotras podemos votar?». La libertad da miedo: «¿Qué hago con esto?». Según las encuestas, el voto femenino se orientará masivamente al centro y a la derecha. Si votaran solamente los hombres, dicen las encuestas, ganarían los partidos de izquierda.

¿Cuántas mujeres saben que eran muy distintas las cosas antes del baño de sangre y la larga noche del franquismo? En tiempos de la República, las mujeres no solamente podían votar. Cataluña promulgó en 1934 la primera ley equiparadora de los cónyuges en toda Europa. El aborto era legal en Cataluña y en España había matrimonio civil y divorcio. La España real se reincorpora al SIGLO XX antes que la oficial. De la misma manera, al fin y al cabo, murió el franquismo tiempo antes de que agonizara Franco. En la España real se consumen anualmente ocho millones de píldoras anti-baby. Pero el Código Penal castiga severamente cualquier información o propaganda sobre el tema. El director del diario independiente *El País* acaba de ser procesado por la publicación de un artículo.

Y a veces, en este vértigo, se desencuentran los hechos y las palabras. Todos los partidos políticos proclaman a viva voz el derecho de la mujer a la igualdad. Las mujeres forman el 53 por ciento del electorado. Pero no se encuentran más de dos candidatas mujeres en la lista nacional que tiene más.

HOMENAJES DEL VICIO A LA VIRTUD

Manuel Fraga Iribarne encabeza el partido de la restauración. Alianza Popular, que así se llama, incluye entre sus candidatos a la hija de Franco y a varios ministros del viejo régimen. El líder Fraga, hombre estrepitoso, atruena el país con insultos y maldiciones desde las tribunas. Los enemigos de España son tres, dice: el comunismo, la pornografía y la inflación. Ésta es su manera de negar, cuando se enoja (y siempre se enoja) la apertura democrática, la agonía de la censura y el novedoso derecho de huelga.

Pero los expertos en publicidad han prohibido a Fraga que mencione el nombre del generalísimo Franco durante la campaña; y el tono y el lenguaje de los avisos nada tienen que ver con los discursos. Alianza Popular, financiada por los cuatro mayores bancos de España, cubre las páginas de los diarios y los muros de las ciudades con denuncias sobre «la insuficiente justicia social», «la desocupación obrera»... Las camionetas parlantes de Alianza circulan por las calles de Cataluña, Galicia o el País Vasco protestando contra el maltrato de Madrid a las regiones. La hipocresía, dicen que dicen, es un homenaje del vicio a la virtud. Para atrapar electores, la nostalgia de la dictadura opera con disfraz.

Mientras los obispos catalanes divulgan un documento en el que recomiendan votar «por las fuerzas del cambio», el Partido Comunista olvida definitivamente los tiempos en que la Iglesia era enemiga. ¿Quemar iglesias? Pero si era en las iglesias que se reunían las Comisiones Obreras en los tiempos de la persecución... El Diablo ya no huele a azufre. Ahora Satanás es eurocomunista. El Partido Comunista de España, que condenó la invasión de Checoslovaquia, invita para su campaña electoral a Wolf Biermann, el trovador de protesta expulsado de Alemania Oriental. Santiago Carrillo ya no levanta el puño ni despliega en los actos la bandera republicana; en las entrevistas declara que con la monarquía se entiende de lo más bien. Los jóvenes radicales no ocultan su malestar ante las actitudes del Secretario General, pero las encuestas revelan que la abrumadora mayoría de los españoles es hostil o indiferente ante los símbolos políticos del pasado —el saludo con el puño en alto o la palma extendida, la hoz y el martillo, el yugo y las flechas— y quizás ante el pasado mismo.

Adolfo Suárez, el presidente, fue hombre de Franco y luego encabezó, dicen que por orden del Rey, el tránsito hacia una democracia moderna. Buen mozo, informal y simpático como un político liberal norteamericano, Suárez resume, en

su imagen, los signos del nuevo tiempo. No es la cara del Tirano Banderas, sino la de un primo de Kennedy o Carter la que seduce electores desde las paredes de las ciudades. Esta sonrisa ganará las elecciones, dicen las encuestas.

EL CENTRALISMO EN CRISIS

Todos los partidos, de izquierda a derecha, hablan un lenguaje nuevo. No se sabe si harán las reformas, pero por lo menos las nombran. ¿No hay apuro? La deuda externa se ha triplicado en tres años; las inversiones extranjeras disminuyen; la inflación sube al treinta por ciento y hay ochocientos mil desocupados.

Hasta 1960, los vascos, los catalanes y los gallegos tenían prohibidas sus lenguas y sus banderas. No podían hablar ni publicar en otro idioma que no fuera el castellano. Ahora en las escuelas catalanas también se estudia catalán y en el País Vasco flamean las ikurriñas. Pero las culturas nacionales no se agotan en sus sistemas de símbolos —esos sí vivos y actuales, según proclaman la realidad y las encuestas. Hace poco ardieron las barricadas de la ira popular en las calles de Bilbao y San Sebastián. Como de costumbre, Madrid envió policías castellanos a reprimir las huelgas y las manifestaciones. Vascos, catalanes y gallegos están hartos de que Madrid actúe como un ejército de ocupación; y los empresarios se han cansado de alimentar con impuestos a una burocracia inútil y todopoderosa. Franco fracasó. Todo indica que al cabo de una larga experiencia de arrasamiento y obligado silencio de su propia pluralidad, España avanza hacia una nueva organización federal del Estado.

LA EXPORTACIÓN DE HOMBRES

España compra mucho más de lo que vende. Consume mucho más de lo que produce. ¿De dónde salieron las divisas para equilibrar la balanza? De tres fuentes: el turismo, los empréstitos extranjeros y las remesas de los trabajadores emigrados. Se calcula que hay más de un millón de obreros españoles en el resto de Europa. Ellos hacen tareas sucias y pesadas en Alemania, Francia, Suiza, Bélgica, Suecia... Ellos envían al país la mayor parte de lo que ganan. Viven, en su mayoría, solos, lejos de su gente, hacinados en pensiones mugrientas y ajenos a la lengua y a las costumbres del lugar.

Apenas una quinta parte de esos trabajadores emigrados pudo inscribirse en el censo electoral. Y tan escasa es la información y tan enormes las dificultades, que una ínfima minoría de esos inscritos podrá ejercer su derecho al voto. Estos hombres, sobre cuyas espaldas descansa en gran medida la economía española, han reclamado en vano que se les reconozca el derecho a protagonizar la democratización del país. «Estamos marginados hasta de las estadísticas», dicen, «y en la Ley Electoral ni siquiera aparece la palabra *emigrante*».

UN TÓTEM DE NUESTRO TIEMPO

1

Sábado al atardecer, en la costa. Diálogo con los vecinos, recién llegados, de terraza a terraza:

—Hay mucha paz, aquí —dice la señora gorda.

—Sí —le digo.

Desde la terraza se ve el mar. Éste ha sido un hermoso día de verano. A una hora de Barcelona, el aire es limpio.

—Se respira otro aire, aquí —dice la señora.

—Sí —le digo.

—Lástima que tendremos que irnos —dice el marido.

—¿Tan pronto? —pregunto, celebrando secretamente la partida—. Si recién llegaron esta mañana.

—Sí, pero... ¿sabe? —dicen, a coro, el señor y la señora gorda—. En esta casa no hay televisión, y los niños no se adaptan. Me parece que tendremos que volver a la ciudad.

—Comprendo —digo.

2

Todos los sábados de tarde, los niños españoles lloran a moco tendido. *Marco* los hace sufrir.

Marco es una serie de dibujos animados que los japoneses han difundido por los televisores del mundo. Los japoneses han montado una multinacional de la lágrima. La industria empezó con Heidi, la repelente niñita suiza que anda por las montañas nevadas seguida por el ojo vigilante de la señorita Rottenmayer. Después, la gente de Tokio recurrió a Edmundo d'Amicis y resucitó, para el consumo mundial, una historia llorosa del autor de *Corazón*.

Marco, personaje de *De los Apeninos a los Andes*, desata ahora la ansiedad y el pánico entre los niños españoles de todas las edades. En Madrid, la Cruz Roja atiende un promedio de diez niños con crisis psicóticas en las horas siguientes al programa de televisión. «La serie es sádica» —dicen los expertos de la Cruz Roja— «y está totalmente contraindicada para los niños». Nueve de cada diez niños españoles, dicen las encuestas, ven *Marco* todos los sábados. Un padre explica: «Si apago el televisor, mis hijos lloran, porque quieren ver a *Marco*. Si lo enciendo, lloran porque lo ven». Gonzalo Morandé, médico psiquiatra especializado en niños, cuenta que su hijo menor lo ha despertado al grito de «¡Papá, no puedo más!», después del programa de *Marco*, y dice que en su departamento especializado del hospital la cantidad de enfermos infantiles con trastornos psíquicos se multiplicó por seis desde que la televisión española difunde la instructiva serie.

En las fiestas de fin de curso de las escuelas, los niños cantan las canciones de *Marco*; dibujan a *Marco*, con su mono Amedio en la cabeza, en los concursos de dibujo. Leen libros y revistas de *Marco*; usan remeras con la imagen de *Marco*.

Si se tratara de una película que empieza y termina, no sería grave. Pero ésta es una serie con más de cincuenta programas previstos. *Marco* busca a su madre y no la encuentra: a lo largo de las semanas y los meses todos los niños españoles, identificados con el japonésito de Génova, han perdido a su madre. Los padres españoles están dispuestos a todo con tal de que aparezca esa mamá.

Marco atraviesa el mar, embarcado de polizonte en Génova, y recorre la Argentina: «¿Dónde estás, mamá?», clama. Los anarquistas escriben en los muros de Barcelona: «Videla: devuélvele la mamá a *Marco*!». Semanal ración de sufrimiento: *Marco* sale de Buenos Aires, atraviesa la pampa, llega a Bahía Blanca, y la mamá no aparece. La confunde con una tuberculosa o con un cocinero disfrazado, la abraza en sueños, la llora, la canta, y es inútil: hasta que no se llegue al programa cincuenta, nada de madre.

El mundo de D'Amicis —profeta literario del fascismo— es mundo sombrío.

Tiene tres únicos valores: la familia, la patria y la educación entendida como una ordenada suma de conocimientos. Los personajes de Corazón son niños, pero no juegan. No tienen humor ni alegría. Son heroicos y aburridos. Marco es uno de estos típicos enanos. Sueña sueños macabros, de enfermedad y muerte, sueños de ausencia, y no juega jamás. Su mundo es un mundo adulto, y por lo tanto, trágico y desventurado: cuando viaja desde Génova a Buenos Aires, un temporal terrible acomete el buque; la enfermedad y el hambre golpean a la tripulación. A Marco le roban la poca plata que ha traído, no bien pisa la Argentina.

El sentimentaloides relato de D'Amicis, destinado a exaltar la figura de la Madre y la importancia de la Familia, ha alcanzado ahora, casi un siglo después de escrito, una insólita vigencia. Los japoneses, está visto, son capaces de arrancarle plusvalía a una mosca.

3

Me asusta la cara de un niño mirando televisión.

Mejor dicho, me asusta la cara de todos, chicos y grandes, pasivos, inmóviles frente al tótem, pero en los niños me impresiona más. La boca medio abierta, los ojos de hipnotizado: si le hablas, no te escucha; si le tocas, no se da cuenta. Consume, en trance, no dormido pero tampoco despierto, las emociones fabricadas en serie. Horas y horas de aventuras para paralíticos. Los chicos reciben hechas las imágenes que nosotros —¿hace tantos años?— inventábamos al leer. Sandokan tiene la cara, la ropa y los gestos del actor que lo interpreta. Cuando yo era niño, quedarse dentro de casa resultaba un castigo.

Una maestra de escuela cuenta, aterrada, en Nueva York: «Cuando les leo una historia sin mostrarles figuras, los niños se quejan: No veo, dicen. Entonces se distraen, se levantan, conversan, no me escuchan».

El lector crea imágenes mientras lee: el espectador las recibe hechas. La televisión captura la imaginación, no la libera, había dicho Bruno Bettelheim, y repite, en un libro reciente, Marie Winn (*The plug-in drug, televisión, children and the family, Nueva York, Viking Press, 1977*). Según Marie Winn la experiencia de la televisión perpetúa la dependencia infantil de las fantasías que los adultos fabrican para los niños. El lenguaje de las nuevas generaciones es tan pobre como puede llegar a serlo sin que se eliminen del todo las palabras. Desde 1964, decaen en Estados Unidos los rendimientos de los estudiantes de la enseñanza media y superior. El nivel general de los estudiantes es cada vez más bajo y son cada vez más excepcionales los rendimientos altos. La «generación de la televisión» encuentra en las drogas la prolongación natural, en la adolescencia, del entrenamiento infantil para la contemplación pasiva del mundo. El noventa y seis por ciento de los hogares norteamericanos tienen por lo menos un aparato de televisión. Los niños están cada vez más encadenados al aparato mágico. Los chicos de dos a cinco años de edad, veían veintitrés horas semanales de TV en 1966 y treinta horas en 1970; los chicos de entre seis y once años de edad veían veinte horas semanales en 1966. En el 70, veían veintiséis horas.

Marie Winn cita diversos testimonios. Entre ellos, el de un niño que explica: «Me gusta la televisión porque ella se hace cargo de mí. Yo no tengo que responder. No tengo que dar nada a nadie».

(1977)

LOS ESCLAVOS DE LA ABUNDANCIA

El ciudadano de la sociedad industrial despierta al mundo a través del consumo, y no de la participación. «La angustia ante la fuga del tiempo, ante la vejez y ante la muerte, no se incorpora a una cultura que le otorga sentido, sino que se resuelve por el consumo de servicios médicos», concluyen dos investigadores franceses, Jean-Pierre Dupuy y Jean Robert, en un libro que acaba de aparecer en París, *La traición de la opulencia*. Estos autores sostienen que cada vez ocupan más tiempo las actividades destinadas a «ganar tiempo» —y el tiempo se ha convertido, en esta civilización, en una sustancia que se puede consumir, comprar, intercambiar y acumular. Según ellos, el automóvil devora un «tiempo social» de tres a cuatro horas diarias para el europeo medio.

LA INFLACIÓN DE LA MEDICINA

La salud consiste, según Dupuy y Robert, en la capacidad humana de rehusar un entorno intolerable; y la medicina cumple, en este sentido, el rol social de «coartada» para una sociedad enferma. El malestar provocado por el vértigo y el sinsentido de la vida moderna, se «maquilla» y adopta la forma de enfermedades físicas. El paciente busca, en la medicina, una gran madre cariñosa y no la máquina anónima que es en realidad. La vida se «medicaliza» cada día más. En la mayor parte de los países europeos, los gastos en remedios y atención médica crecen a un ritmo del diez por ciento anual. Esto no se ha traducido en progresos visibles que hagan más larga la vida o reduzcan las tasas de mortalidad. En Francia, la tasa de mortalidad de los jóvenes aumenta, en vez de disminuir, y la esperanza de vida al nacer se ha estabilizado desde 1965.

Sin embargo, si se mantuviera el ritmo de crecimiento de los gastos de salud en Francia, los franceses tendrían que dedicar, antes de fin de siglo, el total de sus ingresos a remedios y médicos. Estos gastos vienen creciendo, en los últimos años, mucho más aceleradamente que todos los demás. El cálculo proviene de otro libro que acaba de aparecer, *La inflación médica. Reflexiones sobre la eficacia de la medicina*, del médico escocés Archibald Cochrane.

Cochrane, que en los años treinta peleó contra el fascismo en las Brigadas

Internacionales, hoy rompe lanzas contra los profesionales del dolor humano. Dice Cochrane que la hipertrofia de los gastos en salud resulta de la capacidad publicitaria de la industria farmacéutica y de la tendencia de los médicos a recetar remedios de alto precio y exámenes clínicos caros, que dan al paciente la impresión de que el médico se ocupa realmente de él. El público espera milagros y el médico cobra cada vez más para no decir la verdad. El hierro, por ejemplo, es ineficaz contra la anemia moderada y los antidiabéticos orales no sirven para la diabetes en edad madura; la insulina no lleva ninguna ventaja a un buen régimen de comidas. La ergotamina es perfectamente inútil para las migrañas y la carísima vitamina B12 se consume veinte veces más de lo que se justificaría desde un punto de vista terapéutico. En el mismo sentido, Cochrane computa el abuso de los rayos X, que implican un riesgo para la salud y se aplican con tanta facilidad, y las internaciones de larga duración, en sanatorios caros, para operaciones simples como las de la hernia.

¿Qué médico se atrevería, hoy día, a recetar una aspirina? Sin embargo, ¿cuántas aspirinas más o menos disfrazadas cumplen la función de pócima mágica en la sociedad industrial? Recetar hoy día un producto tan conocido, tan banal, cuando tantos nuevos medicamentos se han precipitado al mercado, sería percibido por el enfermo como una falta de atención por parte del médico. Se sentiría traicionado.

SE COMPRAN ESPERANZAS

Dupuy y Robert revelan que la industria farmacéutica consagra un dieciséis por ciento de sus gastos a la publicidad y apenas un ocho por ciento a la investigación. La renovación de la apariencia de un producto justifica el alza del precio. Se compran signos; signos de renovación, símbolos de progreso y de esperanza.

En la industria farmacéutica ocurre lo mismo que en otros sectores. La anchoa enrollada cuesta, en Francia, mucho más que la anchoa simple. El nuevo modelo de un automóvil, en Alemania, con un faro cuadrado en lugar de un faro redondo, vale más que el anterior por el solo hecho de que propone una innovación. La competencia por la innovación ha desplazado a la competencia por el precio. ¿Qué sería de los campeonatos de box si la sola aparición del desafiante hiciera perder sus capacidades al campeón?

Sobre mil artículos de consumo que existían en Suecia en 1950, solamente 470 sobrevivían cinco años después, y en 1960 no quedaban más que trescientos. Los restantes habían sido desplazados por productos nuevos. El estudio que reveló estos datos se refiere a productos alimenticios, capilares, de higiene y de entretenimientos. Hay una renovación incesante de los artículos de consumo masivo en los países desarrollados. Los productos son cada vez menos resistentes, fabricados para que se gasten en seguida. Se cambia un envase, una marca, y la imaginación de los especialistas en *marketing* inventa diferencias comerciales para productos que no tienen diferencias reales. La misma píldora cambia de nombre o de imagen según sirva para aliviar la «angustia nocturna» o la «angustia diurna». El cambio de envase, de nombre o de modelo pretexta un aumento de precio.

De aquí a pocos años, aseguran los expertos, los productos alimenticios serán cada vez menos «alimenticios» y cada vez más «productos». Al ritmo de desarrollo actual, no pasará mucho tiempo antes de que apenas un cinco por ciento del costo de un producto alimenticio corresponda a la materia prima, y un noventa y cinco por ciento a los gastos de acondicionamiento, presentación, publicidad y transporte. Los productos agrícolas que antes se encontraban en los mercados en estado natural han sido reemplazados por productos industriales, en los que resulta preponderante la parte que corresponde al envase, al embalaje y la presentación.

CUERPOS QUE GRITAN

Gilbert Tordjman acaba de publicar, también en París, otro libro confluente, *Cómo tratar las enfermedades psicosomáticas*. Tordjman propone una patología médica nueva, ligada a las condiciones de vida en un universo geométrico, uniforme, superpoblado, poluido y estrepitoso. Las sensaciones de soledad y abandono, el miedo, la angustia, stress, generan jaquecas, mala digestión, trastornos respiratorios, insomnios, fatigas: el enfermo psicosomático no es un enfermo imaginario. Es alguien que no consigue expresarse, porque su personalidad, su educación, su familia, o su medio profesional o social lo han reducido al silencio. Tiene el alma en sordina y habla, o grita, a través de su cuerpo: su enfermedad es un pedido de socorro.

Las enfermedades nerviosas, o de origen nervioso, se han multiplicado por «la transformación de nuestras ciudades por el automóvil, la saturación de humo y de ruido y el ritmo frenético que nos impone la despiadada competencia», dice

Tordjman.

Los choferes son particularmente vulnerables a las depresiones y al infarto. En la civilización industrial, el auto reina. Al servicio del auto-rey, las ciudades empobrecen su espacio y se deshumanizan. Entre el aislamiento completo o la vida en una promiscuidad intolerable, hay cada vez menos alternativas.

EL AUTOMÓVIL DEVORA ESPACIO Y TIEMPO

En una proporción que crece año tras año, las grandes ciudades dedican una enorme parte de su espacio a atender, estacionar, hacer circular, vender, comprar y abandonar automóviles. La ciudad de Los Ángeles, en California, ha sacrificado a los autos el sesenta por ciento de su suelo. Apenas un cuarenta por ciento —que todos los años encoge un poco más— queda para la gente. La isla de Manhattan utiliza la mitad de su superficie total para la circulación y la atención de los automóviles. En Europa, algunas ciudades se defienden todavía de la invasión. Ámsterdam reivindica porfiadamente a la bicicleta; y la Municipalidad, que no prohíbe nada, «molesta» a los automóviles todo lo que puede obstaculizándoles el tráfico a lo largo de los viejos canales de la ciudad.

El automóvil, ¿hace ganar tiempo? Éste es el motivo que usualmente empuja a los compradores.

Dupuy y Robert muestran en su libro que este instrumento, considerado imprescindible para economizar tiempo en la vida moderna, devora en Europa entre tres y cuatro horas por persona y por día. Para realizar este cálculo, los investigadores franceses han sumado el promedio de tiempo invertido en desplazamientos, *al tiempo que es preciso trabajar para pagar los gastos que un automóvil implica*. Las horas necesarias para ganar el dinero equivalente al precio del auto, el permiso de conducir, el seguro, los gastos de garaje, el combustible, los neumáticos, los repuestos, las revisiones y reparaciones normales, los gastos de estacionamiento y peaje y las multas y los accesorios se agregan, así, al tiempo promedio de los trayectos recorridos. ¿No es absurdo consagrar tres o cuatro horas diarias al automóvil? «Trabajamos», dicen los autores, «una buena parte de nuestro tiempo para pagar el transporte al trabajo».

Los planificadores y los tecnócratas sienten un notorio desprecio por las caminatas. Andar a pie es un comportamiento extraño y anticuado, que habría que

eliminar porque resulta antieconómico. Para la sociedad industrial contemporánea, el tiempo de desplazamiento entre uno y otro punto es un «tiempo muerto». No rinde dinero: es inútil. Un reciente estudio técnico de un organismo oficial francés (CERAU) sobre la ciudad de Toulouse, por ejemplo, advierte con espanto que los habitantes realizan a pie una tercera parte de sus viajes y propone servicios de transporte para «recuperar» ese tiempo «perdido».

EL TIEMPO COMO RECURSO ECONÓMICO

En el siglo pasado se suponía que el aumento de la productividad iba a implicar una reducción del tiempo de trabajo. A medida que se fuera desarrollando la tecnología, se suponía que el aumento del rendimiento iba a disminuir la jornada de trabajo. Quedarían más horas libres para que cada obrero o empleado «hiciera su vida», se comunicara con los demás y con la naturaleza y participara de la vida social en términos no «productivos».

No ha ocurrido así. En Francia, por ejemplo, en los últimos setenta años, la productividad del trabajo se ha multiplicado por nueve mientras que las horas de trabajo se han reducido apenas en un veinte por ciento. En 1972, los trabajadores franceses estaban ocupados, en promedio, cuarenta y cuatro horas por semana, o sea bastante más que la duración máxima del trabajo fijada por la ley de 1936.

El aumento de la productividad ha determinado un gran desarrollo de la capacidad de consumo, en gran medida de artículos superfluos, inútiles; pero no ha provocado una disminución del tiempo que se dedica al trabajo. El trabajador está preso de las cosas que compra y paga en cuotas, y al servicio de las cosas él quema su tiempo. Las encuestas que se han hecho en Europa sobre el uso del tiempo libre muestran una patética falta de imaginación y también una evidente inhibición en casi todas las respuestas. Leyéndolas, uno tiene la impresión de que al margen del engranaje productivo el hombre es una pasión inútil. El ciudadano medio de la civilización industrial siente miedo y culpa por disponer de un tiempo demasiado importante «sin nada para hacer».

El tiempo ha hecho su aparición en la economía. Es, ahora, un recurso. Esta concepción del tiempo, totalmente extraña a las civilizaciones anteriores, aumenta el valor de este recurso en proporción directa a su escasez.

El tiempo del sueño se considera, cada vez más, un tiempo desperdiciado.

Para convertirlo en un tiempo rentable, se ensayan actualmente métodos de enseñanza durante el sueño. Se aprende inglés durmiendo. El vértigo sin tregua y sin poesía aumenta locamente el consumo de píldoras, barbitúricos, tranquilizantes, pastillas digestivas. También el tiempo que se destina a la comida es cada vez menor. Se almuerza y se cena a la disparada, para cumplir con la exigencia biológica, y ya el acto de comer no es, como en otros tiempos, una ceremonia sagrada de comunicación humana.

(1978)

LA CANCIÓN DE LOS PRESOS

Mala noticia para los ingenieros del horror: la máquina de la muerte produce vida. Cada piecita luce intacta y en su sitio, se han revisado y aceitado los engranajes, se han seguido al pie de la letra las instrucciones de los técnicos internacionales de mayor experiencia y prestigio. Sin embargo, ahí está aleteando, más viva que nunca, el alma humana. Hombres aislados, torturados, cotidianamente sometidos al tratamiento de la destrucción, responden creando. No tiene la voz rota ni apagado el corazón quien es capaz de decir:

a veces llueve

y te quiero

a veces sale el sol

y te quiero

a cárcel es a veces

siempre te quiero

Estos son poemas anónimos. Sus autores están presos en el Penal de Libertad, que así se llama, por traición al lenguaje, la principal cárcel de presos políticos del Uruguay. Han sido escritos en hojillas de papel de fumar y se han deslizado a través de los barrotes y los anchos muros de ese campo de concentración. Por ser obra de los presos, los poemas simbolizan perfectamente la

situación de un país que está, todo entero, en prisión:

lo dijo un compañero

si eliminamos

órdenes

reglamentos

si hacemos caso omiso

a uniformes

rejas

si no tomamos en cuenta

a oficiales

y alcahuetes

lo dijo un compañero

y yo lo creo

aquí

en el calabozo grande

estamos presos

La cárcel es la casa de cada ciudadano. ¿Quién no tiene prohibida la palabra? Una reciente orden de la Dirección Nacional de Relaciones Públicas de la dictadura uruguaya impide opinar sobre temas políticos a nadie que no sea general de las Fuerzas Armadas. Todos los habitantes del país son rehenes de libertad precaria, sin otro derecho que el de respirar y obedecer. El simple hecho de cobrar una cuota de un sindicato se considera incitación al delito y se paga con seis años de prisión. Se ha cambiado la partitura del himno nacional para que la música suene bajito cuando el coro grita: «¡Tiranos temblad!», y así se obliga a susurrar la frase, porque el que se anima a gritarla marcha derecho a la picana eléctrica y la cárcel. Mientras existió la prensa de oposición, el régimen batió el récord mundial de suspensiones y clausuras, entre 1968 y 1975, y actualmente no se permite leer, en las bibliotecas públicas, los diarios y revistas publicados antes del golpe de Estado de 1973. La orden de silencio es tan absoluta que están sometidos a censura, en el Uruguay, los diarios de Argentina y Chile, porque resulta demasiado libre la prensa de Videla y Pinochet. Más de la mitad del presupuesto nacional se dedica a financiar las tareas de vigilancia, persecución y castigo: en proporción, Uruguay tiene el mayor presupuesto de represión del mundo entero. El derroche militar y policial podría explicarse, quizá, porque el gobierno considera que estamos en plena tercera guerra mundial, según explica un reciente documento de las Fuerzas Armadas editado por la Universidad de la República. Pero en realidad, es muy otra la guerra que están librando los militares de mi país. Para las Fuerzas Armadas uruguayas,

convertidas en el partido político de las corporaciones multinacionales, el enemigo es la gente:

es verde

pero murmura

es verde

pero habla

es verde

pero interroga

es verde

pero tortura

El senador Frank Church dijo en Estados Unidos que «Uruguay es la peor, aunque no la única, cámara de torturas de América Latina», y recientemente, el almirante Hugo Márquez, miembro de la Junta de Comandantes en Jefe, proclamó en Montevideo que los militares tienen órdenes de «respetar la dignidad del ser humano y no infligirle presiones físicas más allá de lo que es humanamente soportable». Por lo menos medio centenar de personas han muerto víctimas de torturas «humanamente soportables», y no existe un solo preso político que no

haya pasado por ellas

si vieras

las contradicciones que hay

en el Ejército

si hubieras escuchado

cómo discutían

alférez y capitán

mientras me daban

En el marco de la campaña mundial por la amnistía, los poemas de los presos políticos serán editados en Suecia. Resultarán sorprendentes, para más de un lector, porque nada tienen que ver con el panfleto facilonguero y porque revelan una insólita capacidad de hermosura en las peores condiciones imaginables. Han sido escritos por hombres sometidos a un continuo clima de tensiones y amenazas, deliberadamente montado para volverlos locos. En 1976, Edy Kaufman, de Amnesty International, reprodujo ante el Congreso norteamericano las palabras del director del penal de Libertad: ya que no se ha liquidado a tiempo a los elementos peligrosos para el país, y tarde o temprano habrá que liberarlos, «debemos aprovechar el tiempo que nos queda para volverlos locos». Los presos políticos uruguayos sólo pueden hablar por teléfono con las pocas visitas que se les

permiten y tienen prohibido volver la cabeza, hacer guiñadas, caminar lentamente o con apuro y, por misteriosas razones, también tienen prohibido dibujar peces, mujeres embarazadas y gusanos. Están obligados a pagar su hospedaje, como si la cárcel fuera hotel, a un promedio de quinientos dólares anuales. Son frecuentes las tentativas de suicidio en las celdas de castigo y también los simulacros de fusilamiento.

No son éstos, sin embargo, poemas quejosos. No están sucios de autocompasión. Han sido escritos desde la dignidad, no desde la lástima:

hablar brevemente con la abeja

que pasa zumbando

decirle a la hormiga que se apure

con su pan

para la compañera hormiga

contemplar la araña

admirar la belleza

de sus patas portentosas

y rogarle

que suba más despacio por la tela

son todas formas

de la resistencia.

Desde la dignidad, digo, peleada y salvada cada día:

hoy me sacaron la capucha

¿cómo voy a llorar ahora

justo ahora

que tengo ganas de llorar?

¿dónde esconderé las lágrimas

ahora?

ahora que me sacaron la capucha.

Fracaso de los inquisidores y los verdugos. A la cultura popular, no hay prisión que la encierre, ni aduana que la pare, ni bala que la mate:

por qué será que el sargento

silba Viglietti

por qué será que el cabo

tararea Olimareños

por qué será que el soldado

canta Zitarrosa

por qué será que tienen

mierda en la cabeza.

En la ópera china clásica, el Emperador decapita al mensajero que trae malas noticias. La cultura nacional auténtica estaba trayendo malas noticias para los dueños del poder cuando los militares se lanzaron, con el cuchillo entre los dientes,

al asalto de los centros de enseñanza, las editoriales, los periódicos, los teatros, las galerías de arte, los tablados de carnaval y los escenarios de las fiestas populares. La cultura uruguaya recibió así el mejor homenaje de toda su historia, porque ¿qué se podría opinar de una cultura libre en una sociedad presa? La censura, la prisión, el exilio o la fosa esperaban a los culpables. La dictadura castiga a quien crea que el país no merece ser una cárcel o un asilo de ancianos. Al fin y al cabo, se prohíben libros como se prohíben asambleas. Se prohíbe la palabra a los mejores escritores como se prohíbe la palabra al llamado «hombre común», cuyo salario ha sido reducido a la mitad en siete años y que no tiene ningún motivo para celebrar que en el Uruguay estén baratos el jamón de Dinamarca, el vino de Francia y la mermelada inglesa, mientras cae verticalmente el consumo de leche y de zapatos.

Estos poemas de los presos políticos son, precisamente, obras del «hombre común», que no se limita a consumir la poca o ninguna cultura posible, sino que se muestra capaz de crearla. La energía creadora del pueblo nunca está muerta, aunque parezca, a veces, dormida; y no figura en los títulos de propiedad de los dueños del país ni de la cultura oficial, que elogia a la muerte y rinde homenaje al miedo. A la sombra de la celda, el hombre persigue símbolos de identidad, signos de vida:

yo no la veo

tengo claro el concepto

lo que quiero decir

o que quiero decirles

busco debajo de la frazada

por las dudas,

no se me haya escondido la muy puta

pero no está

no hay caso

no hallo la palabra

¡Ayuden a buscarla

compañeros!

Estos poemas de amor, amor a la vida, al paisito nuestro y a las cosas más sencillas y verdaderas, han sido escritos con humildad. No tienen la arrogancia del héroe ni de la víctima y están a salvo de cualquier mesianismo. La cárcel ha enseñado, muy duramente, a encontrar la esperanza en la barriga de la desgracia:

¡Arriba el ánimo, compañeros!

estando el enemigo

estamos nosotros.

El tiempo de la infamia es también el tiempo de la solidaridad. Quien espera salir alguna vez, también espera

haber aprendido

a desnudarse

y aceptar discretamente

que el abono fue

siempre será

doloroso

y nunca se está

en la vida jamás se está

de veras

solo

EL EXILIO, ENTRE LA NOSTALGIA Y LA CREACIÓN

1

Crisis de identidad, angustias del desarraigo, fantasmas que acosan, que acusan: el exilio plantea dudas y problemas que no necesariamente conoce quien vive lejos por elección. El desterrado no puede volver al propio país o al país elegido como propio. Cuando uno es arrojado a tierras extranjeras, queda muy a la intemperie el alma y se pierden los habituales marcos de referencia y amparo. La distancia crece cuando es inevitable.

2

A los escritores, el destierro nos confirma, una vez más, que la literatura no es inocente. En su mayoría, los escritores chilenos, argentinos y uruguayos obligados al exilio en estos últimos años, estamos pagando las consecuencias del ejercicio libre de la palabra. Las dictaduras del sur han montado, como se sabe, una maquinaria del silencio. Se proponen enmascarar realidades, borrar memorias, vaciar conciencias: desde el punto de vista de este proyecto de castración colectiva, las dictaduras tienen razón cuando envían a la hoguera libros y periódicos que huelen a azufre y cuando condenan a sus autores al exilio, la prisión o la fosa. Hay literaturas incompatibles con la pedagogía militar de la amnesia y la mentira.

3

Pero cuidado, no confundirse: no se trata de una maldición profesional. No son solamente algunos escritores las víctimas de la prohibición y persecución de la palabra viva. Las dictaduras no hacen más que poner en evidencia la esencial contradicción que en América Latina opone la libertad de los negocios a la libertad de las personas. ¿Quién no está amordazado? El que dicta las órdenes. Se prohíben libros como se prohíben asambleas: ¿hay algún espacio de comunicación y encuentro que no resulte potencialmente peligroso?

Un par de ejemplos de Argentina, que me parecen reveladores: el decreto que prohíbe publicar reportajes callejeros y «opiniones no especializadas» sobre cualquier tema, y la disposición oficial que condena a seis años de cárcel a quien no borre en un día las frases que aparezcan pintadas en el frente de su casa.

Según la doctrina de la seguridad nacional, el enemigo es la gente.

4

Tampoco el exilio es el dramático privilegio de algunos intelectuales y militantes políticos. Pienso, por ejemplo, en la multitud de emigrantes uruguayos que la crisis económica ha lanzado al extranjero en la última década. Los cálculos más cautelosos indican que no menos de medio millón de uruguayos han sido obligados a buscar bajo otros cielos el pan cotidiano que les negaba su propia tierra, paradójicamente fértil y vacía de hombres. También ellos son exiliados, también ellos padecen una situación no elegida; y por cierto que el destierro no es un camino de rosas cuando hay que ganarse la vida peleando a brazo partido en países que tienen otra historia y otra manera de hablar y de vivir.

Lo general no niega lo particular. Simplemente, ayuda a situarlo. *En el exilio hay escritores y también hay albañiles y mecánicos torneros.*

5

No es tan alto el precio que se paga, si se compara. Y sobre todo si se compara con el destino que han encontrado, en nuestras tierras, algunos compañeros. Para desdramatizar el exilio de los escritores, bastaría con recordar unos pocos ejemplos de Argentina y Uruguay, sin ir más lejos, que tengo recién marcados en el alma: el poeta Paco Urondo, muerto a balazos; los narradores Haroldo Conti y Rodolfo Walsh y el periodista Julio Castro, perdidos en la siniestra bruma de los secuestros; el dramaturgo Mauricio Rosencof, reventado por la tortura y pudriéndose entre rejas.

En el mejor de los casos, si pudiera uno escapar a la tortura, la cárcel o el cementerio, ¿cuál sería la alternativa al exilio, al menos en el Río de la Plata y en la etapa actual? *Para sobrevivir, tendríamos que convertirnos en mudos, desterrados en nuestros propios países y el exilio de adentro es siempre más duro, y más inútil, que cualquier exilio de afuera.*

6

Y eso, sin hablar de otro exilio, invisible pero quizá más grave, que los escritores de casi toda América Latina estamos condenados a padecer. Me refiero a que estaremos siempre exiliados ante nuestras grandes mayorías nacionales, mientras no cambien profundamente las estructuras económicas y sociales que les vedan o restringen el acceso a la palabra impresa. *Aunque disfrutemos plenamente de la libertad de expresión en nuestros países, escribimos para todos pero sólo somos leídos por la minoría ilustrada que puede pagar los libros y se interesa por ellos.*

7

Por lo que tengo visto y conversado, y por experiencia propia, creo que a menudo se tiende a confundir arraigo con geografía.

Muy frágil sería la identidad nacional si la mera distancia física bastara para romperla. Las más latinoamericanas novelas de los últimos tiempos han sido

escritas fuera de nuestros mapas. Al fin y al cabo, conozco más de un caso de escritores nacidos en Montevideo o Buenos Aires, que residen en el Río de la Plata y quieren ser o parecer franceses. Viven pendientes de las últimas modas literarias que allá llegan, demoradas, ya penúltimas, desde Europa. Ellos se asoman a la realidad uruguaya o argentina desde arriba y a la distancia, como perdonándola por ser tan ajena y estar «tan lejos de todo». A la inversa, en la mitológica ciudad de París, que tan seductoramente invita al mareo y al despiste, viven y crean muchos artistas latinoamericanos que no necesariamente pierden ni borronean su identidad. En París, Julio Cortázar escribe una literatura muy argentina, Pedro Figari pintó hace años los cuadros más uruguayos de todos los tiempos y César Vallejo, que pasó allí la cuarta parte de su vida, no dejó de ser nunca un poeta peruano.

Ande por donde ande, yo no dejo de saber a qué tierra pertenezco si la llevo puesta, si camino con ella, si soy ella.

8

Me tapo los oídos y pienso: «No hay nada que valga la pena escuchar». Me vendo los ojos y concluyo: «No hay nada que valga la pena mirar».

Uno está lejos de su tierra y de su gente. Sí; pero aparecen otras tierras, se descubren otras gentes, nuevas fuentes para beber, nuevos públicos para conversar. Cada conciencia ganada por la diferencia y el derrotismo egoísta, es una victoria del enemigo. ¿Acaso no repite el enemigo, día y noche, que las dictaduras actúan en nombre de sus víctimas, que los oprimidos merecen su situación y que la desgracia es un destino? ¿Qué opción diferente contribuimos a ofrecer a través del llore y del queje?

En ningún caso, la nueva realidad que encuentro en el exilio me ofende por ser como es, y en cambio puede enriquecerse y, por lo tanto, enriquecer a los míos, aunque no me reconozca en ella, aunque me siga sintiendo extranjero, si soy capaz de entrar en ella sin miedo. Para los escritores, la experiencia del exilio implica, sin duda, un cuestionamiento del lenguaje. Y no solamente del lenguaje: en cierto modo, nos obliga a «nacer de nuevo», en muchos sentidos, para que el diálogo creador sea posible. Pero ¿no nos amplía, a la vez, los espacios potenciales de comunicación y encuentro? *Por duro que sea el desafío, ¿no nos confirma acaso que estamos vivos y que viva vuela la palabra, que no hay aduana que la pare ni jaula que la*

enjaule?

9

Ninguna dictadura cae si no la empujan; y los golpes decisivos no se asestan desde el extranjero. *Pero de mil y una maneras podemos ayudar, desde nuestro oficio solitario y solidario, a denunciar lo que ocurre, a rescatar lo que ocurrió y a estimular lo que ocurrirá cuando cambien estos malos vientos.*

10

Me miro al espejo y veo un dios que resplandece. Digo: «¿Qué sería del mundo sin mí? Los escritores somos la sal de la tierra». Pero después, en el jodido exilio, me miro al espejo y me veo tal cual soy, desnudo, personita nomás, y entonces digo: «Escribir no tiene sentido; se me castiga por error; el escritor no es un hombre de acción». Simetría perfecta de la arrogancia y el arrepentimiento, extremos de una misma negación de la realidad: el escritor que se siente un elegido, puede llegar en cualquier momento a la conclusión de que el mundo no merece ser salvado. Hay no más que un paso desde el mesianismo pedante hasta la espesa sopa de la autocompasión. Poca o ninguna distancia separa al «desencanto» de la creación literaria desarrollada como un favor que se hace a los demás. En este sentido, algunos escritores sufren, en el exilio, una crisis parecida a la que tiene lugar en la conciencia de ciertos militantes de las autodenominadas vanguardias políticas. Si la realidad no cambia al ritmo que yo quiero, no espero: a partir de hoy, «paso» de la política. Las «masas populares» se convierten súbitamente en «este pueblo de mierda» cuando no siguen el camino que los intelectuales han trazado «para» ellas. *Si el mundo no se me parece, tampoco me merece: el exilio desviste y pone en evidencia la contradicción entre la importancia que el intelectual tiende a atribuirse y la medida real de su incidencia sobre la realidad.*

11

El exilio entraña el riesgo del olvido. Pero a veces la memoria, que va cambiando conmigo, me tiende trampas. ¿No resulta cómodo refugiarse en el

pasado, cuando la realidad me da miedo o bronca porque no se parece a mis deseos? ¿Me refugio en el pasado que realmente fue o en el que invento, sin saberlo, a la medida de mis necesidades actuales? El presente, que está vivo, se retoba. El pasado, que está quieto, es más dócil, me contradice menos, y en esa bolsa puedo encontrar lo que pongo. A veces ocurre que el olvido se disfraza de homenaje a la memoria. Coartadas del miedo: petrificarme en la nostalgia puede ser una manera de negar no sólo la realidad que me toca vivir en el exilio, no sólo la realidad actual de mi país, sino también la realidad de mi experiencia pasada.

Paradójicamente, sin embargo, el exilio abre una distancia, en el tiempo y en el espacio, que puede resultar útil para recuperar la verdadera dimensión de cada cosa, la proporción de uno en los demás, pedacito de otros, y de la tarea de un escritor en la gran obra colectiva de la que forma parte. *Sin omnipotencias ni humillaciones, es preciso lavarse los ojos: para ayudar a que la realidad cambie, hay que empezar por verla.*

12

En un trabajo reciente, Ángel Rama destacaba la fecundidad del exilio de algunos intelectuales brasileños, a partir del golpe de Estado de 1964. Mario Pedroza en Chile, Ferreira Gullar en Argentina, Darcy Ribeiro en Uruguay y Francisco Juliao en México, dice Rama, no sólo se hicieron embajadores de la cultura brasileña, desconocida en la América española, sino que a su vez supieron sacar partido del contacto con las culturas hispanoamericanas desconocidas en Brasil. El exilio desarrolló este intercambio en un grado improbable en situaciones «normales», cuando lo «normal» en América Latina es la ignorancia recíproca de sus partes.

Podría decirse que mucho menos generosas son las posibilidades de los escritores latinoamericanos que viven su exilio lejos de la patria grande, en países que hablan otras lenguas, y en sociedades superindustrializadas que poco o nada tienen que ver con las nuestras. Sin embargo, pienso que también en estos ámbitos podrían multiplicarse los ejemplos positivos. Las olas de exiliados latinoamericanos llegados a Europa en estos últimos años han contribuido, por lo menos, a un conocimiento mutuo más realista, que lentamente va llegando más allá de los folklorismos facilongos, los deslumbramientos turísticos y la demagogia. Además, a través de la denuncia y la polémica, se ha facilitado, recíprocamente, una visión más «totalizadora» de la propia realidad. En la era de

las corporaciones multinacionales, cuando los automóviles y las ideologías se fabrican en escala mundial, el conflictivo contacto de realidades opuestas puede iluminar mejor las contradicciones de un mundo único, que los suburbios integran tanto como los centros, en el que la prosperidad y la libertad de unos pocos países no es inocente de la pobreza y la opresión de muchos otros.

El exilio, en tanto que obligado contacto con realidades extranjeras, no sólo puede alimentar a través de la revelación de identidades que universalizan al hombre: me nutro por lo que elijo, y también por lo que rechazo. Mucho nos dicen las voces de estas culturas metropolitanas de tan larga tradición; pero también son elocuentes sus signos de cansancio. Mucho tenemos que aprender de las sociedades de alto nivel de vida, pero también nos enseñan, por ejemplo, que el desarrollo económico no debe nunca convertirse en un fin en sí mismo, que no siempre hace a los hombres más libres y felices y que a veces termina por ponerlos al servicio de las cosas.

Así amplió el campo de mi mirada y así voy encontrando claves de creación y orientación que podrán ser de alguna ayuda, tarde o temprano, cuando llegue la hora del regreso y haya que regar las tierras que las dictaduras están arrasando. *El exilio, que siempre nace de una derrota, no solamente proporciona experiencias dolorosas. Cierra unas puertas, pero abre otras. Es una penitencia y, a la vez, una libertad y una responsabilidad. Tiene una cara negra y tiene una cara roja.*

(1979)

ONETTI: «EL BORDE DE LA PLATA DE LA NUBE NEGRA»

— *Mira qué cantidad de telegramas. Mira qué pila.*

— *Elegí uno, a ver.*

— *Éste. «Onetti que no ni no». La Pocha y el Pibe, desde Montevideo. Pero el más lindo, el más lindo lo escribí yo. Resulta que el ministro español de Justicia, Fernández Ordóñez, me mandó un telegrama de felicitación; y yo que lo veo pelear tanto por la ley de divorcio, le contesté con otro. Le puse: «Las felicitaciones son para usted, por su lucha a favor de la civilización».*

— *¿Cuál fue la reacción oficial ante el premio Cervantes?*

— *Aquí en España, todos...*

— *No, no. En Uruguay.*

— *Hasta ahora, y va para tres días, nada. La Academia uruguayana; y la argentina habían propuesto para el premio a Octavio Paz. Supongo que no habrá sido muy satisfactorio para él.*

— *¿Y esperas alguna reacción oficial?*

— *A mí, las autoridades uruguayas me han invitado a no volver nunca.*

— *Y la prensa, ¿publicó algo?*

— *Parece que sí. Me telefonearon desde Montevideo, uno o dos periodistas, a las cuatro de la mañana. Yo les dije: «Muchos saludos para mis amigos. A los que están ahí, a los que ya no están y a los fantasmas».*

— *¿A los fantasmas?*

— *Sí, a los asesinados. Si les digo asesinados, no publican. Yo no podía nombrar a Julio Castro, a Michelini... Pero les dije: «¡Qué bien les fue con el plebiscito, eh!».*

—¿Los diarios uruguayos pueden publicar tu nombre?

—*Ahora, parece que sí, desde hace un tiempo. Creo que fue desde que me dieron el Premio de la Crítica, aquí en España. Hasta no hace mucho, los libreros no se animaban a poner mis libros en los escaparates y en los diarios yo estaba negado. Negado. Los chicos de El Día, que es el único lugar donde se puede decir algo, ponían: «Como escribió el autor de La vida breve...»; y los tipos pensaban que era Manuel de Falla, y entonces pasaba...*

Eso ocurre a la mayoría de los uruguayos. Quien más, quien menos, todos prohibidos.

—*Pero yo, ¿qué pecado cometí? Presidir un jurado de literatura y premiar un cuento que la dictadura consideró pornográfico. Por eso me tuvieron tres meses preso. Y al pobre autor, le dieron como cuatro años. Llegaron telegramas de todo el mundo. Hasta el New York Times mandó un telegrama. El jefe de policía preguntó: «¿Pero quién mierda es este Onetti?».*

—¿Cómo aguantaste la cárcel?

—*Al principio, muy mal. Me tuvieron ocho días incomunicado. Yo muchas veces elijo la soledad, vos sabés; me meto en el cuarto y que nadie me joda. Pero cuando te obligan, es diferente. Y tenés que pedir permiso para ir al baño... Fue Dolly la que me salvó de la claustrofobia. Ella consiguió meter en la celda unas cuantas novelas policiales.*

—Vos sos un famoso devorador de novelas policiales. Buenas o malas, pero policiales. ¿Por qué te gustan tanto?

—*Me atrae una trama que se desarrolla y me despierta curiosidad sin exigirme participación. Yo estoy ajeno mientras leo, no tengo que ponerme al lado de nadie; pero estoy atrapado por la curiosidad. Quiero saber adónde va a parar todo eso, cuál será el desenlace...*

—Preferís, entonces, las policiales de enigma y suspenso. El tigre en el aire...

—*Las otras, las de puro balazo, me hartan. Las de la banda de Jackson contra la banda de Mulligan, me hartan.*

—¿Autores nuevos?

—*No... Hay una decadencia del género policial. Se lo está tragando la ciencia-ficción.*

—¿Y las no policiales?

—*Hace tiempo que no encuentro una novela no policial que me apasione. A falta de cosas nuevas, releo. Releo mucho. Hasta Rebeca he releído. Hasta eso he llegado.*

—¿Cuáles son los novelistas a los que siempre volvés?

—*Faulkner, Balzac, que no se parecen nada... Cuando pesco un Henry James, gran admiración. Admiración no te digo. Cariño. La lección del maestro, te pongo por caso. Y Melville. El Bartleby, de Melville. Preferiría no hacerlo... ¿Te acordás? Preferiría no hacerlo... La traducción es de Borges. Y otros, no sé... Es un entrevero. Depende de lo que me cae en las manos.*

—Y entre todos, ¿cuál?

—*Faulkner. Faulkner. Yo he leído páginas de Faulkner que me han dado la sensación de que es inútil seguir escribiendo. ¿Para qué corno? Si él ya hizo todo. Es tan magnífico, tan perfecto...*

—¿Absalón, Absalón?

—*Sí. Es la más Faulkner de todas. El sonido y la furia tiene demasiado Joyce para mi gusto.*

—¿No ha sido bastante maltratado, Faulkner, en las traducciones? Aquí publicaron, hace poco, *Light in August*. Le pusieron, como en la edición argentina, Luz de agosto.

—*Sí, y es light en el sentido de dar a luz, de alumbramiento, no de luz. Sí. También Intruso en el polvo es, en realidad, Intruso en la disputa. Segunda acepción de dust. Estoy hecho un león con el inglés.*

—Hablemos de escritores en lengua castellana.

—*Mirá, no jodas.*

—No; no es para hacerte quedar mal con nadie. Contéstame con clásicos, si querés.

—*Y bueno, claro. Cervantes, Quevedo... Algunas cosas de Quevedo. Otras son muy gongorianas, aunque él era enemigo a muerte de Góngora. Y más cerca, te puedo nombrar a*

Valle Inclán, Baroja...

—¿Poesía, lees?

—*Muy poco. Solamente cuando siento que detrás del poema hay alguien que tiene algo nuevo que decir o sufrir. Si no, me aburro.*

—De tus libros, ¿cuál querés más?

—*Los adioses. Y en música, a Chaikowski y a Gardel. ¿Para qué preguntas lo que ya sabés? Hace como veinte años que lo sabés.*

—Ésta es una entrevista, Juan.

—*Ah. ¿Vos también?*

—¿Y vos? ¿O ahora vas a abandonar el periodismo?

—*Y... Ahora podría, ¿no? Con diez millones de pesetas... Pero sería desleal, me parece.*

—¿Qué vas a hacer con el dinero del premio?

—*Yo quiero una casa con jardín y con perro. Me han dicho que los escritores laureados tenemos derecho.*

—¿Para tomar aire?

—*Estás loco. Para quedarme adentro. Escribiendo. Yo he dedicado toda mi vida a escribir, sin esperar ninguna recompensa. En mí, es un vicio.*

—¿A partir de qué, escribís? ¿Recuerdos, imágenes, melodías?

—*O a partir de un recorte de un diario usado, o de un chisme, o de algo que escuché ayer. Soy muy chismoso, yo. Y cuando escribo, veo los escenarios, los personajes, las situaciones. Al escribir, o antes. Por ejemplo, El astillero. Esa novela yo la vi, una noche, en Buenos Aires, mientras caminaba por el pasillo de mi apartamento. En veinte o treinta pasos la vi, entera, de punta a punta. El astillero en ruinas, todo...*

—Y el exilio, ¿no te ha potenciado la memoria como fuente de atmósferas y de imágenes?

—*A mi edad, sabes, yo ya no me entervo. Ahora soy marido fiel. Por eso me refugio más en la memoria y le pido que me devuelva experiencias. La confusión de habitaciones en Dejemos hablar al viento, ¿te acordás?, viene de algo que me ocurrió, casi igualito. Y la memoria influye mucho en el novelón que ahora estoy escribiendo. Serán cien historias. Cien pantallazos. Por qué cien, exactamente cien, se sabrá en la última página.*

—¿Por el Decamerón?

—*Nada que ver. Aguantate.*

—¿Y el sueño? ¿Soñás imágenes o situaciones que después escribís?

—*Un sueño realizado. Soñé el final de ese cuento. Ella estaba sentada, tomando cerveza. Pasaba un automóvil y ella caía muerta. Pero en general, olvido los sueños no bien me despierto. Sé que he soñado algo que vale la pena y paf, lo olvido.*

—A mí me pasa lo mismo. Se me escapan los sueños. Tengo envidia de Helena, que sueña cosas maravillosas y las recuerda enteras. En ella, es una forma de creación. La otra noche soñó que iba al mercado de sueños, a elegir sueños hermosos, y recorría los puestos de sueños, buscando aromas, colores...

—*¡Te jodiste! Ya te lo robé. Lo escribo mañana. Toma. Tomate un vinito. Lo merecés.*

—Gracias.

—*No hay de qué.*

—Otra pregunta. ¿Para quién escribís?

—*Para mí. Para Onetti, que es mi mejor amigo.*

—¿Estás seguro?

—*O para mis personajes. También para ellos.*

—¿Y para los lectores? Si escribieras para vos, no publicarías.

—*Bueno, yo sé que va a haber alguien que me va a leer y va a entender las tristezas que escribo.*

—Entonces...

—*Pero yo escribo para mí, por el placer que siento.*

—Al sentir placer, lo das. Lo trasmitís. Comunicás cosas.

—*Lo doy o no lo doy. Yo qué sé. Sin voluntad de hacerlo. Sucede, simplemente. Una vez, una mujer me mandó una carta. Me dijo que quería suicidarse y que había leído El astillero y que El astillero le había levantado el ánimo. No pude entenderlo. Es increíble. ¡El astillero le levantó el ánimo! Increíble. Nena, dame una aspirina.*

—¿Qué te pasa?

—*Estoy mareado.*

—Las entrevistas. Muchas entrevistas.

—*No, si yo aguanto.*

—Será el vino.

—*¿Qué tenés contra el Cune? Son los cigarrillos, me parece. Me despierto con un cigarrillo en los dedos.*

—Y no caminás. Esto te pasa por vivir acostado.

—*Si camino, es peor. Ya probé. Una vez.*

—¿Te gustaría volver al Uruguay?

—¿Cuándo?

—Cuando se pueda. Cuando cambien las cosas. Parece que están empezando a cambiar.

—*¿Por el plebiscito, decís? Sí, sí... Cómo se ensartaron, ¿eh? Pero el país donde yo nací, no existe más. La ciudad donde yo me enamoré a los quince años, no existe más. Ésa ya no es mi Montevideo. Pasarán muchos años... Yo estoy viejo. Las cosas cambiarán, porque la dictadura ha fracasado. Pero la esperanza de ese cambio no me sirve. El borde de plata de la nube negra... Me gustaría... ¿Sabes qué...?*

—¿Qué?

—*No sé; estaba pensando...*

—Sí.

—*La muerte. La muerte es una cosa que me indigna.*

(1980)

UN AMIGO ME PREGUNTA CÓMO ES MONTEVIDEO

1

Antes que una iglesia o un hospital, Montevideo tuvo un café. La «pulpería» —expendio de bebidas y lugar donde se vende de todo, desde una aguja y una sartén hasta un paquete de tabaco— fue la primera casa con puertas de madera y pared de adobe entre las chozas de cuero desparramadas en torno al fortín.

Hacía poquito tiempo que habían llegado, desde Buenos Aires, los quince jóvenes y los diecinueve niños que en 1726 vinieron a poblar esta punta de tierra, roca y arena batida por el viento. Por delante, los fundadores tenían la mar, el río-mar, por donde amenazaban los portugueses; a sus espaldas, desde el inmenso desierto verde, eran los indios quienes querían desalojar a los intrusos. Los recién llegados, rotos, analfabetos, habían adquirido el derecho de llamarse don. Estrenaron su privilegio de flamantes «fijosdalgos» compartiendo tragos de vino ante el mostrador, al fin de alguna jornada de trabajo duro, mientras comentaban las raras novedades y veían la noche cayendo sobre la bahía: «A su salud, don». «A la suya».

Montevideo es la ciudad de los cafés. Allí no se pregunta: «¿Dónde vivís?», sino: «¿En qué café parás?». Casi no hay cafés en los barrios de los ricos, pero en el centro, en la ciudad vieja y en los barrios pobres y de clase media, he contado hasta siete cafés en un solo cruce de esquinas. Refugio de solitarios y lugar de encuentro, espacio cómplice de comunicación para las confidencias de las parejas o para el estrépito de las «barras» de los vecinos, los compañeros de trabajo o los hinchas de fútbol, el café es también el tradicional escenario de las «peñas» de los artistas y los políticos. En estos templitos de la amistad y el amor, el humo de los cigarrillos hace de incienso.

Ahora, cualquier borrachera o distracción puede resultar fatal. Se acabó la algarabía. La noche es peligrosa; la comunicación, sospechosa. Se sale menos, se habla menos y en voz baja. En el tiempo de la dictadura, rigen las leyes del silencio. La ciudad está habitada por rehenes. Cualquier comentario puede considerarse un «atentado contra la fuerza moral de las Fuerzas Armadas» y se

paga con tres a seis años de prisión. Soldados, espías y policías abarcan la cuarta parte de la población activa del Uruguay. Los gastos de represión consumen la mitad del presupuesto nacional. Hay orejas en las calles, en los ómnibus, en los taxis, en las oficinas, en las fábricas. En el café ¿quién es el que está en la mesa de al lado?

La capucha ha devenido el símbolo de esta hora triste. De cada setenta uruguayos, uno ha conocido ese trapo negro que te separa del mundo y te convierte en cosa. El encapuchado, sin cara y sin nombre, marcha rumbo al plantón, el caballete, el submarino, la picana... Uno de cada setenta. Pero ¿y los demás? ¿No se ponen la capucha cada día aunque no lo sepan? Quien dice lo que siente o piensa, está perdido. «Lo peor», me escribe un amigo desde Montevideo, «es aprender a mentir y enseñar a mentir».

2

En el último carnaval de Montevideo, la gente gritó. Carnaval, mundo al revés, breve tregua de verdad y locura. Arden las fogatas, los negros templan las lonjas y estalla el trueno de los tambores que «llaman». ¿A quién, a quiénes llaman los tambores? ¿A los perdidos dioses del África? No solamente; y la dictadura lo sabe. Se desatan los atados, dicen discursos los mudos, los paralíticos corren: todos los miembros de una de las mejores murgas de carnaval pasaron un buen tiempo presos por cantar opinando; y en las «llamadas» de 1980 la gente gritó. Se armó una batalla campal con la policía y no había manera de callar a la multitud que gritaba libertad, y gritaba Uruguay.

Montevideo parece una ciudad callada. Pero está vivo ese silencio, y cargado de cólera. El salario real ha caído a menos de la mitad en siete años, mientras se abren comisarías en algunos viejos locales de sindicatos y la actividad sindical se considera actividad criminal. El simple cobro de una cuota del sindicato puede implicar seis años de cárcel por «incitación al delito». En el país de la carne, la carne está en las nubes y una carnicería del barrio del Cordón la vende a plazos.

Las estadísticas acusan. Cada vez hay más analfabetos y tuberculosos y se compra cada año menos leche, menos zapatos, menos libros; pero las vidrieras rebosan de vinos de Francia, atunes de España, mermeladas de Inglaterra, aceites de Italia, aceitunas de Grecia, quesos de Holanda, chocolates de Suiza, sardinas de Portugal, jamones de Dinamarca y trajes de Taiwán.

3

Hace treinta años, nació en Montevideo uno de los mejores grupos de teatro independiente de América Latina. En su modesta sala propia, «El Galpón», estrenó *El soldado de chocolate*, de Shaw. Hoy aquella histórica salita luce un cartel de la empresa de demoliciones; y soldados que no son de chocolate han usurpado la sala nueva, amplia, en la avenida principal, que los muchachos de «El Galpón» habían levantado, ladrillo a ladrillo, gracias a la contribución de un pueblo que hizo suya la causa del buen teatro. Esa sala nueva sirve ahora para que la dictadura dicte cursos de educación moral y cívica. Los profesores exaltan «las virtudes de la raza» y leen textos que dicen, por ejemplo: «Habrán siempre unos que mandan y otros que obedecen. Es necesario que unos obedezcan para que otros puedan mandar».

Mientras tanto, son cada vez menos los alumnos de las escuelas y los liceos (donde había diez, hay siete) y está prohibido que tomen contacto con maestros y profesores fuera de las horas de clase. Militarización del poder, militarización de la cultura; el aula reproduce la estructura del cuartel. Al entrar en la universidad, los estudiantes juran que delatarán a quien desarrolle tareas «ajenas» a sus estudios. Las bibliotecas públicas niegan los diarios y las revistas anteriores al golpe de Estado. De los doce diarios que había en Montevideo, quedan cuatro. Uno de ellos, *El País*, definió recientemente a América Latina como «la parte más vulnerable de los Estados Unidos».

4

Hace más de un siglo y medio, en los años de la ocupación portuguesa, un viajero escribió que Montevideo «parecía que hubiera sufrido la visita de una plaga». E. M. Brackenridge encontró una ciudad desolada y vacía: «En las calles más frecuentadas, eran pocos los que se veían que no fueran soldados, o acaso una mujer solitaria vestida de negro...». Los mandamás de aquella época habían recibido a los invasores portugueses bajo palio y les habían ofrecido una misa de acción de gracias en la catedral.

Montevideo era, como ahora, una ciudad cautiva. Pero ahora, el ejército de ocupación no ha venido de afuera. ¿Los militares contra la Suiza de América? No, no. Para que el Uruguay se convierta en la caja fuerte de todo el cono sur, no basta

el secreto bancario. También hay que ofrecer seguridad. Es preciso poner a salvo a la Suiza de América de las convulsiones sociales y las amenazas políticas. El capital exige garantías. En Montevideo no hay huelgas en las fábricas, ni manifestaciones en las calles, ni inscripciones en los muros. Los diarios publican arrepentimientos públicos imprescindibles para conseguir empleo o conservarlo: «Declaro terminantemente que nunca, ni antes ni ahora, he apoyado...». Cada centro de trabajo funciona como un campo de concentración. Alguien escribe una carta: «Yo estoy aquí, con mi miedo y mi angustia, y sobre todo con mi rabia silenciosa...».

Una Suiza del Tercer Mundo no puede darse el lujo de la democracia, dirán los ideólogos de la Trilateral.

5

A mediados de 1973, el ómnibus que me llevaba hacia el aeropuerto y el exilio atravesó unos basurales infinitos. Ésta es la última imagen que me llevé de Montevideo: los enjambres de niños que revolvían la basura en busca de trapos, botellas y pan duro.

Poco antes, los militares habían disuelto el Parlamento y todo lo demás. Pero ya entre 1968 y el 73, el Uruguay había batido el récord mundial de suspensiones y clausuras de periódicos y hacía tiempo que el país venía produciendo más violencia que mercancías. Montevideo, con su vasto aparato burocrático, era desde siempre el vertedero de todas las contradicciones. A sus puertas golpeaban, golpean todavía, los jóvenes sin trabajo. En el campo, negaba trabajo el latifundio, que ahora expulsa más gente; en la ciudad, negaban trabajo las fábricas en crisis, que trabajan ahora con mano de obra escasa y esclava. Una ciudad que abarcaba, como ahora, la mitad de la población del país, ¿no era y es un síntoma de grave enfermedad nacional? Esperanza, fraude, furia: el sistema, administrado por espectros, odiaba a los jóvenes: la dictadura no hizo más que vengarlo. La clave del comercio exterior era, desde antes del golpe de Estado, el tráfico de carne humana. Como hoy, se exportaban trabajadores jóvenes y se importaban turistas. La sexta parte de la población uruguaya, corrida por la pobreza o por la policía, vive fuera de fronteras. El destierro masivo no empezó con la dictadura, aunque se aceleró con ella: incapaz de ofrecerles trabajo y libertad, es el sistema quien echa a los jóvenes. País de viejos, ciudad de viejos: el montevidiano medio es ahora dos veces y media más viejo que el carioca o el caraqueño. La dictadura no nació de la oreja de una cabra.

Aroma de pan caliente, fraternidades y melancolías, una guitarra a la orilla del río-mar; yo sé que ya no existe esa ciudad a la que tengo prohibido volver y que dos por tres acosa mis sueños. Sé que esa ciudad sólo existe, demorada, en la memoria de quienes la amaron, como yo la amé.

Otra ciudad encontraremos, los idos, a la hora del regreso. Después de la larga penitencia de desconfianza y miedo, ¿cómo será? ¿Tendrá vivas las ganas de respirar y reír? ¿Le habrá desfigurado la cara la mueca del rencor? A partir de la que encontremos, otra, muy otra, será la que haremos. Porque yo también sé, como sabía Nazim Hikmet, que mi ciudad más hermosa es la que todavía no conozco.

(1980)

DIEZ ERRORES O MENTIRAS FRECUENTES SOBRE LITERATURA Y CULTURA EN AMÉRICA LATINA

(a Juan Gelman)

1. HACER LITERATURA CONSISTE EN ESCRIBIR LIBROS

Escritor es quien escribe libros, dice el pensamiento burgués, que descuartiza lo que toca. La compartimentación de la actividad creadora tiene ideólogos especializados en levantar murallas y cavar fosas. Hasta aquí, se nos dice, llega el género novela; éste es el límite del ensayo; allá comienza la poesía. Y sobre todo, no confundirse: he ahí la frontera que separa la literatura de sus bajos fondos, los géneros menores, el periodismo, la canción, los guiones de cine, televisión o radio.

La literatura abarca, sin embargo, al conjunto de los mensajes escritos que integran una determinada cultura, al margen del juicio de valor que por su calidad merezcan. Un artículo, una copla o un guión son también literatura —mediocre o brillante, alienante o liberadora, como bueno o malo puede ser, al fin y al cabo, cualquier libro.

En el esquema de estos trituradores del alma, no habría lugar para muchas de las realizaciones literarias de mayor eficacia y más alta belleza en América Latina. La obra del cubano José Martí, por ejemplo, fue sobre todo realizada para publicación en periódicos, y el paso del tiempo demostró que pertenecía a un instante y además pertenecía a la historia. El argentino Rodolfo Walsh, uno de los escritores más valiosos de su generación, desarrolló la mayor parte de su obra en el medio periodístico y a través de sus reportajes dio incansable testimonio de la infamia y la esperanza de su país. La carta abierta que Walsh dirigió a la dictadura argentina en su primer cumpleaños, constituye un gran documento de la historia latinoamericana de nuestro tiempo. Fue lo último que escribió. Al día siguiente, la dictadura lo secuestró y lo desapareció.

Yo me pregunto, en tren de citar ejemplos, si la obra de Chico Buarque de Hollanda carece de valor literario porque está escrita para ser cantada. ¿La

popularidad es un delito de lesa literatura? El hecho de que los poemas de Chico Buarque, quizá el mejor poeta joven del Brasil, anden de boca en boca, tarareados por las calles, ¿disminuye su mérito y rebaja su categoría? ¿La poesía sólo vale la pena cuando se edita, aunque sea en tirajes de cien ejemplares? La mejor poesía uruguaya del siglo pasado —los «cielitos», de Bartolomé Hidalgo— nació para que la acompañaran las guitarras, y sigue viva en el repertorio de los trovadores populares. Me consta que Mario Benedetti no cree que sus poemas para ser cantados son menos «literarios» que sus poemas para ser leídos. Los poemas de Juan Gelman, que no imitan al tango porque lo contienen, no pierden nada de su belleza cuando en tango se convierten. Lo mismo ocurre con Nicolás Guillen. ¿Acaso el «son», su fórmula poética más característica, no proviene de la música popular afrocubana?

En un sistema social tan excluyente como el que rige en la mayoría de los países de América Latina, los escritores estamos obligados a utilizar todos los medios de expresión posibles. Con imaginación y astucia, siempre es posible ir abriendo fisuras en los muros de la ciudadela que nos condena a la incomunicación y nos hace difícil o imposible el acceso a las multitudes. En los años de la Segunda Guerra Mundial, Alejo Carpentier escribía dramas para la radio, muy populares en toda Cuba, y uno de los mejores narradores venezolanos de la actualidad, Salvador Garmendia, escribe telenovelas en Caracas. Julio Cortázar armó uno de sus últimos libros, *Fantomas contra las multinacionales*, sobre la base de una historieta, y como historieta se vendió en los quioscos de México.

Lejos está de mi intención negar el valor del libro como medio de expresión literaria. Simplemente creo que convendría empezar a cuestionar su monopolio. Y esto nos lleva de la mano a otra concepción que me parece errónea y que no es menos frecuente

2. POR CULTURA SE ENTIENDE LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO DE LIBROS Y OTRAS OBRAS DE ARTE

Las más de las veces, esta definición no osa decirse; pero implícita existe por todas partes. Se queda, creo, muy corta. En primer lugar, porque excluye a la ciencia, todo el inmenso espacio del conocimiento científico que integra la cultura y que es sistemáticamente ninguneado por los intelectuales consagrados a las artes. Además, porque reduce la cultura a términos de industria, una industria de artículos de lujo, ignorando a la llamada «cultura de masas» que es la industria

cultural por excelencia, internacionalmente montada para la captura de los mercados masivos. Y, por último, pero no menos importante: esta definición de la cultura hace de cuenta que no existen las expresiones espontáneas y valiosas de la cultura popular.

La primera omisión, el ninguneo de la ciencia como trabajo cultural, parece inexplicable a la luz de la historia latinoamericana más reciente. La marea de dictaduras de la década del setenta no se ha llevado por delante solamente a los escritores peligrosos, los teatreros subversivos, los músicos respondones, los dibujantes desobedientes y los profesores que entendían la enseñanza como creación de hombres libres. También las dictaduras han arremetido contra los proyectos científicos liberadores. Y con razón, desde su punto de vista: las víctimas del sistema suelen confundirse; pero los dueños, no. El monopolio de la tecnología es una clave de dominio en el mundo contemporáneo y las dictaduras latinoamericanas —partido político de las corporaciones multinacionales— cumplen su función: arrasan los escasos centros de investigación científica de vocación nacional, para que nuestros países continúen condenados al consumo de la tecnología extranjera, controlada por el amo. Como los escritores, los científicos nunca son inocentes: hay un modo de hacer ciencia que con sólo existir acusa a los dueños de un sistema enemigo del país y del pueblo.

Sobre la segunda omisión, ¿quién podría negar la influencia de la llamada «cultura de masas» sobre las multitudes latinoamericanas, que no necesitan saber leer para escuchar la radio o mirar la televisión? Esa «cultura de masas» se fabrica en serie en los grandes centros de poder del mundo capitalista, y sobre todo en los Estados Unidos, y se exporta irradiando modelos de vida en escala universal. El imperialismo cultural actúa a través del aparato educativo, pero sobre todo actúa a través de los medios masivos de comunicación: los canales de televisión, las radios, los diarios y las revistas de grandes tirajes. El televisor reina. Este tótem familiar de nuestro tiempo inmoviliza a sus fieles durante más horas que cualquier predicador y trasmite ideologías con un asombroso poder de difusión y persuasión.

Salvo contadas excepciones los medios masivos de comunicación irradian una cultura colonialista y alienante, destinada a justificar la organización desigual del mundo como el resultado de un legítimo triunfo de los mejores —o sea, de los más fuertes. Se falsifica el pasado y se miente la realidad; se propone un modelo de vida que postula el consumismo como alternativa al comunismo y que exalta el crimen como hazaña, la falta de escrúpulos como virtud y el egoísmo como necesidad natural. Se enseña a competir, no a compartir: en el mundo que se describe y se postula, las personas pertenecen a los automóviles y la cultura se

consume, como una droga, pero no se crea. Ésta es también una cultura, una cultura de la resignación, que genera necesidades artificiales para ocultar las reales. Nadie podría, creo, negar la amplitud de su influencia. Cabe preguntarse, sin embargo: ¿Tienen la culpa los medios que la transmiten? ¿El televisor es malo y los libros buenos? ¿No abundan acaso los libros que nos enseñan a despreciarnos a nosotros mismos y a aceptar la historia en lugar de hacerla?

Sobre la tercera omisión, algunos ejemplos recientes, del Río de la Plata, me parecen elocuentes.

Cuando los militares argentinos retomaron el poder, en marzo del 76, se apresuraron a difundir nuevas normas para los medios de comunicación. El nuevo código de la censura prohibía, entre muchas otras cosas, la difusión de reportajes callejeros y opiniones no especializadas sobre cualquier tema. El monopolio del poder implicaba, pues, el monopolio de la palabra, que a su vez obligaba al silencio al llamado «hombre común». Era, es, la apoteosis de la propiedad privada: no sólo tienen dueño las fábricas y la tierra, las casas, los animales y hasta las personas, sino que también tienen dueño los temas. La cultura popular, que vive en los campos y las calles, es siempre una «opinión no especializada». Algunos intelectuales la miran por encima del hombro, pero las dictaduras no se equivocan cuando la prohíben.

En el Uruguay, por ejemplo, la represión cultural no se ha limitado, en estos últimos años, a clausurar casi todos los diarios y revistas, a incinerar libros en autos de fe o triturarlos para venderlos como papel picado y a condenar al destierro, la cárcel o la fosa a numerosos científicos y artistas profesionales. La dictadura también ha prohibido las asambleas y todas las oportunidades de encuentro, diálogos y debate entre los hombres; y no es casual su obsesión por la limpieza de las paredes. En los países que funcionan como cárceles, las paredes no lucen inscripciones ni dibujos. La pared es la imprenta de los pobres: un medio de comunicación del que pueden disponer, con riesgo, a escondidas, fugazmente, los olvidados y los condenados de la tierra

3. LA CULTURA POPULAR RESIDE EN LAS TRADICIONES TÍPICAS

Desde el punto de vista de la ideología dominante, el folklore es una cosa simpática y menor, pero la simpatía paternalista se desenmascara y revela su puro

y simple desprecio cuando la «artesanía» invade el sacro espacio del «arte». En 1977, el pintor peruano Fernando Szyszlo renunció a la Comisión Nacional de Cultura porque se había enviado a la Bienal de San Pablo, en representación del Perú, una muestra de artesanía. Un año antes, hubo escándalo en Lima cuando un retablo de Joaquín López Antay ganó el premio nacional. La Asociación de Artistas Plásticos elevó su más encendida protesta y se escindió a partir de este episodio. Recuerdo la mala cara de más de un pintor de caballete, en Panamá, cuando se me ocurrió opinar que algunas molas, telas de colores de los indios cunas, de las islas de San Blas, merecían figurar entre las mejores realizaciones actuales de las artes plásticas en ese país.

Para el sistema, está claro: al menos en teoría, nadie niega el derecho del pueblo a consumir la cultura que crean los profesionales especializados, aunque en los hechos ese consumo se limite a los productos groseros de la llamada «cultura de masas». En cuanto a la capacidad popular de creación, no está mal, siempre y cuando no se salga de su lugar. Unos cuantos arquetipos más o menos exóticos, trajes vistosos, un lenguaje que se repite a sí mismo y no significa nada: lo «popular» es lo «pintoresco». Las divisas que el turismo deja sobran para pagar cualquier impuesto a la mala conciencia. Una memoria embalsamada y una identidad de cartón decoran y a nadie ofenden.

¿Pero por qué el *Popol Vuh*, pongamos por caso, el libro sagrado de los mayas, continúa vivo más allá de las bibliotecas de los historiadores y los antropólogos? Construida a lo largo de los tiempos antiguos por el pueblo maya-quiché, esta gran obra anónima y colectiva no solamente sigue siendo una de las cumbres literarias de América Latina. Para la mayoría indígena de la sociedad guatemalteca, es también una herramienta hermosa y de buen filo, porque los mitos que contiene siguen vivos en la memoria y en la boca del pueblo que los creó. Al cabo de cuatro siglos y medio de humillación, ese pueblo sigue sufriendo una vida de bestia de carga. Los mitos sagrados, que anuncian el tiempo de la pelea y el castigo de los soberbios y los codiciosos, recuerdan a los indios de Guatemala que son personas y que tienen una historia mucho más larga que la sociedad que los usa y los desprecia, y es por eso que nacen de nuevo cada día.

En realidad, la cultura de la clase dominante, hecha cultura de la sociedad entera, contiene su propia negación. Lleva, en la barriga, los embriones de otra cultura posible que es, a la vez, memoria de una larga herencia acumulada y profecía de una realidad diferente. Esa cultura nacional auténtica, que en algunas comarcas latinoamericanas tiene muy antigua raigambre popular, no opera como una reproducción degradada de la cultura dominante. Por el contrario, la casi total

ausencia de imaginación creadora constituye una de las características esenciales de la cultura dominante: actúa como cultura dominada, porque dominada desde afuera está la clase que la produce, una burguesía de gerentes, copiona, impotente y su popularidad no llega más allá de su demagogia. Si en Venezuela el plato nacional, el frijol negro, se importa desde Estados Unidos en bolsas que llevan impresa la palabra «beans», ¿puede uno sorprenderse de que los niños venezolanos ignoren la historia de su tierra? En una reciente encuesta, una cantidad abrumadora de niños venezolanos cree que Guaicaipuro es un premio de la televisión e ignora que así se llama su héroe indígena contra la conquista española.

Pero a la par que la cultura dominante distribuye conocimiento —o, mejor dicho, distribuye ignorancia— simultáneamente otra cultura, insurgente, va desencadenando la capacidad de comprensión y creación de las vastas mayorías condenadas al silencio. Esa cultura de la liberación se alimenta del pasado pero no termina en él. Vienen de muy lejos algunos de los símbolos de identidad colectiva capaces de abrir, a los latinoamericanos de nuestro tiempo, nuevos espacios de participación, comunicación y encuentro, pero están vivos en la medida en que los va moviendo el viento de la historia.

La cultura popular no consiste solamente en las tradiciones típicas que, por lo demás, en algunos casos tienen una raigambre vernácula dudosa. El rescate de nuestra identidad cultural no consiste en sustituir al pantalón vaquero por la bombacha gaucha, que al fin y al cabo llegó al río de la Plata hace bien poco tiempo, a causa de las dificultades de mercado de los ingleses cuando la guerra de Crimea. Bien advertía Carlos Monsiváis, en un trabajo reciente, que el cantor Jorge Negrete, símbolo del México oficial, nació como adaptación del «cow-boy cantante» al estilo de Gene Autry y Roy Rogers. En el fondo, se oponen sistemas de valores y no formalidades. ¿Qué es la genuina cultura popular sino un complejo sistema de símbolos de identidad que el pueblo preserva y crea? Al negarle esta dimensión creadora, se la envía al museo.

4. EL ESCRITOR CUMPLE UNA MISIÓN CIVILIZADORA

El mesianismo del escritor, que atribuye a su oficio un prestigio religioso y reivindica los privilegios derivados, proviene en América Latina, en línea recta, de la tradición romántica y de la ideología liberal que sacraliza al libro como un tesoro de civilización. Cualquiera que escribe, publica y se consigue algún lector que no

sea de la familia, ya se siente un elegido. Es, también, un reflejo de colonialismo cultural y resulta de una visión eurocentrista del mundo: «Europa somos nosotros, aunque hayamos nacido en tierras bárbaras», «Cultos son los que se parecen a nosotros», «Ser desarrollado es ser como nosotros». Se identifica la cultura con el aprendizaje académico o el talento solitario y se opone «la civilización», venida desde arriba y desde fuera, a «la barbarie», que está abajo y adentro.

Un eficaz escritor argentino del siglo pasado, Domingo Faustino Sarmiento, bendijo con el lema «civilización o barbarie» la guerra de exterminio que el puerto de Buenos Aires llevó adelante contra las provincias alzadas. El dilema continúa vivo hasta nuestros días y sigue haciendo estragos: la civilización, cultura importada, contra la barbarie, cultura nacional. La civilización, cultura de pocos, contra la barbarie, ignorancia de todos los demás.

Esta pedantería culturosa integra el sistema de coartadas inventadas por las clases dominantes y los países ricos para justificar la explotación de unas clases por otras y de unos países por otros. Es, además, un resultado de la división social del trabajo. En realidad, tanto los intelectuales, expresión que reduce las personas a cabezas, como los manuales, personas reducidas a manos, son el resultado de la misma fractura de la condición humana. El desarrollo capitalista genera mutilados.

Mientras tanto, hay quienes se creen legatarios de ciertos fulgores que llegan desde el Partenón en línea recta: el escritor «otorga» cultura; no conversa con los demás devolviéndoles lo que de ellos recibe cada día, sino que transmite la verdad a los otros como un favor, por lo general mal retribuido por la ingratitud colectiva. En el fondo, estos aristócratas del talento comparten la filosofía implícita en la llamada cultura de masas, y que podría resumirse así: «El pueblo come mierda porque le gusta».

La misma actitud, creo, aunque la mala conciencia impediría confesarlo, subyace en algunos intelectuales pequeño burgueses que escriben una literatura «para obreros», esquemática y simplista, como si los obreros fueran un conjunto de débiles mentales. Lenin se burlaba de la «literatura para obreros». Admiraba y disfrutaba a Tolstoi, Dostoievski y Pushkin y consideraba necesario el acceso de los obreros a la «literatura para todos», así decía, como un medio de enriquecer su conocimiento de la realidad y su conciencia crítica. Lenin se burlaba de los piadosos intelectuales «que piensan que es suficiente con hablar a los obreros de la vida en la fábrica y con machacar lo que ellos saben desde hace mucho tiempo». Este tono paternalista, repetitivo y zonzos abunda no sólo en ciertos novelones del «realismo socialista», sino que es además habitual en muchos documentos

políticos, periódicos y boletines de la izquierda latinoamericana y, por lo que tengo visto, es bastante frecuente en la izquierda de otras comarcas, así hable desde el poder o desde el llano.

Es falsa, creo, la polémica entre los monopolistas de la belleza, que se niegan a «descender» al nivel del pueblo, y los bien intencionados que pretenden «bajar» a ese nivel para comunicarse con las masas. Unos y otros están de acuerdo: operan desde las cumbres y desprecian lo que ignoran.

5. UNA VERDADERA DEMOCRACIA ES LA QUE GARANTIZA LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN A LOS ESCRITORES Y ARTISTAS

Esta concepción, típica del pensamiento liberal, ubica a los escritores y artistas al margen de las tormentas y los tormentos del mundo. Vela por la suerte de los poetas, pero se desentiende del destino de los mecánicos torneros, las mecanógrafas, los albañiles o los peones de estancia. Así se suele escuchar furiosas protestas contra la censura coyuntural, que olímpicamente ignoran la existencia de la censura estructural. Se condena la prohibición, el asesinato, la prisión o el destierro de los escritores, el saqueo de las bibliotecas, la clausura de los periódicos y las hogueras de libros como si fueran «abusos», «excesos», «arbitrariedades», y no las dramáticas consecuencias del funcionamiento de un sistema que no tiene más remedio que recurrir a la violencia para mantener a raya a las crecientes legiones de desocupados, desesperados y malditos.

Un informe de la Organización Internacional del Trabajo indicaba hace un par de años que hay en América Latina ciento diez millones de personas «en condiciones de grave pobreza». ¿No se aplica la censura estructural sobre una multitud inmensa, prohibiéndoles el acceso a los libros y a las revistas aunque circulen libremente? ¿No es una censura estructural la que reserva el derecho de expresión y de creación, en nuestras sociedades, a una minoría privilegiada, mientras cierra los ojos y las bocas de todos los demás?

En estos últimos años, la militarización, del poder en varios países latinoamericanos ha implicado una acelerada militarización de la cultura. La violencia «irracional» de las dictaduras no tiene nada de irracional: la dictadura no es el dictador, sino el sistema que la hace necesaria para prevenir la explosión de las tensiones políticas y sociales. En este cuadro de cosas, algunos escritores, artistas y científicos comparten las desventuras de la inmensa mayoría. La

literatura no es inocente, el arte no es inocente, la ciencia no es inocente. También hay intelectuales que bendicen a los verdugos o guardan, ante ellos, un silencio cómplice. Son los que sueñan con un arte libre, aunque presa esté la sociedad.

Abundan los escritores y artistas que reivindican el privilegio de la irresponsabilidad. La función cultural sería metafísica, desprendida de la historia y de la lucha social: los libros y los cuadros ocurren «a través» del elegido, sopladados a su oído por duendes, demonios y fantasmas privados. El artista nace, por lo tanto, con una póliza de impunidad.

Se dice, por ejemplo: «Jorge Luis Borges opina que el pueblo argentino es imbécil, que los negros son inferiores y huelen mal, que los indios, los gauchos y los vietnamitas han merecido sus matanzas y que se han quedado cortas las espadas de Pinochet y Videla. ¡Ah!, pero la literatura de Borges es otra cosa». Sin embargo, el desprecio por el pueblo, la idea de que todo pasado fue mejor —el pasado de sus antepasados— y la concepción fatalista de la vida están presentes en los libros tanto como en las declaraciones de este hombre que dijo, por ejemplo, en agosto de 1976: «El libre albedrío y la libertad son ilusiones necesarias» y «La democracia es un abuso estadístico». Un orden universal inexplicable e inmutable juega a su antojo con la voluntad humana en la obra de este escritor, brillante sin duda; y la vida es en ella un laberinto, el laberinto de una biblioteca sin fin, que nos conduce a ninguna parte. Se nos permite, a lo sumo, la nostalgia: la esperanza, nunca. ¿En qué contradice su concepción de la condición humana a un sistema que pretende confundirse con la eternidad y vaciar al hombre, precisamente, de libertad y de historia?

6. NO PUEDE HABLARSE DE CULTURA LATINOAMERICANA, PORQUE AMÉRICA LATINA NO ES MÁS QUE UNA REALIDAD GEOGRÁFICA

¿Nada más que una realidad geográfica? Y, sin embargo se mueve. En los hechos, minúsculos a veces, América Latina revela cada día comuniones tantas como sus contradicciones; los latinoamericanos compartimos un espacio común y no solamente en el mapa. Bien lo supieron, a principios del siglo pasado, los héroes que en vano la quisieron unida y el eficaz imperio que en fracturas sucesivas la dividió para reinar. Bien lo saben, ahora, las corporaciones multinacionales que planifican sus negocios en escala latinoamericana y manejan a su antojo los mecanismos de la integración.

Es verdad que en América Latina coexisten sociedades de diverso origen, dispares características y agudos desniveles de desarrollo. Y no puede hablarse de «la cultura latinoamericana» en el mismo sentido en que tampoco se podría hablar de «la cultura» sin mencionar una abstracción vacía. Pero un marco común ampara las infinitas culturas, enemigas o complementarias, que bullen en nuestras tierras. Espacio de contradicción y encuentro, América Latina ofrece un campo común de batalla entre las culturas del miedo y las culturas de la libertad, entre las que nos niegan y las que nos nacen. Ese marco común, ese espacio común, ese común campo de batalla, es histórico. Proviene del pasado, se alimenta del presente y se proyecta como necesidad y esperanza hacia los tiempos por venir. Porfiadamente ha sobrevivido, aunque haya sido varias veces lastimado o roto por los mismos intereses que subrayan nuestras diferencias para ocultar nuestras identidades.

La experiencia española a partir de la muerte de Franco, nos puede ayudar a comprender mejor, por raro que parezca, nuestra contradictoria identidad latinoamericana. Estos últimos años han puesto en evidencia que la unidad del Estado español esconde contradicciones nacionales muy intensas. Esas contradicciones, que tienen una larga historia y han sido muchas veces ahogadas a sangre y fuego, están ahora en pleno estallido. España vive la hora de las autonomías y el fecundo debate hacia una esencial reestructuración del Estado. No hay unidad supranacional legítima que pueda apoyarse en la humillación de unas nacionalidades por otras, en la opresión de unas culturas por otras. Ahora bien. Se parecen poco, a primera vista, un brasileño y un boliviano, un mexicano y un uruguayo. Pero la nueva realidad política española ha sacado a luz las diferencias no menos hondas —diferencias de origen, de tradición y hasta de idioma— que en la realidad existen entre un catalán y un castellano, entre un vasco y un andaluz o un gallego.

A partir de lo que nos une, y sobre la base del respeto a las numerosas identidades nacionales que nos configuran, América Latina es sobre todo una tarea a realizar. Nuestras economías han sido orientadas hacia afuera, en función de servidumbre, y también nuestras culturas tienen sus vértices, todavía, en las capitales europeas, donde los aduaneros de la literatura, por ejemplo, brindan todavía su visto bueno para que una novela paraguaya pueda considerarse valiosa en Venezuela.

Con elocuente facilidad hacen contacto, cuando las dejan, nuestras desconectadas culturas más genuinas. Muchas razones y misterios nos hacen sentirnos a todos pedacitos de una patria grande, donde seres del mundo entero y de todas las culturas se han dado cita, a lo largo de los siglos, para mezclarse y ser.

Más allá de la diversidad de las razas, las raíces y las estadísticas, el patrimonio cultural de México o Ecuador pertenece también al Uruguay y a la Argentina, y viceversa, en la medida en que unos y otros pueden brindarse claves de respuesta ante los desafíos que plantea la realidad actual. La cultura negra de Haití no es ajena a la cultura indígena de Guatemala, porque en una y en otra pueden encontrar agua clara de beber las gentes que confluyen en un espacio, un tiempo y un drama histórico comunes. ¿Qué hispanoamericano puede no sentir algún latido propio en Guimarães Rosa, Drummond de Andrade o Ferreira Gullar? ¿Qué brasileño no siente que de algún modo son suyos Carpentier, Cortázar o Rulfo? Las revoluciones de Cuba y Nicaragua no resultan extranjeras para ningún latinoamericano. La tragedia de Chile nos abrió un tajo en el pecho a los latinoamericanos todos. ¿No estamos todos hechos, sea cual fuere el color de la piel y la lengua que hablamos, con diversos barro de una misma tierra múltiple?

7. LA GRAN TAREA DE LA NUEVA LITERATURA LATINOAMERICANA CONSISTE EN LA INVENCIÓN DE UN LENGUAJE

Han quedado atrás, afortunadamente, los novelones románticos, el paternalismo de los escritores «indigenistas» y el «nativismo» mentiroso, escrito en las ciudades y para las ciudades. En los últimos veinte o treinta años, la literatura latinoamericana ha reflejado una nueva conciencia de la realidad, que se incubó en algunos sectores juveniles de la clase media y se proyectó, en el plano cultural, con tanto vigor como en el plano político.

Los especialistas en confundir la cáscara con el fruto nos dicen: «Es la revolución del lenguaje. El lenguaje es el verdadero protagonista de la nueva novela latinoamericana». ¿Voces o ecos? Las modas de la alta costura cultural llegan a nuestras tierras, como siempre, con atraso, y cuando ya se les presta escaso interés en los centros de origen. Los Pierre Cardin de las letras han inventado la teoría, o la han resucitado, porque es antigua, en París; y los copiones la han aplicado a la literatura latinoamericana emergente para secuestrarle el contenido crítico. Pero el lenguaje es el instrumento, no la melodía; y los verdaderos protagonistas de la nueva narrativa latinoamericana no son los pronombres y los adjetivos, sino hombres y mujeres de carne y hueso.

No será, por cierto, a través de una revolución de la sintaxis que se devolverá a la palabra la dignidad perdida. El sistema vacía el lenguaje de

contenido, no por el placer de una pirueta técnica, sino porque necesita aislar a los hombres para dominarlos mejor. El lenguaje implica comunicación y resulta, por lo tanto, peligroso en un sistema que reduce las relaciones humanas al miedo, la desconfianza, la competencia y el consumo.

La reducción de la literatura a la pura pirotecnia revela, en el plano estético, un culto por las formas equivalente al que en el campo político manifiestan quienes confunden democracia con elecciones, y una confusión de medios y de fines similar a la de los tecnócratas que creen que el desarrollo económico es el objetivo único y último de toda sociedad.

8. AMÉRICA LATINA TIENE UNA NATURALEZA EXUBERANTE: SU LITERATURA, POR LO TANTO, ES BARROCA

No viene al caso discutir aquí las mil y una teorías que existen sobre el barroco. La etiqueta se aplica a pintores tan opuestos como Rembrandt y Rubens y a escritores que sólo tienen en común el hecho de haber nacido en el mismo país, como Alejo Carpentier y Severo Sarduy.

Un común denominador resultaría imposible. Cada cual entiende el barroco a su manera: para unos, el término define determinados estilos; para otros, un período de la historia del arte. En definitiva, cada teórico encuentra, detrás de la palabra, lo que previamente pone.

En un ensayo publicado hace algunos años, el cubano Leonardo Acosta protestaba, con toda razón, contra este «fatalismo estilístico», tan inaceptable como cualquier otro fatalismo, según el cual el estilo barroco corresponde a la naturaleza exuberante de América Latina. Acosta hacía notar que el barroco llegó a tierras americanas, como un producto de importación colonial, desde las áridas tierras de Castilla, que nada tienen de exuberantes.

La literatura latinoamericana, se nos dice, es barroca porque habla el lenguaje de la selva —como si el lenguaje de la selva fuera el único posible para una región del mundo con grandes ciudades, vastos desiertos, estepas, cordilleras y pampas, y como si realmente existiera «un» lenguaje de la selva. Los despojados relatos de Horacio Quiroga, ¿no hablaron, acaso, el lenguaje de la selva del Alto Paraná? ¿Y las estilizadas máscaras, que nada tienen de barrocas, creadas en las aldeas de la selva africana?

Lo del estilo barroco es un clisé, tan falso como todos los clisés, que alude al lenguaje frondoso y se ajusta a la difundida idea de que una novela latinoamericana, para ser buena, debe desplegarse a lo largo de muchas páginas y utilizar muchas palabras. Tan arbitrario criterio expulsaría de la literatura latinoamericana a muchos de sus mejores escritores, como por ejemplo Juan Rulfo, hombre de prosa desnuda y parca: las obras completas de Rulfo, uno de los mejores narradores del mundo, caben en menos de trescientas páginas.

Otro gran novelista latinoamericano, Alejo Carpentier, emplea la expresión «barroco» en un sentido que nada tiene que ver con el churrigueresco discurso, ampuloso y vacío, de otros escritores. Para Carpentier, el barroco resulta de la mezcla de estilos y de culturas que genera, en nuestras tierras, «lo real maravilloso», y tiene un sentido original y vital, por completo ajeno a la mirada colonial que desde afuera nos petrifica en el paisaje exótico y en las imágenes de exportación. En la obra de Carpentier, el estilo que él llama barroco « nombra » la realidad y la redescubre; en otras, como Severo Sarduy, el barroco la enmascara. Leyendo a Carpentier, a Lezama Lima, a Guimarães Rosa, a Jorge Enrique Adoum, uno tiene la sensación y la certeza de que la complejidad del estilo corresponde exactamente a la complejidad del mundo que expresa: «eso» no podría ser dicho de otro modo. Son numerosos los casos inversos, en los que la complejidad del estilo, pobre de imágenes pero pretencioso en arabescos, esconde el pánico a la claridad: si el discurso quedara desnudo, pondría en evidencia su irremediable estupidez.

Los fatalistas del estilo quieren convencernos de que el barroco es «el» lenguaje de América Latina, como si hubiera un solo lenguaje posible para un mundo que contiene tantos mundos. En el fondo, sólo se proponen reivindicar una alta categoría estética para el aburrimiento de sus obras, inscritas en la tradición de pomposo estilo de los doctores de levita. La palabrería no opera al servicio de la naturaleza, sino al servicio del sistema: le proporciona disfraces. Ha de ser por eso que cuanto más pobre es un país, más ostentosa y macarrónica es su literatura, como si a menor cantidad de calorías en la dieta del pueblo correspondiera una mayor cantidad de palabras en la obra de los intelectuales vueltos de espaldas a la realidad.

9. LA LITERATURA POLÍTICA TRATA TEMAS POLÍTICOS; LA LITERATURA SOCIAL, TEMAS SOCIALES

Pero ¿acaso existe alguna obra literaria que no sea política y social? Sociales

son todas, porque pertenecen a la sociedad humana; y políticas también son todas, en la medida en que la palabra impresa implica siempre —lo quiera o no su autor, lo sepa o no— una participación en la vida pública.

El mensaje escrito «elige», por el sólo hecho de existir: al dirigirse a otros, inevitablemente ocupa un sitio y toma partido en las relaciones entre la sociedad y el poder. Su contenido, liberador o alienante, no está en ningún caso determinado por el tema. La literatura más política, o más profundamente comprometida con los procesos políticos de cambio, puede ser la que menos necesite nombrar la política, en el mismo sentido que la más cruda violencia social no necesariamente se manifiesta a través de las bombas y los balazos.

Con frecuencia los libros, artículos, canciones y manifiestos sobre «temas políticos y sociales», escritos con las intenciones más revolucionarias del mundo, no encuentran resultados parecidos a los buenos deseos que los inspiran. A veces dan la razón, sin proponérselo, al sistema que se proponen desafiar. Quienes se dirigen al pueblo como si fuera corto de entendederas e incapaz de imaginación, confirman la imagen que del pueblo cultivan sus opresores; bendicen al sistema que dicen combatir quienes emplean un lenguaje de aburridoras frases hechas y crean personajes de una sola dimensión, personajes de cartulina, sin miedo ni dudas ni contradicciones, que mecánicamente ejecutan las órdenes del autor de cada cuento o novela. ¿No está el sistema especializado en desintegraciones? Una literatura que encoge el alma en lugar de multiplicarla, por más que se llame militante, objetivamente sirve a un orden social que cada día corta y recorta la multiplicidad y la riqueza de la condición humana. En otros casos, no menos frecuentes, la tentativa de comunicación y contagio fracasa de antemano si de antemano se dirige a un público de convencidos, en el lenguaje de parroquia que ese público espera escuchar: por revolucionaria que se pretenda, esa literatura sin riesgos resulta, en los hechos, conformista. Provoca sueño aunque procure fervores. Dice dirigirse a las multitudes, pero conversa con el espejo.

La literatura puede reivindicar, creo, un sentido político liberador, toda vez que contribuya a revelar la realidad en sus dimensiones múltiples, y que de algún modo alimente la identidad colectiva o rescate la memoria de la comunidad que la genera, sean cuales fueren sus temas. Un poema de amor puede resultar, desde este punto de vista, políticamente más fecundo que una novela sobre la explotación de los mineros del estaño o de los obreros de las plantaciones bananeras.

Se pueden encontrar numerosos ejemplos en la literatura latinoamericana

del más alto nivel. En un trabajo publicado hace poco, Pedro Orgambide decía que él tenía la sospecha de que el *Canto general*, de Pablo Neruda, es más político en los tramos aparentemente menos políticos de su texto. Me parece que la sospecha tiene buen fundamento. Los poemas de Neruda tienen mayor vigor y profundidad política en *Alturas de Machu Picchu* que en algunas páginas dedicadas a la denuncia de ciertos dictadores o a las tropelías de la United Fruit Company. A mi juicio, el libro *Weekend en Guatemala*, de Miguel Ángel Asturias, escrito en pleno hervor de la cólera por la invasión y la matanza de 1954, es, de todos los suyos, el que tiene un contenido político más explícito, pero es, políticamente, el menos eficaz. No comparto la opinión, casi unánime, que considera *El libro de Manuel* la obra más comprometida de Julio Cortázar, así como me parece que *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez es menos rico, en el sentido político, que *Cien años de soledad*, aunque la denuncia política no aparezca en primer plano en esta gran novela.

10. EN EL MEJOR DE LOS CASOS, LA LITERATURA PUEDE INTERPRETAR LA REALIDAD; PERO ES INCAPAZ DE TRANSFORMARLA

Al interpretar la realidad, al redescubrirla, la literatura puede ayudar a conocerla. Y conocerla es el primer paso necesario para empezar a cambiarla: no hay experiencia de cambio social y político que no se desarrolle a partir de una profundización de la conciencia de la realidad.

Las obras «de ficción», que les dicen, suelen revelar más eficazmente que las de «no ficción» las dimensiones ocultas de la realidad. En una famosa carta, Engels escribió que en las novelas de Balzac él había aprendido más, sobre ciertos aspectos de la economía, que con todos los libros de los economistas de su época. Ningún estudio sociológico nos enseña más sobre la violencia en Colombia que la breve novela de García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba* donde, si no recuerdo mal, no suena ni un balazo, y *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa, radiografía la violencia del Perú más a fondo que cualquier tratado sobre el tema. La mejor obra de economía política en la Argentina del siglo pasado es el poema sobre un gaucho arisco de nombre Martín Fierro. Las novelas y relatos de José María Arguedas brindan el testimonio más elocuente acerca del desgarramiento de las culturas indígenas en América Latina. La novela de Augusto Roa Bastos, *Yo el Supremo*, abre más anchos cauces que cualquier libro de historia

a quien quiera conocer a fondo el Paraguay de los tiempos de Gaspar Rodríguez de Francia. La desintegración del Uruguay actual fue presentada, con mano maestra, por Juan Carlos Onetti en *El astillero*. ¿Existe mejor llave que los libros de Asturias para entrar en Guatemala? ¿No es el soplo de vida y muerte de la Argentina de nuestros días el que alienta con ternura y furia en los poemas de Juan Gelman? Y El Salvador y Nicaragua, esos pequeños países bravíos, ¿no nos hablan por boca de Roque Dalton y Ernesto Cardenal?

Revelar la realidad no significa copiarla. Copiarla sería traicionarla, sobre todo en países como los nuestros, donde la realidad está enmascarada por un sistema que obliga a mentir para sobrevivir y que cotidianamente prohíbe llamar a las cosas por su nombre. Fecundan la realidad quienes son capaces de penetrarla. El *Guernica* de Picasso ofrece, a nuestros ojos, más realidad que todas las fotografías del bombardeo de la pequeña ciudad vasca. Un relato fantástico puede reflejar la realidad mejor que un cuento naturalista y respetuoso de lo que la realidad parece ser. Acertadamente decía Mario Benedetti, en un trabajo reciente, que un cuento como *La casa tomada*, de Julio Cortázar, está más conectado con la realidad, siendo un cuento fantástico, que los prolijos inventarios de más de un autor del *nouveau roman* francés. Mediante símbolos certeros, *La casa tomada* representa el *Dunkerque* de una clase social que poco a poco va siendo desalojada por una presencia a la que no tiene el valor de enfrentarse.

A menudo los escritores políticamente identificados con la causa revolucionaria, sufren accesos de mala conciencia: ¿no será la fantasía una fuga cobarde, una mentira del mundo? Se sienten entonces, o nos sentimos, mejor dicho, porque también me ocurre, culpables de escribir, culpables de volar: olvidamos, a veces, que la esperanza se moriría de sed sin las alucinaciones y las quimeras que nutren la creación humana.

A modo de un espejo de doble fondo, la literatura puede mostrar lo que se ve y lo que no se ve, pero está; y como no existe cosa que no contenga su propia negación, opera a menudo como venganza y profecía. La imaginación abre nuevas puertas a la comprensión de la realidad y presiente su transformación: anticipa, por el sueño, el mundo a conquistar, a la par que desafía el inmovilismo del orden burgués. En el sistema del silencio y del miedo, el poder de crear y de inventar atenta contra las rutinas de la obediencia. Este orden social, dicen sus dueños, es el orden natural: mundo quieto, igual a sí mismo, de frente y perfil, como una foto de prontuario policial. La imaginación creadora revela que su presunta eternidad es provisoria y que no hay cara sin contracara.

El valor de un texto bien podría medirse por lo que desencadena en quien lo lee. Los libros mejores, los mejores ensayos y artículos, los más eficaces poemas y canciones no pueden ser leídos o escuchados impunemente. La literatura, que se dirige a las conciencias, actúa sobre ellas, y cuando la acompañan la intención, el talento y la suerte, dispara en ellas los gatillos de la imaginación y la voluntad de cambio. En la estructura social de la mentira, revelar la realidad implica denunciarla; y se llega más allá cuando el lector crece un poquito a través de la lectura. Un libro no cambia el mundo, se dice, y es verdad. Pero ¿qué lo cambia? Un proceso, acelerado o lento, según el caso; siempre incesante y de mil dimensiones simultáneas. La palabra escrita es una de ellas, y no una mera rueda auxiliar. Negar toda literatura que no sea de emergencia constituye, creo, un error tan grave como el desprecio a las formas de expresión literaria que escapan a los límites del libro o que no figuran en los altares de la cultura académica.

Haroldo Conti, un narrador argentino a quien conocí de cerca en Buenos Aires, pasó sus últimos años atormentado por la sospecha de que su literatura era políticamente inútil. Él era hombre de ideas políticas revolucionarias y sentía que escribía cuentos y novelas perfectamente inocuos, porque no ejercitaban la denuncia explícita. En largas noches de vino y cigarrillos, en una isla del delta del Tigre, conversamos sobre esto; y yo nunca supe decirle que su trabajo de escritor tenía un sentido profundamente liberador. Él era, o quizás es, un mago humilde capaz de contar historias de mucha hermosura. Como toda literatura que valga la pena, sus relatos cuentan la vida y hacen que ocurra. Fugazmente nos arrancan del tiempo para devolvernos mejorados. Al contar lo que somos, nos ayudan a ser, porque, ¿cómo va a convertirse en protagonista de la historia, haciendo la historia en lugar de padecerla, un pueblo que ignora su identidad?

Al fin del verano de 1976, Haroldo fue secuestrado. Alguien lo vio, deshecho por la tortura en un cuartel; y después nunca más se supo. Como a muchos millares de argentinos, chilenos, guatemaltecos y uruguayos, se lo tragó la tierra. Los diarios argentinos no publicaron una línea sobre la desaparición de uno de los mejores escritores del país; y él, que tenía una conciencia inquisidora, se perdió en el terror y la niebla angustiada por la idea de que su obra literaria no era consecuente con su voluntad política. En este sentido, Haroldo era víctima del esquematismo que, en un extremo, canta a la literatura como oficio de dioses, y en el otro la desprecia como pasatiempo inofensivo.

Yo había buscado las palabras y no las había encontrado. Quise ayudarle a creer en lo que hacía, y no lo logré. Quise decirle que al encender los fueguitos de la identidad, la memoria y la esperanza, obras como la suya integran las fuerzas

del cambio en un sistema organizado para borrarlos los rostros, desintegrarnos las almas y vaciarnos la memoria, y que así sus palabras daban abrigo a muchos desnudos en la intemperie.

Porque quise querer y no pude poder, como dice Zitarrosa en una bella canción, escribo ahora estas páginas, a modo de expiación y certidumbre.

(1980)

NICARAGUA EN EL PRIMER DÍA

1

Para llegar a Nicaragua pase, por favor, por el aeropuerto de Miami. No creo que haya mejor ruta para acercarse a una revolución descalza. Pase usted unas horas en el aeropuerto de Miami y asómese al chillón paraíso de los millonarios latinoamericanos y de la clase media que quiere y no puede pero hace como que puede. Éste es el santuario de los dictadores y sus matones, incesante festival del consumismo y el mal gusto, centro de la cultura universal del plástico y la lata y las maquinitas de producir emociones. Siéntese y mire, que vale la pena. Vea a los hombres que son o han sido amos de otros hombres, arrodillándose ante las cosas. Son altares las vidrieras de los comercios. Las cosas compran gente. El que no se vende, se alquila. En la televisión, a mi paso por el aeropuerto de Miami, veo la propaganda electoral. Carter alza una muralla ante la ofensiva avasallante de Reagan: una muralla, una sonrisa segura, primer plano, color, dientes: «¡Nosotros todavía somos», afirma, «los más poderosos de la tierra!».

2

El aeropuerto de Managua se llama, ahora, Augusto César Sandino. La carretera que conduce a la ciudad está pavimentada de adoquines. Nunca había visto una carretera así. Comento que parece de la época colonial. Sí, me dice Lizandro Chávez Alfaro. Los adoquines son de la época colonial, o sea de ayer, o sea de Somoza. El dictador fabricaba estas piedras y se las vendía al Estado. Un buen negocio que se volvió contra él: con estas piedras el pueblo levantó las barricadas.

Pocos automóviles. En las placas, se lee: «Nicaragua libre». A los bordes de la carretera, banderas sandinistas y carteles de Fanta y Citizen y carteles de la revolución. En la propaganda de la reforma agraria, la frase de un agitador campesino torturado y asesinado por Somoza: «No somos aves para vivir del aire. No somos peces para vivir del mar.

Somos hombres para vivir de la tierra». Ruinas de bombardeos. Casas de emergencia, alzadas entre vastos espacios verdes: barracas de madera con techos de cinc. Desde el avión había visto muchos techos de cinc relumbrando y había imaginado a la pobre gente friéndose en sus casas bajo el sol rajante.

Estamos en el puro campo cuando los amigos dicen:

— *Ya llegamos.*

— *¿Adónde?*

— *A Managua.*

Estamos en Managua. Después del terremoto y de la guerra, Managua es esta inmensa ruina o gran campamento alzado en el verdor.

En 1972, la tierra se sacudió como un caballo furioso, onduló y trepidó y desmoronó la ciudad. Desde Panamá, volaron los *marines* a proteger a Somoza, los mismos *marines* que treinta y cinco años antes habían instalado a su padre en el trono. Somoza se hizo cargo de la situación. Fundó una empresa de demolición y compró la mayor empresa de construcciones. El dictador tenía buen ojo como hombre de negocios. El jefe de Estado firmaba contratos consigo mismo. Llamaba a Nicaragua «mi finca». Su patria era su patrimonio. De todo el mundo llegó ayuda, que aumentó su fortuna. «Yo soy de centroizquierda», dijo en aquellos días. Doce mil muertos costó el terremoto, según las cifras oficiales. Trescientas mil personas quedaron sin techo.

Después, vino la guerra. La revolución cobró más vidas humanas que el corcoveo de la tierra y ahora, en el centro de Managua, que es un baldío gigantesco, los niños juegan con tanquetas abandonadas. En el campanario de la catedral, un cascarón chueco y vacío, el reloj marca todavía la hora de la catástrofe, las doce y media pasadas, y el frente luce una inmensa imagen de Sandino.

3

El dictador era loco por los baños y los espejos. Dieciséis baños tenía la casa que ocupaba antes de refugiarse en el búnker. Uno de esos baños sirve ahora de despacho a la viceministra de Cultura. El despacho del ministro tiene dos baños.

Los grifos del lavatorio son águilas de bronce. En el escritorio del ministro, el poeta Ernesto Cardenal, yace la punta de la cola del caballo de bronce del viejo Somoza. Muchos años antes de la revolución, el poeta había profetizado que el pueblo derribaría esa estatua.

También en el Ministerio de Cultura, en el jardín de la casa de Somoza, la naturaleza se anticipó a la historia. Una mañana apareció caído el chilamate, un árbol gigantesco que reinaba en el jardín dando enorme sombra. El chilamate se arrancó a sí mismo de cuajo y quedó derribado en el jardín, con sus raíces al aire, mientras Enrique, el guacamayo, chillaba desde la jaula. Ese día, Somoza cayó acribillado en Asunción del Paraguay.

—¿Quién lo mató? —preguntaron los periodistas a Tomás Borge, ministro del Interior y fundador del Frente Sandinista.

—*Fuenteovejuna* —contestó Tomás Borge.

4

Pero no era esa casa, sino el búnker, el más perfecto símbolo del sistema. En el *búnker* vivió Somoza sus últimos tiempos en Nicaragua. El garaje está al lado del dormitorio y los baños tienen teléfono. Entre plantas de plástico y muchos espejos, el dictador leía: *El ministerio de la bondad*, por Elena G. de White, los últimos *best sellers* norteamericanos y el *Management information systems hand-book*. Afuera ardía el mundo, pero el búnker era una estructura de acero a prueba de sonidos, un gran ataúd forrado de terciopelo donde no se escuchaba la lluvia, ni los gritos, ni los tiros. «Hay que estimular el turismo», ordenaba el dictador en plena guerra.

5

Guerra de palos y piedras y hondas y bombas caseras. «Mirá», me dicen en Estelí, en León, en Masaya: «Tienen viruela las casas, por la tiradera». Un premio al que encuentre una pared que no haya sido mordida por las balas; y entre las paredes en pie, están los vastos agujeros que dejaron los *rockets* y las bombas.

En el barrio Monimbó, en Masaya, que se alzó y peleó hasta el final, hubo

muchos muertos. Dos meses después de la victoria, los sobrevivientes salieron de las ruinas para celebrar la fiesta del «Toro venado». Estalló la alegría como había estallado la rebelión. Un Diablo dirigía el tráfico y desfilaban, entre tragos y risas, las carrozas improvisadas con cañas y palmas y lo que hubiera. Una carroza mostraba la fabricación de bombas caseras en piedras de moler maíz. «La muerte no es más que un momento de disgusto», había dicho Sandino, «y no vale la pena tomarla en serio».

Augusto César Sandino había sido asesinado por el viejo Somoza, el primero de la dinastía, cuarenta y cinco años antes. La dictadura prohibió su nombre y su imagen. El que fue héroe de la resistencia nacional y voz de los pobres, se escapó del cementerio.

6

Tras el saqueo, el terremoto y la guerra, la tarea no es fácil. Los sandinistas han encontrado las ruinas de un país sin escuelas ni hospitales, sin cloacas ni agua potable, enfermo de tuberculosis y malaria y donde muere un niño por cada cinco que nacen.

«El primer paso fue la disolución de la guardia somocista», me explica el novelista Sergio Ramírez, de la Junta de Gobierno. «No dejamos ni la banda de música». En seguida, las nacionalizaciones. El país hizo suyos, por primera vez, los recursos básicos y las ganancias que generan. «No era numerosa la mafia de los ladrones consumidores. Unos veinticinco mil, que ahora están en Miami. Vivían como en Miami y tenían allá su chalet listo, porque sabían que allá terminarían». Grandes extensiones de tierras y bosques, de Somoza y los suyos, pasaron a manos del Estado, y lo mismo ocurrió con buena parte de las industrias. Las empresas extranjeras perdieron las minas de oro y plata, el ahorro nacional, los seguros y el comercio exterior.

Pero la revolución está en el primer día de la Creación. «Recién empezamos. Está todo por hacer», me dice Tomás Borge, y entrecierra los ojos, como haciendo puntería: «Vendemos el algodón y compramos el hilo. Gastamos divisas en petróleo y tenemos disponible la energía de los ríos y los volcanes. Necesitamos, por lo menos, por decirte una cifra bien bajita, doscientas mil casas con urgencia. ¿Cuántas podemos construir? Con suerte, treinta y cinco mil».

Una revolución pobre, en un país pobre. La agencia de prensa Nueva Nicaragua nació el día en que un grupo de periodistas andaba por el mercado de Managua. Alguien anunciaba a los gritos «una máquina de escribir con teléfono».

—¿Cuánto vale eso?

Entre todos juntaron la plata, el equivalente de cincuenta dólares, y se llevaron el télex.

7

Una revolución joven. No han cumplido treinta años, en su mayoría, los comandantes, los ministros y viceministros. Son todavía niños los soldados sandinistas que montan guardia.

Dos soldados conversan a la puerta de un ministerio. Sergio Ramírez acaba de denunciar que hay pruebas del financiamiento externo del motín de Bluefields y de las bandas armadas. Un soldado comenta, pregunta:

—¿Y por qué no le declaramos la guerra a Estados Unidos?

El otro soldado responde, niega:

—Estás loco. Ellos son como doscientos cincuenta millones.

—Ah. No podemos.

—No. No podemos.

—Ah.

Y al rato:

—¿Y por qué no podemos?

—¿Pero no ves que no tenemos dónde meter tanto preso?

El país será de todos, la revolución ya es. Orgullosos de su tierra, los nicas se echan a caminar con sus propios pies. En León, en un paisaje de ruinas donde el

aire huele todavía a quemado, un estudiante me dice:

—Qué suerte tenés. ¡Cómo me gustaría ser de otro lugar para venir a conocer este país!

Nicaragua en estado de asamblea. El pueblo se organiza, discute, decide. «El que calla las críticas», advierte el comandante Daniel Ortega, «se hace cómplice de los errores». Y es el propio ministro del Interior, el comandante Tomás Borge, el primero en denunciar públicamente los abusos y las arbitrariedades que sus hombres cometen.

8

Ya anda cerca de los noventa años el campesino que va a buscar al cura y le dice:

—Padre, quiero casarme con un hada.

El viejo pide al cura que se la bautice antes, para que el hada se haga de carne y hueso; y el sacerdote dice que si el hada no se materializa, él no la puede bautizar.

—Dígale que si ella no se hace persona, no hay caso.

—¿Y cómo hago? Hace años que me acompaña, pero nunca me habló.

—Explíquele que sus intenciones son honestas.

—Si la viera, padre. Es tan hermosa...

El sacerdote jesuita Alejandro von Reichnitz cuenta en *Barricada*, el diario de los sandinistas, sus experiencias en la alfabetización. Él estuvo alfabetizando en un pueblito lejano, aislado por el monte y por las lluvias de diez días, donde llegan, los que llegan, de a caballo. Vio niños pálidos y barrigones, «verdaderos zoológicos ambulantes, que podría exhibir con orgullo un coleccionista de parásitos», niñas calvas por la sarna infectada, hombres y mujeres que parecen espectros y hasta una joven que se dio a sí misma por muerta aniquilándose en una cama.

La campaña de alfabetización fue asombrosa. Más de la mitad de los

nicaragüenses no sabían leer ni escribir. En cinco meses, se redujo el analfabetismo al doce por ciento. Se emprende ahora la alfabetización en lenguas: en miskito, y otros idiomas indígenas del país, y en inglés, que es el idioma de la población negra de la costa del Caribe. Del doce por ciento, pues, quedarán no más que los que son tan cortos de vista «que no ven a tres en un burro».

La revolución. Esas fueron las dos palabras claves en el trabajo de los alfabetizadores. Tienen todas las vocales.

9

Por primera vez, Nicaragua emprende la tarea de la unidad nacional. La alfabetización permitió que, en gran medida, el país empezara a descubrirse a sí mismo. De los campos, las selvas y las montañas regresaron los muchachos a las ciudades. Trajeron nuevas sabidurías, aprendieron mucho; y trajeron también parásitos intestinales, malaria y una piel convertida en colador por los mosquitos, las pulgas y las garrapatas. «Comprendo el horror de algunos capitalinos», escribe el padre Von Reichnitz. «Lo que no comprendo es por qué los horroriza que sus hijos pasen unos meses en estas condiciones y no que el setenta por ciento de los nicaragüenses haya vivido en ellas toda su vida». Y agrega: «Es una vergüenza para el cristianismo de este país no haber impedido que tal injusticia se cometa durante más de cuatrocientos años».

10

El oriente de Nicaragua —costa del Caribe o costa atlántica— ha vivido siempre al margen del resto del país. Ese otro mundo es, ahora, la zona más vulnerable. La población de la costa atlántica no participó en la larga lucha contra Somoza; y selva adentro hay gente que ni siquiera sabe que hubo en Nicaragua dictadores que se llamaban así. En Bluefields estalló un motín, a fines de setiembre, contra los maestros y médicos cubanos que están trabajando en la región. De los dos mil maestros y trescientos médicos que ha enviado Cuba, la mayoría actúa en los lugares más inhóspitos y más inaccesibles. Muchos están en la región atlántica. «¿Están locos?», respondió Tomás Borge por televisión. «¿Están locos? En este país donde la escuela ha sido un lujo y donde tenemos una mortalidad infantil aterradora, ¿creen que vamos a echar a los maestros y los médicos cubanos que

vienen a dar todo sin pedir nada?».

11

Si es difícil la costa de habla inglesa, más difícil es la región indígena, que abarca la costa y la selva. Los indios miskitos llaman «españoles» a los demás nicaragüenses y tienen un miedo y una desconfianza muy antiguos y legítimos.

En la frontera con Honduras, sobre el río Coco, se pone en marcha la alfabetización en lengua indígena. Llueve en Waspán. Llueve como en un cuento de García Márquez. Siempre llueve: llueve nueve meses seguidos cada año. Las lluvias se han llevado veinticuatro puentes. No se podrá reconstruirlos hasta que venga el breve tiempo seco. No faltan solamente puentes por aquí. De cada diez nativos, nueve no saben leer ni escribir. No hay hospitales, pero sobran enfermedades. No hay caminos, ni vehículos, ni combustible para los vehículos. Las casas de bambú y techos de palma no tienen pozos negros ni pararrayos. Primera etapa: cavar pozos negros, instalar pararrayos, explicar que es preciso hervir el agua antes de beberla. Primera etapa: enseñar a los miskitos a leer y a escribir en su lengua.

El ministro de la costa atlántica, el comandante William Ramírez participa de la gran asamblea, habla, escucha, discute: «Hemos cometido muchos errores [...]. Aprendemos del diálogo con las comunidades. El problema no es de razas, ni de colores. La revolución se ha hecho para transformar al hombre [...]».

En su lengua, los indígenas debaten sus problemas. Cuando no pueden explicar una situación, la teatralizan. Se improvisan actores y ahí está un barco a motor navegando por el río, porque en balsa o en canoa lleva diez días traer los bananos desde algunas aldeas. Otro mimo eficaz explica que muchos se han gastado en tragos el dinero para la siembra de frijoles; y una muchacha muestra cómo terminan de putas las indias que emigran río abajo.

Habla Ernesto Cardenal: «Estamos descubriendo nuestra identidad, hecha de diversas culturas, como la cultura de ustedes. Estamos aprendiendo». Explica que los alfabetizadores recogerán mitos, leyendas, tradiciones y testimonios de la historia reciente, danzas y cantos.

Por unanimidad, la asamblea le pide una guitarra.

12

«Nosotros estamos prestados aquí, ahorita. Serán ellos mismos los que resolverán sus problemas», me dice, en Waspán, uno de los coordinadores de la alfabetización. Se llama Fabio, es de Masaya, tiene veintitrés años y no conoce a la hija que le nació hace once meses.

—¿Hace un año que no vas a Masaya?

No me contesta con un discurso.

—Así son estas cosas, pues — dice

13

La misma humildad tiene Tomás Borge, aunque ha peleado durante veinte años y tiene edad para ser el padre de ese muchacho de Waspán. En cierto modo, es el padre de todos esos muchachos que están cambiando el país. Me muerdo las ganas de felicitarlo. Él siempre recuerda y aplica una frase de Carlos Fonseca Amador, también fundador del Frente Sandinista, muerto por la dictadura:

—Hay que criticar mirando a los ojos y hay que elogiar por la espalda.

Imprevisto lector de Juan Carlos Onetti, Tomás Borge me pregunta por él. Y me cuenta que no bien lo designaron ministro del Interior, buscó su propio expediente en los archivos de la policía; pero dentro del expediente, que hacía mucho bulto, no encontró lo que quería. Buscó y buscó, pero no encontró. Buscaba un papel. En el papel, él había escrito algo que ya no recordaba y ahora le gustaría tener. Al cabo de una eternidad de palizas y preguntas, los guardias de Somoza le habían dado un papel para que confesara por escrito. En ese papel, Tomás Borge escribió un poema a su hija, que llevaba poco de nacida.

14

José Coronel Urtecho escribe: «Ni siquiera lo que era es ya como era».

Los pintores primitivos de Solentiname, que anunciaron el paraíso, empiezan a construirlo.

Y la escritora Gioconda Belli recuerda lo que le dijo una niña de nueve años: «Yo, en las venas en vez de sangre tengo alegría».

(1980)

CARTA A CARLOS QUIJANO

Calella, Barcelona, junio del 81

Mi querido don Carlos:

Se viene el cumpleaños de los Cuadernos de *Marcha* y esto no es un artículo. Quiero sumarme a la fiesta con palabras que nunca le dije. Más bien se trata del reconocimiento de una deuda, que poco o nada importaría a los demás si fuera solamente personal; pero yo bien sé que no siento a solas las cosas que le voy a decir. Oportunidades no faltaron en estos veinte años largos, desde que empecé a trabajar a su lado, y sin embargo, si mal no recuerdo, jamás le dije: «Gracias». El estilo nacional, ha de ser. El estilo nacional, que tanto bien y tanto mal nos hace. Los uruguayos no somos de decirnos elogios. Desconfiamos de los elogios. Me resulta raro escribir una carta así y la mano está incómoda aunque esté contenta.

Mucho anduve y conocí en estos veinte años. Perdí el pelo, pero no la fuerza ni las mañas; y creo que nunca he traicionado la dignidad del oficio de escribir: esa dignidad y ese sentido de la responsabilidad que usted nos enseñó a través de sus palabras y sus actos.

Infinitas veces he escuchado, de infinitas bocas, testimonios sobre la importancia de *Marcha* como instrumento de transformación de la realidad nacional y latinoamericana a lo largo de sus andares y decires. Siempre he pensado que tan asombrosa influencia sobre sucesivas generaciones, en el paisito nuestro y en la patria grande, no hubiera sido posible si *Marcha* hubiera escrito sus verdades en el aburrido lenguaje tan habitual en nuestras publicaciones de izquierda, cuya monotonía delata —y aquí está lo dramático del asunto— la falta de imaginación creadora de muchos de los proyectos políticos revolucionarios en América Latina. Desde las vísperas de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días, *Marcha* no ha cesado de abrir espacios de fecundidad más allá de las consignas pensadas y recitadas a mimeógrafo.

Y lo ha hecho sin espectacularidades y sin dinero, desde el pago chico y la prensa chica, con esa austeridad que ha quedado simbolizada, para siempre, en la memoria entrañable de Julio Castro y su modo de ser y de opinar. Una de las certidumbres de felicidad que tengo es el recuerdo de nuestras salidas del taller, enchastrados de tinta, aquellos jueves de noche, cuando terminaba nuestro trabajo

y empezaba el trajinar de la rotativa arrancada del museo. Nunca cedió *Marcha* ante la tentación comercial. Somos muchos los protagonistas y testigos de esta aventura imposible, ahora resucitada en México; y somos muchos los que sabemos que usted, don Carlos, pudo haber obtenido el oro y el moro y todo lo que quisiera con sólo callarse la boca o cerrarla un poquito.

Yo fui uno de los que criticamos su eclecticismo más de una vez, y creo que con razón, cuando a usted se le iba la mano en la generosidad y daba espacios de expresión a ciertos enemigos del país y del pueblo, que fuera de *Marcha* lo tenían de sobra. Pero lo esencial ha sido, y sigue siendo, la lección de pluralidad democrática que *Marcha* ha dado y sigue dando. No se puede predicar la libertad si no se empieza por practicarla. Siempre resonaron en *Marcha* campanas diversas, y así el periodismo, que es una forma posible de la literatura, pudo y puede reflejar las contradicciones que dan prueba de la vida en movimiento y pudo y puede contribuir al desarrollo de una alternativa socialista diferente y nuestra, que opere como forja de creadores y no como fábrica de funcionarios dogmáticos.

Yo era niño, don Carlos, en los años del optimismo facilongo de aquel Uruguay que se sentía a salvo de todas las tormentas, vuelto de espaldas a su condición latinoamericana; y me imagino que habrán sonado fastidiosas, para el conformismo general, sus implacables y reiteradas profecías de la crisis. Cuando la crisis llegó, y con furia soplaron los vientos de la verdad, *Marcha* nos dio, a todos, claves decisivas para superar la perplejidad y actuar. Semana tras semana, sus páginas mostraban que el naufragio no era el fatal destino del país, aunque fuera el inevitable pero postergado destino de sus amos. Y más, y sobre todo: a través de su mensaje antiimperialista, *Marcha* nos mostró la lastimada imagen de nuestra verdadera identidad, que no es la de un banco suizo, sino la de una tierra latinoamericana deformada y desgarrada por sus enemigos de adentro y de afuera.

Supongo que todavía recordará, don Carlos, las frecuentes peleas o rabietas de cuando trabajábamos juntos y yo era un chiquilín insolente. Las recordará, supongo, con alguna sonrisa de indulgencia, porque al fin y al cabo usted es ahora un adolescente de ochenta años y sigue tan emperrado y caprichoso y arbitrario como siempre: usted nunca tuvo el sol a la espalda, don Carlos, aunque le gustara decirlo, y nunca dejó de irradiar un mensaje de obstinada vida, vida contra viento y marea, por mucho que mencionara a la muerte, quizá para exorcizarla, en sus escritos. Nunca le importó perder, aunque tanto hablara de derrotas, y cada vez que cayó supo volver a levantarse. Y nunca, nunca estuvo solo, don Carlos, aunque tantas veces lo sintiera y lo creyera y lo dijera. Muy acompañado anduvo y anda en sus navegaciones, por miles y miles de marineros que usted ni conoce, que se han

atado como usted al mástil y que de usted han aprendido, hemos aprendido, que navegar es necesario aunque vivir no lo sea.

Lo abraza,

Eduardo Galeano

(1981)

LAS GUERRAS DE LA GUERRA

1

Uno se asoma a las estadísticas internacionales y se pregunta: Pero ¿en qué mundo vivimos? ¿Un manicomio gigante? ¿Un matadero? ¿Quién ha escrito esta obra que estamos obligados a representar? ¿Qué loco o eufórico verdugo? ¿Mentía la historia cuando prometía paz y progreso?

Diez mil personas mueren de hambre cada día, pero cada día gasta el mundo más de mil millones de dólares en ejércitos y armamentos. El cotejo de las cifras militares con los datos de analfabetismo, enfermedad y atraso produce estremecimientos de espanto si se piensa que con el costo de un tanque se podrían equipar quinientas aulas escolares, que un caza a reacción equivale a cuarenta mil farmacias y que con lo que cuesta un destructor se podría proporcionar electricidad a nueve millones de personas. Aunque las armas durmieran y no fueran disparadas jamás, de todos modos estarían devorando los recursos de la economía mundial. Y por cierto que sí se disparan. No contra el hambre: contra los hambrientos.

2

¿Economía de guerra en tiempos de paz? Pero ¿qué paz? Aunque no resonara un solo tiro, ni una sola bomba estallara, una guerra secreta y jamás declarada continuaría cobrando treinta millones de víctimas por año, en países como, por ejemplo, El Salvador o Guatemala. Treinta millones de personas mueren de hambre cada año. ¿En el mundo? Ah, no: en el Tercer mundo, o sea: en otro mundo.

Triste destino ha encontrado este término, «Tercer Mundo», que Alfred Sauvy creó hace años sin sospechar que serviría de coartada a los países opulentos. El llamado Tercer Mundo integra el mundo capitalista, por la sencilla razón de que el subdesarrollo no es una etapa del desarrollo sino la consecuencia histórica del

desarrollo ajeno. Unos países son pobres porque otros países son ricos, al cabo de una larga historia de despojo, enmascarada y mentida pero dolorosamente real.

3

¿Despilfarro de recursos o recursos para defender el despilfarro? La organización desigual del mundo, ¿podría sostenerse un solo día más si no estuvieran armados hasta los dientes los países privilegiados y las clases sociales acostumbradas al derroche?

La miseria de muchos amenaza la opulencia de pocos. Razones tiene para vivir en estado de alarma, durmiendo con un solo ojo, el puñado de países enfermos de consumismo y ostentación, atiborrados de objetos innecesarios, vorazmente lanzados al arrasamiento de los bienes de esta tierra. En un trabajo reciente, Jean Ziegler advertía que el mundo contemporáneo, mundo de hambrientos, produce cereales que podrían dar de comer a una población tres veces mayor que la que tiene. A los vientres de las vacas va a parar la tercera parte de los cereales; y en los países ricos cuatro de cada diez personas mueren no de hambre, sino de gula, por el excesivo consumo de carnes y grasas.

A su vez, en otro trabajo también reciente, Jacques Chonchol ha demostrado que América Latina produce más *calorías y proteínas que las que necesita su población*. Y sin embargo: la mitad de los latinoamericanos son niños, y la mitad de esos niños está desnutrida. Según la FAO, de cada cien niños latinoamericanos, treinta y cinco padecen desnutrición grave, que es el nombre que los técnicos dan al hambre. ¿Puede sorprender a alguien que los países más explotados gasten lo mismo en armas que en desarrollo agrícola? El dato puede y debe provocar indignación; sorpresa, nunca. ¿Acaso esos países no tienen dueños? Y esos dueños, ¿no tienen motivos para sentirse acosados? Los países subdesarrollados —que el pudor o la hipocresía dan en llamar «países en desarrollo»—, han *duplicado* sus gastos militares entre 1970 y 1975. En el mismo período, *disminuyeron* su producción de alimentos por persona.

Sin una bayoneta detrás de cada espalda, ¿cómo podrían gobernar, por ejemplo, quienes ahogaron en sangre la democracia en Chile?

¿De qué otro modo se podría lograr que millones de chilenos sobrevivan comiendo fideos, mientras los vencedores reciben cada día el pan *baguette* en

vuelos desde París y beben *whisky* con agua de Escocia?

4

En este marco ha estallado la crisis en América central. En este cuadro general de cosas ocurren el bombardeo de amenazas contra Nicaragua, las denuncias contra Cuba —demonio rojo, de cuernos y largo rabo, que, como Dios, está en todas partes— y recrudece la intervención imperialista en El Salvador y Guatemala.

La efervescencia revolucionaria de América central da respuesta, en lo más hondo, a la guerra secreta que mata niños de hambre y a la violencia invisible que encarcela pueblos y países. Son guerras contra la guerra, podríamos decir, las que están sacudiendo aquella atormentada región: guerras de liberación que atacan las causas de la guerra, guerras contra la guerra cotidiana que desangra a la clase trabajadora, guerras contra la falsa paz de las cárceles y los cementerios, guerras del pueblo por la única paz que merece llamarse paz, que es la paz con dignidad. El desafío popular hacia cambios profundos choca con el sistema y lo desenmascara: la potencia imperial, amenazada en sus dominios, da orden de exterminio y el terrorismo de Estado muestra todos sus dientes. Los dueños del terror, los terroristas de uniforme, llaman terroristas a sus víctimas. Un solo dato ilustrativo, tomado del último informe del grupo sobre desaparecidos, de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas: en El Salvador, 87 niños menores de catorce años han sido capturados por las fuerzas armadas. Esos niños estaban acusados de terrorismo. Esos niños han desaparecido.

5

En una conferencia de prensa, Jeanne Kirkpatrick, representante del presidente Reagan, dijo que Somoza era preferible a los sandinistas. Más sinceramente, podía haber dicho que prefería a William Walker. William Walker fue un pirata norteamericano que hace más de un siglo, en 1856, se proclamó Presidente de Nicaragua y El Salvador y restableció la esclavitud de los negros en esos países. Los Estados Unidos, que llevaban medio siglo negándose a reconocer la independencia de Haití, reconocieron de inmediato al gobierno de este filibustero y le enviaron embajador. Al año siguiente, Walker fue expulsado por los

patriotas centroamericanos, pero el presidente Buchanan, desde Washington, anunció: «Está en el destino de nuestra raza. Nuestra emigración seguirá hacia el sur y nadie podrá detenerla. Dentro de poco tiempo, la América Central...». Diez años antes, la invasión militar norteamericana había arrancado a México la mitad de su territorio.

La historia de la intervención norteamericana en América central, y en el Caribe, y en el resto de América Latina —historia de incesantes infamias y atrocidades— acompaña paso a paso la historia de la emergencia y consolidación de los Estados Unidos como potencia mundial. No vamos a contar esa historia aquí. *Basta con ver la realidad actual de países donde el dictador o presidente de turno actúa como si fuera embajador de los Estados Unidos, el embajador de los Estados Unidos actúa como virrey y el ministro de Economía como su recaudador de tributos, mientras el comandante en jefe de las fuerzas armadas arranca el cuero cabelludo a los indios vencidos.* Y basta con recordar, por ejemplo, que el actual ciclo trágico de Guatemala se abrió hace casi treinta años en 1954, cuando los Estados Unidos armaron y acompañaron una invasión que liquidó a sangre y fuego a un gobierno democráticamente elegido, que había tenido la subversiva ocurrencia de poner en marcha la reforma agraria. Años después, en la década del sesenta, para aplastar la lucha de los campesinos desalojados, los Estados Unidos convirtieron a Guatemala en un laboratorio de aplicación de las técnicas de «guerra sucia» que habían ensayado en Vietnam. Guatemala fue el primer país latinoamericano donde se desarrolló en gran escala la técnica de las «desapariciones». En nuestros días el método se sigue aplicando allí y también en El Salvador y otros países gobernados por secuestradores. En la Argentina ha cobrado no menos de veinte mil víctimas, que la máquina del poder devoró intentando borrar rastros

Desde hace años la realidad demuestra, dolorosamente, que los centros norteamericanos de adiestramiento para militares latinoamericanos fabrican dictadores en serie. Allí han aprendido a picar carne humana y a gobernar traicionando, los generales que ejercen el poder, directamente o con máscara civil, en la mayoría de nuestros países. A veces, estos intermediarios trastabillan ante el embate de la furia popular. La Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas acaba de informar que las fuerzas armadas y los grupos paramilitares de El Salvador son responsables de casi todos los asesinatos políticos que allí han ocurrido durante el año pasado, *once mil asesinatos al margen de los combates militares*, mientras algunos periodistas especializados elevan mucho más la cifra y señalan que los militares salvadoreños matan cuarenta civiles por cada guerrillero que abaten. Y, sin embargo, es inútil: la CIA advierte al presidente Reagan que no se ganará la guerra sin la intervención *directa y masiva* de tropas estadounidenses.

Hasta ahora, el creciente envío de armas y «asesores» ha multiplicado los muertos, pero no ha multiplicado la fuerza de la dictadura.

6

Desde el punto de vista de la mayoría de los medios occidentales de comunicación hay en el mundo *muertos de segunda categoría*. Son las víctimas de los programas de reajustes de tuercas del imperialismo en los países de segunda categoría. Cincuenta crímenes por día en El Salvador o Guatemala pertenecen al «orden natural de cosas», son «normales», y rara vez merecen algo más que una fotografía macabra o algún artículo sobre el pintoresquismo del horror. En la organización desigual del mundo, hay quien es digno de solidaridad y quien es digno, a lo sumo, de caridad o lástima. ¿Qué hubiera ocurrido con Andrej Sajarov si hubiera nacido en El Salvador? ¿Tendría tanta fama Lech Walesa si fuera un dirigente obrero de Guatemala? ¿Estaría vivo Lech Walesa si fuera un dirigente obrero de Guatemala? La dictadura de José Napoleón Duarte ha anunciado, con bombos y platillos, la captura de los militares culpables de la violación y asesinato de cuatro monjas norteamericanas en El Salvador. Nunca Duarte anunciará la captura de los militares culpables de los no menos horrendos asesinatos de miles y miles de sus compatriotas, campesinos castrados, decapitados o quemados vivos. El crimen de las monjas norteamericanas fue un peligroso error del régimen; la matanza de salvadoreños es una necesidad y un mérito.

7

El drama de Polonia —drama del divorcio entre la clase obrera y el poder que dice que la representa— ha dado lugar, en estos últimos tiempos, a los más estrepitosos festivales de la hipocresía. Hemos visto a los carceleros, los verdugos y los inquisidores de Turquía, Uruguay o Guatemala derramando océanos de lágrimas por la malherida libertad de los trabajadores polacos, *como si los obreros de los astilleros de Gdansk* fueran los aliados naturales de las dictaduras del llamado «mundo libre».

La dialéctica del chantaje mutuo rige la política internacional. Cuidado con meter el pie en la vieja trampa. Denunciar a los responsables de la carnicería centroamericana no *implica* indiferencia ni consentimiento ante el golpe de Estado

en Polonia. Condenar la invasión soviética en Afganistán, que niega en los hechos el proclamado derecho a la autodeterminación de los pueblos, no *implica* ninguna forma de complicidad con la maquinaria capitalista del crimen. Señalar que el miedo de los privilegiados es la causa principal de la loca carrera armamentista, no *implica* desconocer que la creciente militarización del bloque socialista no es solamente el resultado de una larga historia de bloqueos y amenazas de las potencias imperialistas. Sabemos muy bien que los países del Este han utilizado y utilizan su fuerza militar con fines de defensa y de solidaridad internacional, pero también sabemos de otros usos. En repetidas y lamentables ocasiones, esa fuerza militar se ha utilizado y se utiliza para prevenir o castigar «heterodoxias» y «desviaciones», imponiendo un determinado modelo de socialismo, según el cual la contradicción y la duda son signos de herejía y traición.

Una inmensa maquinaria de manipulación pretende devolvernos a los tiempos de la guerra fría. La maniobra no es inocente: se intenta reducir la revolución centroamericana a términos de enfrentamiento Este-Oeste, para atribuirle a una conspiración soviética y ocultar sus profundas raíces nacionales. Y se intenta, sobre todo, esconder y absolver a los culpables de tanta sangre derramada. ¿Saben ustedes que en Guatemala hay un organismo oficial que se ocupa de los derechos humanos? En ese país, convertido en un matadero por la intervención extranjera, esa oficina se ocupa de la violación de los derechos humanos... en la Unión Soviética.

8

Indignan el corazón y ofenden la inteligencia las coartadas de la incesante intervención imperialista en Centroamérica.

Los Estados Unidos fueron el primer país al que los sandinistas acudieron en demanda de ayuda económica y militar, cuando derrabaron la dictadura de Somoza. Encontraron allí puertas cerradas, créditos condicionados y mutilados, amenazas: el imperio más poderoso de la historia considera peligrosa a Nicaragua, pequeña nación en ruinas, devastada por una larga dictadura, un terremoto y una guerra. «Somoza es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta», dijo Roosevelt. Cuando Nicaragua quiere ser Nicaragua, y a través de su revolución empieza a descubrirse a sí misma, el presidente Reagan echa mano al Colt 45. Para desarrollar la energía hidráulica y geotérmica, Nicaragua necesita ochocientos millones de dólares.

Esa palanca le permitiría avanzar a los saltos. Parece una cifra gigantesca, pero es ochocientos cuarenta y cinco veces menor que la cifra que los Estados Unidos dedicaron a evitar que Vietnam fuera Vietnam, mientras duró la guerra larga del sudeste asiático. Matando vietnamitas, los Estados Unidos gastaron 676 mil millones: solamente en explosivos dilapidaron el equivalente de doscientas bombas de Hiroshima.

¿Cuánto están gastando y gastarán para evitar que El Salvador sea El Salvador? Conocemos los pretextos. ¿Habrá quien honestamente crea que los agentes soviéticos son los culpables de que los salvadoreños tengan el más bajo consumo de calorías en América Latina? De cada diez niños salvadoreños, hay ocho desnutridos. De esa violencia viene la violencia. Democracia era, antes, en El Salvador, el reino de catorce familias. Ahora es el reino de 244 familias, y la farsa de elecciones bajo estado de sitio, que nadie se cree. De esa violencia viene la violencia. Hace dos años, las fuerzas armadas de El Salvador ocuparon el campo. Entregaron el cinco por ciento de la tierra a las cooperativas campesinas, y llamaron a eso «reforma agraria». Antes del fin de 1980, las fuerzas armadas asesinaron a doscientos líderes de esas cooperativas. De esa guerra viene la guerra.

(1982)

SIENDO

—*Toque esta mano.*

Esta mano que palpa el vientre y encuentra la cabeza y endereza al niño cuando viene mal. Esta mano que transmite serenidad y fuerza a la mujer, mientras su cuerpo se abre, y después le ofrece té de canela o alhucema. Esta mano que brinda una pizca de miel al recién nacido, para que ése sea su primer sabor del mundo. Esta mano que entierra la placenta, que es como raíz recién arrancada, que se viene con tierra y todo y a la tierra vuelve.

Esta mano que da de nacer. ¿Existe acaso un oficio más hermoso?

—*Ya está viejo el primer chavalito que miré. Miles he traído. Y gemelos, tres veces. Nunca lo hice por los reales. Si alguien gustaba pagarme un pollo, yo gustosa lo aceptaba, y ese pollo era una vaca para mí. He parteado mucho en el monte, solita y a medianoche. Con clavo caliente quemaba el ombligo. En el tiempo antiguo, otra cosa no había. Aprendí de una abuelita mía, que ella me dijo: «Mirá, nieta. Me voy a morir. Aprendé para que te ayudes y ayudes». Yo soy de la cola del mundo. Ya no voy a servir mucho, por la mucha edad que tengo. Pero les enseñaré a otras. Tengo ese orgullo. Hasta cuando Dios me quite la vida. Es cuanto.*

Cuando los nicaragüenses dicen el tiempo antiguo, están hablando de hace cuatro años:

—*No había una inyección, una nada.*

Verdes montañas en torno de muros mordidos por las balas: en la ciudad de Estelí, todavía marcada por la lepra de la guerra, las parteras de diversas comarcas están renovando sus maletines de Unicef. Las parteras populares, las comadronas, tuvieron miedo la primera vez que fueron convocadas. La práctica del parterío estaba prohibida. Había que pagar a médicos que nunca llegaban, había que acudir a hospitales que no existían. Pero en 1979, la revolución que acababa de voltear a la dictadura de Somoza no llamaba a las parteras para meterlas presas, sino para darles cursos y diplomas. Ahora vienen siempre; y algunas vienen desde el frente de guerra, desde la boca del lagarto:

—*Yo conmigo empecé. Yo solita me veía. Así tuve diecisiete hijos. Y entonces tuve*

que partear para otras, porque allá en el valle del Bramadero no había quién para componer el ombligo. Mi sabiduría fue natural, pero ahora pongo inyecciones y tengo yodo y mertiolate. En el tiempo antiguo nadie le hacía caso a una. Y se parteaba en el suelo, a como diera lugar, y muchos tiernitos morían. Estamos cambiando. En eso estamos. Cambiando. Pero quedamos en escombros y estamos pobres y ahora, otra vez la guerra. Yo le digo: Hemos puesto la mano en el arado y no vamos a volver atrás. Yo le digo lo que Cristo dijo. Y más no me pregunte, porque vivo muy nerviosa. Que me acaban de matar un hijo. Es cuanto.

Ésta es una jornada de celebración. Las parteras han venido a Estelí para celebrar un hecho que bien vale la pena. El año pasado, en esta zona, habían caído veinticinco bebidos fulminados por el tétanos. Este año, ninguno. Las parteras ya no cortan ombligos a machete, ni los queman con sebo, ni los atan sin desinfectar. Y también las vacunas han sido decisivas: la vacunación de mujeres embarazadas transmite inmunidad al niño en formación, como si él fuera un órgano del cuerpo de la madre. Este año, ninguno.

—Le ganamos a la muerte —dice el delegado del gobierno en la reunión—. Y una revolución es eso: ganarle a la muerte.

MÁS CONTAGIOSA QUE LA PESTE

La salud dejó de ser caridad en Nicaragua. Las víctimas se hacen protagonistas. Ochenta y siete mil voluntarios participaron en la campaña contra la malaria: en tres días realizaron un trabajo de cinco años. La salud de todos es asunto de todos y a todos moviliza. En las jornadas de vacunación, como en la campaña de alfabetización, las brigadas van casa por casa y penetran las más remotas comarcas. En 1981, en Ciudad Sandino, suburbio de Managua, vacunaron cantando. Cuando se libera la energía colectiva, la solidaridad se vuelve más contagiosa que ninguna peste. Un país pobre, profundamente enfermo, se transfigura lanzándose más allá del egoísmo.

«QUE NOS ATEN AL CUELLO UNA RUEDA DE MOLINO»

Un país pobre, arrasado por dictaduras, guerras y terremotos. Un país acosado. Pero la movilización popular multiplica los panes y los peces. Y al fin y al

cabo, por poner un ejemplo, no cuesta más que veinte mil dólares vacunar contra el tétanos a todas las mujeres nicaragüenses en edad fértil; y veinte mil dólares es lo que el mundo gasta en armamentos *en un segundo*.

Nicaragua ha logrado, en cuatro años, un espectacular descenso en la mortalidad infantil. Queda mucho camino por recorrer; pero los niños ocupan el centro del proceso abierto a partir de la caída de la dictadura de Somoza. «Si así no fuera», explica el comandante Tomás Borge, ministro del gobierno sandinista, «más valdría que nos ataran al cuello una rueda de molino, como dice la Biblia, y nos tiraran al mar».

Los niños morían como moscas. Era costumbre. Las estadísticas de gobierno dependían de la imaginación de los funcionarios. Diarreas, fiebres y vómitos aniquilaban muchas vidas recién empezadas y los registros oficiales no se daban por enterados en la mayoría de los casos. Poco después del triunfo de la revolución, los médicos encontraron que todos los niños de un barrio pobre de Managua tenían síntomas de tuberculosis; y en ciertos pueblos rurales, como por ejemplo Raití, estaban tuberculosos ocho de cada diez habitantes.

Una revolución es una revelación. Los nicaragüenses están descubriendo su propio país. ¿Cuántos tuberculosos hay en Nicaragua? Todavía no se sabe a ciencia cierta; y más se descubren cuanto más se explora. La pelea contra la tuberculosis será larga y difícil en un país donde la leche, los huevos y la carne son todavía, para buena parte de la población, objetos tan extraterrestres como los platos voladores. Pero el sarampión ya no mata a nadie, la polio ha desaparecido y la malaria se redujo a la tercera parte.

De cada diez nicaragüenses que morían, cuatro no había llegado a cumplir un año de edad. De esos cuatro, dos morían de infección intestinal. La diarrea era la más criminal, la primera causa de muerte infantil en 1979. En 1982, era la tercera. En 1983, está en cuarto lugar.

FERNANDO, EL MÉDICO POETA

A principios de 1980, Fernando fue enviado al pueblo de Tortuguero, a orillas del río Kakarawala, porque andaba haciendo estragos el sarampión.

Allá nunca habían visto un médico.

Fernando improvisó un hospital de campaña y aplicó vacunas y remedios. Dos semanas le llevó la guerra contra el sarampión, pero después las lluvias lo obligaron a quedarse. Llovía como para siempre.

Fue pasando el tiempo y Fernando seguía acorralado por las lluvias. Cuando se acabaron las medicinas, curó con hierbas. Fernando combatía inflamaciones con la leche de cierta corteza de árbol y contra el dolor de muelas aplicaba el ácido de una hoja. Con té de flores curaba la tos. La grasa de gallina, derretida al fuego, aliviaba los dolores de pecho. Para la laringitis recetaba melaza de caña. El polvo de achiote es bueno para teñir, pero también ayuda contra las infecciones. La manteca de azahar le servía de bálsamo.

Con el suero que había llevado, salvó a más de un niño moribundo de diarrea. Cuando el suero se acabó, hizo suero casero, con agua hervida, azúcar y sal; y enseñó a la gente a prepararlo y a aplicarlo.

UNA CALABAZA PARA EXPLICAR LA MEDICINA

Nicaragua es el primer país que aplica en escala nacional el tratamiento de rehidratación oral contra la diarrea. Hay 356 unidades permanentes de rehidratación oral, diseminadas por todas partes, y una infinita cantidad de centros populares para la distribución del suero. Los brigadistas de salud llevan en sus mochilas los sobres de suero enviados por Unicef; y también enseñan a preparar suero casero. Para explicar los síntomas de la gastroenteritis, usan un muñeco: convierten una calabaza en cabeza humana. La calabaza está abierta por arriba y tiene varios agujeritos con tapones. Los brigadistas la llenan de agua hasta el tope y la cubren por arriba con un trapo. Destapan los agujeritos de los ojos y la calabaza llora, y por otro agujerito orina, y por otro sufre diarrea. A medida que se escapa el agua, el trapo se hunde como se hunde la mollera del niño deshidratado, y llora sin lágrimas, y orina poco o nada.

Eficaces campañas de propaganda explican que el niño, como la planta, se muere si se seca. La tradición y algunos médicos aconsejaban ayuno ante la diarrea infantil. Ahora se sabe que es al revés.

En el *tiempo antiguo*, se intentó aplicar en Nicaragua la terapia de rehidratación oral. No hubo caso. Las madres recorrían enormes distancias hasta llegar a los escasos médicos y los raros hospitales, y se sentían estafadas:

— ¿Cómo? ¿Me traigo al tierno desde tan lejos, que se me está muriendo, y me dan esta agüita? ¿Ni un remedio me dan? ¿Ni una inyección van a ponerle? De balde el viaje.

UN PERSONAJE LLAMADO URO

Nos acribilla la lluvia en la caja del camión que corcovea a través de la selva. Esta es la región de las minas de oro, al sur de Bonanza. Ondula la selva sobre las montañas y el camión la sigue, pisando puentes inundados y a medio caer, y vamos dejando atrás algunas aldeas de casas de madera alzadas sobre zancos. Con la mano a modo de visera alcanzo a ver, a través de la cortina de lluvia, los paisajes fulgurantes. Este mundo parece hecho por un dios que se dedica, los domingos, a la pintura ingenua.

Calor con lluvia es invierno. Calor sin lluvia es verano. Lluve mucho, muchos meses, en la selva de la costa atlántica. Trae vida la lluvia, vida que por todas partes brota con violencia, pero también multiplica la diarrea y la malaria. Las aguas encharcadas se hacen caldo de cultivo de moscas y mosquitos, las lluvias arrastran basuras y excrementos y se salen de cauce las aguas de los ríos, contaminadas por las empresas que explotaban el oro.

— ¿Cuántos hijos ha tenido?

— *Diez.*

— ¿Cuántos se le murieron?

— *Cuatro perdí.*

El diálogo se repite. Cambian los números: doce hijos, cinco muertos; ocho hijos, cuatro muertos. Y así.

Entre casas que algo tienen de barcos, conversamos con una mujer de la comunidad indígena de Wasminona, que tiene cuerpo de niña y ojos mucho más viejos que ella. Tres de sus hijos, me cuenta, habían muerto de diarrea. A otros tres se los salvó el URO en un año. El URO, personaje muy popular en toda Nicaragua, y cuyo nombre completo es Unidad de Rehidratación Oral, actúa en cada una de estas comunidades de la selva.

Ésta es frontera de guerra. No andan lejos los soldados de la derrocada

dictadura de Somoza. Lleva fusil al hombro la enfermera que coordina y abastece a los diversos centros de salud, recorriendo la selva a pie o lomo de burro. En la comunidad del Zopilote, hombres y mujeres han marchado al frente. Las mujeres que quedan reparten el pecho. Con una teta dan de mamar al hijo propio y con la otra al hijo de la mujer ausente.

MARÍA, LA LAVANDERA

María ha visto unos cuantos niños muriendo de diarrea: color sin color, secos, puro huesito, boqueando como pez fuera del agua.

Ella está a cargo de un URO popular en un suburbio obrero de Managua. Hace cuatro años, le decían: «Qué vas a saber vos».

Venían las madres con niños de mollera hundida y ella les aplicaba suero en vez de inyecciones, y ni siquiera les sobaba la cabeza, ni les apretaba con el dedo el cielo de la boca.

Como responsable de las tareas de salud en su zona, la lavandera María también se ocupa de que de una buena vez excaven su pozo los vecinos que todavía no han hecho letrina, y organiza jornadas de limpieza contra charcas y basuras, y habla con cada una de las madres que no han vacunado, todavía, a sus niños: con esa que cree que bastante protegido está el niño por el poder de Dios y con esa otra que teme que la vacuna le inflame la canillita o lo mate.

María ha aprendido a controlar embarazos y a distinguir los grados de desnutrición. Por manos de María pasan los alimentos que la ayuda internacional destina a mejorar la dieta de las embarazadas de este barrio y de su boca salen palabras que también ayudan: ella explica que no hay mejor alimento que la leche materna y combate el pánico de las primerizas temerosas de que se les arruine el pecho y las abandone el hombre. María despeja las dudas de las que creen que la leche inicial, amarilla y poca, no vale nada, o que la leche de mujer resfriada puede caer mal al niño. Para que no falle la leche, les dice, hay que alimentarse bien y romper la vieja costumbre que obliga a comer sólo queso y maíz, en los cuarenta días después del parto, para que no se ponga hedionda la sangre.

Le pregunto por la brigada de salud del barrio, que ella dirige:

—¿Los niños participan?

—*Muy niños, no. Ya son adultos como de catorce años.*

María, la lavandera, jamás ha cobrado un centavo por todo esto. Tiene manos blanqueadas de tanto jabón, y un marido medio arruinado por un accidente, y seis hijos, «que a los mayores me da pena, que los tengo hasta sin zapatos».

En su casa hay velas siempre encendidas bajo las imágenes de Jesucristo y de Sandino.

María, la lavandera, habla como si fuera muchos. Y es.

DENIS, EL BRIGADISTA

Era un campo de tulipanes de todos los colores y él caminaba o flotaba sintiéndose llamado. En eso le salió al paso un hombre o rara luz que lo alzó y lo cargó en brazos. A Denis nunca le gustó que lo lleven, pero en esos brazos se sentía cómodo y muy seguro.

—*Yo le preguntaba: «¿Quién sos vos?». Y él, nada. Pero fue un caso, cómo decir, de confianza a primera vista. Yo no sentía miedo. Iba apretado contra ese pecho a través del campo de tulipanes y preguntando, preguntando, y él callando, callando, hasta que me dijo: «Pero ¿no te das cuenta?». Entonces me desperté y tenía unas alas acá en la espalda.*

—¿Te sentías feliz?

—*Preocupado, más bien. Pero me las toqué y desaparecieron.*

—¿No te gustó despertarte con alas?

—*Peor fue otra vez que me desperté convertido en dinosaurio.*

Denis tiene once años. Vive en un barrio de Managua. Con sus compañeros de las brigadas infantiles ha recorrido puerta por puerta en busca de niños no vacunados y convenciendo a ciertos padres testarudos o temerosos de que la vacuna contra la poliomelitis fuera veneno o pócima para volver comunistas a los niños. En la lucha contra la malaria, Denis y sus compañeros recogen y quemán

basura, atacan pantanos, aguas estancadas y charcos, cortan malezas y plantan almendros, mangos, chilamates y sauces.

—Aquí había tanto mosquito que usted aplaudía y mataba a cinco o seis.

HERENCIA

La salvación de niños es aquí una tarea colectiva, posible porque el pueblo cree, por primera vez, en lo que hace. Cree y crea: al desencadenar su energía creadora, la comunidad se descubre capaz de convertir las palabras en actos.

Fácil no es. A pesar de la intensa solidaridad internacional faltan, por ejemplo, médicos y hospitales. En Managua, los recién nacidos con algún signo de anormalidad tienen que estar de a dos por cuna; y en las salas de cirugía infantil no hay lugar para tener más de tres días a los recién operados.

Pero las dificultades materiales, que son tantas y tan multiplicadas por la guerra incesante, parecen nada en comparación con las otras: no hay varita mágica que pueda borrar de un solo toque la tradición de ineficacia y fatalismo. Durante siglos, este país ha sido entrenado para obedecer, no para pensar, y para padecer la historia en lugar de hacerla. Todo estaba organizado para que cada cual se resignara a la vida que le tocara y aceptara la desdicha y la muerte temprana como se aceptan las lluvias del invierno y los soles del verano.

La fulminante campaña de alfabetización demostró desde el pique que la revolución es un entusiasmo más poderoso que las dificultades, pero en el mismo país viven todavía, peleando entre sí, el país que fue y el país que será.

EL MAL DE OJO

Las vacas, ganado con jorobita, se cruzan en el camino. En las afueras de la ciudad juegan niños desnudos, barrigudos, brazos y piernas de alfiler. Crece el café a la sombra de los naranjos. Estamos llegando a Juigalpa. Éstas son las tierras del centro de Nicaragua, donde un poeta cantó a los ríos de leche y a las piedras de cuajada.

Hasta hace poco, en estos campos no había, contra la diarrea, otra cosa que raicitas de dormilona y hierbabuena, y anisillo contra la tos y el pecho apretado. Todavía se cree que la diarrea no es culpa del hambre, la mugre y las moscas, sino que viene por mirada fuerte de hombre borracho o mujer con menstruación. Quien hace al niño el mal de ojo, puede salvarlo si después lo escupe.

DESPUESITO

Se reúnen, preocupados, los delegados de las organizaciones populares en Juigalpa. No van bien las cosas. Es preciso lanzar una nueva campaña contra la diarrea infantil.

Hay varias unidades de rehidratación oral en la región, pero casi no existen los UROS populares.

Los brigadistas son escasos y enfrentan problemas de dejadez y lentitudes de tortuga:

—*Lo quieren todo servido.*

Los brigadistas voluntarios explican que el suero casero se hace con un litro de agua hervida, y que una tapita de refresco sirve de unidad de medida, siete de azúcar, una de sal, para hacer la mezcla. Pero sobre todo explican, y demuestran, que la educación y la salud no se reciben, sino que se hacen entre todos.

Camino de la hacienda «Los millones», pasamos por Villa Sandino, antes llamada Villa Somoza. Preguntamos:

—*Allá, despuesito de la subidita.*

El despuesito resulta ser un largo después. Llegamos por fin a «Los millones», así llamada por lo mucho que ganaba el dueño, casado con alguien de la familia que durante más de cuarenta años ejerció la dictadura en este país. El hombre vendió hasta los ceniceros y huyó no bien sintió que soplaban fuerte el viento.

Ahora hay en la hacienda un centro de salud, todavía precario, y un comedor infantil, y los trabajadores tienen letrinas. Pero las letrinas están llenas de moscas y los niños andan descalzos y con panzas deladoras de parásitos. De nada

sirven los medicamentos si al día siguiente los parásitos vuelven a meterse por la planta del pie.

JESÚS, EL ALBAÑIL

Perros flacos jadeando, polvo y sol, y entre las arboledas que parecen selva, unas casas levantadas a la que te criaste, cuatro tablas, tres latas, dos piedras. Camino del mercado, las mujeres llevan frutas sobre la cabeza. Se ven hombres tumbados a la sombra de los árboles, siempre en domingo. En esta comarca de Pochocuape, faltan brigadistas que enseñen que al niño se le hunde la mollera por deshidratación, y no por salto brusco ni maleficio, y que la leche materna, que parece que no llena, cría con fuerza. Pero Jesús, el albañil, y otros voluntarios, han levantado la escuela, que antes era nomás que un palo de mamón, y han limpiado los barrancos, y han vacunado a todo el mundo.

Jesús, el albañil, flaco puro pómulo, vive de alzar paredes. También siembra tomates y frijoles y trabaja en lo que va saliendo. Le pregunto cuántos hijos tiene. Cuatro, me dice, del matrimonio, y otro por fuera, que se murió:

— *Anoche.*

Se llamaba Merlín, tenía tres meses:

— *Se le cansó el corazón.*

MELANIA, LA LAVANDERA

En el Mercado Oriental de Managua, Melania vende caramelos y crispitas de maíz y de miel. Está dando de mamar al hijo, que tiene poco de nacido. Éste es el tercero. Uno murió y el otro vive con daño, caída la cabeza, idos los ojos, los brazos aleteando.

¿Qué come Melania cada día? Hasta que su hijo cumpla cuarenta días, ella no come más que tortillas de maíz y leche cuajada. Ni frijoles, ni frutas, ni huevos. *El médico me dijo. ¿Qué médico?*

Me contesta, riendo: *Mi abuelita.*

LOS PODERES DEL PECHO

La desnutrición, hermana enmascarada del hambre, castiga todavía a siete de cada diez niños de Nicaragua. Y no solamente por la miseria material. También por los tabúes; y por cierta publicidad comercial que durante tantos años ha inducido a preferir la leche de tarro a la leche de madre y a comprar refrescos químicos en lugar de jugos de frutas y leche de vaca.

Los médicos me cuentan. Por medio de sociodramas y revistas de historietas, se enseña que a partir del tercer, cuarto y quinto mes el niño necesita otros alimentos además de la leche materna. Pero mucha gente cree que los frijoles ensucian la sangre del niño y que el jugo de limón la corta, que los huevos dan dolor de barriga y que las legumbres son pasto y el pasto es para las vacas.

Orlando me dice que en su comarca creen que la leche produce diarrea y amebas y Lilian me habla del caso de la embarazada que se negaba a tomar leche porque temía que su hijo naciera embadurnado en mantequilla. Mauricio ha visto en el hospital a miles y miles de mujeres que vienen a parir trayendo unas botellas de gaseosa de color rojo, de pura anilina, por creer que contiene sangre o por no saber que mentía la propaganda que prometía vitaminas.

Un decreto de gobierno ha cortado en seco el auge publicitario de la leche en polvo, que inducía a las madres a desconfiar de su propia leche; y una vasta campaña explica, por todos los medios, que la leche materna transmite defensas, que resiste un día entero sin refrigeración y que es el mejor alimento del recién nacido, digan lo que digan el marido o la suegra. Además, y eso ya resulta más difícil de explicar, el pecho liga a la madre con el hijo y brinda al niño misteriosas vitaminas que no aparecerían en ningún análisis de laboratorio. En un viejo hospital de Managua, ocurría a veces que las madres abandonaban a sus niños después del parto. Así fue hasta que las cunas fueron acopladas a las camas. Desde entonces, ninguna mujer ha huido del hijo que duerme a su orilla, pegado a su pecho.

UN TEATRO PARA EXPLICAR LA MEDICINA

Por un camino de volcanes de blancos penachos, llegamos a Jinotepe. En una reunión de enfermeras, pido que me muestren sus técnicas de persuasión. Entonces improvisan sociodramas. Cada una de ellas se vuelve, por un ratito, primera actriz de un teatro de quita y pon. Dos situaciones típicas: el niño deshidratado con la madre que desconfía del suero y la embarazada que viene a atenderse la barriga por primera vez. Hay mímica y palabras, *humor y amor*.

En este país, cada enfermera o auxiliar de enfermería es una policlínica ambulante y una cómica de la legua.

NORA, LA COSTURERA

Nora es costurera, cirujana de ropas viejas, y de eso vive. Además, como militante de la asociación de mujeres, enseña cocinando. En Jinotepe y las comarcas vecinas, Nora difunde platos que se conocen poco o nada y que son, a la vez, alegrías de la boca y fuentes de buena salud. Anda Nora por las cocinas de barrios y pueblos, mostrando. Cada vecina trae alguna de las cosas necesarias para la receta del día,

—*Hoy, la Ensalada Fiesta.*

No se come para engañar el hambre, sino para disfrutar y multiplicar la vida. Si no hay ciertas especias, se usan hojitas de limoneros de los patios y si no hay papa mejor, porque así encuentra ocasión de lucirse el boniato, más bien novedoso en Nicaragua.

Para vencer la desnutrición, que a tantos niños mata o mutila, es preciso incorporar, por ejemplo, verduras y frutas a la comida tradicional, y carne de pescado, que tanto abunda en este país de mares y lagos. A través de la asociación de mujeres, el gobierno distribuye semillas de lechuga, repollo, tomate, rabanito, pepino y zanahoria, para plantar en los patios, en tierra o macetas, huertas familiares que sirven de escudos contra la escasez y la especulación. Y también distribuye semillas de calabacines, aquí llamados pipianes, y a la embarazada que teme mirar la flor del calabacín, porque según la tradición se arruinará la planta si

ella la toca con los ojos, le dicen:

—*Mirá.*

Nora, la costurera, enseña a cocinar pescados y otras carnes, con tal arte que no hay boca que se resista, y explica que la cebolla es enemiga feroz de anemias, parásitos y microbios. En estos últimos tiempos, Nora anda cargada de granos de soya. Con los granos de soya lleva la buena noticia: medio kilo de la exótica soya, que se vende a precio de ganga, equivale a veinticinco huevos o a cinco litros de leche de vaca. Los granos de soya se lavan y se dejan en remojo hasta el día siguiente y después se convierten en infinitas delicias por obra de la mano y ayuda del fuego. De la leche de soya se hacen refrescos y helados y el queso de soya acepta todos los matrimonios y pasa a llamarse «Aquí te espero» cuando se casa con el repollo y la clara de huevo. De la masa de soya surgen sopas, tortas, picadillos, guisos, empanadas y dulces. Cremas, panes y mazapanes nacen del grano tostado. La soya entera se vuelve loca por el frijol criollo y la soya verde persigue al arroz. El germinado de soya...

—*Tiene un sabor de maíz nuevo, y comiendo un poco nomás ya se siente una como viniendo de tremendo banquete.*

CÁNDIDA, LA PARTERA

En el pueblo de Santo Tomás, ¿quién no ha venido al mundo por mano de Cándida?

Con las parteras de Estelí comencé este viaje y con la partera de Santo Tomás se acaba, mientras Nicaragua nace más y muere menos.

—*Lo importante está en el habla y en la mano — me dice.*

Y cuando conversamos sobre la placenta, que las parteras de Nicaragua entierran siempre, me dice que no, que no es porque esté muerta que se entierra la placenta. La placenta sigue viva y hay que enterrarla bien, en lugar seco, donde dé fuerte el sol. Si no se hace así, a la mujer que ha parido va a dolerle mucho el vientre. A la placenta hay que enterrarla bien para que se haga tierra, como nosotros nos haremos, me explica Cándida, porque la placenta es una parte viva de la madre. Y si se hacen las cosas como es debido, la otra parte viva de la madre

crece sobre el mundo, y se alza en dos piernas, y se hace gente, y va siendo.

(1983)

APUNTES PARA UN AUTORRETRATO

VOCACIÓN

Al principio, es la imagen. La palabra, después. Soy incapaz de transmitir una situación, una emoción o una idea si primero no la veo cerrando los ojos; y siempre me cuesta mucho encontrar palabras que sean capaces de transmitir esa imagen y que me parezcan dignas de su esplendor. Creo que pinto escribiendo, por falta de talento para pintar pintando. Como no pude ser pintor, no tuve más remedio que hacerme escritor. La mujer que amas no te hace caso y te casas con la prima.

EVOCACIÓN

A los catorce años recién cumplidos publiqué por primera vez. Era un dibujo, una caricatura política, en el semanario socialista de Montevideo. Y desde entonces publiqué muchos dibujos más, que firmaba Gius, pronunciación castellana de Hughes, apellido paterno que me viene de un tatarabuelo que hace un siglo y medio se vino de Gales al Uruguay.

Hasta las dieciocho años alterné los dibujos con algunas tentativas de periodismo escrito. Publiqué crónicas de arte, con más osadía que conocimientos, adolescente caradura, y crónicas del movimiento sindical, que conocía bien por mi temprana vida de sieteoficios en fábricas y oficinas. A los dieciocho años sentí el primer pánico ante una hoja en blanco, el mismo pánico que todavía, hoy por ejemplo, siento a menudo: quise escribir a fondo, con todo, quise darme —y no pude. Lo había intentado con pinceles, y tampoco había podido.

A los diecinueve años estuve muerto, pero nací de nuevo.

A los veinte escribí una mala novela. La firmé Galeano, apellido materno que me viene de un tatarabuelo de Génova.

Después volví a morir y a nacer varias veces. Hokusai, el deslumbrante

artista japonés, eligió sesenta nombres diferentes para señalar sus sesenta renacimientos. Yo no tengo su audacia ni la sombra de su talento.

REVELACIÓN

Tatarabuelos de Gran Bretaña, Italia, España y Alemania; cara de cónsul sueco en Honduras. Y sin embargo, desde siempre supe que soy tan latinoamericano como las piedras de Machu Picchu o el más humilde guijarro de mi país. Y lo supe, lo sé, como se saben de verdad las cosas: viajando por mis adentros desde las entrañas hasta la cabeza, y no al revés.

Pertenezco a una tierra que todavía se ignora a sí misma. Escribo para ayudarla a revelarse —revelarse, rebelarse— y buscándola me busco y encontrándola me encuentro y con ella, en ella, me pierdo.

OBSESIÓN

Fui un pésimo estudiante de historia. Me enseñaron la historia como una visita al Museo de Cera o a la región de los muertos. Yo tenía más de veinte años cuando descubrí que el pasado no estaba quieto ni mudo. Lo descubrí leyendo novelas de Carpentier y poemas de Neruda. Lo descubrí escuchando cuentos, en las ruedas de café, sobre algún guerrero de las praderas uruguayas, viejo muy viejo, que con palitos de naranjo mantenía abiertos sus párpados cansados mientras alzaba jinetes enemigos en la punta de su lanza. Y lo descubrí preguntando. Preguntando y preguntándome de dónde venía este planeta que habitamos, que cada minuto gasta un millón de dólares en armamentos para que cada minuto treinta niños mueran impunemente de enfermedad o de hambre. Preguntando y preguntándome: este mundo nuestro, este matadero, este manicomio, ¿es obra de Dios o de los hombres? ¿Qué tiempo pasado ha parido este tiempo presente? ¿Por qué unos países se han hecho dueños de otros países, y unos hombres dueños de otros hombres, y los hombres dueños de las mujeres, y las mujeres de los niños, y las cosas dueñas de las personas?

No soy historiador. Soy un escritor con la obsesión de la memoria, la de América sobre todo, y sobre todo la de América Latina, tierra entrañable, condenada a la amnesia.

EXPLORACIÓN

En tres meses, en noventa noches, escribí *Las venas abiertas de América Latina*. Fue el resultado de muchas lecturas y muchos viajes, cóleras, amores, estupores. Y, sobre todo, fue el resultado de muchas dudas: la fecunda duda, siempre embarazada.

Han pasado trece años y no me arrepiento. Las venas difunde hechos que muestran que la realidad latinoamericana actual no proviene de ninguna indescifrable maldición. Yo quise explorar la historia para impulsar a hacerla, para ayudar a abrir los espacios de libertad en los que las víctimas del pasado se hacen protagonistas del presente. Me consta que el libro ha sido bastante útil, hasta donde un libro puede serlo en tierras de analfabetismo, miseria y dictaduras: útil para quienes han sufrido el robo del oro y de la plata y del cobre y del petróleo y también el robo de la voz y de la memoria.

CANCIÓN

No me arrepiento; y, sin embargo, creo que *Las venas* reduce la historia a una sola dimensión. Y si al decir historia digo realidad, memoria viva de la realidad, digo vida viva, vida que canta con voces múltiples; y en América, tierra donde se mezclan todas las culturas y todas las edades humanas, esa diversidad de voces parece infinita. No sé si mi boca será digna de ellas; y en cambio sí sé que ninguna obra literaria podría abarcarlas. Pero resuenan tan intensamente que son una tentación irresistible.

Ando metido a muerte en esta tentativa de conversar con América, y sobre todo con América Latina, como si ella fuera persona, como si fuera mujer, queriendo compartirle los secretos. ¿De qué barros fue ella nacida? ¿De qué actos de amor y de cuántas violaciones viene?

Se llama *Memoria del fuego* y será una trilogía. En estos días, he terminado de escribir el segundo volumen. Estoy contento como perro con dos rabos, aunque mi cuerpo protesta. En los cuatro años que lleva esta aventura, he perdido los últimos pelos que adornaban mi otrora frondosa cabeza y he ganado una úlcera de duodeno y una hernia de disco.

CONCLUSIÓN

Ahora, en estas líneas, estoy escribiendo, se supone, algo así como un autorretrato. Podría remontarme a mi infancia muy católica, todos culpables a los ojos de Dios, Dios Jefe Universal de Policía, el alma y el cuerpo como la Bella y la Bestia; o podría hablar de mis posteriores conflictos con las versiones dogmáticas del marxismo, que proclaman la Verdad Única y que divorcian al hombre de la naturaleza y a la razón de la emoción. O podría contar que he jineteado diversas desventuras y que varias veces me ha volteado el caballo; que he conocido por dentro algunos engranajes del terror y que el exilio no ha sido siempre fácil. Podría celebrar que al cabo de mucha pena y mucha muerte siga manteniendo viva mi capacidad de asombro ante la maravilla y mi capacidad de indignación ante la infamia, y que continúe creyendo en la verdad del poeta que me aconsejó que no tome en serio nada que no me haga reír.

Un autorretrato. Podría decir que detesto las óperas y los manteles de plástico y las computadoras, que soy incapaz de vivir lejos del mar, que escribo a mano y tacho casi todo, que me casé tres veces, que... Pero tanto hablar de mí me aburre. Me aburre: lo comprendo, lo confieso y lo celebro.

Hace algún tiempo, vi un pollo picoteando un espejo. El pollo estaba besando su propia imagen. Al rato, se durmió.

(1983)

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA QUE TODAVÍA NO FUE

I. EL DELITO DE SER

Hacia cuatro años que Cristóbal Colón había pisado por vez primera las playas de América, cuando su hermano Bartolomé inauguró el quemadero de Haití. Seis indios, condenados por sacrilegio, ardieron en la pira. Los indios habían cometido sacrilegio porque habían enterrado unas estampitas de Jesucristo y la Virgen. Pero ellos las habían enterrado para que estos nuevos dioses hicieran más fecunda la siembra del maíz, y no tenían la menor idea de culpa por tan mortal agravio.

¿DESCUBRIMIENTO O ENCUBRIMIENTO?

Ya se ha dicho que en 1492 América fue invadida y no descubierta, porque previamente la habían descubierto, muchos miles de años antes, los indios que la habitaban. Pero también se podría decir que América no fue descubierta en 1492 porque quienes la invadieron no supieron, o no pudieron, verla.

Sí la vio Gonzalo Guerrero, el conquistador conquistado, y por haberla visto murió de muerte matada. Sí la vieron algunos profetas, como Bartolomé de las Casas, Vasco de Quiroga o Bernardino de Sahagún, y por haberla visto la amaron y fueron condenados a la soledad. Pero no vieron América los guerreros y los frailes, los notarios y los mercaderes que vinieron en busca de veloz fortuna y que impusieron su religión y su cultura como verdades únicas y obligatorias. El cristianismo, nacido entre los oprimidos de un imperio, se había vuelto instrumento de opresión en manos de otro imperio que entraba en la historia a paso avasallante. No había, no podía haber, otras religiones, sino supersticiones e idolatrías; toda otra cultura era mera ignorancia. Dios y el Hombre habitaban Europa; en el Nuevo Mundo moraban los demonios y los monos. El Día de la Raza inauguró un ciclo de racismo que América padece todavía. Muchos son, todavía, los que ignoran que allá por 1537 el Papa decretó que los indios estaban dotados de

alma y razón.

Ninguna empresa imperial, ni las de antes ni las de ahora, descubre. La aventura de la usurpación y el despojo no descubre: encubre. No revela: esconde. Para realizarse, necesita coartadas ideológicas que convierten la arbitrariedad en derecho.

En un trabajo reciente, Miguel Rojas-Mix advertía que Atahualpa fue condenado por Pizarro porque era culpable del delito de ser otro o, lisa y llanamente, culpable de ser. La voracidad de oro y plata requería una máscara que la ocultara; y así Atahualpa resultó acusado de idolatría, poligamia e incesto, lo que equivalía a condenarlo por practicar una cultura *diferente*.

DE IGUAL A IGUAL

La conquista española reprodujo, en América, lo que en España había ocurrido y seguía ocurriendo en aquellos años. En 1562, fray Diego de Landa quemó los códices mayas en una gigantesca hoguera en Yucatán. En 1499, en Granada, habían ardidido hasta las cenizas los libros islámicos que el arzobispo Cisneros había arrojado a las llamas. La España que conquistó América no era el resultado de la suma de sus partes, sino que estaba sufriendo la más feroz amputación de toda su historia: la España católica se imponía como España única, aniquilando a sangre y fuego a la España musulmana y a la España judía. La intolerancia y el latifundio, la Inquisición y las mercedes de tierras, sellaban la frustración de la España múltiple y abierta a los vientos del progreso —la que pudo haber sido y no fue.

A la cristianización compulsiva siguió, tiempo después, a partir de la dinastía de los Borbones, la castellanización compulsiva. El centralismo castellano, negador de la pluralidad nacional y cultural de España, llegó al paroxismo bajo la dictadura de Franco.

Ahora, tras siglos de represión, España se está descubriendo, se está redescubriendo, a sí misma. Con nuevos ojos, en el despertar de la democracia, España empieza a verse en su propia diversidad; y empieza a reconocer, en ella, su identidad verdadera. Es una identidad de contradicciones, porque está viva, y contradictoriamente se manifiesta. Nación de naciones, múltiple de pueblos y de ideas, de culturas y de lenguas, España despliega la fecunda pluralidad que la hace

singular. En este proceso, proceso difícil, amenazador y amenazado, castellanos, catalanes, andaluces, vascos y gallegos reivindican y reconocen sus perfiles propios en el espacio común.

Al *verse*, España puede *vern*os. De igual a igual. No desde abajo, como algunos españoles miran todavía al resto de Europa y a los Estados Unidos. Ni desde arriba, como algunos españoles miran todavía a los países latinoamericanos y a las demás regiones despectivamente llamadas «tercermundistas». Vistos desde abajo, todos parecen gigantes. Vistos desde arriba, todos parecen enanos.

De igual a igual, que es la manera de descubrir.

II. LAS ÁREAS MALDITAS

El año pasado, en Barcelona, en un bello y dolorido discurso, dijo Tomás Borge: «Colón adivinó América, pero Europa no la ha descubierto todavía».

Tomás Borge, fundador del Frente Sandinista y dirigente de la revolución nicaragüense, había llegado a España pocos días antes. Había llegado para denunciar al gigante matón que acosa a su pequeño país, pero desde que llegó no pudo hacer más que defenderse. No bien salió del avión la tormenta se le vino encima: los diarios, radios y canales de España habían amanecido pregonando que Nicaragua tenía la culpa del terrorismo en el País Vasco. Nadie había exhibido, ni exhibiría jamás, ninguna prueba; pero las fuentes bien informadas sabían que Nicaragua entrenaba y amparaba a los terroristas de la ETA.

¿TEMA PARA FREUD?

No era sorprendente que se hubiera fabricado el mamarrachesco cuento de la ETA para consumo español, ni que los medios de comunicación más reaccionarios lo hubieran difundido con entusiasmo. Pero, en cambio, resultaba asombrosamente revelador y doloroso que muchos medios democráticos y progresistas hubieran prestado amplio eco a semejante cochinada.

¿Por qué la Madre Patria no es la más solidaria a la hora de celebrar la transformación de sus hijas más desdichadas? Llama la atención la actitud voluble,

y a veces intolerante y arbitraria, de muchos políticos e intelectuales democráticos de España y de Europa en general, en relación con los procesos revolucionarios latinoamericanos. El caso de España es el que más duele, por razones que la razón conoce y que mejor conocen las entrañas; y porque la historia común implica, al fin y al cabo, una responsabilidad compartida. Por no dar más que un ejemplo, podríamos citar los problemas que tuvieron los homosexuales en Cuba, tema predilecto de la prensa española. La homosexualidad era libre, en tiempos precolombinos, en toda la región del mar Caribe; y no es una locura suponer que los prejuicios de los cubanos ante la homosexualidad no provienen de los asesores soviéticos, sino de los conquistadores que en los albores del SIGLO XVI arrojaban indios homosexuales a los perros carniceros. Del mismo modo se podría subrayar el hecho obvio de que la pobreza y la violencia de muchos países hispanoamericanos no forman parte de su naturaleza exótica, sino que hunden sus raíces en la historia: se remontan a los tiempos en que la América colonial fue puesta al servicio de la acumulación de capitales en Europa.

EL RESPETO A LA DIFERENCIA

Tampoco contribuye al necesario descubrimiento de América la aplicación facilonga de etiquetas europeas a procesos que se desarrollan en realidades diferentes. La realidad latinoamericana es otra realidad. España es una de sus madres históricas y culturales, fundamental para quienes hablamos la lengua castellana, pero no es la única madre; y desde España, desde Europa, no siempre resulta posible hacerse una idea cabal de las trágicas urgencias que nuestras tierras están viviendo.

¿Solamente copias, solamente ecos genera América Latina? Eso parecen creer quienes reducen al peronismo a un fascismo con ritmo de tango y quienes descalifican a la revolución cubana como mero estalinismo con palmeras. Y ya los espectadores de la historia, siempre dispuestos a sentirse por ella traicionados, hablan de Nicaragua como si Nicaragua fuera no más que la última bailarina incorporada al vasto elenco del Bolshoi.

Nicaragua, pobrísimo país, quiere nacer. Y un imperio mucho más poderoso que aquel de Carlos V quiere impedir, a sangre y fuego, que Nicaragua nazca. Y quiere obligarla a convertirse en un cuartel, un cuartel de hambrientos, para que el mundo confirme que los países pobres sólo son capaces de cambiar una dictadura por otra. En ese pedacito de la vasta comunidad de habla española se está

dilucidando, pues, una cuestión esencial: ¿Es la democracia un lujo solamente posible para los países ricos? ¿Es la democracia una parte del botín que esos países ricos arrancan a través de la estructura internacional de la piratería? ¿Come miseria la democracia?

Los países latinoamericanos, que integran los suburbios del sistema capitalista, están en el área maldita. El veto de los poderosos de adentro y de afuera actúa para impedir los muy hondos cambios imprescindibles para que la democracia no sea una frágil máscara, sino un rostro de verdad. En cambio España, que es parte de Europa, demorada Europa, pero Europa al fin, y que ha alcanzado un nivel bastante alto de desarrollo capitalista, no está estrangulada por el mercado internacional ni está sitiada por los banqueros acreedores. En estos últimos años, se ha consolidado en España un proceso democrático de amplio consenso nacional, y que ya parece a salvo de cuartelazos, dentro de una economía capitalista de mercado libre.

Mucho nos estimula este proceso. Pero aunque quisiéramos copiarlo, no podríamos.

III. LAS DOS HISPANIDADES

Los latinoamericanos de mi generación, nacidos mientras la dictadura de Franco se alzaba sobre las cenizas de la República, aprendimos desde niños las canciones de los vencidos. Sentíamos y sentimos muy propias aquellas tonadas republicanas, y las cantábamos a pleno pulmón mientras en España las susurraban, en el obligado silencio, los sobrevivientes.

Los escritores de mi generación fuimos para siempre marcados por nuestras tempranas lecturas de Antonio Machado, Pedro Salinas, León Felipe, Miguel Hernández, Lorca, Alberti y otros fecundos poetas en España prohibidos o mutilados por la censura. Nosotros tuvimos el privilegio de heredar la palabra de aquellos creadores exiliados o asesinados, mucho antes de que en España sus voces pudieran resonar plenamente.

ENTRANDO DE ESPALDAS

Aquellas canciones y poemas simbolizan todavía, para América Latina, una manera de entender y de vivir la hispanidad que nada tiene que ver con la hispanidad retórica y sombría que tradicionalmente ha servido de caballito de batalla a los enemigos de la democracia. Una se reconoce, pongamos por caso, en fray Luis de León; la otra, en los inquisidores que lo condenaron por traducir el *Cantar de los Cantares* a la lengua de Castilla.

Esta última *hispanidad* ha servido de escudo y de coartada a los sectores más reaccionarios de la sociedad española y de las sociedades latinoamericanas, que pretenden entrar de espaldas en la historia —como si la solución a los problemas del SIGLO XX estuviera en el regreso al SIGLO XVI. Es la *hispanidad* de la nostalgia imperial, que los inquisidores de nuestro tiempo han invocado e invocan con frecuencia. En su nombre las fuerzas del cambio han sido condenadas y castigadas, por oler a azufre y tener rabo; y en su nombre ha corrido la sangre de los justos. Todavía hay quienes añoran a las huestes de la conquista que en España y en América impusieron una religión única, una cultura única, una única lengua y una única verdad, y mesiánicas espadas suelen alzarse para repetir la hazaña de la redención.

Hace algunos años, el carnicero dominicano Rafael Leónidas Trujillo, que se disfrazaba de Cid Campeador cuando posaba para las estatuas, recibió el Gran Collar de la Orden de Isabel la Católica porque era un campeón de la hispanidad, de esa hispanidad, en la Cruzada contra el comunismo ateo. Y más recientemente, la dictadura uruguaya impuso a los estudiantes nuevos textos oficiales de «Educación cívica y moral» que reproducen ciertos apotegmas de la hispanidad acuñados por Francisco Franco. Entre ellos se lee, por ejemplo: «La Patria es una unidad de destino en lo universal, y cada individuo es portador de una misión particular en la armonía del Estado. La Patria es orden [...]». Estos catecismos gorilas de una dictadura que ya toca a su fin, intentaban en vano convencer a los estudiantes de que la función del pueblo consiste en obedecer y trabajar y que la igualdad de la mujer «estimula su sexo y su intelectualidad en detrimento de su misión de madre y esposa».

ENTRANDO DE FRENTE

La otra hispanidad, la de las trincheras democráticas, la de los poetas perseguidos, puede encontrar ahora, en la España actual, nuevos cauces de realización.

Esos nuevos cauces recogen la herencia de Gonzalo Guerrero, que murió combatiendo del lado de los indios, en lugar de la herencia de Hernán Cortés. Vienen de Bartolomé de las Casas, fanático de la dignidad humana, y no de Juan Ginés de Sepúlveda, ideólogo del humanismo racista. Invocan la memoria de las comunidades de Vasco de Quiroga, quien creyó que América era tierra de Utopía, en vez de la memoria de los sabios cortesanos que se burlaron de él. Y continúan el camino de Bernardino de Sahagún, el hombre que dedicó medio siglo de su vida a buscar y recoger las perdidas voces de la América que la conquista estaba arrasando, en lugar de extraviarse en el camino del lúgubre rey Felipe II, que sepultó los libros de Sahagún por ser sospechosos de difundir idolatrías.

Esta otra *hispanidad* puede abrir inmensos espacios de encuentro y de reencuentro, de descubrimiento y de redescubrimiento, entre España y América, para que juntas digan y caminen.

DESPEDIDA

Yo he vivido en España ocho años de exilio. Como si fuera español he compartido la resurrección democrática y el buen oxígeno de libertad que ahora se respira en esta patria de patrias. Siendo latinoamericano, he celebrado la solidaridad de muchos españoles ante América Latina, los que la ven sin telarañas en los ojos, y he lamentado la indiferencia, la ambigüedad y el menosprecio que con frecuencia impiden que esa solidaridad se proyecte en toda su fecundidad posible.

Ahora que mi exilio acaba, escribo estas líneas a modo de adiós a España, que son también mi sincera manera de decirle: gracias.

(1984)

LA DICTADURA Y DESPUÉS: LAS HERIDAS SECRETAS

LOS SÍMBOLOS

Mucha ceniza ha llovido sobre la tierra purpúrea. Durante los doce años de la dictadura militar, Libertad fue nada más que el nombre de una plaza y una cárcel. En esa cárcel, la mayor jaula para presos políticos, estaba prohibido dibujar mujeres embarazadas, parejas, pájaros, mariposas y estrellas; y los presos no podían hablar sin permiso, silbar, sonreír, cantar, caminar rápido ni saludar a otro preso. Pero estaban presos todos, salvo los carceleros y los desterrados: tres millones de presos, aunque parecieran presos unos pocos miles. A uno de cada ochenta uruguayos le ataron una capucha en la cabeza; pero capuchas invisibles cubrieron también a los demás uruguayos, condenados al aislamiento y a la incomunicación, aunque se salvaran de la tortura. El miedo y el silencio fueron convertidos en modos de vida obligatorios. La dictadura, enemiga de todo cuanto crece y se mueve, cubrió con cemento el pasto de las plazas que pudo atrapar y taló y pintó de blanco todos los árboles que tuvo a tiro.

EL MODELO

Con ligeras variantes, un modelo similar de represión y prevención fue aplicado en varios países latinoamericanos, en los años setenta, contra las fuerzas del cambio social. Aplicando la panamericana doctrina de la Seguridad Nacional, los militares actuaron como un ejército de ocupación en sus propios países, sirviendo de brazo armado al Fondo Monetario Internacional y al sistema de privilegios que el Fondo expresa y perpetua. La amenaza guerrillera sirvió de coartada al terrorismo de Estado, que puso en acción sus engranajes para reducir a la mitad los salarios obreros, aniquilar las organizaciones sindicales y suprimir las conciencias críticas. Mediante la difusión masiva del terror y la incertidumbre, se pretendió imponer un orden de sordomudos. En la computadora del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, todos los ciudadanos uruguayos fuimos clasificados en tres categorías, A, B y C, según el grado de peligrosidad desde el punto de vista del proyectado reino militar de los estériles. No se podía obtener

empleo, ni conservarlo, sin el Certificado de Fe Democrática que esa computadora emitía y que entregaba la policía —especializada en Democracia en cursos dictados por Dan Mitrione, catedrático norteamericano en Técnicas de Tortura. Hasta para celebrar un cumpleaños era imprescindible la autorización policial. Cada casa fue una celda; se convirtió en campo de concentración cada fábrica, cada oficina, cada facultad.

LA AGRESIÓN

La dictadura arrasó el sistema de enseñanza y en su lugar impuso un sistema de ignorancia. Mediante la sustitución brutal de profesores y programas, se pretendió domesticar a los estudiantes y obligarlos a aceptar la moral cuartelera que llama al sexo salida higiénica o deber conyugal y la cultura momificada que considera naturales el derecho de propiedad sobre cosas y gentes y el deber de obediencia de la mujer al hombre, del hijo al padre, del pobre al rico, del negro al blanco y del civil al militar.

Se dictó la orden de desvincular y despalabrar al país. Todo lo que comunicara a los uruguayos entre sí por vínculos de solidaridad y de creación, era delito; era conspiración todo lo que los comunicara con el mundo; y resultaba subversiva toda palabra que no mintiera. Se castigaba al participante, al activista político y sindical y también a quien no lo denunciara.

LA RESPUESTA

Y sin embargo, la cultura uruguaya se las arregló para seguir respirando, dentro y fuera del país. En toda su historia no había recibido mejor elogio que la persecución feroz que sufrió en estos años. La cultura uruguaya siguió viva, y fue capaz de dar respuestas de vida a la maquinaria del silencio y de la muerte. Ella respiró en quienes se quedaron y en quienes tuvimos que irnos, en las palabras que circularon de mano en mano, de boca en boca, en la clandestinidad o de contrabando, escondidas o disfrazadas; en los actores que decían verdades de ahora a través del teatro griego y en los que fueron obligados a peregrinar por el mundo como cómicos de la legua; en los trovadores desterrados y en los que en el país cantaron desafiando; en los científicos y artistas que no vendieron el alma; en las respondonas murgas de carnaval y en los periódicos que morían y renacían; en

los gritos escritos en las calles y en los poemas escritos en las cárceles, en papel de fumar.

Pero si por cultura entendemos una manera de ser y de comunicarse, si la cultura es el conjunto de símbolos de identidad colectiva que se realizan en la vida cotidiana, la resistencia no se limitó a todos esos signos sino que fue todavía más ancha y más honda.

Obdulio Varela, un célebre jugador de fútbol muy conocedor de la gente y de la tierra, hacía un amargo balance en los días finales de la dictadura:

— *Nos hemos vuelto egoístas —decía Obdulio, a principios de 1985—. Ya no nos reconocemos en los demás. Se va a hacer difícil la democracia.*

Y sin embargo, el pueblo uruguayo había sabido dar respuestas solidarias al sistema del desvínculo. Hubo múltiples maneras de encontrarse y compartir — aunque sea lo poco, aunque sea lo nada— que también forman parte, luminosa parte, de la resistencia cultural uruguaya de estos años, y que se multiplicaron sobre todo en los sectores más sufridos de la clase trabajadora. Y no me refiero solamente a las grandes manifestaciones callejeras, sino a realizaciones menos espectaculares, como las ollas populares y las cooperativas de vivienda y otras obras de imaginación y de coraje que han confirmado que la energía solidaria es inversamente proporcional al nivel de ingresos. O para decirlo al modo de Martín Fierro, que el fuego que de verdad calienta es el que viene de abajo.

LOS DAÑOS

No hay estadísticas del alma. No hay manera de medir la profundidad de la herida cultural. Se puede saber que el Uruguay exporta zapatos a los Estados Unidos y que sin embargo los uruguayos compramos ahora cinco veces menos zapatos que hace veinte años; pero no se puede saber hasta dónde nos han envenenado los adentros, hasta dónde hemos sido mutilados en la conciencia, la identidad y la memoria.

Hay algunos hechos, eso sí, que a la vista están. Son hechos provocados o por lo menos agudizados por la dictadura y por la política económica a cuyo servicio la dictadura convirtió al Uruguay en una vasta cámara de torturas. Por ejemplo: hay libros que nos ayudan a conocernos y a reconocernos, y que mucho

podrían aportar en la tarea de la recuperación cultural del país, pero si el precio de uno solo de esos libros equivale a la séptima o a la octava parte del salario que muchos uruguayos ganan, *la censura del precio está actuando con tanta eficacia como antes actuaba la censura de la policía*. Los tirajes de los libros uruguayos se han reducido en cinco o seis veces; la gente no lee porque no quiera, sino porque no puede.

La imposibilidad del desexilio es otro de esos hechos. No hay daño comparable al drenaje de recursos humanos que el país viene sufriendo desde hace años y que la dictadura multiplicó. De los que hemos ido al exilio por tener, como decía el comisario aquél, ideas ideológicas, algunos hemos podido volver. Algunos, digo; no todos, ni mucho menos. En el Uruguay no hay trabajo; y cuando lo hay, no da para vivir. ¿Y cuántos pueden volver de los centenares de miles que el sistema ha condenado y continúa condenando a buscar fuera de fronteras el pan de cada día? *El sistema, enfermo de esterilidad, practica una curiosa alquimia: convierte las palancas del progreso en maldición nacional*. El alto nivel cultural de los trabajadores uruguayos, que podría y debería ser un factor de desarrollo, se vuelve contra el país en la medida en que facilita la salida de la población. Ahora tenemos democracia, gobierno civil en lugar de dictadura militar; pero el sistema es el mismo y la política económica no ha cambiado.

Libertad de los negocios enemiga de la libertad humana, usurpación de riquezas, usurpación de vida: esta política económica tiene consecuencias culturales bastante evidentes. El aliento del consumo, el derroche consumista que llegó al paroxismo durante la dictadura, no sólo se traduce en una asfixiante deuda externa multiplicada por seis: también se traduce en un desaliento de la creación. El estímulo a la especulación no sólo nos vacía de riqueza material: también nos vacía de valores morales y, por lo tanto, culturales, porque desprestigia la producción y confirma la vieja sospecha de que el que trabaja es un gil. Además, la avalancha de mercancías extranjeras, que destroza la industria nacional y pulveriza los salarios, el reajuste de la economía en función del mercado externo y el abandono del mercado interno implican, culturalmente, el autodesprecio: el país escupe al espejo y hace suya la ideología de la impotencia:

—*Disculpe. Es nacional* —me dijo un comerciante que me vendió una lata de carne en conserva, al día siguiente de mi regreso al país. Después de doce años de exilio, confieso que no me lo esperaba. Y cuando lo comenté con mis amigos, ellos echaron la culpa al Proceso. Y yo tampoco me esperaba que la dictadura se llamara Proceso. *El lenguaje estaba, y quizá todavía está, enfermo de miedo*; se había perdido la sana costumbre de llamar pan al pan y vino al vino.

LA TAREA

Nuestra tierra de libres está lastimada pero viva. No ha podido pudrirle el alma la dictadura militar que durante doce años la obligó a callar, a mentir, a desconfiar.

—No lograron convertirnos en ellos —me decía un amigo, al cabo de los años del terror; y en eso creo.

Pero el miedo sobrevive, disfrazado de prudencia. Cuidado, cuidado: la frágil democracia se rompe si se mueve. Toda audacia creadora se considera provocación terrorista, desde el punto de vista de los dueños de un sistema injusto, que asusta para perpetuarse. Un gobierno responsable es un gobierno inmóvil: su deber consiste en dejar intactos el latifundio y la maquinaria represiva, olvidar los crímenes de la dictadura y pagar puntualmente los intereses de la deuda externa. Los militares dejaron al país en ruinas y en ruinas sigue. En la aldea, los viejos riegan las flores entre las tumbas.

¿Y los jóvenes? El proyecto de castración colectiva se aplicó sobre todo contra ellos. La dictadura intentó vaciarles la conciencia y todo lo demás. Contra ellos actúa, sobre todo contra ellos, el sistema que les niega trabajo y los obliga a irse. ¿Serán bastante fecundos, bastante respondones y peleones ante el sistema que los niega? ¿Advertirán a tiempo que para que el país siga siendo democrático no puede seguir siendo paralítico? ¿O se arrepentirán de ser jóvenes y harán suyo el pánico de los espectros ante el oxígeno de la libertad? ¿Aceptarán con fatal resignación el destino de esterilidad y soledad que esos espectros ofrecen al país o actuarán para transformarlo, aunque se equivoquen, con capacidad de entusiasmo y bella locura? ¿Será el país fuente de vida o cementerio de elefantes?

(1986)

DEFENSA DE NICARAGUA

El acoso y el bloqueo, despiadados, crecientes, no ocurren porque en Nicaragua no haya democracia, sino para que no la haya. No ocurren porque en Nicaragua haya una dictadura, sino para que vuelva a haberla. No ocurren porque Nicaragua sea un satélite, triste peón en el tablero de las grandes potencias, sino para que vuelva a serlo. No ocurren porque Nicaragua difunda armas en los países vecinos, sino para que ya no pueda difundir ejemplo: su peligroso, contagioso ejemplo de independencia nacional y participación popular. Para aniquilar a Nicaragua, es imprescindible desprestigiarla y aislarla. Los enemigos de la revolución la obligan a defenderse y después la acusan de defenderse.

EL PAÍS DEL NO HAY

Uno de los jefes de la contra define a Nicaragua como el *país del no hay*; y en eso tiene razón. A la revolución le sobran dignidad, entusiasmo creador y todo lo que los millones de la contra no podrían comprar, pero le faltan máquinas y repuestos, medicamentos y ropas y lo esencial del plato de cada día: aceite, arroz, frijoles, maíz. Todo el mundo protesta, y a viva voz. Las penurias económicas continuas provocan desaliento y dilapidan energías. La guerra ha llegado a la mesa y al último rincón de cada casa. En espera de los alimentos racionados, se hacen colas desde el amanecer. Se requiere toda una bolsa de billetes para comprar no más que un puñado de cosas en el mercado negro. Dos días por semana no hay agua en la capital, Managua, una de las ciudades más calientes del mundo, condenada por el clima a la sed incesante. Los apagones son frecuentes. Los teléfonos, muy escasos, no funcionan: cuando el número que contesta es el número discado, el hecho se considera milagro.

No hay fertilizantes, pongamos por caso. Y cuando se consiguen, no hay avionetas para fumigarlos. Y si se inventan de alguna manera los repuestos necesarios para que las avionetas rotas se echen a volar, entonces resulta que la guerra impide cosechar el algodón en esas tierras fertilizadas. La guerra: los invasores vuelan puentes, ametrallan campesinos, incendian cosechas, minan puertos, emboscan caminos, destruyen escuelas y centros de salud. Y son pinzas de la misma tenaza el bloqueo comercial de los Estados Unidos, metrópoli ofendida, y

el cerco financiero de muchos gobiernos, de los organismos internacionales de crédito y de la gran banquería, que bien habían regado de dinero a la dinastía Somoza desde que los marines la pusieron, hace medio siglo, en el trono.

A todo esto hay que agregar, y no es lo de menos, los errores que los revolucionarios cometen. Inevitables y numerosos son los errores de un país colonial cuando se lanza a convertirse en país de verdad y se para sobre sus pies y se echa a andar, a los tropezones, sin muletas imperiales. Al fin y al cabo, bien se sabe que el subdesarrollo implica toda una tradición de ineficacia, una herencia de ignorancia, una fatalista aceptación de la impotencia como destino inevitable. Es muy difícil salir de esta trampa. No imposible; y hoy por hoy, en los vastos y atormentados suburbios del mundo capitalista, otras patrias están también cumpliendo la hazaña de nacer, a pesar del veto impuesto por sus dueños. No imposible, digo; pero muy difícil.

UNA INVASIÓN COTIDIANA

¿Estamos en vísperas de una invasión a Nicaragua? Suenan y resuenan los clarines de alarma, anunciando la inminente intervención militar de los Estados Unidos. El mundo contesta con más palabras que hechos. La solidaridad se declara más de lo que se practica. La retórica de las declaraciones mal disimula la creciente indiferencia. No mentimos al decir que Nicaragua no está sola, pero decirlo no alcanza. La promesa de la solidaridad para el caso de que una invasión ocurra y la denuncia de la *amenaza* de una intervención, bien pueden resultar decorosas maneras de encogerse de hombros ante el cotidiano sacrificio de este pueblo tan digno y desamparado. Porque ya no se trata de estar alertas en espera de una posible invasión, una posible intervención: *Nicaragua está siendo invadida todos los días*, todos los días paga un horrible precio de sangre y fuego, y la descarada intervención de los Estados Unidos, recientemente oficializada por la votación de los cien millones de dólares para la contra, rompe los ojos.

Los Estados Unidos han dado orden de asfixia. A la invasión militar, programada, financiada y dirigida abiertamente por ellos, se suma la sentencia de soledad que han dictado contra Nicaragua casi todos los países occidentales, y el estado de sitio al que la someten, para rendirla por hambre, los mercaderes y los banqueros.

LA ESTRATEGIA IMPERIAL

Desde que se vio más o menos claro que la revolución sandinista iba en serio, y que se proponía romper la camisa de fuerza del capitalismo neocolonialista, el sistema decidió aniquilarla. Pero si aniquilarla no es posible, porque implicaría el exterminio de la mayoría de la población, el sistema quiere, al menos, deformarla. Deformar la revolución sería, al fin y al cabo, una manera de aniquilarla: *deformarla hasta tal punto que ya nadie se reconozca en ella*. Si sobrevive, que sobreviva mutilada, y mutilada en lo esencial.

La continua agresión obliga a la defensa y la defensa, en una guerra así, guerra de vida o muerte, guerra de patria o nada, tiende a una progresiva militarización de la sociedad entera. Y a su vez, esa militarización actúa objetivamente contra los espacios de pluralidad democrática y creatividad popular. Las estructuras militares, verticales, autoritarias por definición, no se llevan bien con la duda y mucho menos con la discrepancia. La disciplina, necesaria para la eficacia, está en objetiva contradicción con el desarrollo de la conciencia crítica, necesaria para que la revolución no se convierta en su propia momia. Además, la concentración de recursos en seguridad interior y defensa nacional, que devoran el cuarenta por ciento del presupuesto y se llevan la mitad de lo que el país produce, paraliza los formidables proyectos de transformación de la realidad que la revolución había puesto en práctica en salud, educación, energía, comunicaciones...

La estrategia imperial que empuja a la militarización, revela su sentido a través de una poderosa campaña internacional de propaganda. Un bombardeo de mentiras acompaña la embestida militar y económica. Por los cuatro puntos cardinales del mundo se difunde, una vez más, la truculenta historia de otra revolución que traiciona a la esperanza. La propaganda viste el disfraz del desencanto. Alivio de los cínicos, consuelo de los desertores, coartada de los egoístas: que nadie se tome la molestia de creer que el cambio es una aventura posible. Que los pueblos del llamado Tercer Mundo, víctimas y testigos de decisiones ajenas, no se hagan la ilusión de creerse protagonistas: también sus jefes revolucionarios les niegan el pan y los llevan de la oreja. A la vista está, comprueba la propaganda: los movimientos antiimperialistas y las revoluciones sociales asesinan la libertad en nombre de la justicia, y niegan desde el poder la democracia que prometen desde el llano. Los países pobres están, pues, condenados: sólo pueden salir de una dictadura para caer en otra, sólo pueden elegir entre un campo

de concentración y otro campo de concentración. Y dice y redice la Máquina de Mentir: los bien intencionados del Tercer Mundo no extravían el rumbo por culpa del acoso imperialista, sino por obra de la perfidia rusa y de la irresistible tentación estalinista, que fatalmente conduce al gulag a todas las revoluciones que en el mundo son o han sido.

LOS OBLIGAN A MORIR Y A MATAR

Que nadie se confunda. El pueblo nicaragüense protesta, y a viva voz, por todo lo que falta, las muchas cosas que faltan, pero no ignora todo lo que tiene, los derechos y las esperanzas que por primera vez en su historia tiene, y por ellos pone el pecho a las balas. Se bate por legítimo derecho de defensa, y no por vocación, ni por dinero, ni por afán de territorios, ni por voluntad de poder.

Nicaragua dedica el cuarenta por ciento de su presupuesto a defensa y policía, pero Nicaragua está en guerra contra la primera potencia del mundo. El Uruguay, democracia respetada, destina el mismo porcentaje a su gente de uniforme, mucho menos numerosa que las nutridas filas de las milicias y el ejército popular de Nicaragua. Y que se sepa, ninguna potencia extranjera está invadiendo al Uruguay ni amenazándolo desde la frontera. El peso relativo de las fuerzas armadas de un país no puede valorarse sino en función de sus fines. Una cosa son las armas para vigilar al pueblo; otra, las armas en manos del pueblo que vigila.

«Nos obligan a morir y nos obligan a matar», ha explicado Tomás Borge, fundador del Frente Sandinista. La resistencia armada ante la agresión revela dolorosamente la dignidad colectiva de un pueblo *obligado desde fuera a la violencia*. Y si bien es cierto que la ley de la guerra impone un inevitable verticalismo, y en las trincheras las órdenes ocupan el lugar de las explicaciones, no menos cierto es que el pueblo armado constituye una prueba de democracia. El hecho de que haya trescientos mil nicaragüenses, militares y milicianos, armados de fusiles, algunos a cambio de magro sueldo y la mayoría a cambio de nada, demuestra que esta rara tiranía sandinista *no teme armar al pueblo que, según afirma el enemigo, ansía derribarla*.

Mil y una vez nos dicen que Nicaragua tiene la culpa de la lucha armada en América Central. So pretexto de defenderse, nos dicen, Nicaragua agrede. Sin embargo, ni una sola prueba seria se ha exhibido hasta ahora para demostrar que Nicaragua abastece a los guerrilleros de El Salvador o Guatemala. Acosada por mar, aire y tierra, espía desde navíos, aviones y satélites, controlada por

instrumentos de alta tecnología que permiten fotografiar un mosquito en el horizonte, ¿cómo es posible que Nicaragua pueda enviar balas o combatientes a países que ni siquiera están al lado?

En cambio, los Estados Unidos utilizan descaradamente el territorio de Honduras como base de entrenamiento y plataforma de lanzamiento de los invasores a sueldo, y es notorio que los militares hondureños participan de las operaciones de agresión a Nicaragua. Costa Rica también es un santuario de la contra, aunque con el disimulo que corresponde a su tradición pacata —sí pero no, sí pero más o menos, sí pero que no se note. Honduras y Costa Rica, que acusan a Nicaragua, violan sistemáticamente el principio de no intervención en los asuntos internos de su golpeada vecina.

LA SOMBRA Y EL HUESO

No hay gobierno de las Américas o Europa, democracia o dictadura, democradura o dictocracia que no se sienta autorizado a proponer, discutir y quizá imponer alguna *solución* para el *problema* de Nicaragua, que es como decir el problema de América Central. Da la impresión de que, al emprender la transformación de Nicaragua, la revolución sandinista hubiera provocado un imperdonable cataclismo. Quien desafía a los poderosos, viola peligrosamente la ley del equilibrio universal: si no fuera por Nicaragua, América Central gozaría de perfecta paz y felicidad, o por lo menos se dejaría de perturbar el buen orden del mundo. *Nombrar* el cambio está permitido, y hasta proclamarlo a gritos puede resultar necesario; pero *hacer* el cambio, transformar la realidad, escandaliza a los dioses.

A Nicaragua todos le toman examen de Democracia. Al presidente Reagan, por ejemplo, no le han parecido dignas de crédito las elecciones que confirmaron, por amplia mayoría de votos, a las actuales autoridades de Nicaragua. Quizás él alberga la esperanza de que Nicaragua vuelva a tener elecciones verdaderamente libres, como aquella que organizó el brigadier general Frank Ross McCoy, del ejército de los Estados Unidos. El 4 de noviembre de 1928, los militares norteamericanos revisaron y aprobaron los registros electorales y formaron y presidieron cada una de las mesas de votación. El general McCoy, que había sido designado por el presidente de los Estados Unidos para el cargo de director del Consejo de Elecciones de Nicaragua, se ocupó de contar los votos. Curiosamente, en esa ocasión resultó triunfante el candidato que los Estados Unidos preferían.

Resulta cómico e indignante que hagan eco a Reagan algunos políticos profesionales de América Latina, erigidos en fiscales de la democracia nicaragüense. Como todo el mundo sabe, en América Latina hay costumbre de manipulación y fraude. Hasta las más feroces dictaduras han sabido lucir elecciones periódicas, celebradas bajo estado de sitio, para fabricar parlamentos donde los legisladores de la oposición ponen el toquecito decorativo indispensable. Con o sin dictadura, en la mayoría de los países latinoamericanos la gente vota pero no elige, y las ceremonias de la vida política oficial se proyectan como mentirosas sombras chinescas sobre el trasfondo de una realidad social atrocemente antidemocrática.

HACIENDO PISO A LA DEMOCRACIA

Los opositores honestos, si los hay tendrían que reconocer, al menos, que en estos siete años la revolución sandinista ha hecho lo posible y lo imposible por echar las bases de justicia y soberanía necesarias para que la democracia no sea un castillo en el aire, un formal impuesto que se paga a la hipocresía reinante, una tomadura de pelo al pueblo que nada tiene y nada decide. Porque todo anda patas para arriba en estos años difíciles, los funcionarios no funcionan y los transportes no transportan, la producción es una locura y la distribución un manicomio, pero los hechos dicen:

—Que Nicaragua acabó con la poliomielitis y redujo las otras enfermedades, que vacunó a la población entera y que abatió la mortalidad infantil de tal manera que ahora *vive uno de cada tres de los niños que antes morían a poco de asomarse al mundo*.

—Que por primera vez en su historia alfabetizó a la población, y no sólo a la población de lengua castellana; que alfabetizó en lenguas indígenas y en inglés a cincuenta mil personas. Que Nicaragua era un país de analfabetos y ahora *uno de cada tres nicaragüenses está estudiando*.

—Que desde la caída de Somoza, Nicaragua ha repartido *más tierras que todos los demás países centroamericanos juntos*, a través de una reforma agraria prudente pero verdadera, que se ha limitado a expropiar las tierras que no producen y las que pertenecían a la dinastía reinante. Se han entregado cerca de dos millones de hectáreas a cien mil familias.

El pueblo era muy pobre y sigue siendo muy pobre. Pero algo, algo esencial, ha cambiado. Ahora, por primera vez hace, y por primera vez *crea en lo que hace*.

Sólo el desarrollo de la conciencia revolucionaria, y la cotidiana confirmación de la dignidad nacional ante un enemigo que la niega a balazos, pueden explicar el insólito proceso de discusión del nuevo texto constitucional, que ha tenido lugar a lo largo de este último período. En plena guerra, y a pesar de las dificultades notorias de organización, *cien mil nicaragüenses han discutido el anteproyecto de Constitución elaborado por el Frente Sandinista y otros cinco partidos políticos*. La nueva Constitución no se cocina a espaldas del pueblo. En setenta y dos cabildos abiertos, en todo el país, se expusieron los más diversos puntos de vista, sin que a nadie se le ocurriera confundir la divergencia con herejía ni la duda con debilidad, y se propusieron mil quinientas enmiendas al anteproyecto.

Los cabildos contaron y hay que subrayarlo, con muy amplia participación femenina. El machismo sigue vivo, faltaba más, vivo pero no vivo y coleando; últimamente se lo ve de capa caída, bastante venido a menos, mientras las mujeres van perdiendo, poco a poco, día a día, el miedo de opinar y el miedo de todo lo demás. Numerosas y furiosas voces femeninas se alzaron en los cabildos contra la herencia de las viejas leyes y de los códigos caducos: ya no es tan fácil tratar impunemente a las mujeres como bestias de carga o débiles mentales.

Durante los últimos años de la dictadura de Somoza, algunas mujeres ganaron, en buena ley, puestos de dirección en la lucha guerrillera. Actualmente hay mujeres en el gobierno sandinista, en los niveles de más alta responsabilidad: pocas mujeres, en relación a las muchas que merecerían estar por méritos y talentos, pero Nicaragua es, por ejemplo, uno de los raros países del mundo donde una mujer encabeza la policía. Doris Tijerino, que había sido torturada y violada por la policía de Somoza, es la jefa nacional de las fuerzas policiales. Por primera vez en la historia nicaragüense, hay una mujer en ese cargo; y por primera vez hay unas fuerzas policiales que no torturan ni violan.

LA INDEPENDENCIA NACIONAL

Nicaragua está librando una guerra de descolonización.

El presidente de los Estados Unidos y el Papa de Roma, que se consideran con derecho a sentar a Nicaragua en el banquillo de los acusados, deberían empezar por pedirle

disculpas o callarse la boca. Fueron los militares norteamericanos invasores quienes fabricaron al primero de los Somoza, en los años veinte, y en los treinta lo instalaron en el trono para perpetuar la ocupación colonial. El virrey Somoza, fundador de la dinastía que tanto humilló a Nicaragua, recibió de los Estados Unidos incesantes condecoraciones y del Vaticano bendiciones no menos incesantes, y fue finalmente enterrado con honores de Príncipe de la Iglesia.

Ocurre que Nicaragua se está negando a seguir siendo una caricatura de país y la guerra castiga su insolente desafío. Sólo en función de esta lucha por la liberación nacional, sólo a la luz de esta guerra defensiva, pueden entenderse ciertas medidas del gobierno sandinista. Este es el caso de la suspensión del diario *La Prensa*. Bien puede uno preguntarse qué hubiera ocurrido, allá por 1776, en plena guerra de independencia de los Estados Unidos. ¿Hubiera podido publicarse libremente algún órgano de propaganda del Imperio Británico en Boston o Filadelfia o cualquier otra ciudad recién nacida a la vida libre? ¿Hubieran tenido plena libertad de expresión los enemigos de la causa patriota?

Los políticos y periodistas norteamericanos que encabezan la actual campaña contra Nicaragua, no hacen más que difundir los viejos venenos que otros políticos y periodistas norteamericanos habían fumigado por el mundo en la época de Sandino. Así echan una espesa cortina de humo sobre un proceso que, al fin y al cabo, reivindica el derecho de respirar libremente, sin pedir permiso a la metrópoli. Cuando el pequeño ejército loco de Augusto César Sandino se alzó contra la ocupación colonial, *The Washington Herald* y otros diarios norteamericanos llamaron a Sandino agente bolchevique y denunciaron que actuaba a las órdenes de México y al servicio de la expansión soviética en América Central. México era la Cuba de entonces: el presidente Calles había aplicado unos intolerables impuestos a las empresas petroleras norteamericanas, de modo que los manipuladores de la opinión pública lo señalaron como hombre de Moscú y lo eligieron como chivo emisario de la crisis centroamericana de aquel entonces. Algunos órganos de prensa de los Estados Unidos acusaron al presidente mexicano Calles de enviar armas y propaganda a Nicaragua, por intermedio de los diplomáticos de la embajada soviética, y en 1928 el gobierno de los Estados Unidos advirtió oficialmente que no permitiría que soldados rusos y mexicanos implantaran «el soviet en Nicaragua».

Las agencias United Press y Associated Press se ocupaban de confirmar al mundo, a través de sus noticias, la validez de estas acusaciones y temores. Sus corresponsales en Managua eran dos norteamericanos, designados por los bancos acreedores de los Estados Unidos para manejar las aduanas nicaragüenses: Clifford

Ham, de la United Press, e Irving Lindbergh, de la Associated Press, dedicaban la mitad de la jornada a usurpar a Nicaragua sus ingresos aduaneros, y la otra mitad a redactar infamias contra un bandolero llamado Sandino, que recibía de México las armas y de Moscú las consignas para acabar con Occidente.

Nada de nuevo tienen, pues, las similares maniobras de desvío que hoy por hoy aplican, contra Nicaragua, la Casa Blanca, las grandes agencias de información y los más poderosos medios de comunicación.

NI TODAS LAS MÁSCARAS DE CARNAVAL

Los contras no son, pues, meros mercenarios a sueldo, que actúan por la restauración del pasado colonial y de una destronada dinastía; no son *Business Fighters* sino *Freedom Fighters*, héroes de una civilización *amenazada*, la Civilización Occidental, que en vísperas del Apocalipsis se encomienda a Dios y a los Rambos que puede pagar.

Ni todas las máscaras de carnaval alcanzan para ocultar tanta hipocresía. *Quienes niegan a Nicaragua el pan y la sal, la acusan de recibirlos*. Los Estados Unidos fueron el primer país al que Nicaragua recurrió en busca de créditos comerciales, ayuda al desarrollo y armas para defensa. Recibió un portazo en las narices. Actualmente, ya cortados los créditos petroleros de Venezuela y México, Nicaragua depende de la Unión Soviética y de los demás países del Pacto de Varsovia, para abastecerse de petróleo y armas. Gracias a las armas y al petróleo, sobrevive. No consigo entender qué tiene de condenable esta ayuda a un proceso de liberación nacional, ni consigo entender por qué la aceptación de la ayuda habría de convertir a Nicaragua en satélite de Moscú. En todo caso, los nicaragüenses son los primeros interesados en diversificar las fuentes de asistencia económica, que bien poca resulta en relación a las necesidades, y tienen clara conciencia de que la concentración puede implicar el peligro de los precios políticos. Ellos siempre han querido abrir el juego; pero a nivel de los gobiernos de Europa occidental y de América Latina, las respuestas solidarias se hacen cada vez menos frecuentes en relación a la creciente indiferencia, hostilidad y egoísmo. Quienes condenan la ayuda soviética en nombre de la independencia, mejor harían en trabajar porque otras ayudas amplíen los espacios de libertad de esta joven revolución acosada.

La revolución, obra de creación, no quiere aplicar el modelo soviético ni

ningún otro modelo. Ni siquiera el modelo cubano. Los modelos ajenos sobre la realidad propia, terminan actuando como camisas de fuerza: se proponen liberarla y acaban apesándola. Quizá Nicaragua no estaría viva, hoy día, de no ser por el ejemplo y la generosidad de Cuba, cuya mano solidaria llega más allá de todas las estadísticas habidas o por haber; pero como bien ha dicho Sergio Ramírez, los sandinistas no quieren hacer *otra Cuba*, sino *otra Nicaragua*.

LA SATANIZACIÓN NECESARIA

Mientras el Presidente habla, desde Washington, por televisión, el mapa de las Américas se va tiñendo de rojo. Nicaragua se derrama como un torrente de sangre: se apodera de América Central y de México y luego entra en Texas y sube, sube, no hay quien la pare... ¿Llegará al galope el Gran Jefe de los Carapálidas a la cabeza del Quinto de Caballería? Tuturutú, tuturutú, pum, bang, crash: ¿se estrellarán los invasores rojos contra este rocoso guardián de la Democracia? Helo ahí, primer plano, hay preocupación y fuerza en su rostro marcado por la experiencia: Ronald Reagan pide que lo dejen actuar, que todavía estamos a tiempo, que muy poco tiempo queda, y denuncia una escalofriante lista de horrores que los sandinistas cometen.

Al día siguiente del *show*, una parte muy minoritaria de la opinión pública de los Estados Unidos se entera de los numerosos desmentidos al discurso del Presidente: no, no hay ninguna evidencia de que los sandinistas trafiquen con drogas, desmiente la oficina federal especializada; no, no fueron los sandinistas quienes quemaron la sinagoga de Managua, desmiente el Gran Rabino de Nueva York...

Para la mayoría de los norteamericanos, Nicaragua no es invadida sino invasora; no la perciben como una pobre colonia queriendo ser país, sino como una misteriosa y peligrosa potencia, amenazante, al acecho en la frontera. Pocos, muy pocos norteamericanos han estado allí y han visto la realidad: *que en toda Nicaragua hay un rascacielos, cinco ascensores y una escalera mecánica (que no funciona desde hace más de un año), que los nicaragüenses son menos numerosos que los habitantes del barrio de Brooklyn, en Nueva York, y que por culpa del hambre y las pestes viven veinte años menos que cualquiera que haya nacido en los Estados Unidos*.

En su afán de desprestigiar a Nicaragua, Ronald Reagan llegó al extremo de convertirse, súbitamente, a la causa indigenista. Ya había matado muchos indios en

las películas, y se había consagrado Presidente de una nación que ha matado muchos más en la realidad, cuando descubrió que existían los indios de Nicaragua. Entonces decidió usarlos como carne de cañón en el frente militar y en el frente publicitario. Mientras los sandinistas alfabetizaban a los indios en sus lenguas, hecho jamás visto en Nicaragua y pocas veces visto fuera de Nicaragua, algunos de sus jefes principales se vendían, a cambio de cosas o a cambio de la promesa de formar país aparte, y empujaban a sus hombres a la guerra. Por una de esas trágicas ironías frecuentes en la historia de las Américas, numerosos indios de Nicaragua, desde siempre condenados al desprecio y al olvido, han caído, en estos años, peleando contra el primer gobierno que los reconoció personas.

Mientras tanto, voceros oficiales de los Estados Unidos acusaban al gobierno sandinista de encerrar a los indios en campos de concentración y difundían fotografías de una de sus matanzas. La cantidad de indios presuntamente aprisionados resultó tres veces mayor que el total de indios que existen, y las fotografías resultaron ser de sandinistas asesinados por la policía de Somoza.

Más recientemente, hubo un escándalo mundial cuando dos miembros de la jerarquía católica fueron expulsados de Nicaragua, por predicar las mentiras de Reagan como si fueran la voluntad de Dios. Con toda razón, el presidente Ortega señaló que los medios masivos de comunicación han dicho poco o nada sobre los ciento treinta y ocho sacerdotes asesinados y los doscientos sesenta y ocho sacerdotes secuestrados en América Latina desde 1979, y que nada de nada han dicho sobre el hecho, también elocuente, de que ni un solo sacerdote ha sido asesinado ni secuestrado en Nicaragua en estos siete años.

A propósito del incesante torrente de acusaciones de Reagan, que los fabricantes de opinión venden al mundo como verdades reveladas, Tomás Borge comentó que, de aquí a poco, Nicaragua será también responsable del SIDA y de la devaluación del dólar. *Ocurre que Reagan necesita satanizar a Nicaragua para justificar la economía de guerra en los Estados Unidos.* Las fantásticas inversiones en gastos militares proporcionan a la economía una sensación de prosperidad, y a los ciudadanos una sensación de poderío, pero requieren una espectacular operación publicitaria de sustentación. Nicaragua y Libia brindan las coartadas de turno. Daniel Ortega y Moamar Gaddafi hacen el papel de los más malos en una película llena de muchos otros malos que arrojan flechas y aúllan alrededor de la Gran Diligencia, cargada de biblias y dólares. Esa película se exhibe día y noche a las conciencias de occidente, para que el negocio armamentista se convierta en necesidad natural. Hasta las estrellas han de ser militarizadas, deciden los Estados Unidos, para hacer frente al peligro terrorista. A la mera casualidad debe atribuirse

la coincidencia de nombres entre esta nación y la nación recientemente condenada, en el Tribunal Internacional de La Haya, por sus acciones terroristas contra Nicaragua, que practica el terrorismo como derecho imperial y que fabrica y exporta el terrorismo de Estado, en industrial escala, bajo la marca registrada Doctrina de la Seguridad Nacional.

UN SISTEMA CRIMINAL

Comete pecado de irresponsabilidad o disparate quien osa llamar a las cosas por su nombre. Un niño ha revelado que el rey está desnudo. El rey es el todopoderoso sistema que organiza el despojo en el mundo a través del intercambio desigual y la extorsión financiera y militar. La historia de ese sistema, historia del capitalismo, es la historia del canibalismo. Es un sistema criminal. Algo así dice la Biblia, que con tanta frecuencia gusta citar el presidente Reagan, en un pasaje que Reagan nunca cita: «El pan de los pobres es su vida. Quien se lo quita, se mancha de sangre» (*Eclesiástico, 34.21*). Contra ese sistema se están alzando las víctimas, en estos tiempos de grandes rebeliones, «porque es mejor morir combatiendo que estarnos mirando las desdichas de nuestra nación» (*Macabeos, 3.59*). Nicaragua no busca muros para esconderse, pero necesita escudos para defenderse. Estas palabras, que nada tienen de neutrales, quisieran ayudarla, aunque sea un poquito. Ahora se han puesto de moda la ambigüedad y la niebla, y tomar partido se considera prueba de estupidez o mal gusto; pero el autor siente la alegría de elegir y confiesa ser uno de esos anticuados que todavía creen que esa alegría da sentido a la misteriosa aventura del bicho humano en este mundo.

(1986)

SE BUSCA

Los niños de su país no aprenden su nombre en las escuelas. Los diarios de su país no hablan de él. Jamás apareció su rostro en la televisión. Ningún presidente de su país lo ha mencionado nunca en un discurso, ni tampoco un ministro, ni un diputado, ni un concejal de municipio. No ha recibido ningún premio oficial. Nunca fue condecorado. La Academia Argentina de Letras no ha presentado su candidatura al Nobel, ni al Cervantes, ni a nada. Jamás ha sido visto en recepciones, vernissages, lanzamientos, inauguraciones, homenajes, ni en otros acontecimientos de la vida cultural. Nunca figuró en la lista de *best-sellers*. En ningún aeropuerto fue recibido en el salón reservado a las *Very important persons*. Ningún embajador de su país se ha ocupado de él, como no sea para denunciarlo.

Es el mejor de los poetas argentinos, y una de las más altas voces de la poesía de lengua castellana. Se llama Juan Gelman. Está prófugo de la justicia.

EL PROCESO Y SUS PRETEXTOS

El jueves 12 de marzo, la Jefatura de Policía informó oficialmente que Juan Gelman ha sido procesado por violación del artículo 210 del Código Penal, que castiga la asociación ilícita. La causa lleva el número 5148. Desde mediados de 1985, hay orden de captura. El 10 de febrero de 1986, el reo fue declarado en rebeldía.

A fines del año pasado, la Ley de punto final legalizó los crímenes de la dictadura argentina. Después los mejores jueces, que no se han achicado ante la prepotencia militar, han llevado la dignidad del poder civil mucho más allá de los límites previstos por el gobierno. Pero otros jueces, en cambio, siguen fieles a los generales a quienes antes servían. Miguel Guillermo Pons, uno de los jueces nombrados por la dictadura, de intensa actuación durante la dictadura militar, ha procesado a Juan. Poco antes, los asesinos del hijo y de la nuera de Juan habían sido legalmente amnistiados, como otros miles de verdugos de uniforme.

El juez Pons funda su actitud en la conferencia de prensa que lanzó al Movimiento Peronista Montonero, en Roma, en enero de 1977. Esa conferencia de prensa, ofrecida, entre otros, por Juan Gelman, tuvo lugar en plena dictadura y en

el ejercicio de un legítimo derecho de rebelión. Un par de años después de la conferencia, Juan rompió con los montoneros y fue públicamente maldito por Mario Firmenich y otros enamorados del poder y de la muerte, que en pleno delirio militarista terminaron pareciéndose al enemigo que combatían.

En realidad, el movimiento montonero ha sido el pretexto preferido para justificar una de las más sistemáticas matanzas de la historia latinoamericana; pero ni los errores ni los horrores de los montoneros, ni de todos los guerrilleros del mundo, pueden servir para explicar medio siglo de barbaridades militares. Desde 1930, las fuerzas armadas argentinas vienen usurpando la soberanía popular, y en tantos años han podido hacerse célebres por su tendencia a derrocar presidentes, matar obreros y firmar rendiciones.

UNA BOMBA PARA «LE MONDE»

La verdad es que Juan tiene la culpa de ser civil, lo que ya resulta grave, y para peor poeta, y por si fuera poco, poeta que canta a los libres y a los retobados, y para completarla: uno de los más activos denunciadores de la dictadura militar. Él fue quien consiguió, a mediados del 76, las firmas de las grandes figuras políticas europeas para un manifiesto que se publicó en *Le Monde*, y que fue la primera expresión importante de repudio a la dictadura en el plano internacional. La publicación provocó una violenta urticaria a los generales y a unos cuantos intelectuales y políticos que por entonces los acompañaban con entusiasmo. Por testimonio de los raros sobrevivientes, se sabe que desde entonces la foto de Juan se exhibía en las paredes de los cuarteles que sirvieron de campos de exterminio. Él era uno de los más malos entre los malos argentinos que desprestigiaban a la patria en el exterior. Cuando el manifiesto se publicó, un oficial de la Marina, el *Tigre* Acosta, anunció a gritos que iba a volar con una buena bomba la sede de *Le Monde* en París. No le autorizaron el viaje.

LA INCESANTE PESADILLA

De todos los que hace años formamos en Buenos Aires el viejo equipo de la revista *Crisis*, a Juan le tocó lo peor. Peor que la muerte: lo fueron a buscar a la casa, y como no lo encontraron, se llevaron al hijo y a la compañera del hijo, que estaba embarazada. Se los llevaron en lugar de él, y los desaparecieron. Técnica de

las desapariciones, arte del crimen sin cadáver. La ley que absuelve a la gran mayoría de quienes aplicaron, en escala jamás vista, este siniestro instrumento de la guerra sucia, aclara, en su artículo sexto, que la amnistía *no comprende a las acciones civiles*. Juan ya no podría llevar adelante ningún proceso legal contra los asesinos de su hijo y de su nuera, aunque alguna vez llegara a identificarlos y pudiera reunir las pruebas. En cambio, podría entablarles juicio porque durante el secuestro le rompieron el baño de la casa.

EL ODIO Y SUS CAUSAS

Los poderosos y los impostores, los de ayer y los de hoy, odian a Juan.

Lo odian porque se niega a aceptar la amnesia oficial.

También lo odian porque no es posible leerlo impunemente. Este poeta matrero, ajeno al éxito, enemigo de la publicidad, encarna la herencia de dignidad de una literatura que supo dar a José Hernández y a Julio Cortázar, y que también ha dado a algunos que aplaudieron a los generales, o callaron sus crímenes, y que hoy, arrastrando larga cola de paja, se sienten acusados por la dignidad ajena.

Por todo eso lo odian quienes lo odian; pero sobre todo lo odian porque los poemas de Juan cometen el imperdonable crimen de casar a la justicia con la belleza. Juan celebra esa unión peligrosa y fecunda, la voluntad de justicia y la voluntad de belleza abrazándose y haciéndose el amor, y por eso genera malestar. Está fuera de onda. Está fuera de la realidad. Ahora es el tiempo de los neutrales. Elegir se considera de mal gusto; se cultiva la equidistancia con helado cinismo. El oficio de escribir se considera decoroso cuando se practica como coartada de quienes se avergüenzan de toda emoción y se arrepienten de toda pasión. El miedo, miedo de vivir, miedo de darse, miedo de jugarse y perder, se disfraza de realismo. Hombre jugado, hombre quemado. Realistas son los que desisten; marcianos los que resisten.

Pero ocurre que este marciano es el gran poeta de Buenos Aires. A esa ciudad, la ciudad donde nació, le cantó como nadie; y ahora el poeta está solo de ella, ahora ella se parece a la palabra nunca.

(1987)

LAS DEMOCRADURAS: SOBRE LA NECESIDAD DE TENER OJOS EN LA NUCA

A principios de este año, publiqué un artículo que desató una lluvia de coléricas respuestas en Madrid, Buenos Aires y Montevideo. El artículo se refería a las camisas de fuerza que en América Latina oprimen a las democracias y en muchos casos las obligan a ser no más que *democraduras*: democracias hipotecadas por las dictaduras, poder civil que el poder militar somete a régimen de libertad condicional. Para que la democracia sea impotente, los dueños de algunos países no le dan de comer más que miedo: miedo al desayuno, miedo al almuerzo y de cena, miedo. Los gobernantes gobiernan pero no mandan. En nombre del realismo, se hacen impotentes; y sobreviven pagando el precio de la parálisis. Centrándome en los ejemplos de Uruguay y Guatemala, yo comprobaba en mi artículo que los nuevos presidentes, llegados a la Casa de Gobierno después de largas y feroces dictaduras militares, han obtenido permiso de entrada mediante un voto de obediencia a los generales y a los terratenientes, a los señores de la guerra y a los señores de la tierra.

El artículo se detenía a considerar el caso de la Argentina. Entre todas las democracias recientemente nacidas o renacidas en América Latina, la democracia argentina ha sido la única que no otorgó impunidad a todos los verdugos del terrorismo de Estado. Bajo el gobierno de Alfonsín, jueces civiles han procesado y condenado a algunos de los autores de uno de los más sistemáticos horrores de este siglo nuestro, tan pródigo en horrores. En gran medida, esto se hizo posible merced al desprestigio militar, que llegó a su más bajo nivel a partir de la derrota en la guerra de las Malvinas. El desastre de las Malvinas había desenmascarado a los oficiales que sólo sirven para matar compatriotas, útiles contra los de adentro, inútiles contra los de afuera, buenos para derrocar presidentes, asesinar obreros, violar prisioneras, robar niños y firmar rendiciones.

Ningún régimen civil había encontrado una situación tan favorable en toda la historia de América Latina; pero la voluntad de justicia del presidente Alfonsín no llegó lejos, y a poco andar encontró su punto final. La injusticia, en cambio, no ha encontrado su punto final. En la Argentina, como en el Uruguay, la política económica que hizo posible y necesaria a la dictadura militar, sigue siendo más o menos la misma, al servicio de un sistema imperial que te presta lo que te roba y con tu propia soga te estrangula. Esa política económica castiga los salarios y

recompensa la especulación, concentra la riqueza y obliga a los trabajadores a convertirse en hormigas.

El artículo advertía que según la nueva fórmula imperial, el lugar de los militares ya no está en el trono, sino detrás. Ante el inevitable crepúsculo de los regímenes militares en América Latina, la nueva fórmula admite y promueve presidentes civiles, atribuyéndoles la función de rehenes de las estructuras militares de poder y del sistema económico por cuya buena salud velan esas estructuras militares. Para que la democracia sea democracia, concluía el artículo, para que la democracia sea capaz de cambiar la realidad y hacer la historia, hay que empezar por desenjaularla.

Las indignadas y numerosas respuestas al artículo, que no refutaron lo que dije pero refutaron lo que no dije, resultaron muy reveladoras de la modernización de los cazadores de brujas. Los ángeles guardianes del sistema han enriquecido los métodos del terrorismo ideológico. Ante los casos de inconformismo, imperdonable herejía, los inquisidores ya no se limitan a preguntar: «¿Y usted por qué no se va a Moscú?». En América Latina, ahora preguntan también: «¿Y Usted por qué no se va a pelear al monte?». Por decir lo que dije, yo fui acusado de desprecio a la democracia y sed de sangre.

Reacción reveladora, digo, porque forma parte de todo un complejo mecanismo de extorsión, que intoxica a la democracia con el gas paralizante del miedo, para evitar que ella se desarrolle y respire a pleno pulmón. Miedo al cambio, miedo al cambio de verdad: ciertos miembros de la lastimosa especie de la izquierda arrepentida, ansiosos por borrar sus propias huellas, colaboran en la difusión masiva del miedo, codo a codo junto con los representantes de la cavernosa tribu de la derecha tradicional y los burócratas que se ganan el sueldo como pueden. La búsqueda de justicia se convierte, así, en coartada para locos, y la lucha contra la injusticia se reduce a un aventurerismo irresponsable. El miedo, que jamás confiesa su nombre, dice llamarse realismo, y se disfraza de prudencia. Puede reconocerlo, sin embargo, cualquiera que tenga ojos en la cara. El lenguaje, por ejemplo, es delator. ¿Cómo no va a estar enfermo de miedo el lenguaje de los uruguayos, después de una dictadura que durante doce años los obligó a mentir o callar? Pero en plena democracia, el lenguaje oficial perpetúa el miedo. No es lo mismo decir: «La dictadura militar torturó a un uruguayo de cada ochenta», que decir: «Durante el Proceso, algunos ciudadanos sufrieron apremios ilegales».

Cuenta la historia que hace casi dos siglos alguien escribió, en un muro de la ciudad de Quito, el día en que se proclamó la independencia del colonialismo

español: «Último día del despotismo y primero de lo mismo». ¿De eso se trata? ¿Se trata de lo mismo, ahora, en los países latinoamericanos que acaban de atravesar la frontera del despotismo militar? ¿En nada se distinguen las dictaduras militares de los regímenes civiles? Afirmer semejante cosa sería un disparate o, en todo caso, un chiste de humor negro. No: las democracias surgidas, o resurgidas, en estos últimos años, no son meras dictaduras en uso de seudónimo. En mi país, el Uruguay, pongamos por caso, los pulmones agradecen el aire de libertad que por fin se respira. Pero reconocerlo, y celebrarlo, no implica desconocer el hecho de que nuestra democracia está todavía prisionera de las estructuras que la niegan. Está la pobre atada de pies y manos; y los dueños del poder nos dicen que nada tiene de sospechosa esta parálisis.

En los países capitalistas desarrollados, la democracia política refleja más o menos fielmente la realidad económica y social. En los países subdesarrollados, contrariamente de la misma medalla, la democracia política suele mentir la realidad: lejos de reflejarla, la enmascara. *Como ocurre en casi toda América Latina, las estructuras económicas y sociales del Uruguay no son democráticas, o peor, son antidemocráticas: salvan a poquitos y condenan a todos los demás.* Las fuerzas armadas, que velan esas estructuras y aseguran su perpetuación, acaban de salir de escena, pero siguen actuando desde atrás del telón. El sistema de represión, intacto, devora el cuarenta por ciento del presupuesto nacional. Los fusiles siguen apuntado hacia adentro, de acuerdo con la vigente Doctrina de la Seguridad Nacional, según la cual la clase trabajadora es la amenazante fuente de todo peligro.

El sistema, que genera violencia como quien transpira y que practica el terrorismo de Estado cada vez que lo necesita, no tiene escrúpulos en utilizar la violencia terrorista como coartada de su mentira incesante. Pero ¿comete delito de terrorismo quien advierte que una democracia vigilada y vacía de justicia no es una verdadera democracia? ¿Induce a la violencia quien revela que una paz sin dignidad se parece demasiado a una guerra reprimida? ¿La culpa de la cara la tiene el espejo?

Se concibe la democracia como una ceremonia formal: no la práctica de la fe, sino el hipócrita ritual de una misa sin Dios: se permite al pueblo expresar su voluntad un día cada cinco años, y luego se traiciona esa voluntad impunemente. En América Latina, las palabras y los hechos rara vez se encuentran. Durante la campaña electoral de 1984 en el Uruguay, todos los partidos, sin excepción, prometieron justicia para los crímenes cometidos durante la dictadura militar. Después, esos mismos partidos votaron la ley de borrón y cuenta nueva —salvo el Frente Amplio y unos pocos legisladores más. Esa ley, humillante para la

democracia, fue certeramente definida por la mano anónima que escribió, en un muro de Montevideo: «Torture, robe, viole, mate. Si hace la venia, tendrá impunidad». El mismo sistema que divorcia las palabras de los hechos, divorcia la libertad de la justicia, para que la libertad conviva tranquilamente con la injusticia y hasta se case con ella; y también divorcia la moral de la política. El jefe de uno de los dos partidos tradicionales del Uruguay, que había anunciado a gritos el castigo de los criminales de uniforme, justificó su viraje explicando que la moral no tiene nada que ver con la política: «La mayoría de los uruguayos se opone a esta ley», admitió, «pero se opone por motivos éticos»; y agregó que la ética trae problemas cuando se mezcla con la política.

El sistema, sistema del desvínculo, expresión de una cultura burguesa que fractura lo que toca, también separa el pasado del presente. Se nos acusa de tener ojos en la nuca, porque creemos que en una verdadera democracia todos los ciudadanos son iguales ante la ley, tengan uniforme o no tengan uniforme. *Y bien, sí; también tenemos ojos en la nuca, además de tenerlos en la cara, y a mucha honra, que bien sabemos que es imprescindible mirar hacia atrás mientras se mira hacia adelante, para no volver a tropezar con las piedras mil veces tropezadas ni caer nuevamente en las trampas de siempre. A esta altura ya está de sobra demostrado, y demostrado por los hechos, que la amnesia histórica induce a la trágica repetición de los errores y de los horrores.*

La historia latinoamericana es, desde hace cinco siglos, una historia del continuo desencuentro entre la realidad y las palabras. La verdad del mundo colonial latinoamericano no está en las enjundiosas y numerosas leyes de Indias, sino en el cadalso y en la picota, clavados al centro de cada Plaza Mayor. Después, la independencia de nuestros países no redujo la distancia entre la vida y la ficción jurídica. Al contrario: multiplicó esa distancia, en extensión y en profundidad, hasta llegar al ancho y hondo abismo que en nuestros días se abre entre la realidad oficial y la realidad real. *La realidad oficial sirve hoy, tanto o más que ayer, a la necesidad de exorcismo de la realidad real.* A fines del SIGLO XVIII, los «certificados de blancura» expedidos por los reyes de España y Portugal convertían mágicamente en blancos a los mestizos que pudieran pagarlos, por muy oscura que fuera su piel. A fines del SIGLO XX, la misma sociedad que te corta la lengua te garantiza la libertad de expresión, y son las leyes de reforma agraria las que amparan la expansión del latifundio.

Durante el siglo pasado, el espejismo de las formalidades jurídicas encontró sus mejores esplendores en las constituciones que los próceres bordaron con primor, para uso de las naciones recién nacidas. Nuestras clases dominantes, desde siempre enfermas de copianditis, convencidas de que nadie es mejor que quien

mejor copia, reprodujeron fielmente los modelos constitucionales metropolitanos, y así tuvimos constituciones burguesas sin haber tenido revolución burguesa ni burguesía. La primera Constitución de Bolivia, que el Libertador Simón Bolívar redactó personalmente para el país que llevaba su nombre, era una bella síntesis de las constituciones de los países más civilizados de la época. Adolecía de un único defecto: no tenía nada que ver con Bolivia. Entre otras cosas, atribuía los derechos de ciudadanía solamente a quienes supieran leer y escribir en lengua española, y así dejaba fuera al noventa y siete por ciento de los bolivianos.

Los generales que ganaron la independencia, y los mercaderes y los doctores que la cobraron, actuaron como si los nuevos países pudieran convertirse en Francia a base de repetir ideas francesas y como si pudieran convertirse en Inglaterra de tanto consumir mercancías británicas. Hoy día, sus herederos actúan como si pudiéramos convertirnos en Estados Unidos a fuerza de imitarle los defectos.

Fieles al dictado de la moda que manda usar y desusar las ropas y las ideas, los que mandan enmascaran la realidad con caretas importadas. Importación, impostación: Bolivia no tiene mar, pero tiene almirantes disfrazados de lord Nelson; Lima no tiene lluvia, pero tiene techos a dos aguas. En Brasil no hubo universidad hasta 1922, y la primera universidad no nació para servir a ningún proyecto nacional de educación, sino para otorgar el título de Doctor Honoris causa al rey de Bélgica. En Managua, una de las ciudades más calientes del mundo, condenada al hervor perpetuo, hay mansiones que ostentan soberbias estufas de leña, y en las fiestas de Somoza las damas de sociedad lucían estolas de zorro plateado. Papá Noel llega al Río de la Plata en pleno verano, pero viene en trineo, y transpiramos a chorros mientras festejamos la Nochebuena en torno a un pino blanqueado de nieve de algodón, bebiendo sidra y hartándonos de turrónes, piñones, avellanas, nueces, almendras, pasas y todo un banquete de calorías muy apropiadas para los rigores del invierno europeo.

Lejos de ser un producto artificial de importación, la democracia hunde sus raíces en lo más hondo de la historia de América. Al fin y al cabo, la Utopía de Tomás Moro se inspiró en las comunidades indígenas americanas, que a través de los siglos y las matanzas, y a pesar del desprecio, han sido milagrosamente capaces de perpetuar un modo de producción y de vida basado en la solidaridad, la igualdad de derechos y la participación colectiva. Pero el *democracímetro* occidental mide el mayor o menor grado de democracia en los países del llamado Tercer Mundo, según su mayor o menor capacidad de imitación.

El democracómetro está ubicado en los centros internacionales de poder, un puñado de países del norte del mundo cuya creciente riqueza, en gran medida resultante de la creciente pobreza de los demás, hace posible una libertad política interna a salvo de mayores sobresaltos. *Al tomar examen a los países subdesarrollados, el democracómetro les estimula las virtudes del mono y del papagayo y los obliga a demostrar devoción por las formas, aunque esa devoción implique la traición de los contenidos.*

Poco importa que la caricatura de las instituciones democráticas del mundo desarrollado esconda un miedo a la democracia de verdad, genuina expresión de la voluntad popular. Casi todos los dictadores militares latinoamericanos han celebrado elecciones, han financiado parlamentos, jueces, partidos y hasta prensa de oposición, han rendido homenaje a una tradición que otorga toda la importancia a la cáscara y ninguna al grano. En realidad, el código internacional de buena conducta democrática no sólo condena a los dictadores más impresentables, generales diestros en el oficio de carnicería, sino que también descalifica cualquier experiencia que intente escapar de los marcos estranguladores del capitalismo y que no se ajuste a las normas institucionales del liberalismo europeo.

Así, el vigilante democracómetro rechaza a Nicaragua, que ha reducido la mortalidad infantil a la mitad en estos años de revolución, y en cambio acepta, pongamos por caso, al Brasil, donde mil niños mueren cada día por hambre o enfermedad curable, según la Unicef, y esta horrenda cifra va creciendo en vez de disminuir. ¿No es acaso la mortalidad infantil un crimen social y un delito de lesa democracia? El Brasil, último país del mundo que abolió la esclavitud, practica en gran escala la esclavitud asalariada. Abastece de alimentos a otros países, pero la mitad de sus niños come menos de lo necesario. *La dictadura social ha sobrevivido a la dictadura militar; la economía aniquila más gente que la policía.* Nadie en su sano juicio podría exigir a la democracia brasileña que cambie esta realidad en un ratito, pero mientras esta realidad continúe, y mientras continúe empeorando, la democracia seguirá resultando algo así como un espectáculo montado por y para una ilustrada minoría de minorías.

El fraude es costumbre en muchos países latinoamericanos. El resultado del escrutinio rara vez coincide con el resultado de la elección. Pero más profundo y más grave que las trampas con los votos, es el otro fraude: el fraude de las estructuras de poder, violadoras de la dignidad humana, que se burlan de las buenas intenciones de libertad política y que niegan en la realidad los derechos que la letra otorga. La realidad transpira violencia. Violencia visible y violencia invisible: la que mata a balazos, sin proceso ni sentencia, y la que sin proceso ni

sentencia asesina cuerpos por hambre y almas por veneno.

El año pasado, Colombia celebró los cien años de la promulgación de su Constitución nacional. De esos cien años, cincuenta han transcurrido en estado de sitio. ¿Cuál de los dos aniversarios es más representativo de la realidad colombiana? ¿El siglo de la Constitución, obra de juristas floridos y copiones, o el medio siglo del estado de sitio? Muy poquito antes del cumpleaños constitucional, ocurrió el asalto militar al Palacio de Justicia, y el impune crimen de los magistrados puso más que nunca de manifiesto el alto grado de militarización de la democracia colombiana. La democracia representativa de liberales y conservadores no impide los estragos de la violencia estructural: uno de cada tres niños del campo colombiano sufre retardo mental por desnutrición, y en Cali y Medellín muere más gente a balazos que en Beirut. Los escuadrones de la muerte, vinculados a las fuerzas armadas, matan más que los narcotraficantes y los terroristas, pero ni uno solo de sus miembros ha sido arrestado, ni procesado, ni mucho menos condenado.

A principios del año pasado, un civil llegó a la presidencia de Guatemala, después de treinta y dos años de regímenes militares. Entonces un sacerdote católico comentó: «Cambian los payasos, pero el circo sigue». Más de un año después, un informe de la prestigiosa organización norteamericana Americas Watch, afirmó: «La situación de los derechos humanos continúa terrible. Las fuerzas armadas aplican, como antes, su propia ley». Ni el propio gobierno se salva: la ministra de Trabajo y varios viceministros han sido públicamente amenazados de muerte por los grupos paramilitares. El presidente no viste uniforme a rayas, pero está prisionero. Sus carceleros son los generales que en estos recientes años ochenta han borrado del mapa a cuatrocientas aldeas indígenas, en una campaña de aniquilación que dejó enana la memoria del conquistador Pedro de Alvarado.

Pero el democracómetro internacional ha dado su visto bueno. Ahora Guatemala se ha convertido en un país respetable, como El Salvador a partir de la elección del presidente José Napoleón Duarte. Desde que Duarte ganó las elecciones de 1984, tan mentirosas como las de Guatemala, los medios masivos de comunicación llovieron agua bendita desde los centros de dominio. Mientras tanto, el Congreso de los Estados Unidos suspiró con alivio: ya no sería necesario votar fondos para una atroz dictadura de extrema derecha, que actuaba en defensa del orden oligárgico contra la amenaza roja. El régimen de Duarte no es menos atroz en la defensa del mismo orden oligárquico, pero en cambio resulta presentable en sociedad.

Situación extrema, se dirá, y es cierto. Al sur, en cambio, en el Río de la Plata, los verdugos no siguen matando ni torturando. No hay, se dirá, una continuidad del terrorismo de Estado. En la Argentina, la presión del movimiento encabezado por las Madres de Plaza de Mayo ha dado visibles frutos. La justicia civil ha condenado a nueve mandamases y ha abierto proceso contra más de doscientos hombres de uniforme, llevando así la dignidad nacional bastante más allá de los límites que el gobierno del presidente Alfonsín había previsto cuando promulgó la Ley de punto final. Pero esta ley, que obliga a la amnesia, absuelve a otros miles de militares y policías que aplicaron la siniestra técnica de las desapariciones. La técnica del asesinato sin cadáver, aplicada en una escala masiva sólo comparable a la de Guatemala, fue el arma principal de la guerra sucia que las fuerzas armadas hicieron contra la clase trabajadora argentina, con el pretexto de la guerra contra las guerrillas. Desde 1930, desde mucho antes de que a nadie se le ocurriera la coartada de las guerrillas, los militares argentinos han estado dedicados a la práctica del golpe de Estado y al ejercicio del terrorismo, en perpetua sublevación contra el pueblo que los financia y los padece, y han impuesto continuamente su veto a toda tentativa de transformación liberadora del país. La realidad actual demuestra que también en el Cono Sur, y no sólo en Centroamérica, la máquina de la represión, que no ha sido desmantelada, sigue imponiendo el tatequieto a la energía de cambio que la democracia contiene. La impunidad del terrorismo de Estado —impunidad parcial en el caso argentino, impunidad total en el caso uruguayo— se hace simétrica a la impotencia de los políticos que llegan al gobierno prometiendo cambios y terminan trabajando por evitarlos.

Yo estoy escribiendo este texto en plena campaña de firmas a favor de un plebiscito en el Uruguay. La campaña marcha viento en popa y todo indica que pronto conseguiremos las firmas necesarias para que se someta a plebiscito la ley del olvido. *La reciente dictadura militar, que castigó todo acto de solidaridad humana con tortura, cárcel, destierro o muerte, había hecho el experimento de una sociedad de sordomudos: prohibido escuchar, prohibido decir. Y ese experimento parecía tener su continuación democrática en la amnesia colectiva: prohibido recordar.* Pero el pueblo uruguayo se está tomando la democracia en serio. Así, cada *firma afirma*: afirma la dignidad, contra el miedo. Como dice el fiscal argentino Julio Strassera, «la dignidad se basa en la memoria, no en el olvido». Y la dignidad parece una necesidad que rompe los ojos, un asunto de sentido común, en un país como el Uruguay, minúsculo, pacífico, que está cargando la insoportable cruz de un presupuesto de guerra que es, en proporción, mayor que el de los Estados Unidos o el de la Unión Soviética. La hipoteca militar impide que el país se mueva y bloquea los cambios imprescindibles para que el país pueda caminar y salir

adelante. El Uruguay fue el primer país de América que hizo la reforma agraria, hace más de un siglo y medio. A sangre y fuego la oligarquía recuperó, en aquel entonces, las tierras. El primer país, ¿será el último? La economía sigue dependiendo de la lana, la carne y el arroz, pero sin reforma agraria el campo se sigue empobreciendo y se sigue despoblando, a tal punto que poco falta para que la población campesina quepa toda en las tribunas de un estadio de fútbol.

Hay que reconocer el pasado para que no se repita, verlo tal cual fue para que no siga siendo. *Hacer justicia con los verdugos de la dictadura es, en realidad, una primera manera de hacer justicia con el sistema de injusticias que necesitó a esos verdugos para sobrevivir —y que, tan campante, sobrevive.* Ese sistema obliga a una creciente cantidad de uruguayos a vivir de la basura y expulsa cada día, según datos oficiales, a cincuenta y seis jóvenes, que emigran obligados a buscar trabajo y mejor destino bajo otros cielos.

El cambio de verdad, el cambio en profundidad, implica la fundación de una nueva democracia a partir de la liberación de esta democracia prisionera. El escritor Gabriel García Márquez ha definido en términos muy duros el desenlace del proceso chileno, que culminó en la tragedia de 1973. Chile había vivido un ciclo de afirmación de la democracia, poder del pueblo, y de afirmación de la soberanía, recuperación de los recursos usurpados y del poder nacional de decisión; *pero las instituciones democráticas chilenas estaban hechas para funcionar contra la democracia y no por ella.* Refiriéndose a la Suprema Corte de Justicia, que legitimó a los asesinos, y al Congreso, que se humilló ante ellos, y a los periódicos y partidos que propiciaron el golpe de Estado, García Márquez escribió que el destino había deparado a Salvador Allende «la rara y trágica grandeza de morir defendiendo a bala el mamarracho anacrónico del derecho burgués, toda la parafernalia apolillada de un sistema de mierda».

Nunca más sería una declaración vacía de realidad, no más que una vana ilusión, bello pero inútil sueño de una noche de verano, si nos resignáramos a aceptar ese sistema, típico de la mayoría de los países latinoamericanos, como si fuera un destino. La memoria del dolor nos está obligando a luchar para que la democracia sea democracia, democracia de verdad, en vez de ser apenas la decorativa careta de un sistema que al derecho de propiedad sacrifica los demás derechos y que sólo otorga libertad de expresión a quien puede pagarla. Y no será más verdadera esa democracia en la medida en que más se parezca a los modelos de Europa del Oeste, ni de Europa del Este, ni de ninguna otra parte. Más verdadera será en la medida en que más desencadene la voluntad de participación y la energía creadora del pueblo, que es una energía de transformación de la

realidad. *Mejor no es el que mejor copia, no: mejor es el que más crea, aunque creando se equivoque.*

Hace más de medio siglo, un escritor de la República Dominicana, Pedro Henríquez Ureña, pidió que no resultara inútil la sangre derramada a lo largo de los siglos; pidió, o exigió, que la tragedia de América fuera fecunda.

«Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa», dijo Henríquez Ureña, «si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre, si no nos decidimos a que ésta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, *no tenemos justificación*. Sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies y nuestras pampas, si sólo hubieran de servir para que en ellas se multiplicaran los dolores humanos: no los dolores que nada alcanzará a evitar nunca, los que son hijos del amor y de la muerte, sino los que la codicia y la soberbia infligen».

(1987)

APUNTES PARA UN RETRATO DE LA ESTRUCTURA DE LA IMPOTENCIA

«Nosotros estamos con la democracia, pero la democracia no está con nosotros», dijo un habitante de los suburbios de Buenos Aires, respondiendo a una encuesta reciente. Él es uno de los muchos que sirven la mesa de la gran ciudad y están condenados a vivir de sus sobras.

En América Latina, el peor enemigo de la democracia no es el ejército, aunque el ejército hace lo posible por parecerlo. El peor enemigo de la democracia, en América Latina, es toda una estructura de la impotencia, que el ejército custodia, y que tiene su base en el sistema económico. Ese sistema integra un sistema mayor, una maquinaria internacional de poder. Uno de los mecanismos de esa vasta y complicada maquinaria se llama democracómetro y cumple la función de medir el mayor o menor grado de democracia que existe en cada país. Por regla general, los medios masivos de comunicación que fabrican opinión en el mundo, difunden las mediciones de este aparatito y las convierten en inapelables veredictos de Occidente.

Pero la verdad del democracómetro, que es la verdad del sistema, puede ser mentira para las víctimas del sistema. No creo que crean en la democracia los ocho millones de niños abandonados que vagabundean por las calles de las ciudades del Brasil. No creo que crean, porque la democracia no cree en ellos. No tienen ninguna democracia en la que creer: la democracia brasileña no fue hecha por ellos, ni para ellos funciona, aunque cumpla con algunos de los requisitos formales que el democracómetro exige para dar su visto bueno.

«NADA DE IMPORTANCIA», DIJO EL REY

La democracia no es lo que es, sino lo que parece. Estamos en plena cultura del envase. El contrato de matrimonio importa más que el amor, el funeral más que el muerto, la ropa más que el cuerpo y la misa más que Dios. La cultura del envase desprecia los contenidos. Importa lo que se dice, no lo que se hace. Se supone que la esclavitud no existe en el Brasil desde hace un siglo, pero un tercio de los trabajadores brasileños gana poco más de un dólar por día y la pirámide social es

blanca en la cúspide y negra en la base: los más ricos son los más blancos y los más pobres, los más negros. Cuatro años después de la abolición, allá por 1892, el gobierno brasileño había mandado quemar todos los documentos relacionados con la esclavitud, libros y balances de las empresas negreras, recibos, reglamentos, ordenanzas, etcétera, *como si* la esclavitud no hubiera existido nunca.

Para que algo no exista, basta con decretar que no existe. El 14 de julio de 1789, el rey Luis XVI escribió en su diario: «Nada de importancia». El dictador de Guatemala, Manuel Estrada Cabrera, decretó en 1902 que todos los volcanes del país estaban en calma, mientras el alud de lava y fango del volcán Santa María, en plena erupción, estaba arrasando más de cien aldeas en los alrededores de Quezaltenango. El Congreso colombiano aprobó en 1905 una ley que establecía que los indios no existían en San Andrés de Sotavento y en otras comarcas donde habían brotado súbitos chorros de petróleo: los indios que existían eran ilegales, y por tanto las empresas petroleras podían matarlos impunemente y quedarse con sus tierras.

EL COMO SI

En el Uruguay, la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado, de fines de 1986, manda olvidar las torturas, los secuestros, las violaciones y los asesinatos cometidos por la reciente dictadura militar, como si no hubieran existido esos actos de terrorismo de Estado. Ley de Impunidad, prefirió llamarla el pueblo uruguayo, que le ha interpuesto un parte de más de seiscientas mil firmas. Poco antes de promulgar esta ley, que absuelve a los torturadores, el Uruguay había firmado y ratificado la Convención Internacional contra la Tortura, que obliga a castigarlos. Lo mismo pasó en la Argentina. Esta convención niega explícitamente la excusa de la orden superior: el gobierno argentino la firmó y la ratificó, y acto seguido legalizó las torturas realizadas en obediencia a los altos mandos. Las convenciones internacionales equivalen, en nuestros países, a leyes nacionales. *Pero ocurre que unas mandan respetar los derechos humanos que las otras autorizan a violar: unas simulan que existen, las otras existen de verdad.*

La historia latinoamericana enseña a *desconfiar de las palabras*. En 1965, la dictadura militar del Brasil, la dictadura militar del Paraguay, la dictadura militar de Honduras y la dictadura militar de Nicaragua invadieron Santo Domingo, junto a los marines norteamericanos, para salvar a la democracia amenazada por el pueblo. En nombre de la democracia desembarcaron en las costas cubanas de Playa

Girón, en 1961, los nostálgicos de la dictadura de Batista. Ahora, en nombre de la democracia atacan a Nicaragua los nostálgicos de la dictadura de Somoza. El presidente de Colombia habla de democracia, mientras el terrorismo de Estado mata impunemente a más de mil opositores políticos y sindicales en 1987, de acuerdo con las instrucciones del Manual de Contrainsurgencia del Ejército, que enseña a crear organizaciones paramilitares.

El lenguaje oficial delira, y su delirio es la normalidad del sistema. «No habrá devaluación», dicen los ministros de Economía, en las vísperas del derrumbamiento de la moneda. «La reforma agraria es nuestro principal objetivo», dicen los ministros de Agricultura, mientras extienden el latifundio. «No existe censura», celebran los ministros de Cultura, en países donde la inmensa mayoría de la gente tiene los libros prohibidos por el precio o por el analfabetismo.

UN PERFECTO MOMENTO DE LOCURA

El sistema aplaude la infamia, si es exitosa, y la castiga si fracasa. Recompensa a quien roba mucho y condena a quien roba poco. Invoca la paz y practica la violencia. Te predica el amor al prójimo y a la vez te obliga a sobrevivir devorándolo. El lenguaje esquizofrénico alcanza uno de sus más perfectos momentos de locura cuando confunde la libertad del dinero con la libertad de la gente: así, identifica lo que está en contradicción, abierta contradicción que el simple sentido común advierte, y cualquiera puede darse cuenta de que esta locura no es inocente. Sin embargo, no faltan intelectuales dispuestos a caer en la trampa, como se ha puesto en evidencia, recientemente, a raíz de la, nacionalización de la banca privada en el Perú. Hay quien coloca en el mismo plano la libertad de expresión de los poetas y la libertad de especulación de los banqueros. Pero en América Latina, como en todo el Tercer Mundo, la libertad de los negocios no sólo no tiene nada que ver con la libertad de las personas sino que, además, una y otra son incompatibles. Para dar plena libertad al dinero, las dictaduras militares encarcelan a la gente. Mucha sangre, demasiada, se ha derramado a lo largo de los siglos para que esto resulte una evidencia que rompe los ojos.

Se nos entrena para no ver. La educación deseduca, los medios de comunicación incomunican. Y la educación y los medios nos inducen a aceptar gato por liebre

LA USURPACIÓN DE LA REALIDAD

Hasta el mapa miente. Aprendemos la geografía del mundo en un mapa que no muestra al mundo tal cual es, sino tal como sus dueños mandan que sea. En el planisferio tradicional, el que se usa en las escuelas y en todas partes, el Ecuador no está en el centro: el norte ocupa dos tercios y el sur, uno. Escandinavia parece mayor que la India, cuando en realidad es tres veces más pequeña; la Unión Soviética duplica al África, cuando en realidad es bastante menor. América Latina abarca en el mapamundi menos espacio que Europa y mucho menos que la suma de Estados Unidos y Canadá, cuando en realidad América Latina es dos veces más grande que Europa y bastante mayor que Estados Unidos y Canadá.

El mapa, que nos achica, simboliza todo lo demás. Geografía robada, economía saqueada, historia falsificada, usurpación cotidiana de la realidad: el llamado Tercer Mundo, habitado por gentes de tercera, abarca menos, come menos, recuerda menos, vive menos, dice menos.

Y no sólo abarca menos en el mapa; también abarca menos en los diarios, en la tele, en la radio. Menos, es un decir: no abarca casi nada. A veces América Latina, por ejemplo, se pone de moda. Moda fugaz, como toda moda. Entonces los intelectuales del norte nos echan pasajeras miradas de adoración. A fines de la década del cincuenta, fue el turno de Cuba. A fines de la década del setenta, el de Nicaragua. Entre una y otra alucinación, espejismos de revoluciones sin mácula, hubo la guerrilla del Che Guevara y otras gestas románticas. Estas fulminantes pasiones han desembocado fatalmente en el desencanto y la abominación pública. Como en el SIGLO XVI, la realidad defrauda las ilusorias promesas de Eldorado. La realidad es como es, y no como quisieran que fuera quienes la confunden con el Cielo para luego tener derecho a confundirla con el Infierno, y al Infierno condenarla por siempre jamás: *al infierno del silencio, al infierno del desprecio*. La fascinación y la maldición son la cara y la contracara de una misma actitud, que ignora la realidad y le falta respeto.

EL SISTEMA UNIVERSAL DE LA MENTIRA

En un artículo que publiqué hace años, escrito con evidente simpatía por la rebelión obrera en Polonia, yo me permití una observación que cayó muy mal. Sigo

creyendo, sin embargo, que esa observación era correcta: dije que si Lech Walesa hubiera nacido en Guatemala, lo hubieran destripado en la primera huelga, y su asesinato no hubiera merecido un milímetro en los grandes diarios del mundo, ni un segundo en las grandes cadenas de televisión.

Guatemala ha sufrido, desde la invasión de 1954, la más larga y sistemática carnicería de América Latina. Los fabricantes de opinión, que controlan la producción y el consumo de noticias en escala internacional, se han encogido de hombros. En Guatemala, la sangre no es noticia. El terror militar y la miseria se consideran «naturales». Los terremotos, en cambio, no: en febrero de 1976, cuando la tierra tembló y mató a veintidós mil guatemaltecos, una multitud de periodistas acudió desde todo el mundo. De esos periodistas, unos pocos prestaron alguna atención al hecho de que más de veintidós mil personas habían sido asesinadas en Guatemala, en esos años setenta, por obra de los escuadrones de la muerte organizados por el ejército. Y casi nadie mostró algún interés en enterarse de que más de veintidós mil personas habían muerto en un solo año, asesinadas por el hambre, que mata en silencio. País pobre, país de indios: el horror es costumbre.

Todos somos vecinos en este mundo de programas multinacionales y transmisiones simultáneas vía satélite; pero, como diría Orwell, unos son más vecinos que otros. Las comunicaciones están centralizadas. Cuanto ocurre en el planeta se traduce en los centros de poder, se traduce al lenguaje de un sistema universal de la mentira, y se devuelve convertido en imágenes y sonidos de difusión masiva. ¿Objetividad? *Desconfiemos de esta objetividad que nos reduce a objetos.* La miseria del Tercer Mundo se convierte en mercancía. Los países opulentos la consumen de vez en cuando, para felicitarse por lo bien que les ha ido en la vida. *El sistema universal de la mentira practica la amnesia. El norte actúa como si se hubiera sacado la lotería.* Su riqueza, sin embargo, no es resultado de la buena suerte, sino de un largo, muy largo proceso histórico de usurpación, que viene de los tiempos coloniales y se multiplica, mediante sofisticados mecanismos de despojo, en la época actual. Cuanto más resuenan, en los foros internacionales, los discursos que exaltan la equidad y la justicia, tanto más se derrumban, en los mercados internacionales, los precios de los productos del sur, y tanto más suben los intereses del dinero del norte, que con una mano presta lo que con la otra roba. *Los mecanismos de despojo obligan al sur a pagar la cuenta de lo que el norte despilfarra, incluyendo los platos rotos del fin de cada fiesta:* sobre las espaldas de los suburbios del sistema, se descargan las crisis de los centros.

¿QUÉ NOS DICEN?

En las versiones dramatizadas de la conquista de América, que los indios representan todavía en la región andina, los curas y los conquistadores hablan moviendo los labios, pero sin emitir sonidos. Los vencedores hablan, en el teatro indígena, un lenguaje mudo. Hoy día, las voces del sistema internacional de poder, que la cultura dominante trasmite, ¿qué nos dicen? ¿Qué nos dicen que tenga que ver con nuestras necesidades reales? La cultura dominante, que actúa a través de la estructura educativa y sobre todo, en mucha mayor medida, a través de los medios de comunicación, no revela la realidad: la enmascara. No ayuda a los cambios: contribuye a evitarlos. No estimula la participación democrática: induce a la pasividad, a la resignación, al egoísmo. No genera creadores: multiplica consumidores.

Cada vez hay más opinados y cada vez menos opinadores. A medida que perfecciona sus instrumentos de irradiación, la cultura dominante va revelando su vocación antidemocrática, y va reduciendo los espacios públicos de creación y participación. La difusión avasallante de la televisión, por ejemplo, hiere, y creo que hiere feo, a la cultura popular, en una larga embestida que pretende convertir a toda América Latina en un vasto suburbio de Dallas. Y esto es grave, creo, porque en América Latina la cultura popular es la cultura nacional más verdadera. *Bien dicen que cada anciano que muere en los pueblos perdidos de por ahí, es una biblioteca que arde. Gracias a la cultura popular, que hereda y enriquece la memoria colectiva, los latinoamericanos hemos podido perpetuar algunas claves fundamentales de identidad. La cultura oficial, copiona y estéril, eco bobo de la cultura dominante, ignora esas claves o, conociéndolas, las desprecia. O quizá, en el fondo, las teme: esas claves se refieren a la dignidad, a la imaginación y a otras enemigas de los dueños del poder.*

VALIUM PARA NO PENSAR

La cultura popular es, por naturaleza, cultura de participación: es, por naturaleza, democrática. Se trasmite, sobre todo, por tradición oral, y se le hace cada vez más difícil multiplicarse y renovarse a medida que el progreso tecnológico le va reduciendo los espacios de encuentro donde ella es fecunda: plazas, cafés, tablados, mentideros, mercados... La televisión, en cambio, recluye, separa, aísla: trasmite en una sola dirección, viaje de ida sin vuelta, de la máquina

emisora hacia la persona receptora, y la persona receptora come emociones importadas como si fueran salchichas en lata.

La lucha contra las estructuras enemigas de la democracia, estructuras de la impotencia, pasa por el desarrollo de una cultura nacional liberadora, capaz de desatar la energía creadora de la gente y capaz de lavarle los ojos de las telarañas que impiden que la gente vea y se vea. Los mensajes que la televisión irradia en nuestros países, símbolos que la cultura dominante vende a la cultura dominada, símbolos del poder que nos humilla, no contribuyen mucho, que digamos, al desarrollo de esa cultura desatadora. Pero que no se me entienda mal. Esta comprobación no implica una negación de la televisión en sí, sino un rechazo de la televisión como droga socialmente legitimada, valium para no pensar, del mismo modo que tampoco implica una negación de sus mensajes por el hecho de que provengan de los Estados Unidos o de otros países extranjeros.

UNA ESTUPIDEZ REACCIONARIA

El nacionalismo de derecha, que entra en la historia de espaldas, reculando, cree que la cultura nacional se define por el origen de sus factores.

Si así fuera, pongamos por caso, no habría cultura andaluza, porque los típicos patios de Andalucía vienen de la Roma imperial, las verjas y las cancelas de la Florencia renacentista, y los floridos mantones de la China de la dinastía Ming; los churros son árabes y el cante jondo resultó de la mezcla de música gitana, melodías árabes y cantos hebreos.

Fue un alemán quien inventó el bandoneón, en el siglo pasado, con la intención de crear una especie de armonio portátil, útil para tocar música sacra en las procesiones de su país; pero el bandoneón se escapó de Alemania y antes de caer en las manos de Aníbal Troilo ya se había convertido en el más típico instrumento del tango rioplatense —cuyo cantor más importante, Carlos Gardel, nació quién sabe dónde, pero muy probablemente en la ciudad francesa de Toulouse. El muy cubano daiquirí viene de la caña de azúcar que trajo Colón, del limón que llegó de España y de las técnicas extranjeras de elaboración del azúcar y el hielo.

La cultura nacional se define por su contenido, no por el origen de sus factores, y cuando está viva cambia sin cesar, se desafía a sí misma, se contradice y recibe

influencias externas que a veces la lastiman y a veces la multiplican, y que suelen operar simultáneamente como peligro y como estímulo. La negación de lo que nos niega no tiene por qué implicar la negación de lo que nos alimenta. América Latina no tiene por qué renunciar a los frutos creadores de culturas que han florecido, en gran medida, gracias a un esplendor material para nada ajeno a la explotación despiadada de sus hombres y sus tierras. Si así lo hiciera, estaría cometiendo un pecado de irrealidad y una estupidez reaccionaria. El antiimperialismo también tiene sus enfermedades infantiles.

Pero ocurre que América Latina constituye, todavía, un enigma a sus propios ojos. *¿Qué imagen nos devuelve el espejo? Una imagen rota. Pedazos. Pedazos desconectados entre sí: un cuerpo mutilado, una cara por hacer.*

LOS FALSOS PARTENONES DE UNA CLASE ESTÉRIL

Las culturas dominantes, culturas de clases dominantes dominadas desde fuera, se revelan patéticamente incapaces de ofrecer raíz y vuelo a las naciones que dicen representar. Son culturas cansadas, como si mucho hubieran hecho. A pesar de sus engañosos fulgores, *expresan la opacidad de las burguesías locales, todavía hábiles para copiar pero cada vez más inútiles para crear. Después de haber regado nuestras tierras con falsos partenones, falsos palacios de Versalles, falsos castillos del Loira y falsas catedrales de Chartres, hoy dilapidan la riqueza nacional en la imitación de los modelos norteamericanos de ostentación y derroche.* Amuralladas en grandes puertos y babilónicas ciudades, ignoran y desprecian la realidad nacional, o todo lo que en ella las contradice; y prácticamente se limitan a operar como correas de transmisión de los centros extranjeros de poder. Los niños vienen de París, en el pico de las cigüeñas, y la verdad viene de Los Ángeles o Miami en estuches de video.

Las más de las veces, esa cultura dominante, fabricada en serie, se orienta a vaciar la memoria de América Latina y a castrarle sus fecundidades, para que no se conozca a sí misma como realidad ni se reconozca como posibilidad: la induce a consumir y a reproducir, pasivamente, los signos de su propia maldición. Sus mensajes otorgan legitimidad moral a la atroz ley del más fuerte y nos enseñan que si estamos jodidos por algo será: porque ofrecemos suelo fértil a la semilla comunista, de la que sólo brota la zarza espinosa, y sobre todo porque somos tontos, haraganes, torpes y cobardes, y en el fondo *nuestra situación es el destino que merecemos.*

La poderosa, muy poderosa estructura de la impotencia empieza en la economía, pero no termina en ella. En realidad, el subdesarrollo es eso: no solamente un asunto de estadísticas, no solamente una sociedad de violentas contradicciones, océanos de pobreza, islotes de opulencia, no, no solamente: *el subdesarrollo es sobre todo una estructura de la impotencia, montada para impedir que los pueblos sometidos piensen con su propia cabeza, sientan con su propio corazón y caminen con sus propias piernas.*

EL SECUESTRO DE LA HISTORIA

A los muertos de hambre, el sistema les niega hasta el alimento de su memoria. Para que no tengan futuro, les roba el pasado. *La historia oficial está contada desde, por y para los ricos, los blancos, los machos y los militares.* Europa es el Universo. Poco o nada aprendemos del pasado precolombino de América y ni qué hablar del África, a la que conocemos a través de las viejas películas de Tarzán. *La historia de América, la verdadera, la traicionada historia de América, es una historia de la dignidad incesante.* No hay día del pasado en el que no haya ocurrido algún ignorado episodio de resistencia contra el poder y el dinero, pero la historia oficial no menciona las sublevaciones indígenas ni las rebeliones de esclavos negros, o las menciona al pasar, cuando las menciona, como episodios de mala conducta —y jamás dice que algunas fueron encabezadas por mujeres. Los grandes procesos económicos y sociales no existen ni como telón de fondo: se los escamotea para que los llamados «países en desarrollo» no sepan que no van hacia el desarrollo sino que vienen de él, porque a lo largo de una larga historia han sido subdesarrollados por el desarrollo de los países que les sacaron el jugo. Lo que importa es aprenderse de memoria las fechas de las batallas y los exactos cumpleaños de los próceres. Ataviados como para fiesta o desfile, estos hombres de bronce han actuado solitariamente, por inspiración divina, seguidos por la sombra fiel de la abnegada compañera: detrás de todo gran hombre hay una mujer, se nos dice, dudoso elogio que reduce a la mujer a la condición de respaldo de silla. En el duelo entre el bueno y el malo, los pueblos cumplen pasivamente el papel de comparsas. Los pueblos forman un confuso montón de débiles mentales, ansiosos de jefes mandones, y periódicamente engullen, como si fuera caramelo, el veneno rojo.

FORÁNEO ES EL CAPITALISMO

La demonización de las fuerzas del cambio, agentes de ideologías foráneas, traficantes de cocaína, marxismo y otras drogas, requiere el previo vaciamiento de la memoria histórica. *En realidad, lo foráneo en América es el capitalismo, que no fue inventado por Manco Cápac ni por Moctezuma, sino que fue impuesto desde fuera y desde arriba por los invasores europeos del siglo XVI. La Conquista mercantilizó la vida americana, impuso el tanto-a-cambio-de-cuánto, mientras la Iglesia proyectaba al orden divino la ley de la ganancia y la ley del miedo: si obedeces, ganarás el Cielo; si desobedeces, el Infierno te castigará. En cambio, no hay en América tradición más antigua que el modo comunitario de producción y de vida. Además de ser la más antigua, la comunidad es la tradición más porfiada, la más obstinadamente viva, a pesar de la persecución incesante que sufre desde hace cinco siglos. Bien puede decirse, pues, que el socialismo viene desde adentro y desde abajo, desde lo más hondo y verdadero de la memoria de nuestras tierras.*

En el mismo sentido, no está demás advertir que *la democracia no fue una novedad que los indios bárbaros recibieron de las monarquías europeas, ni de su civilizada Inquisición. Fuera del Cuzco y Tenochtitlán, que eran centros de despotismo hereditario, las crónicas de la época relatan varias situaciones reveladoras, ocurridas en comarcas diversas: los indios preguntaban quién había elegido al rey de España, o al de Inglaterra, porque ellos elegían a sus jefes en asambleas — donde las mujeres, por cierto, también opinaban y votaban.*

EL CAÑO DEL FUSIL ESTÁ TORCIDO

La historia oficial, pieza clave del engranaje de la cultura dominante, actúa también como un instrumento de desvínculo. Se nos enseñan historias divorciadas entre sí. La historia de cada pedazo de América Latina poco o nada tiene que ver con la historia de los demás: estos puñados de una misma tierra sólo se encuentran para pelearse. Así se nos induce a la bronca mutua y se nos adiestra para disparar apuntando al costado. Ya el gaucho Martín Fierro, hombre de mucho camino, había dicho que la unidad de los hermanos es la ley primera, porque mientras ellos se pelean los devoran los de afuera. Sería infinita la lista de recelos y rencores entre uruguayos y argentinos, argentinos y chilenos, chilenos y peruanos, peruanos y ecuatorianos... *No equivocarse de enemigo, y enderezar el caño del fusil si está torcido,*

son necesidades urgentes de las democracias que han renacido en América Latina. Al fin y al cabo, nuestros países vienen de sufrir dictaduras fabricadas en una misma matriz, en una matriz común. Si el modelo de represión no hubiera sido armado afuera, modelo único y de aplicación múltiple, no tendría explicación el curioso hecho de que una misma camisa de fuerza ha sido impuesta, con ligeras variantes, sucesivamente en Brasil, que es el país más grande de América del Sur, y en Uruguay, que es el más pequeño; en la Argentina que es el más desarrollado, y en Bolivia, que es el menos. Y este modelo de represión ha sido aplicado en función de los intereses de clases dominantes que suelen llevarse bastante mal entre ellas, pero que saben coincidir cuando las papas queman. Entonces el sistema viola los derechos humanos, porque necesita hacerlo para asegurar la continuidad del derecho de herencia y el deber de obediencia en los países que proporcionan brazos baratos, materias primas baratas y mercados abiertos.

ALGO HEMOS AVANZADO

La conciencia de las raíces compartidas, el conocimiento de un proceso histórico íntimamente entrelazado, abriría nuevas puertas, o al menos nos ayudaría a abrirlas, para salir de la incomunicación recíproca. Los comunes desafíos exigen respuestas comunes; y creo que algo hemos avanzado en esa dirección. La deuda externa y, sobre todo, la crisis de América Central, lo están demostrando. Dificultosamente empieza a perfilarse un frente latinoamericano unido ante la banquería internacional. Muy generosos habían sido los usureros del mundo con las dictaduras militares, que multiplicaron nuestra deuda externa para comprar armas, financiar lujos y evadir capitales; y ahora las democracias están cobrando conciencia de la necesidad de aplicar una estrategia común contra sus exigencias. Y en cuanto a la crisis centroamericana, bastaría recordar la facilidad con que el gobierno norteamericano obtuvo los votos de la OEA para expulsar a Cuba y para invadir la República Dominicana. Un cuarto de siglo después, bastante han cambiado las cosas. A pesar de las amenazas y los sobornos, el presidente Reagan no sólo no ha obtenido el apoyo de la OEA para arrasar Nicaragua, sino que, además, se ha tenido que tragar el sapo vivo de los recientes acuerdos de paz, que lo han dejado a solas con su voluntad de exterminio. *En la Casa Blanca siguen actuando como si se hubieran comprado a Latinoamérica en un supermercado; pero estas tierras empiezan a unirse para exigir respeto.*

(1987)

EL CUERPO COMO CULPA O COMO FIESTA

Se acercan los cinco siglos del Descubrimiento. Se me ocurre que no sería mala idea que uno de los temas centrales de la celebración fuera un homenaje a la libertad sexual que había en América, o al menos en buena parte de América, antes de que ella se llamara así y cuando nadie le había hecho, todavía, el favor de descubrirla. Sacerdotes como Bartolomé de las Casas o Vasco de Quiroga predicaron en América la palabra de un Dios enamorado de la condición humana, pero no fue ese Dios quien se impuso en nuestras tierras.

No sería mala idea, digo, ese homenaje a la más antigua memoria de América, que es una memoria de libertad, y tampoco sería una idea inoportuna, ahora que los países desarrollados están sufriendo ciertos accesos de castradora moralina, al influjo del clima de creciente pánico que el SIDA provoca.

El SIDA, una enfermedad nueva, contagiosa, todavía sin vacuna ni remedio seguro, podría ser la perfecta coartada de los policías del sexo; y ya está siendo. Ojalá me equivoque, pero tengo la impresión, por no decir la certeza, de que asistimos al desarrollo del mejor caldo de cultivo posible para los enemigos de la imperdonable alegría del cuerpo. Lo que acaba de ocurrir, por ejemplo, con Gary Hart, denunciado y condenado de tan fulminante manera, no había ocurrido, en otros tiempos, cuando Franklin Delano Roosevelt o John Kennedy fueron protagonistas de casi idénticas situaciones.

EL PURITANISMO EN ACCIÓN

Recientemente, los diarios de Europa y de los Estados Unidos dedicaron sus títulos de primera página al escándalo de Gary Hart. Los periodistas del *Miami Herald*, consagrados a la noble tarea de espiar camas, descubrieron una aventura amorosa del posible candidato de alternativa de Reagan. Cuando vi la foto de la dama del pecado, me vinieron ganas de aplaudir a Hart, y aplaudirlo de pie; pero las ganas se me desvanecieron apenas leí sus penosas explicaciones, indignas del más indigno de los acusados por los tribunales del Santo Oficio de la Inquisición.

En todo caso, la denuncia del *Miami Herald*, que liquidó la carrera política de Hart, desplazó a un conveniente segundo plano las simultáneas revelaciones sobre

las trampas del presidente Reagan en el desvío de fondos ilegales para asesinar nicaragüenses. La tradición puritana, que viene de la época colonial y no de antes, ha colgado a Gary Hart del palo mayor del *Mayflower*. Desde el punto de vista de un sistema que tiene por costumbre la doble moral, el doble lenguaje y la doble contabilidad, él ha cometido, sin duda, un crimen más grave que las atrocidades que los contras cometen por cuenta y cargo de los Estados Unidos.

UNA CRUZADA CONTRA EL SEXO

Mientras al norte de América el viento de la hipocresía balanceaba el cadáver político de Hart, en Europa el neomoralismo mojigato también hacía de las suyas.

En París, los ministros del Interior y de Cultura lanzaban nuevas andanadas de propaganda en su campaña de censura contra el erotismo, llamado pornografía. En una playa de Cádiz, dos mujeres que tomaban el sol en cueros, o casi, eran enviadas por tres días a prisión, cosa que, si mal no recuerdo, hacía años que en España no ocurría. Todo desnudo es pecaminoso porque remite al pecado original, decía san Agustín, y en Florencia sus devotos ponían el grito en el Cielo, o mejor dicho en el Paraíso, ante la anunciada exhibición del Adán de Masaccio, que por primera vez podría mostrar su temible desnudez original. Los técnicos han logrado desvestir a Adán, y ahora él está tal como Masaccio lo echó al mundo, sin la hoja de parra que la Iglesia le había plantado encima. Y en el Vaticano, mientras tanto, el Papa, recién llegado de América y de Alemania, afilaba sus tijeras de castrar.

LA MORADA DE SATÁN

En Chile, en el Estadio Nacional de siniestra memoria, el Papa había podido comprobar personalmente la persistencia de una demoníaca tradición pagana. Cuando Su Santidad exhortó a los jóvenes chilenos a repudiar el sexo, ellos le contestaron con un rotundo y unánime nooo. Unos años antes, el general Pinochet había dictado un decreto-ley contra otra muy demoníaca tradición pagana: un decreto-ley contra el modo comunitario de producción y de vida de los indios mapuches.

En tiempos de la conquista, estas dos habían sido, precisamente, las pruebas

fundamentales de la perdición de América, o de su necesidad de salvación. Claro está que los indios también olían a azufre por su tendencia a adorar ídolos y a ofrecerles sangrientos sacrificios ceremoniales, pero dos eran las pruebas más irrefutables de que el Nuevo Mundo servía de morada a Satán: el amor libre y la ausencia de propiedad privada.

UNA MEMORIA PELIGROSA

El amor era libre en la mayor parte del espacio americano, aunque la vida sexual estaba sometida a normas rígidas en las vastas regiones dominadas desde el valle del Cuzco y el lago de Texcoco, donde tenían sus centros de poder los incas y los aztecas, sociedades de siervos y señores verticalmente vertebradas por el Estado. Pero las tales normas no resultan tan rígidas si se las compara con lo que vino después. Al fin y al cabo, en toda América había divorcio, en el sentido de que nadie estaba condenado a cónyuge perpetuo, y en ningún lugar de América la virginidad de la mujer tenía la menor importancia.

En la región del Mar Caribe, y también en otras regiones, la homosexualidad se consideraba normal. Fue en Panamá donde, en 1513, Vasco Núñez de Balboa cumplió una de sus ceremonias de exorcismo arrojando a los perros carniceros a cincuenta indios homosexuales, que hasta entonces disfrutaban de libertad y respeto entre los suyos. En la costa colombiana del Caribe, en 1599, los indios taironas se alzaron en defensa de sus costumbres sexuales, práctica libre del divorcio, la homosexualidad y el incesto, y ochenta comunidades resultaron virtualmente exterminadas por la represión, cuando se restableció el orden, que era un orden de prohibiciones.

Resulta estimulante la evocación de esta memoria de la libertad. En el mundo de nuestro tiempo, todavía la homosexualidad se considera delito en muchos códigos penales y delito o enfermedad en casi todos los códigos morales. Y paradójicamente, porque la historia suele gastar chistes de humor negro, es la región del Caribe una de las peores en materia de prejuicios machistas contra los homosexuales y las mujeres.

REIVINDICACIÓN DE LA ALEGRÍA

El terror al SIDA, al paso que vamos, podría convertirse en terrorismo. Esta peste parece confirmar, científicamente, las más jodidas maldiciones que Jehová había proferido, según el Antiguo Testamento, contra los homosexuales y contra todos los que de un modo u otro andan pegando mordiscones a la manzana prohibida, que es, como se sabe, la más sabrosa y peligrosa de las frutas del reino de este mundo. Peor que la peste del SIDA es la peste del miedo. Por eso bueno sería, y bien vendría, que la conmemoración del Descubrimiento nos sirviera de ayudita. Dicho así, parece cosa de locos; y por eso lo digo: que hay que salir al paso de esta onda ascendente de puritanismo castrador, que nos está amenazando con vaciar de electricidad la vida para reducirla a virtuoso, aséptico, inofensivo aburrimiento. Y si así se hiciera no habría que encarar los festejos como un homenaje a los Reyes Católicos, fundadores de la Inquisición en España y campeones de la intolerancia y el oscurantismo en América. En cambio, el histórico cumpleaños se podría encarar como un universal aplauso a la linda gente que ha sabido mantener vivas, a pesar de tanta persecución y tanto desprecio, las dos tradiciones más antiguas de América: la tradición de libertad y la tradición de comunidad. Entonces sería un homenaje, pongamos por caso, a las comunidades mayas de Guatemala, que han sobrevivido a incontables campañas de aniquilación y que todavía son capaces de elegir la solidaridad y despreciar la propiedad, y que todavía llaman juego al acto del amor. O sería una celebración, pongamos también por caso, de la manera huichola de parir. Cuando van a parir, las indias huicholas, en la sierra mexicana de Nayarit, no piensan en la maldición bíblica que ha condenado a la mujer a engendrar con dolor. En cambio, ellas se concentran recordando aquella noche de nueve meses antes, para que el niño que va a nacer sea digno de la alegría que lo hizo.

(1987)

LOS QUINIENTOS AÑOS: EL TIGRE AZUL Y NUESTRA TIERRA PROMETIDA

Ni leyenda negra, ni leyenda rosa. Los dos extremos de esta oposición, falsa oposición, nos dejan fuera de la historia: nos dejan fuera de la realidad. Ambas interpretaciones de la conquista de América revelan una sospechosa veneración del tiempo pasado, fulgurante cadáver cuyos resplandores nos encandilan y nos enceguecen ante el tiempo presente de las tierras nuestras de cada día. La leyenda negra nos propone la visita al Museo del Buen Salvaje, donde podemos echarnos a llorar por la aniquilada felicidad de unos hombres de cera que nada tienen que ver con los seres de carne y hueso que pueblan nuestras tierras. Simétricamente, la leyenda rosa nos invita al Gran Templo de Occidente, donde podemos sumar nuestras voces al coro universal, entonando los himnos de celebración de la gran obra civilizadora de Europa, una Europa que se ha derramado sobre el mundo para salvarlo.

La leyenda negra descarga sobre las espaldas de España, y en menor medida sobre las de Portugal, la responsabilidad del inmenso saqueo colonial, que en realidad benefició en mucha mayor medida a otros países europeos, y que hizo posible el desarrollo del capitalismo moderno. La tan mentada «crueldad española» nunca existió: lo que sí existió, y existe, es un abominable sistema que necesitó, y necesita, métodos crueles para imponerse y crecer. Simétricamente, la leyenda rosa miente la historia, elogia la infamia, llama «evangelización» al despojo más colosal de la historia del mundo y calumnia a Dios atribuyéndole la orden.

No, no: ni leyenda negra, ni leyenda rosa. Recuperar la realidad: ése es el desafío. Para cambiar la realidad que es, recuperar la realidad que fue, la mentada, escondida, traicionada realidad de la historia de América.

Se nos vienen encima cataratas de discursos de buen sonar y ceremonias de buen ver: se acercan los quinientos años del llamado Descubrimiento. Creo que Alejo Carpentier no se equivocó cuando dijo que éste ha sido el mayor acontecimiento de la historia de la humanidad. Pero me parece a todas luces evidente que América no fue descubierta en 1492, del mismo modo que las legiones romanas no descubrieron España cuando la invadieron en el año 218 antes de Cristo. *Y también me parece evidente de toda evidencia que ya va siendo hora de que*

América se descubra a sí misma. Y cuando digo América, me refiero principalmente a la América que ha sido despojada de todo, hasta del nombre, a lo largo de los cinco siglos del proceso que la puso al servicio del progreso ajeno: nuestra América Latina.

Este necesario descubrimiento, revelación de la cara oculta bajo las máscaras, pasa por el rescate de algunas de nuestras tradiciones más antiguas. *Es desde la esperanza, y no desde la nostalgia, que hay que reivindicar el modo comunitario de producción y de vida, fundado en la solidaridad y no en la codicia, la relación de identidad entre el hombre y la naturaleza y las viejas costumbres de libertad.* No existe, creo, mejor manera de rendir homenaje a los indios, los primeros americanos, que desde el Ártico hasta la Tierra del Fuego han sido capaces de atravesar sucesivas campañas de exterminio y han mantenido viva su identidad y vivo su mensaje. Hoy día ellos continúan brindando a toda América, y no sólo a nuestra América Latina, *claves fundamentales de memoria y profecía:* dan testimonio del pasado y a la vez encienden fuegos alumbradores del camino. Si los valores que ellos encarnan no tuvieran más que un valor arqueológico, los indios no seguirían siendo objeto de encarnizada represión, ni estarían los dueños del poder tan interesados en divorciarlos de la lucha de clases y de los movimientos populares de liberación.

No soy de los que creen en las tradiciones por ser tradiciones: creo en las herencias que multiplican la libertad humana, y no en las que la enjaulan. Parece obvio aclararlo, pero nunca está de más: cuando me refiero a las remotas voces que desde el pasado nos ayudan a encontrar respuesta a los desafíos del tiempo presente, no estoy proponiendo la reivindicación de los ritos de sacrificio que ofrecían corazones humanos a los dioses, ni estoy haciendo el elogio del despotismo de los reyes incas o aztecas.

En cambio, estoy celebrando el hecho de que América pueda encontrar, *en sus más antiguas fuentes, sus más jóvenes energías: el pasado dice cosas que interesan al futuro.*

Un sistema asesino del mundo y de sus habitantes, que pudre el agua, aniquila la tierra y envenena el aire y el alma, está en violenta contradicción con culturas que creen que la tierra es sagrada porque sagrados somos nosotros, sus hijos: esas culturas, despreciadas, ninguneadas, tratan a la tierra como madre y no como insumo de producción y fuente de renta. A la ley capitalista de la ganancia, oponen la vida compartida, la reciprocidad, la ayuda mutua, que ayer inspiraron a Tomás Moro para crear su utopía y hoy nos ayudan a descubrir la imagen americana del socialismo, que hunde en la tradición comunitaria su más honda

raíz.

A mediados del siglo pasado, un jefe indio, llamado Seattle, advirtió a los funcionarios del gobierno de los Estados Unidos: «Al cabo de varios días, el moribundo no siente el hedor de su propio cuerpo. Continúen ustedes contaminando su cama, y una noche morirán sofocados por sus propios desperdicios». El jefe Seattle también dijo: «Lo que ocurre a la tierra, ocurre a los hijos de la tierra». Yo acabo de escuchar esta misma frase, exactamente la misma, de boca de uno de los indios mayasquichés, en una película documental recientemente filmada en las montañas de Ixcán, en Guatemala. En este testimonio, los indios mayas, perseguidos por el ejército, explican así la cacería que su pueblo padece: «Nos matan porque trabajamos juntos, comemos juntos, vivimos juntos, soñamos juntos».

¿Qué oscura amenaza irradian los indios de las Américas, qué amenaza porfiadamente viva a pesar de los siglos del crimen y el desprecio? ¿Qué fantasmas exorcizan los verdugos? ¿Qué pánicos?

A fines del siglo pasado, para justificar la usurpación de las tierras de los indios sioux, el Congreso de los Estados Unidos declaró que «la propiedad comunitaria resulta peligrosa para el desarrollo del sistema de libre empresa». Y en marzo de 1979, se promulgó en Chile una ley que obliga a los indios mapuches a parcelar sus tierras, y a convertirse en pequeños propietarios desvinculados entre sí: entonces el dictador Pinochet explicó que las comunidades son incompatibles con el progreso de la economía nacional. El Congreso norteamericano no se equivocó. Tampoco se equivocó el general Pinochet. *Desde el punto de vista capitalista, las culturas comunitarias, que no divorcian al hombre de los demás hombres ni de la naturaleza, son culturas enemigas. Pero el punto de vista capitalista no es el único punto de vista posible.*

Desde el punto de vista del proyecto de una sociedad centrada en la solidaridad y no en el dinero, estas tradiciones, tan antiguas y tan futuras, son una parte esencial de la más genuina identidad americana: una energía dinámica, no un peso muerto. *Somos ladrillos de una casa por hacer*: esa identidad, memoria colectiva y tarea compartida, viene de la historia y a la historia vuelve sin cesar, transfigurada por los desafíos y las necesidades de la realidad. Nuestra identidad está en la historia, no en la biología, y la hacen las culturas, no las razas; pero está en la historia viva. El tiempo presente no repite el pasado: lo contiene. Pero ¿de qué huellas arrancan nuestros pasos? ¿Cuáles son las huellas más hondamente marcadas en las tierras de América?

En general, nuestros países, que se ignoran a sí mismos, ignoran su propia historia. El estatuto neocolonial vacía al esclavo de historia para que el esclavo se mire a sí mismo con los ojos del amo. Se nos enseña la historia como se muestra una momia, fechas y datos desprendidos del tiempo, irremediamente ajenos a la realidad que conocemos y amamos y padecemos; y se nos ofrece una versión del pasado desfigurada por el elitismo y el racismo. Para que ignoremos lo que podemos ser, se nos oculta y se nos miente lo que fuimos.

La historia oficial de la conquista de América ha sido contada desde el punto de vista del mercantilismo capitalista en expansión. Ese punto de vista tiene a Europa por centro y al cristianismo por verdad única. Ésta es la misma historia oficial, al fin y al cabo, que nos cuenta la «reconquista» de España por los cristianos contra los invasores «moros», tramposa manera de descalificar a los españoles de cultura musulmana que llevaban siete siglos viviendo en la península cuando fueron expulsados.

La historia oficial repite las coartadas ideológicas que usaron los usurpadores del suelo y el subsuelo de América; pero, mal que le pese, ella misma revela la realidad que la contradice. Esa realidad, quemada, prohibida, mentida, asoma, sin embargo, en el estupor y el horror, el escándalo y también la admiración de los cronistas de Indias ante esos seres jamás vistos que Europa, aquella Europa de la Inquisición, estaba «descubriendo».

La Iglesia admitió, en 1537, que los indios eran personas, dotadas de alma y razón, pero bendijo el crimen y el saqueo: al fin y al cabo los indios eran personas, pero personas poseídas por el demonio y, por lo tanto, no tenían derechos. Los conquistadores actuaban en nombre de Dios, para extirpar la idolatría, y los indios daban continuas pruebas de irremediable perdición y motivos indudables de condenación. Los indios no conocían la propiedad privada. No usaban el oro ni la plata como moneda, sino para adornar sus cuerpos o rendir homenaje a sus dioses. Esos dioses, falsos, estaban a favor del pecado. Los indios andaban desnudos: el espectáculo de la desnudez, decía el arzobispo Pedro Cortés Larraz, provoca «mucha lesión en el cerebro». El matrimonio no era indisoluble en ningún lugar de América y la virginidad no tenía valor. En las costas del mar Caribe, y en otras comarcas, la homosexualidad era libre y ofendía a Dios tanto o más que el canibalismo en la selva amazónica. Los indios tenían la malsana costumbre de bañarse todos los días y, para colmo, creían en los sueños. Los jesuitas comprobaron, así, la influencia de Satán sobre los indios del Canadá: esos indios eran tan diabólicos que tenían intérpretes para traducir el lenguaje simbólico de los sueños, porque ellos creían que el alma habla mientras el cuerpo duerme y que los

sueños expresan deseos no realizados. Los iroqueses, los guaraníes y otros indios de las Américas elegían a sus jefes en asambleas, donde las mujeres participaban a la par de los hombres, y los destituían si se volvían mandones. Poseído sin duda por el demonio, el cacique Nicaragua preguntó quién había elegido al rey de España.

«El buen pescado aburre a la larga, pero el sexo siempre es divertido», decían, dicen, los indios mehinaku, en el Brasil. La libertad sexual echaba un insoportable olor a azufre. Las crónicas de Indias abundan en el escándalo de estas lujurias infernales, que acechaban en cualquier rincón de América más o menos alejado de los valles de México y el Cuzco, que eran santuarios puritanos. La historia oficial reduce la realidad precolombina, en gran medida, a los centros de las dos civilizaciones de más alto nivel de organización social y desarrollo material. Incas y aztecas estaban en plena expansión imperial cuando fueron derribados por los invasores europeos, que se aliaron con los pueblos por ellos sometidos. En aquellas sociedades, verticalmente dominadas por reyes, sacerdotes y guerreros, regían rígidos códigos de costumbres, cuyos tabúes y prohibiciones dejaban poco o ningún espacio a la libertad. Pero aún en esos centros, que eran los más represivos de América, peor fue lo que vino después. Los aztecas, por ejemplo, castigaban el adulterio con la muerte, pero admitían el divorcio por sola voluntad del hombre o de la mujer. Otro ejemplo: los aztecas tenían esclavos, pero los hijos de los esclavos no nacían esclavos. La boda eterna y la esclavitud hereditaria fueron productos europeos que América importó en el SIGLO XVI.

En nuestros días, la conquista continúa. Los indios siguen expiando sus pecados de comunidad, libertad y demás insolencias. La misión purificadora de la Civilización no enmascara ahora el saqueo del oro, ni de la plata: tras la banderas del Progreso, avanzan las legiones de los piratas modernos, sin garfio, ni parche al ojo, ni pata de palo, grandes empresas multinacionales que se abalanzan sobre el uranio, el petróleo, el níquel, el manganeso, el tungsteno. Los indios sufren, como antaño, la maldición de la riqueza de las tierras que habitan. Habían sido empujados hacia los suelos áridos; la tecnología ha descubierto, debajo, subsuelos fértiles.

«La conquista no ha terminado», proclamaban alegremente los avisos que se publicaban en Europa, hace siete años, ofreciendo Bolivia a los extranjeros. La dictadura militar brindaba al mejor postor las tierras más ricas del país, mientras trataba a los indios bolivianos como en el SIGLO XVI. En el primer período de la conquista, se obligaba a los indios, en los documentos públicos, a autocalificarse así: «Yo, miserable indio...». Ahora los indios sólo tienen derecho a existir como

mano de obra servil o atracción turística.

«La tierra no se vende. La tierra es nuestra madre. No se vende a la madre. ¿Por qué no le ofrecen cien millones de dólares al Papa por el Vaticano?» decía recientemente uno de los jefes sioux en los Estados Unidos. Un siglo antes, el Séptimo de Caballería había arrasado las Black Hills, territorio sagrado de los sioux, porque contenían oro. Ahora las corporaciones multinacionales explotan el uranio, aunque los sioux se niegan a vender. El uranio está envenenando los ríos.

Hace algunos años, el gobierno de Colombia dijo a las comunidades indias del valle del Cauca: «El subsuelo no es de ustedes. El subsuelo es de la nación colombiana». Y acto seguido entregó el subsuelo a la Celanese Corporation. Al cabo de un tiempo, surgió en el Cauca un paisaje de la luna. Mil hectáreas de tierras indias quedaron estériles.

En la Amazonia ecuatoriana, el petróleo desaloja a los indios aucas. Un helicóptero sobrevuela la selva, con un altoparlante que dice, en lengua auca: «Ha llegado la hora de partir...». Y los indios acatan la voluntad de Dios.

Desde Ginebra, en 1979, advertía la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas: «A menos que cambien los planes del gobierno del Brasil, se espera que la más numerosa de las tribus sobrevivientes, dejará de existir en veinte años». La Comisión se refería a los yanomanis, en cuyas tierras amazónicas se había descubierto estaño y minerales raros. Por el mismo motivo, los indios nambiquara no llegan ahora a doscientos, y eran quince mil a principios de este siglo. Los indios caen como moscas al contacto con las bacterias desconocidas que los invasores traen, como en tiempos de Cortés y de Pizarro. Los desfoliantes de la Dow Chemical, arrojados desde los aviones, apresuran el proceso. Cuando la Comisión lanzó su patética advertencia desde Ginebra, el FUNAI, organismo oficial destinado a la protección de los indios en Brasil, estaba dirigido por dieciséis coroneles y daba trabajo a catorce antropólogos. Desde entonces, los planes del gobierno no han cambiado.

En Guatemala, en tierra de los quichés, se ha descubierto el mayor yacimiento de petróleo de América Central. En la década del ochenta, ha ocurrido una larga matanza. El ejército —jefes mestizos, soldados indios— se ha ocupado de bombardear aldeas y desalojar comunidades para que exploren y exploten el petróleo la Texaco, la Hispanoil, la Getty Oil y otras empresas. El racismo brinda coartadas al despojo. De cada diez guatemaltecos, seis son indios, pero en Guatemala la palabra «indio» se usa como insulto.

Desde que llegué a Ciudad de Guatemala por primera vez, sentí que estaba en un país extranjero de sí mismo. En la capital, sólo conocí una casa verdaderamente guatemalteca, con bellos muebles de madera, mantas y tapices indígenas y vajilla de cristal o barro hecha a mano: una sola casa no invadida por los adiosos de plástico estilo Miami: era la casa de una profesora francesa. Pero basta alejarse un poco de la capital, para descubrir las verdes ramas del viejo tronco maya, milagrosamente alzado a pesar de los implacables hachazos sufridos año tras año, siglo tras siglo. La clase dominante, dominada por el mal gusto, considera que los bellos trajes indígenas son ridículos disfraces sólo apropiados para el carnaval o el museo, del mismo modo que prefiere las hamburguesas a los tamales y la Coca-Cola a los jugos naturales de fruta. El país oficial, que vive del país real pero se avergüenza de él, quisiera suprimirlo: considera a las lenguas nativas meros ruidos guturales, y a la religión nativa, pura idolatría, porque para los indios toda tierra es iglesia y todo bosque, santuario.

Cuando el ejército guatemalteco pasa por las aldeas mayas, aniquilando casas, cosechas y animales, dedica sus mejores esfuerzos a la sistemática matanza de niños y de ancianos. Se matan niños como se queman las milpas hasta la raíz: «Vamos a dejarlos sin semilla», explica el coronel Horacio Maldonado Shadd. Y cada anciano alberga un portavoz de la imperdonable tradición comunitaria y de la no menos imperdonable tradición de identidad con la naturaleza. Los mayas todavía piden perdón al árbol, cuando tienen que derribarlo.

La represión es una cruel ceremonia de exorcismo. No hay más que mirar las fotos, las caras de los oficiales y los grandes figurones: estos nietos de indios, desertores de su cultura, sueñan con ser George Custer o Buffalo Bill. ¿Y los soldados? ¿Acaso no tienen las mismas caras de sus víctimas, el mismo color de piel, el mismo pelo? Ellos son indios entrenados para la humillación y la violencia. En los cuarteles se opera la metamorfosis: primero los convierten en cucarachas, después en aves de presa. Por fin olvidan que toda vida es sagrada y se convencen de que el horror es el orden natural de las cosas.

El racismo no es un triste privilegio de Guatemala. *En toda América, de norte a sur, la cultura dominante admite a los indios como objetos de estudio, pero no los reconoce como sujetos de historia: los indios tienen folklore, no cultura; practican supersticiones, no religiones; hablan dialectos, no lenguas; hacen artesanías, no arte.*

Quizá la próxima celebración de los quinientos años pueda servir para ayudar a dar vuelta las cosas, que tan patas arriba están. No para confirmar el mundo, contribuyendo al autobombo, al autoelogio de los dueños del poder, sino

para denunciarlo y cambiarlo. Para eso habría que celebrar a los vencidos, no a los vencedores. A los vencidos y a quienes con ellos se identificaron, como Bernardino de Sahagún, y a quienes por ellos vivieron, como Bartolomé de las Casas, Vasco de Quiroga y Antonio Vieira, y a quienes por ellos murieron, como Gonzalo Guerrero, que fue el primer conquistador conquistado y acabó sus días peleando del lado de los indios, sus hermanos elegidos, en Yucatán.

Y quizá así podamos acercar un poquito el día de justicia que los guaraníes, perseguidores del Paraíso, esperan desde siempre. Creen los guaraníes que el mundo quiere ser otro, quiere nacer de nuevo, y por eso el mundo suplica al Padre Primero que suelte al tigre azul que duerme bajo su hamaca. Creen los guaraníes que alguna vez ese tigre justiciero romperá este mundo para que otro mundo, sin mal y sin muerte, sin culpa y sin prohibiciones, nazca de sus cenizas. Creen los guaraníes, y yo también, que la vida bien merece esa fiesta.

(1987)

DOS DISCURSOS PARA CHILE:

I. TÚ NO MORISTE CONTIGO

(Éste es el discurso que Galeano pronunció, en Santiago de Chile, al recibir el premio José Carrasco Tapia, a principios de 1988).

A fines de setiembre, en el Perú, una maga me leyó la suerte. La maga me anunció: «Dentro de un mes, recibirás una distinción». Yo me reí. Me reí por la palabra distinción, que tiene no sé qué de cómica, y porque me vino a la cabeza un viejo amigo del barrio, que era muy bruto pero certero, y que solía decir, sentenciando, levantando el dedo: «A la corta o a la larga, los escritores se hamburguesan».

Así que me reí de la profecía de la maga; y ella se rió de mi risa.

Un mes después, exactamente un mes después, recibí en Montevideo un telegrama. En Chile, decía el telegrama, me habían otorgado una distinción (así decía el telegrama: «distinción», como la maga). Era el premio José Carrasco Tapia. Yo salté de la alegría.

Ni la más mínima sombra de desconfianza me oscureció la alegría, porque ningún premio que lleve ese nombre puede servir para recompensar a los arrepentidos, a los domesticados, a los que dicen sí.

Y tampoco me oscureció la alegría la menor duda sobre la naturaleza misma del premio: yo sabía, yo sé, que no estaba siendo convocado a una ceremonia fúnebre. Habitamos un mundo que trata mejor a los muertos que a los vivos. Los vivos somos preguntones, y somos respondones, y tenemos otros graves defectos imperdonables para un sistema que cree que la muerte, como el dinero, mejora a la gente.

Nada que ver: éste es un homenaje a la pasión de vivir, iluminada por la viva memoria de un compañero asesinado, y ésta es una celebración de la alegría de creer en ciertas cosas que la muerte no puede matar.

El sistema, que nos quiere ciegos, que nos quiere mudos, que nos quiere sordos, no nos ayuda a vivir naciendo. El sistema nos entrena para vivir muriendo, y para vivir matando: matando hacia afuera, porque todo prójimo es un competidor y un posible enemigo, y sobre todo matando hacia adentro, matando lo mejor que cada cual tiene vivo dentro de sí.

Cuando yo era niño, los curas me asustaban con el Diablo. Ahora creo que aquel Diablo, aquel jefe de cocina del Infierno, no existe. Pero en cambio tengo pruebas de que sí existe el Diablo del Miedo. El Diablo del Miedo se disfraza para engañarnos. El gran artero ofrece cobardía como si fuera prudencia y traición como si fuera realismo. Y hay que reconocer que bastante éxito tiene el muy ladino en nuestras comarcas. Ante el Diablo del Miedo, hacen cola los que quieren entregar la libertad a cambio de la seguridad. Varias leyes nuestras llevan su firma inconfundible. Por ejemplo la ley argentina que bendice a quienes torturaron y mataron por orden superior. Por ejemplo, la ley uruguaya que manda olvidar las torturas y los crímenes, siempre y cuando hayan sido cometidos por gente de uniforme. Éstas son dos leyes de la impunidad del poder. La impunidad del poder induce a la pudrición general de las costumbres.

En dictadura o en democracia, en democracia o en democradura, el Diablo del Miedo no actúa solo. En el Uruguay, al menos, yo lo veo casi siempre acompañado. Con él anda su socio, el Diablo de la Codicia. Éste es otro diablo disfrazado. El Diablo de la Codicia comete sus felonías en nombre de Dios y con la bendición del Santo Padre, que riega de agua bendita el afán de ganancia, la práctica de la usura y el derecho a vivir del trabajo ajeno.

El Diablo de la Codicia nos dice que si le vendemos el alma, prosperaremos y llegaremos a ser como Hong Kong. Él ha dictado la política económica que el régimen militar aplicó en mi país, y que el régimen civil ha perpetuado sin mayores cambios. Esa política económica condena a los trabajadores a vivir como fakires. El trabajo no vale nada, no hay plata que alcance, se hace el doble a cambio de la mitad. ¿Qué producen nuestros países? Brazos baratos. La realidad se vuelve chiste de humor negro:

—*Hay que apretarse el cinturón.*

—*No puedo. Me lo comí ayer.*

Además, esa política económica obliga a los productores a convertirse en especuladores. Tiempo de los ventajeros: para sobrevivir, hay que avivarse. La

sociedad se divide en jodedores y jodidos. Trabajar no es negocio, producir no es negocio, crear es delito. La dignidad no se cotiza en el mercado. La crónica social muestra a los tramposos del brazo de los verdugos. Turno de los camaleones: nadie ha enseñado a la humanidad tanto como estos humildes animalitos.

El sistema, que elige al revés, estimula a los copianderos y desalienta a los creadores, recompensa a los infames y castiga a quienes dicen lo que creen y a quienes creen en lo que hacen. Se eleva la picaresca a la categoría de doctrina económica y se la rebautiza, pomposamente, con el nombre de modernización. Un amigo me decía, el otro día, que si seguimos así, habrá que sustituir la estatua del general José Artigas, nuestro héroe nacional, en la Plaza Independencia. En lugar de Artigas, decía mi amigo, habrá que poner al Lazarillo de Tormes.

El reciente aluvión de firmas del pueblo uruguayo contra la ley de impunidad, que manda olvidar las atrocidades de la dictadura militar, implica una voluntad de justicia que va más allá del rechazo de esa ley. Las firmas también expresan, creo, la negación de todo un modo de vida fundado en el conformismo egoísta, el qué me importa, el qué le vas a hacer, el no te metás, el sálvese quien pueda. El pueblo ha firmado contra los crímenes visibles del terrorismo de Estado, pero también contra los crímenes invisibles: para demostrar que están vivas, malheridas pero vivas, las energías nacionales de solidaridad, la capacidad popular de creer y de crear, la peligrosa y maravillosa pasión de libertad.

¿No era ésta, también, la lucha del Pepe Carrasco? ¿No es ésta, salvadas las distancias de tiempo y de lugar, la lucha de todos los chilenos que aquí rompen lanzas contra el Diablo de la Codicia y el Diablo del Miedo?

Yo no soy chileno, pero es como si fuera. Mi canción preferida es una canción chilena, una canción que da gracias a la vida. Esa canción me mueve los labios cuando ando extraviado en los laberintos de la duda o el desaliento; y cantándola recupero el rumbo, y cantándola recupero las ganas de agradecer a la vida, que me ha dado tanto amor al vuelo y tanto odio a las jaulas.

Ese amor y ese odio forman la cara y la contracara de una misma certidumbre, más poderosa que la duda y el desaliento. Hay certidumbres, como ésta, que me encuentran cada vez que me pierdo, y me levantan cada vez que me caigo. Se las debo a la gente que quiero. La gente que quiero me las regaló.

Yo no soy chileno, pero es como si fuera. Una de mis más invulnerables certidumbres, es la certidumbre de que vale la pena morir por las cosas sin las

cuales no vale la pena vivir. Y esa fe se la debo a un amigo chileno que se llamaba, que se llama, Salvador Allende.

Hoy nos hemos reunido para celebrar una certidumbre que desconcierta a los burócratas y a los generales. Los tecnócratas no la pueden descifrar, los mercaderes no la pueden comprar, los policías no la pueden vigilar. Hace poco, en la clausura de un congreso, yo intenté definir esa certidumbre con estas palabras: *Crear y luchar son nuestra manera de decir a los compañeros caídos: Tú no moriste contigo.*

No es una certidumbre que se refiera al Más Allá. Se refiere al Más Acá, se refiere a la alegría de la continuidad de la aventura humana en la tierra. Nosotros tenemos la alegría de nuestras alegrías, y también tenemos la alegría de nuestros dolores, porque no nos interesa la vida indolora que la civilización del consumo fabrica, promueve y vende, y estamos orgullosos del precio de tanto dolor que por tanto amor pagamos. Tenemos la alegría de nuestros errores, tropezones que prueban la pasión de andar y el amor al camino; y tenemos la alegría de nuestras derrotas, porque la lucha por la justicia y por la belleza vale la pena también cuando se pierde. Y, sobre todo, sobre todo tenemos la alegría de nuestras esperanzas: en plena moda del desencanto, cuando el desencanto se ha convertido en artículo de consumo masivo y universal, seguimos creyendo en los asombrosos poderes del abrazo humano.

Y aquí nos juntamos, y así nos juntamos. Y juntándonos decimos, al Pepe Carrasco y a quienes cayeron como él, en Chile o donde sea, a todos y a cada uno de los que se han jugado la ropa y la vida por la dignidad, les decimos: *No, no, no, tú no moriste contigo.*

II. NOSOTROS DECIMOS NO

(Éste es el discurso de inauguración de las jornadas de «Chile crea», en Santiago de Chile, a mediados de 1988).

Hemos venido desde diversos países, y estamos aquí, reunidos a la sombra generosa de Pablo Neruda: estamos aquí para acompañar al pueblo de Chile, que dice *no*.

También nosotros decimos *no*.

Nosotros decimos *no* al elogio del dinero y de la muerte. Decimos no a un sistema que pone precio a las cosas y a la gente, donde el que más tiene es el que más vale, y decimos no a un mundo que destina a las armas de guerra dos millones de dólares cada minuto mientras cada minuto mata treinta niños por hambre o enfermedad curable. La bomba de neutrones, que salva a las cosas y aniquila a la gente, es un perfecto símbolo de nuestro tiempo. Para el asesino sistema que convierte en objetivos militares a las estrellas de la noche, el ser humano no es más que un factor de producción y de consumo y un objeto de uso; el tiempo, no más que un recurso económico; y el planeta entero una fuente de renta que debe rendir hasta la última gota de su jugo. Se multiplica la pobreza para multiplicar la riqueza, y se multiplican las armas que custodian esa riqueza, riqueza de poquitos, y que mantienen a raya la pobreza de todos los demás, y también se multiplican, mientras tanto, la soledad: nosotros decimos no a un sistema que no da de comer ni da de amar, que a muchos condena al hambre de comida y a muchos más condena al hambre de abrazos.

Decimos *no* a la mentira. La cultura dominante, que los grandes medios de comunicación irradian en escala universal, nos invita a confundir el mundo con un supermercado o una pista de carreras, donde el prójimo puede ser una mercancía o un competidor, pero jamás un hermano. Esa mentirosa cultura, que cursivamente especula con el amor humano para arrancarle plusvalía, es en realidad una cultura del desvínculo: tiene por dioses a los ganadores, los exitosos dueños del dinero y del poder, y por héroes a los uniformados rambos que les cuidan las espaldas aplicando la Doctrina de la Seguridad Nacional. Por lo que dice y por lo que calla, la cultura dominante miente que la pobreza de los pobres no es un resultado de la riqueza de los ricos, sino que es hija de nadie, proviene de la oreja de una cabra o de la voluntad de Dios, que hizo a los pobres perezosos y burros. De la misma manera, la humillación de unos hombres por otros no tiene por qué motivar la solidaria indignación o el escándalo, porque pertenece al orden natural de las cosas: las dictaduras latinoamericanas, pongamos por caso, forman parte de nuestra exuberante naturaleza y no del sistema imperialista de poder.

El desprecio traiciona a la historia y mutila al mundo. Los poderosos fabricantes de opinión nos tratan como si no existiéramos, o como si fuéramos sombras bobas. La herencia colonial obliga al llamado Tercer Mundo, habitado por gentes de tercera categoría, a que acepte como propia la memoria de sus vencedores y a que compre la mentira ajena para usarla como si fuera la propia verdad. Nos premian la obediencia, nos castigan la inteligencia y nos desalientan la energía creadora. Somos opinados, pero no podemos ser opinadores. Tenemos derecho al eco, no a la voz, y los que mandan elogian nuestro talento de

papagayos. Nosotros decimos *no*: nos negamos a aceptar esta mediocridad como destino.

Nosotros decimos *no* al miedo. No al miedo de decir, al miedo de hacer, al miedo de ser. El colonialismo visible prohíbe decir, prohíbe hacer, prohíbe ser. El colonialismo invisible, más eficaz, nos convence de que no se puede decir, no se puede hacer, no se puede ser. El miedo se disfraza de realismo: para que la realidad no sea irreal, nos dicen los ideólogos de la impotencia, la moral ha de ser inmoral. Ante la indignidad, ante la miseria, ante la mentira, no tenemos más remedio que la resignación. Signados por la fatalidad, nacemos haraganes, irresponsables, violentos, tontos, pintorescos y condenados a la tutela militar. A lo sumo, podemos aspirar a convertirnos en prisioneros de buena conducta, capaces de pagar puntualmente los intereses de una descomunal deuda externa contraída para financiar el lujo que nos humilla y el garrote que nos golpea.

Y en este cuadro de cosas, nosotros decimos *no* a la neutralidad de la palabra humana. Decimos no a quienes nos invitan a lavarnos las manos ante las cotidianas crucifixiones que ocurren a nuestro alrededor. A la aburrida fascinación de un arte frío, indiferente, contemplador del espejo, preferimos un arte caliente, que celebra la aventura humana en el mundo y en ella participa, un arte irremediamente enamorado y peleón. ¿Sería bella la belleza, si no fuera justa? ¿Sería justa la justicia, si no fuera bella? Nosotros decimos no al divorcio de la belleza y la justicia, porque decimos sí a su abrazo poderoso y fecundo.

Ocurre que nosotros decimos *no*, y diciendo *no* estamos diciendo *sí*.

Diciendo no a las dictaduras, y no a las dictaduras disfrazadas de democracias, nosotros estamos diciendo sí a la lucha por la democracia verdadera, que a nadie negará el pan ni la palabra y que será hermosa y peligrosa como un poema de Neruda o una canción de Violeta.

Diciendo *no* al devastador imperio de la codicia, que tiene su centro en el norte de América, nosotros estamos diciendo sí a otra América posible, que nacerá de la más antigua de las tradiciones americanas, la tradición comunitaria: la tradición comunitaria que los indios de Chile defienden, desesperadamente, de derrota en derrota, desde hace cinco siglos.

Diciendo *no* a la paz sin dignidad, nosotros estamos diciendo sí al sagrado derecho de rebelión contra la injusticia y a su larga historia, larga como la historia de la resistencia popular en el largo mapa de Chile.

Diciendo *no* a la libertad del dinero, nosotros estamos diciendo sí a la libertad de las personas: libertad maltratada y lastimada, mil veces caída, como Chile, y como Chile, mil veces alzada.

Diciendo *no* al egoísmo suicida de los poderosos, que han convertido al mundo en un vasto cuartel, nosotros estamos diciendo sí a la solidaridad humana que nos da sentido universal y confirma la fuerza de fraternidades más poderosas que todas las fronteras con todos sus guardianes: esa fuerza que nos invade, como la música de Chile, y como el vino de Chile nos abraza.

Y diciendo *no* al triste encanto del desencanto, nosotros estamos diciendo sí a la esperanza, la esperanza hambrienta y loca y amante y amada, como Chile: la esperanza obstinada como los hijos de Chile rompiendo la noche.

(1988)

CUBA, TREINTA AÑOS DESPUÉS. UNA OBRA DE ESTE MUNDO

Simón Bolívar decía de sus amigos: «Saben elogiarme, pero no saben defenderme». A Cuba le ocurre, sospecho, algo parecido. Los abogados de la revolución cubana vienen haciendo, desde hace treinta años, la propaganda del Paraíso. Por amor a Cuba, le faltan el respeto: faltan el respeto a la realidad. Simétricamente, los enemigos de la revolución cubana, que tanto dinero tienen, y tanto poder, le faltan el respeto confundiéndola con el Infierno.

A VIVA VOZ

Los visitantes honestos descubren, en la isla, una realidad alucinante y contradictoria y muy terrestre. La revolución, hecha de barro humano, no es obra de dioses infalibles, ni de malignos satanases: ella es de este mundo, y por ser de este mundo, es también del mundo que viene.

La realidad desconcierta a quienes esperan encontrar un gran campo de concentración rodeado de palmeras, un pueblo castigado, condenado al miedo eterno: se precisa mucho prejuicio para no sucumbir al abrazo de este pueblo cariñoso y protestón, que se queja y ríe a viva voz y contagia dignidad y frescura a quien se arrime.

Cualquiera que no tenga telarañas en los ojos puede ver que la gente se expresa a pleno pulmón, y que es imposible caminar un paso sin tropezar con algún hospital o alguna escuela.

Pero no se desconciertan menos quienes acuden a una cita con el anunciado reino de la perfecta felicidad: en Cuba encuentran tiendas vacías, teléfonos imposibles, transportes pésimos, una prensa que a veces parece de otro planeta y una burocracia que para cada solución tiene un problema. La burocracia está empeñada en convertir la vida cotidiana de la gente en un ascenso al Gólgota.

LA TRAMPA DE LA BUROCRACIA

Éstos han sido treinta años de bloqueo y guerra. Guerra contra un imperio que está ahí nomás, a un pasito, y que no puede perdonar la insolencia de la colonia perdida; y guerra, sobre todo, contra el subdesarrollo y sus poderosas estructuras de la impotencia.

Pero el acoso económico y la amenaza militar, dramáticamente reales, sirven, a veces, de coartada. La burocracia usa explicaciones mágicas para absolverse de responsabilidad y lavarse las manos. Está todo claro, cualquier duda se hace sospechosa de herejía: los largos años del bloqueo tienen la culpa de cualquier ineficiencia; y en tiempos de guerra, las órdenes de arriba no se discuten. El lenguaje de consignas sustituye la realidad que es por la que debe ser.

«Bajo la orientación», dice el burócrata, y así transmite una sentencia divina.

EL DESAFÍO

La burocracia, enemiga de la esperanza, desprestigia al socialismo. Su asombrosa capacidad de ineficiencia y su costumbre de dar órdenes en lugar de explicaciones, hacen indirecta propaganda al egoísmo como destino inevitable del hombre. Si por la burocracia fuera, los Estados socialistas serían cada vez más Estados y cada vez menos socialistas, lo que equivale a reconocer que la jodida condición humana no merece nada mejor que el reino capitalista de la codicia.

Pero la justicia social no tiene por qué ser enemiga de la libertad, ni de la eficacia, y el socialismo tiene planteado este tremendo desafío en el mundo de nuestro tiempo.

Fidel se ríe de los copiones: de los pro-soviéticos, de los pro-chinos, y también de los pro-cubanos. La imitación de los modelos ajenos y la aplicación mecánica de las recetas importadas actúan, a la corta o a la larga, contra la fecundidad creadora: «Siempre será mejor equivocarse por cuenta propia», dice Fidel, «que equivocarse por cuenta de otros. Porque al menos, seremos unos equivocados independientes».

Cuba debe mucho a la ayuda de los países socialistas, sin duda, y los cubanos son los primeros en reconocerlo. Pero en estos tiempos de perestroika, está ocurriendo una situación paradójica: quienes siempre acusaron a Cuba de ser un satélite soviético, ahora la acusan de no serlo.

Mientras tanto, Cuba busca un camino propio para salir del atolladero burocrático. Yo creo que lo encontrará, más temprano que tarde. Porque la burocracia se reproduce repitiéndose, pero las revoluciones, cuando son verdaderas, se multiplican transformándose.

BALANCE DE CUMPLEAÑOS

Y esta revolución verdadera, que nació muy de abajo hacia arriba, y que ha crecido muy de adentro hacia afuera, tiene en la burocracia su penitencia, pero no su destino.

En Cuba no hay ningún descalzo, ningún analfabeto, ningún hambriento. Dicen los cubanos que ni Diógenes, con su linterna, podría encontrar allí lo que en América Latina sobra por todas partes. Y tienen razón: a treinta años de la fuga de Fulgencio Batista, ellos viven más largamente que los demás latinoamericanos y tienen los niveles de salud y educación más altos del llamado Tercer Mundo.

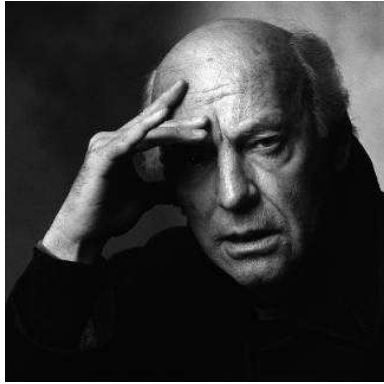
También es cierto, indudablemente cierto, que a partir de la revolución cubana, América Latina se ha hecho más independiente y más latinoamericana.

Y otra cosa, en tren de hacer balance de cumpleaños: Cuba es, hoy por hoy, el país más solidario del mundo. ¿Qué habría sido de Angola sin los cincuenta mil cubanos que desde hace años la defienden contra los racistas de África del sur, a cambio de nada? ¿Qué habría sido de Nicaragua sin los médicos y los maestros y los técnicos que, a cambio de nada, acuden desde Cuba? ¿En cuántos países los cubanos han sido los primeros en llegar, a cambio de nada, a la hora de hacer frente a una peste, un huracán o un terremoto? ¿Cuántos muchachos latinoamericanos y africanos se están educando, en Cuba, a cambio de nada?

En estos treinta años, Cuba ha derrotado su hambre, ha multiplicado la dignidad latinoamericana y ha dado un continuo ejemplo de solidaridad al mundo.

Todo eso no es poco. Y por todo eso, aunque sus enemigos tuvieran razón en lo que contra Cuba dicen y mienten, valdría la pena seguir jugándose por ella. Con burocracia y todo.

(1988/89)



Eduardo Germán María Hughes Galeano (Montevideo, Uruguay, 3 de septiembre de 1940 - ib., 13 de abril de 2015), conocido como Eduardo Galeano, fue un periodista y escritor uruguayo, ganador del premio Stig Dagerman, considerado como uno de los más destacados artistas de la literatura latinoamericana.

Sus libros más conocidos, *Las venas abiertas de América Latina* (1971) y *Memoria del fuego* (1986), han sido traducidos a veinte idiomas. Sus trabajos trascienden géneros ortodoxos y combinan documental, ficción, periodismo, análisis político e historia.